

Rosa Ribas

LOS VIEJOS AMORES



Lectulandia

En todas las historias familiares hay un hecho que determina el destino de sus miembros. En el caso de Lola, la matriarca de esta saga de detectives, es la muerte de su hijo Marc, hace casi cinco años. Para Lola, lo que vino después fue un tiempo romo y agrisado. Pero hace unos meses que los Hernández se han reunido de nuevo, vuelven a investigar juntos como en los viejos tiempos. También Ayala, el fiel colaborador, ha regresado. Todos curtidos y, por qué no decirlo, más baqueteados a las órdenes del peculiar Mateo. Por otro lado, un estafador del amor campa a sus anchas por el barrio, se hace pasar por un antiguo compañero de colegio de sus víctimas y parece que su avaricia no tiene límites. Los Hernández se enfrentan a un escurridizo adversario. Un nuevo caso para esta familia en el que la soledad de las personas mayores, las redes sociales y la ciberdelincuencia pondrán a prueba el frágil equilibrio de los miembros de esta singular agencia.

Rosa Ribas

Los viejos amores

Hernández Detectives 04

ePub r1.0

Titivillus 10.04.2025

Título original: *Los viejos amores*
Rosa Ribas, 2025
Ilustración de la cubierta: Martín Tognola

Editor digital: Titivillus
ePub base r3.0 (ePub 3)

Índice de contenido

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29

Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62

Capítulo 63

Capítulo 64

Capítulo 65

Capítulo 66

Capítulo 67

Capítulo 68

Capítulo 69

Capítulo 70

A Lola le gustaban los entierros.

Pero eso era antes.

Antes. En todas las historias familiares hay un hecho que establece un antes. En la suya era la muerte de su hijo Marc, hacía casi cinco años. El asesinato de Marc. Lola lo había vengado. El cadáver de quien había ordenado matarlo se descomponía en el fondo del mar. Su asesino estaba en la cárcel.

Después de la muerte de Marc todo parecía romo, agrisado, como si llevase la cabeza metida en un casco con la visera sucia.

Pero desde hacía unos meses volvían a ser los detectives Hernández. Nora y Amalia trabajaban otra vez en la agencia. También Ayala había regresado. Todos más curtidos. Mateo, con sesenta y dos años, también algo más baqueteado.

Desde el entierro de Marc, Lola no había ido a ninguno más. ¿Por qué hoy sí?

Esa mañana, Mateo ya había tenido algo parecido a un presentimiento mientras ponía las galletas de canela y las dos primeras pastillas del día en un platito y se las subía a Lola al dormitorio junto con una taza de café soluble que dejaba en la escalera un olor a hotel barato. La sensación de que debía estar atento lo acompañó al salir a la calle para comprar el pan y el periódico. Por el camino, lo de costumbre: personas que se dirigían apresuradas hacia la parada del metro, que arrastraban niños al colegio o paseaban a perros de vejiga mañanera; y registró las quejas cotidianas de la gente, que, según su estadística privada, ocupaban el ochenta y cinco por ciento de las conversaciones. Nada que justificara el ligero pero insidioso malestar que lo acompañaba. Al volver a casa, entró por la puerta de la agencia y repasó por encima la agenda del día. Nora llegaría en un rato. Vio también que su hija le había dejado una nota en la que le decía que todo lo relacionado con el caso estaba en una carpeta compartida. No

le apetecía en absoluto, pero encendió el ordenador y le echó un vistazo sin encontrar en ella la razón de la inquietud que se negaba a desaparecer.

Cruzó el oscuro pasillo que comunicaba la agencia con la casa, se dirigió a la cocina y llamó a Lola. Preparó otra ronda de cafés, el suyo en la máquina sofisticada que había comprado en la tienda de electrodomésticos de su hermano Basilio; el de Lola, otra vez soluble. Se sentaron frente a frente a la mesa de la cocina pegada a la ventana que daba al jardín.

Claudia, la hermana de Lola, había regado las plantas la tarde anterior y entraba olor a tierra húmeda, un presagio de la campana de aire pesado y pegajoso que envolvería Barcelona hasta la noche, pero la cocina de la casa era un reducto fresco. Se repartieron las páginas del periódico y desayunaron leyendo. Sin embargo, los ojos de Mateo no lograban pasar de los titulares de las noticias. Como un detective de tebeo, sostenía las hojas en el aire para espiarla. No era la ropa, no era el peinado, no era su expresión concentrada en la lectura. El vaso con el café soluble estaba donde siempre. Las cajas de pastillas también. Pero había un sin embargo acechando.

De repente un portazo, pasos acercándose. Nora entró, saludó y se fue derecha a la cafetera. Al sentarse al lado de su padre, echó un vistazo a la mesa y señaló las margaritas del estampado.

—¿Has cambiado el hule?

—El viejo tenía un color muy cachumbo —respondió Lola.

—Y ya no era temporada de tulipanes.

—Si sigue este calor y sin llover, el próximo será de cactus. —Lola le pasó a su hija la parte del periódico que ya había leído.

¿Era por eso? ¿Eran las margaritas que habían sustituido a los tulipanes? ¿A esa minucia se debía su malestar? Desde que Mateo había pisado esa cocina por primera vez —hacía ya tantos años que no quería recordar cuántos—, un hule de plástico con un estampado de flores cubría la mesa. Y a pesar de su empeño en no pensar en ello, su excelente memoria le hizo saber que el primer encuentro con los hules floreados había tenido lugar hacía casi cuarenta años, suficientes para ser un experto en flores de dos dimensiones y dudosa calidad artística. Mientras con la taza de café entre las manos deshojaba mentalmente una de las margaritas de trazo algo infantil y le preguntaba si era la causa de su incomodidad, a espaldas de Lola se abrió la puerta que comunicaba la cocina con el jardín

y entró Claudia, su hermana mayor. Mateo no la había visto salir de la casita en la que vivía al otro lado de la parcela y dirigirse hacia ellos vestida de negro riguroso, como una viuda siciliana.

—Lola, nena, ¿que no íbamos a ir al entierro de la Laieta Casanovas?

Lola se levantó de inmediato.

—Date prisa, que no quiero sentarme al final. ¿Tú también vienes, Norita? —preguntó Claudia.

Su hija asintió mientras trataba de disimular el asombro.

Con fingida naturalidad, Mateo dijo que iría con ellas hasta Gran de Sant Andreu, pero no al entierro, porque esperaba a un cliente en una hora.

Poco después salía de la casa con las tres mujeres Obiols, «raras», como se decía en el barrio. Mateo percibía entre ellas un vínculo invisible que se estrechaba paso a paso camino de la iglesia de Sant Andreu Palomar, y que lo excluía también paso a paso convirtiéndolo en mero acompañante hasta que se despidieron de él al llegar a la esquina.

Se quedó parado en la bocacalle viendo cómo se alejaban, mientras se balanceaba de un pie a otro. Pie izquierdo, seguirlas hasta la iglesia. Espiarlas. Pie derecho, olvidar el asunto y darse una vuelta por el barrio para olisquear el ambiente. Pie izquierdo. ¿Por qué había decidido Lola ir a ese entierro después de tanto tiempo? Pie derecho. ¿Por qué la decisión de Lola debería tener algún sentido oculto? Pie izquierdo. Pie derecho. Echó a andar por Gran de Sant Andreu.

Una de las grietas que surcaban la cúpula de la iglesia partía la figura del evangelista por la mitad, le separaba la mano del libro, seguía ascendiendo y cortaba también una de las alas del águila con aspecto de paloma feroz que parecía venir a reclamarle a san Juan la pluma con la que escribía.

Feroz era también el ahínco con el que entonaban sus cánticos las tres hermanas Salabert, sentadas como siempre en los bancos delanteros, porque debían de considerarse familia de todo difunto del barrio. Tres trompetillas de feria dispuestas a derribar con sus chirriantes agudos si no la misma cúpula, por lo menos los frescos que la cubrían, como continuadoras naturales de la antigua tradición de destrucciones sufridas por esa iglesia, que, gracias a su madre, sabía que se remontaba al siglo X, cuando Almanzor pasó por Barcelona a sangre y cuchillo y destruyó el templo primitivo. De pequeños, su madre les había leído y contado historias bastante heterogéneas, desde cuentos tradicionales, relatos de Roald Dahl y mitología griega hasta batallas cruentas de cantares de gesta. «Las tropas de Almanzor sitiaron Barcelona, pero la ciudad resistía. ¿Sabéis qué hizo entonces Almanzor?» Aquí su madre hacía una pausa que siempre funcionaba. Ella decía que sí, para dejar claro que lo sabía; Marc decía que no, para que la historia siguiera, pero se tapaba una oreja; Amalia decía que sí para que les ahorrara esa parte. Su madre movía entonces las manos como un jugador de baloncesto lanzando a canasta. «Pues cada día, en lugar de piedras lanzaban cabezas de prisioneros. Mil diarias», recordó Nora mientras contaba las cabezas de los presentes. Llegó a la primera fila y se detuvo. ¿Cuántos años tendrían las Salabert? Todos. Y ahí seguían, enterrando a los vecinos del barrio. Tal vez, como con Los Panchos, esta no fuera la formación original y las habían ido reemplazando a medida que caían. ¿Cómo sería el *casting*? Un suspiro de

la tía Claudia, a su derecha, con su madre al otro lado, le recordó que Laieta Casanovas había sido su compañera de pupitre en la escuela. Lo que explicaba por qué su tía estaba allí, pero no por qué su madre había decidido acompañarla. Desde el entierro de Marc, su madre no había vuelto a pisar ese lugar. Nora intentó recordar si ya habían muerto otras amigas de la infancia de la tía Claudia. Con setenta y tres años, era bastante probable, pero su madre no la había acompañado en ninguna ocasión. ¿Qué tenía de especial, aparte del roce diario en un pupitre hacía muchos años, la muerte de Laieta Casanovas?

Su tía estaba cabizbaja, ensimismada. Su madre seguía con la mirada los movimientos del cura delante del altar, desplazado de su posición original por el peligro de los posibles desprendimientos de la cúpula, con o sin ayuda de las Salabert.

El aire fresco que las había recibido al entrar en el recinto ya había sido inhalado y exhalado muchas veces por los asistentes. Nora sentía las axilas y la nuca húmedas y pegajosas. Movi6 un poco la cabeza para relajar el cuello y vio que algunas personas en los bancos aledaños no seguían la ceremonia, sino que tenían la mirada fija en su madre. Sí, la Lola, la bisnieta del indiano, la de los detectives, se dejaba ver de nuevo por allí. Recordó la mirada de su padre, su expresión de desconcierto cuando se quedó en la esquina; había visto de reojo que se moría por seguirlas.

De momento nada, papá. Un entierro como cualquier otro. Cincuenta y tres cabezas.

Aspiró profundamente el olor de los cirios y de las flores. ¿Por qué le agradaba tanto esa mezcla agria y dulce de humo y putrefacción? Casi a la vez, su madre y su tía cerraron los ojos e hicieron lo mismo. Cosas de familia, de las que no se aprenden, sino que se llevan dentro.

Terminó el entierro. Uno como cualquier otro en el barrio, en el que la gente que no acompañaba el féretro al cementerio se quedaba hablando en la explanada lateral de la iglesia y varios coches y taxis esperaban a los que seguían hasta el final. Una mujer se acercó a ellas para indicarles a qué coche podían subirse.

—Hasta aquí —dijo su madre, sa6ando el aire con un gesto de la mano.

Se despidió de ellas y cruzó la calle aprovechando que el semáforo de la plaza Orfila se había puesto en verde. Nora la vio alejarse con la urgencia de un submarinista al que se le agotan las reservas de oxígeno.

La tía Claudia, tal vez temiendo que echara a correr detrás de su madre como un cachorrito, se colgó del brazo de Nora y se dirigió con ella hacia el coche que las llevaría al cementerio.

Su padre iba allí todos los sábados por la mañana. Visitaba el nicho del abuelo Conrado y a Marc, enterrado en el ostentoso panteón familiar de los Obiols. Su madre nunca lo hacía. Ella tampoco. No le veía sentido.

Llegaron y entraron con el resto de la comitiva. Dejaron atrás el panteón Mayilyan, donde el hombre de mármol sentado en el banco con el brazo derecho apoyado en el respaldo de piedra esperaba desde hacía más de diez años a que alguien ocupara el hueco libre. El camino hasta el nicho de Laieta Casanovas les ahorró pasar por delante del panteón de los Obiols. El grupo marchaba silencioso entre dos hileras de nichos de siete pisos. El cura y los empleados del cementerio esperaban al lado del féretro la llegada de los asistentes rezagados. Se levantó entonces algo de brisa y el papel de celofán que envolvía los ramos de flores crujió como si hubieran perturbado a un enjambre de insectos que dormitaban al sol.

Nora avanzaba del brazo de la tía Claudia calculando las edades de los difuntos de los nichos hasta que una fuerte voz masculina pareció detener el viento y la agitación del celofán.

—¡No habrá tenido los santos cojones de dejarse caer por aquí!

Su tía se detuvo en seco y dejó que las personas que caminaban tras ellas las adelantasen.

Con los brazos en jarra delante del nicho abierto en la tercera fila, un hombre corpulento en los cincuenta se quitó las gafas oscuras y miró a su alrededor con expresión desafiante.

—Es Nico, el hijo mayor de Laieta —le dijo su tía en voz baja—. La de al lado es Martina, la hija.

Nora se fijó en una mujer voluminosa y algunos años más joven que el hermano, aunque, a juzgar por las pretensiones juveniles de la mecha magenta en el pelo, no lo llevaba bien. Miraba a todos lados con nerviosismo.

—¿Cómo sabes que es él? —preguntó a su hermano, mientras barría con la mirada el espacio entre las dos paredes de nichos—. ¿Dónde está?

Nora soltó el brazo de su tía y se acercó al grupo.

—¡Por allí! —El hijo de Laieta señaló hacia el otro extremo, donde otra pared de nichos perpendicular creaba una bocacalle—. Se ha asomado por allí.

Todos se volvieron para mirar en la dirección que señalaba su dedo y lo vieron echar a correr con la cara enrojecida por la furia.

—¡Nico, no! —le gritó la hermana.

Pero no lo frenó.

El viento despertó otra vez al papel de celofán, un coro de animadoras jaleando la carrera del hombretón sobre la gravilla.

—¿Qué quieres, hijo de puta? ¿Vienes a asegurarte de que está muerta para arramblar con todo lo que quede? ¡Te voy a aplastar, sanguijuela!

Dobló la esquina y desapareció. La hija se quedó firme mirando al féretro con los puños prietos y expresión de reproche.

—¿De quién hablan? —preguntó Nora en voz baja al aire.

—Supongo que del novio de la Laieta —respondió un hombre de la edad de su tía a su lado y soltó una risita malvada. Se le acercó un poco más para decirle al oído—: Se conoce que lo encontró por internet.

Otro de los asistentes le chistó.

—¡Más respeto, Xitu! No es el momento.

Por supuesto que lo era. Nora aprovechó el runrún general y los gritos indescifrables del hijo que llegaban desde el otro lado para decirle al tal Xitu:

—Ya veo que los hijos no están muy conformes.

—Es que parece que el «novio» le vació las cuentas. Y ni siquiera era un mozalbete, no. Parece que es un viejales como nosotros. Como yo. O como este —soltó ante la mirada furibunda del hombre que lo había regañado, y que se alejó ofendido.

Los empleados del cementerio, que habrían visto escenas más extrañas, permanecían impasibles, pero también tenían un horario. Uno de ellos preguntó a la hija:

—¿Qué? ¿Empezamos?

—Esperen a que vuelva el hijo —dijo el cura y, de esa manera, salió del estupor.

El viento no hizo aplaudir a los celofanes cuando, poco después, regresó el hijo respirando con agitación.

—¿Era él? —preguntó su hermana.

El hermano gruñó un «no» con la agresividad a flor de piel. El rostro estaba aún más enrojecido.

Nora se giró y vio que la tía Claudia se había quedado parada en el punto en el que la había dejado. Quería marcharse. Aunque a ella le habría

gustado quedarse hasta el final, volvió a colgarse de su brazo y se alejaron del grupo.

—¡Qué pena todo, Norita!

—Sí, *tieta*.

Antes de llegar a la puerta del cementerio, vio a la derecha a un hombre que hablaba agitadamente con una empleada del cementerio. Señalaba el lugar del que venían y parecía describir con gestos una carrera, de lo que dedujo que debía de tratarse de la persona a la que el hijo de Laieta Casanovas había perseguido hacía unos momentos.

Salieron.

El cementerio, al otro lado de la avenida Meridiana, estaba encajonado entre grandes edificios modernos. Tras los sepelios, los de espíritu práctico podían hacer ahí mismo las compras en un Mercadona y decirse, mientras llenaban el carrito, que la vida seguía, aunque fuera tan absurda como el pan de molde sin corteza. Aquellos que, tras tomar conciencia de la brevedad de la existencia, sentían el impulso de celebrar la propia con algún derroche inmediato tenían El Corte Inglés a pocos metros y podían plantarle cara a la muerte con bombones belgas.

—¿Caminamos un poco? —dijo su tía.

Pasaron de largo de los coches que esperaban fuera, cruzaron el ardiente asfalto de los ocho carriles de la Meridiana y entraron en el barrio.

Ella pensó que a su tía le sentaría bien tomar algo dulce y la llevó a una pastelería de la antigua escuela, donde todavía hacían saras cargadas de mantequilla, la nata montada desafiaba la gravedad y el chocolate de los pasteles tenía tanto azúcar como cacao. Calorías sin disimulo, francas, sin excusas estéticas.

Se sentaron a una mesa desde la que podían ver a la gente pasando por la calle y, mientras su tía devoraba con ansia de funeral un trozo de tarta Sacher, Nora por fin le preguntó:

—*Tieta*, ¿qué es eso del novio de internet de la Laieta? ¿Tú lo sabías?

—Algo sabía, nena.

En la cabeza de Nora se abrió el bloc de notas.

Mateo revisó por última vez la factura antes de enviarla al cliente.

—Todo correcto —dijo en voz alta, satisfecho por no tener que añadir alguna «horita extra» como hacía cuando iban escasos de trabajo.

La agencia no iba mal. La reincorporación de Amalia y Ayala había aportado nuevos clientes. Aunque tampoco tantos, de lo contrario, sospechaba, tal vez no habrían accedido a cerrar su propia empresa. Con todo, su hija se había empeñado en mantener el otro despacho. A Amalia siempre le había pesado que Hernández Detectives fuera una empresa «de barrio».

Bien, no quedaba nada mal tener una segunda oficina cerca de la Sagrada Familia con la placa de Hernández Detectives en el panel de timbres, pero su único empleado, recepcionista y chico para todo, era Rodrigo, el hijo de Violeta, la dueña de la papelería en la esquina con la calle Ignasi Iglesias, y una de las mejores informantes de Mateo sobre la vida del barrio.

La gente de pueblo, como sus padres, que provenían de Agua Amarga, en Almería, hacían de la ciudad un pueblo. La gente de barrio, como ellos, llevaban siempre el barrio consigo.

Se acercó a la pared de la que colgaban otra vez todos los títulos, el suyo, el de Nora, el de Amalia, el de Ayala y, con la cinta negra en un ángulo, el de Marc. Sopló con suavidad para hacer volar la ligera capa de polvo que se había depositado sobre la tela.

Le llegó entonces el chirrido de la verja del jardín y pasos en la gravilla. Lola volvía del entierro. Como no oyó voces, supuso que sola.

Mientras ellas estaban en el funeral, él se había dado un buen paseo por las calles, revisando en su archivo mental qué sabía de Laieta Casanovas. Era del barrio, donde había vivido toda su vida. La tenía vista

de la calle, del mercado. Era poquita cosa, aunque de joven seguramente debía de haber sido guapa, si bien de esas guapas algo exangües, que son las mejores amigas de las protagonistas de las películas. Viuda. Dos hijos, ambos entre la cuarentena y la cincuentena. No sabía qué aspecto tendrían ahora, pero los recordaba de niños, eran grandotes, como el padre, Manel Rovira. Escarbó un poco más en su memoria. Aunque solo fuera porque ocupaba más espacio, recordaba mejor al marido: había muerto hacía dos años, había sido aparejador, pero no recordaba para qué empresa trabajaba; si no lo recordaba, significaba que nunca lo había sabido. Él jamás olvidaba estas cosas. Le bastaba con entrecerrar los ojos para ver el cuerpo fornido sostenido por unas piernas que habían acabado cediendo bajo el peso y combándose con los años.

Había pasado por delante del bar Versailles, pero ninguno de los clientes que vislumbró a través de los ventanales le pareció una posible fuente de información, eran demasiado jóvenes para conocer a una compañera de escuela de Claudia. Esos estarían todos en el entierro. ¿Haber compartido pupitre con Claudia era mérito suficiente para sacar a Lola de casa? ¿Qué se le había escapado? Porque algo tenía que haber y lo perturbaba que precisamente él, que consideraba su conocimiento del barrio y sus secretos como su mayor capital, no lo supiera.

Esperó unos minutos y se dirigió a la cocina.

Lola estaba enfrascada en un crucigrama.

—¿Ya estás de vuelta? ¿Qué tal el entierro?

Lola levantó la cabeza y el boli.

—Normal. —Volvió a sus palabras cruzadas.

Define entierro normal, querría haberle dicho, pero no debía forzar la conversación. Esperaba que ella dejara caer algún comentario sin más que le diera una pista sobre las razones para haber acompañado a Claudia al entierro.

Se preparó un café que no le apetecía, entreteniéndose en hacer ajustes innecesarios en la cafetera.

—¿Tienes que armar tanto ruido, Mateo?

—Acabo enseguida. ¿Nora y Claudia han ido al cementerio?

—Sí —respondió como si fuera la solución a «vertical: adverbio que expresa afirmación o confirmación».

—¿Y tú...?

El «no» que cortó su pregunta era también un adverbio. «Horizontal: adverbio que expresa irritación». ¿No lo ves? ¿No sabes que nunca voy al cementerio? ¿No te podrías largar de una vez?

Mateo salió de la cocina aferrado a la taza de café como si fuera ella quien lo sacara de allí.

Se metió en el despacho, dejó la taza sobre la mesa y encendió el ordenador para leer lo que Nora había averiguado sobre el quinto nombre de la lista que les había encomendado el cliente. Un bostezo doloroso le subió por el tórax y le obligó a abrir tanto la boca que al instante le vino a la mente la voz de su madre advirtiéndole cuando era pequeño de que podía quedársele «la boca clavá».

—Tiene usted razón, madre.

Volvió al caso que tanto le fastidiaba.

En la agencia no habían faltado los asuntos desagradables, incluso sucios en épocas de vacas flacas, pero actualmente no los necesitaban. Por eso Mateo se reprochaba haber aceptado ese caso. No porque fuera peligroso o ilegal, sino porque cada vez le parecía más absurdo y entendía menos qué quería su cliente.

El cliente, Ignacio Jovellanos, los había contratado hacía tres semanas.

—Es que acabo de cumplir cuarenta años.

La camisa entallada dejaba entrever un cuerpo atlético; la abundante cabellera oscura y el calzado deportivo lo hacían parecer más joven, aunque las patillas sugerían que podía tratarse de un nostálgico prematuro.

Había entrado en el despacho de la agencia de detectives con la esforzada naturalidad con la que muchos clientes, sobre todo los hombres, quieren demostrar que no están intimidados. A Ignacio Jovellanos los ojos se le iban por el despacho, buscando tal vez una gabardina y un sombrero donde había archivadores, diplomas, una cafetera. Solo unos cuadritos con motivos coloniales podían sugerir relatos de aventuras, pero en realidad eran un legado del bisabuelo de Lola, el indiano de segunda división que había construido esa casa. Mateo dio tiempo al cliente a que inspeccionara el despacho.

—Usted dirá.

Fue entonces cuando Ignacio Jovellanos dijo aquello de:

—Es que acabo de cumplir cuarenta años.

En otro contexto lo adecuado habría sido felicitarlo, pero esa frase no tenía punto final.

—Eso sería —continuó Jovellanos—, si atendemos a los datos del INE sobre el promedio de esperanza de vida de los hombres en España, la mitad. Bueno, la mitad exacta son cuarenta años y dos meses, ya que el promedio es de ochenta coma cuatro años.

Aquí sí que sonó un contundente punto y aparte, pero Mateo no atinó más que a asentir con la cabeza. Jovellanos prosiguió:

—Es un momento para hacer balance, ver si vamos bien y, en caso contrario, cambiar el rumbo. ¿No le parece?

Con cuarenta años, Mateo tenía tres hijos de catorce, doce y diez años, y una mujer a la que había instado a dejar las clases de literatura en la universidad porque mostraba comportamientos extraños. La gente de su barrio no hacía esas cosas, a los cuarenta años no podían permitirse el lujo de pararse a pensar si habían elegido bien en la vida; en primer lugar, porque no solían haber elegido; en segundo, porque estaban ya demasiado embarrados viviendo. Asumió que Jovellanos procedía de otra zona de Barcelona.

No se equivocó, ya que, aunque se perdió un par de frases porque cayó también en la cuenta de que había fundado la agencia con cuarenta años, volvió al discurso de su cliente justo en el momento en que le explicaba que había elegido su agencia de investigación, no dijo de detectives, porque estaba alejada de «su mundo».

—Porque lo que deseo de usted, señor Hernández, es una valoración imparcial.

—¿De qué?

—De mi vida.

En ese momento debería haberle dicho que no, pero se dejó tentar por el hecho de que lo que le pedía sonaba distinto a cualquier encargo que hubieran tenido.

—¿Cómo se imagina que vamos a hacer esa valoración? —preguntó.

—Comparativamente.

Jovellanos sacó entonces unas hojas de papel con unas tablas de Excel, con nombres en las columnas de la izquierda.

—Estos eran mis mejores amigos del colegio —señaló los cuatro primeros nombres—. Los tres siguientes son de la época del instituto y estos últimos son de compañeros de carrera. Diez en total.

Al lado de algunos nombres aparecían direcciones o números de teléfono. También anotaciones que se referían a la profesión, el número de hijos, el estado civil.

—¿Qué quiere que hagamos con esta lista?

—Que me digan cómo es su vida.

—¿Para qué?

—Para saber cómo les va.

Aquí tocaba callarse. Era el momento de que el cliente formulase el motivo final que lo había llevado a la agencia.

—Quiero saber cómo les va para saber si a mí me va bien.

—¿No lo sabe?

—Nunca se puede estar seguro. Lo absoluto no existe —dijo con solemnidad—. Todo es relativo, solo la comparación nos permite saber dónde y cómo estamos.

Siguió un silencio que o bien podía tener el objetivo de que Mateo meditara sobre estas afirmaciones de pesadez dogmática, o bien que a Jovellanos le diera tiempo de formular el encargo de un modo directo. Mateo necesitaba lo segundo:

—Entonces, lo que usted quiere ¿es?

—Que observen a estas personas durante unos días y me cuenten cómo son sus vidas. Si están satisfechos, si parecen felices.

—¿Cuán a fondo quiere que vayamos?

—Si engañan a sus parejas, me interesa, pero no necesito detalles. Si son adictos, me interesa, pero tampoco necesito saber más. Solo busco los indicadores de felicidad e infelicidad.

«Indicadores de felicidad o infelicidad», lo decía como si existiera una tabla estándar, algo así como las normas ISO de la felicidad.

Era absurdo, pero sonaba fácil, no era ilegal y, como se trataba de investigar a diez personas, suponía bastante trabajo, es decir, bastante dinero.

Ahora que él y Nora llevaban tres semanas ocupados con el asunto, la sensación de inanidad era superior a todas las ventajas que le había encontrado al encargo en ese momento. Mateo se aburría.

¿Era el caso o era él? No recordaba ninguna investigación que hubiera acabado resultándole indiferente. Siempre había algo que si no estaba en el centro del caso, era tan extrínseco como magnético: el dinero percibido. Pero en esa ocasión ni aquel aliciente funcionaba. Entonces, el problema

estaba en él, tenían que ser los años, tenía que ser que ya era un viejo detective; peor aún, un detective viejo, al que solo le faltaba comprarse unos pantalones y una chaqueta beis para sellar su paso a la decadencia.

La expresión en la cara de Nora al entrar en el despacho ahuyentó la amenazante sombra beis del detective viejo.

Amalia llegó al barrio a las cinco de la tarde. Dejó el coche cerca del parque de La Pegaso, en los antiguos terrenos de la fábrica de camiones. El trayecto a pie de casi veinte minutos hasta la agencia, su modo de recalcar que venía de fuera, se le hizo pesado. El sol ya había tenido tiempo de calentar a fondo el aire de las calles. Se cruzó con una chica con un vestido de punto beis muy ajustado sin mangas que no se había dado cuenta de que el ombligo le sudaba y le había dibujado un círculo oscuro en la barriga. Un círculo perfecto, como su cuerpo y como debía de ser su ombligo. A partir de ahí, no dejó de ver marcas de sudor cada vez que se cruzaba con alguien: debajo de los brazos en la camisa oscura de un hombre, en la frente de una mujer que cargaba un bebé en brazos, en el pelo pegado a las sienes de un chico que la miró al pasar. Esperaba que este no se hubiera dado la vuelta, sentía la blusa sin mangas pegada a la espalda.

Abrió la verja del jardín. La tía Claudia se había llevado el gran helecho rizado para darle refugio en la parte sombreada del jardín. El tocón de la antigua palmera del indiano volvía a ofrecerse como asiento. Su padre se sentaba a fumar allí por las noches.

Entró por la puerta de la casa para saludar a su madre antes de la reunión. Estaba en el salón viendo un viejo episodio de *Poirot* en la tele. Los repetían en bucle, y, como la serie había sido rodada durante más de veinte años, los actores envejecían o rejuvenecían de un día para otro, según de qué temporada se tratase. Hoy Poirot tenía un aspecto de temporada tardía. Amalia se quedó de pie detrás del sofá y se inclinó para darle un beso en la mejilla a su madre.

—*El misterio del tren azul* —dijo esta, sin apartar los ojos de la pantalla.

—¿No te las sabes todas de memoria?

—En inglés, todavía no. Además, en la versión original Poirot habla con acento francés, algo que quitaron en el doblaje. No entiendo por qué.

Estaba de buen humor. Tal vez era cierto lo que decían los psicólogos, que volver a ver los episodios de una serie era un descanso para la mente.

—¿Ha llegado Nora?

—Hace un rato. Está con tu padre en el despacho.

Justo cuando Amalia se dirigía a la puerta del pasillo que llevaba a los despachos, su madre soltó un sonido que parecía una carcajada. Poirot había desaparecido; en su lugar, dos personas tumbadas sobre el colchón que se anunciaba fingían dormir plácidamente en una habitación iluminada como un quirófano.

—A veces pienso que estos anuncios los filman directamente con cadáveres —dijo su madre.

—Con los cadáveres de lo que creyeron que iba a ser su carrera en la actuación.

Su madre se volvió hacia ella y premió su maldad con una sonrisa.

Amalia cerró tras de sí la puerta del pasillo que comunicaba con los dos cuartos que ocupaba la agencia; un pasillo sin luz que los aterrizzaba cuando eran pequeños, pero que ahora le parecía el lugar más plácido de la casa.

Abrió la puerta del despacho principal.

No se necesita una especial sagacidad para percibir que se ha interrumpido una conversación al entrar en un lugar. Tampoco es indispensable padecer cierto grado de paranoia para sospechar que se era el objeto de esa conversación. Le bastaron las miradas de su padre y su hermana.

Estaban sentados en dos de los silloncitos azules en los que solían hablar con los clientes cuando les presentaban los resultados de sus investigaciones. Aunque se encontraban en el rincón menos iluminado de la oficina, a los muebles se les notaban los años. A diferencia de los heredados del indiano, que envejecían dignamente, estos, comprados en una tienda del barrio, se veían avejentados.

—Creo que ya tocaría cambiar estos sillones —dijo mientras se acomodaba frente a ellos.

Su asiento le dio la razón con un crujido.

—¿Qué tal la mañana? —le preguntó su padre.

Del mismo modo que no necesitó la sagacidad ni la paranoia, tampoco fue un alarde de perspicacia detectar que era una pregunta de cortesía, a la que tenía que responder con brevedad porque él tenía algo que contarle.

—Todo bien. Nos han renovado un año más el contrato.

—Estupendo —respondió, pero no le pidió más detalles, ni mencionó la tranquilidad económica que suponían doce meses de ingresos seguros gracias a ese encargo de una empresa de seguridad en eventos musicales, sino que, en el tono con que otros anuncian los primeros pasos de un hijo o sus buenas notas, le dijo—: Esta mañana tu madre ha ido a un entierro.

—¿De verdad?

—Con Claudia. Nora las ha acompañado.

Miró a su hermana y se encontró con la misma sonrisa que le había dirigido su madre. ¡Cuánto se parecían! Ella, en cambio, era Hernández. Le sacaba más de diez centímetros a su hermana mayor. ¡Y esas manazas! Como las de su padre, que envolvían el móvil cuando llamaba. Por no hablar de los pies.

—¿Qué tal ha ido?

Era la señal que esperaba Nora para empezar el relato, aunque la protagonista no iba a ser su madre, sino la familia de la difunta, una tal Laieta Casanovas, unos hijos airados y un novio conocido por internet.

—Suen a estafador del amor —concluyó Amalia.

Ambos asintieron en perfecta sincronización. ¿A qué se debía el entusiasmo que mostraban? Que su madre hubiera acompañado a la tía Claudia a un entierro era, por supuesto, digno de atención. Por fin recuperaba una de sus viejas costumbres, aunque a ella siempre le habían desagradado las aficiones morbosas de su madre. Pero el resto no era más que un chisme de barrio, uno más de los que nutrían la sensación de pertenencia que tanto apreciaba su padre.

—Estamos seguros de que se trata precisamente de eso —dijo su padre.

Su hermana asentía con la mirada fija en ella.

Amalia entrelazó las manos sobre el regazo. Las sentía pesadas y grandes.

—Hemos pensado que podríamos contactar con los hijos —siguió su padre.

—¿Para qué?

—Para ofrecerles nuestra ayuda.

De eso estaban hablando cuando entró, se preguntaban si ella estaría o no de acuerdo con esa idea absurda.

—¿Desde cuándo abordamos nosotros a la gente? Son los clientes los que vienen a buscarnos.

—En este caso, nosotros podemos tomar la iniciativa.

—Es que no es un caso, papá. Es inmiscuirse en asuntos ajenos sin necesidad.

—Pero si aceptan... —intervino Nora.

—¿Qué os ha dado? ¿Os aburrís? ¿Os falta trabajo?

El «no» de su hermana fue más contundente que el de su padre. Lo pasó por alto; se le acababa de ocurrir una posible razón.

—Todo esto viene porque mamá ha ido al entierro, ¿verdad? Creéis que es algo así como una señal.

Esta vez, la negativa más débil fue la de su hermana. Sin embargo, parecía que los dos ya habían tomado una decisión.

—No contéis conmigo —dijo, tajante. Y se escuchó añadir con solemnidad—: Es algo moralmente reprobable.

—¿Qué te pasó ayer en casa de tus padres? —le preguntó Ayala mientras se levantaba de la cama para ducharse.

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque siempre que te enfadas con ellos te me montas encima como un jinete de doma y me haces esto. —Le mostró las marcas que sus dedos le habían dejado en los hombros—. Que no es que no me guste, pero es que con el tiempo he descifrado su significado.

En cuanto él se dio la vuelta, Amalia saltó desnuda de la cama y se subió de un salto a su espalda.

—¡A la ducha, caballo!

Una hora más tarde llegaron juntos a la agencia en el barrio de la Sagrada Familia. Rodrigo ya estaba allí y les había preparado las agendas del día. Desde que supo que no iba a perder el trabajo con la reapertura de Hernández Detectives, se esforzaba a diario en demostrarles que habían tomado una buena decisión.

Rodrigo era tan circunspecto como parlanchina era su madre, Violeta. Tal vez esa fuera su forma de rebeldía; o tal vez la labia de su madre no le había dejado espacio para la práctica. Violeta, siempre detrás del mostrador de su pequeño quiosco papelería, era una de las informantes de su padre sobre todo lo que sucedía en el barrio. Hablaba mucho de sí misma y, en trueque, sus interlocutores lo hacían también: confidencia por confidencia. Era un mecanismo simple, teniendo en cuenta que, salvo escasas excepciones, a la gente le encanta hablar de sí misma. Rodrigo parecía dominar la variante opuesta de ese don. Si Violeta invitaba a hablar porque hablaba, él invitaba a hablar porque escuchaba. Cuando un cliente entraba en la agencia y él anotaba el motivo de su visita, o los alumnos de los cursos para vigilantes le daban el correo electrónico, se sentían

impelidos a seguir hablando con ese hombre joven de enormes ojos castaños que asentía serio y atento como si no hubiera nada más interesante que lo que le estuvieran diciendo.

La agenda le recordaba a Amalia que debía revisar un presupuesto que había preparado Rodrigo. Otra razón para alegrarse de tenerlo con ellos. No solo se le daban bien las tareas administrativas, sino que incluso le gustaban. No se dejaba aplastar, como ella, por las complicaciones burocráticas. Armado con un bloc de notas y un lápiz, Rodrigo plantaba cara a cualquier monstruo administrativo que apareciera en la pantalla del ordenador, mientras emitía una especie de ronroneo, que ella había identificado como los bajos de las melodías que sonaban en sus auriculares.

Ella no ronroneaba ni canturreaba mientras repasaba las cifras, solo suspiraba de aburrimiento, lo que la llevó a recordar la tensa reunión con su padre y su hermana el día anterior. ¿Qué les había dado a esos dos?

El repetido campaneó del timbre y el creciente rumor de voces anunciaban la llegada de los alumnos del cursillo para trabajadores de la seguridad en eventos deportivos. Casi todos se dirigían primero a la cocinita, donde la cafetera trabajaba a destajo. La habían comprado en la tienda de su tío Basilio en el barrio; no hacerlo habría supuesto un delito de alta traición.

Risas y pasos detrás de su puerta. Los alumnos entraban en el aula donde los esperaba Ayala para la clase.

Como en otras ocasiones en las que no podía concentrarse, pero necesitaba tener la sensación de que trabajaba, Amalia cogió un bloc de notas, se sentó al fondo del aula y simuló supervisar la sesión. Casi todos los candidatos estaban tan concentrados en las explicaciones de Ayala que pronto olvidaron su presencia. Solo una mujer en la treintena se volvía para mirarla de vez en cuando con expresión desconfiada.

—Tiene un punto paranoico —le comentó Ayala tras la clase—. Valdría como detective. Igual más adelante podríamos darle algún trabajillo. Parece muy avispada.

El tono admirativo hizo que Amalia le diera la razón mientras pensaba justamente lo contrario.

Después se dedicó a leer la prensa *online* hasta que le pareció que había pasado tiempo suficiente y podía devolverle el presupuesto a Rodrigo.

—Todo bien. Puedes enviarlo.

De vuelta en su despacho, le escribió un mensaje a su hermana: «¿De verdad lo vais a hacer? ¿Vais a hablar con la familia? ¿Dónde ha quedado lo de hacerlo todo correctamente?».

Desde que habían tenido problemas con la policía, la consigna era mantener un perfil bajo, no llamar la atención, no despertar al perro dormido, si es que en algún momento el perro que andaba tras ellos, el inspector Joan Marín, había llegado a dormirse.

Joan Marín sospechaba que ellos tenían que ver con la desaparición de Rosario Pelegrí, la mujer que seguía en búsqueda y captura como cabecilla de una red de prostitución de menores, la mujer que ordenó que mataran a Marc cuando su hermano se acercó demasiado a su banda. La mujer que su madre había matado en venganza. Marín era un buen policía; los había investigado y había estado muy cerca, pero no lo suficiente. Sin embargo, Amalia tenía el convencimiento de que no los había olvidado, que continuaba al acecho, esperando el momento de atraparlos con cualquier excusa. Y entretanto, Rosario Pelegrí seguía en la lista de personas buscadas. Amalia lo comprobaba de vez en cuando. Si algún día dejaba de estarlo, sería porque habían encontrado su cuerpo, dondequiera que estuviera. Tenía la certeza de que Ayala lo había lanzado al mar. Por eso ella ya no comía pescado de playa, aunque siempre les daba las gracias a los salmonetes cuando veía sus cuerpos rosados y sus ojillos muertos en alguna pescadería. ¡Coméosla!

Esperó la respuesta de su hermana mientras contemplaba desde la ventana las torres de la Sagrada Familia, unas vistas que solo eran posibles porque ese piso era un añadido al edificio modernista original, una *remunta*. Aunque para muchos amantes de la arquitectura barcelonesa se trataba de un pegote, a ella le parecía bien tener la oficina en ese espacio agregado, no previsto en los planos originales, eso le recordaba que se lo había ganado, que estaba allí, aunque no fuera de allí.

Rodrigo apareció en la puerta.

—Amalia. Llamada.

Pensó que sería su hermana para darle explicaciones. O tal vez su padre para decirle que tenía razón. Pero se trataba de una nueva cliente. La dueña de una cadena de carnicerías quería encargarles la investigación de una falsa baja laboral.

Esos solían ser casos sórdidos, en los que se trataba de cazar a algún pringado que trabajaba en negro mientras se suponía que estaba de baja en la empresa que lo tenía contratado. La clienta, Evangelina Pereira, quería verla cuanto antes.

—En su despacho, por favor. No quiero que mis otros empleados sepan que esta vez voy a contratar a una detective. Por si Ramón, el que se ha tomado la baja otra vez, tiene algún cómplice.

La urgencia la hizo presentarse allí poco menos de una hora después.

Justo en el momento en que Evangelina Pereira entraba en su despacho acompañada por Rodrigo, le llegó la respuesta de Nora.

«¿Por qué no? Puede ser interesante. Papá ha ido a ver a Nico Rovira».

Pero Amalia tenía ya otra cosa en mente. Allá ellos con sus historias de barrio.

—Pase, señora Pereira.

«Moralmente reprobable», había dicho Amalia en la reunión, se había cruzado de brazos y, para hacer patente que no quería seguir hablando del tema, les había explicado cómo había negociado la firma del contrato con una empresa de seguridad. «Negociar», «firma», «contrato», no eran meros términos oficinescos, eran reproches aleccionadores. ¿Veis? Así se hacen las cosas. Somos profesionales.

Moralmente reprobable era también que se hubiera aprovechado de que Nico Rovira debía de seguir furioso el día después del entierro para llamarlo enseguida por la mañana. Le había dicho que quería hablar con él sobre el hombre que había «acompañado» —aquí le llegó un respingo al otro lado de la línea— a su madre en los últimos meses y se había ofrecido a ayudarlo por si quería hacer algo al respecto.

—¿Es usted abogado? —había preguntado el hijo de Laieta.

—No. Detective privado.

Momento crítico. ¿Le diría que se metiera en sus asuntos y colgaría?

Un carraspeo y una pregunta:

—¿Qué cree que puede hacer por mí?

—Déjeme que se lo cuente en persona.

Se habían citado en el negocio de Rovira.

Un par de horas más tarde, Mateo aparcaba la moto en la plaza del Centre y seguía por la avenida de Madrid hasta llegar a los bajos de un edificio de pisos, cuya insolente brutalidad de hormigón resaltaba entre bloques anodinos.

Nico Rovira lo estaba esperando, su cabeza asomaba tras las letras de la cristalera, por supuesto en tonos azulados, de Bonaigua, su empresa de máquinas depuradoras de agua.

Mateo empujó la puerta. El sonido de la campanilla le repitió «re-proba-ble», aunque con poca convicción. Rovira parecía aún más alto que su padre, tal vez porque las piernas, más fuertes, no estaban arqueadas bajo el peso del tronco. Le dio la mano y lo hizo pasar a su despacho acristalado al fondo de un local en el que se exhibían las máquinas que prometían volver amable el agua de Barcelona. Al salir tenía que coger un folleto. No solo para informarse, es que le gustaban los folletos. Tal vez deberían imprimir de nuevo algunos de la agencia. Mejor no. Amalia los encontraba anticuados, había sido ella quien más había insistido en dejar de imprimirlos y sustituirlos por una página web. Si al final Rovira los contratara, su hija ya se sentiría lo bastante afrentada como para, además, encontrarse un folleto de Hernández Detectives sobre la mesa.

—Yo a usted lo conozco, bueno, lo tengo visto del barrio —dijo Rovira tras ofrecerle asiento—. Ahora sé quién es: es el detective de la casa del indiano.

—Ese mismo.

—¿Cómo se enteró de lo de mi madre?

—Su madre y mi cuñada Claudia eran amigas desde el colegio. Ella estuvo en el entierro. Y me contó lo que pasó —empezó a mentir Mateo—. Estaba muy consternada y me dio a entender que tal vez podríamos ayudar a la familia de su amiga. No es un procedimiento habitual que nosotros contactemos a alguien sin más, pero me pareció que por lo menos había que intentarlo.

Rovira asentía. Tocaba dar un paso.

—Y por eso estoy aquí, por si puedo ayudarles.

—¿Qué cree que puede hacer por nosotros?

—Encontrar a ese tipo y desenmascararlo.

—¿Y después?

—Después hay que denunciarlo.

—¿Recuperaremos lo que le robó a mi madre?

—Eso no lo podemos saber. Es competencia de la justicia.

El debate interno de Rovira era casi audible. Mateo lo hizo hablar.

—¿Qué sabe de ese hombre?

—Poca cosa. Que era de la edad de mi madre, que se llamaba Julio, aunque a saber si ese es su auténtico nombre.

—¿No lo ha visto nunca?

—No. El día del entierro me fijé en una persona que parecía observarnos y pensé que era él. Perdí los papeles, lo perseguí y casi le pego. —Nora ya se lo había contado, pero Mateo quería escuchar su versión—. Pero era solo alguien que quería dejar flores en un nicho próximo. Tendré suerte si no me denuncia. —Respiró con fuerza por la nariz y añadió—: Si le digo la verdad, no sé a qué coño va la gente a los cementerios. Solo hay muertos.

El comentario le desagradó a Mateo, pero no lo dejó traslucir.

—¿Desde cuándo estaban en contacto su madre y ese hombre?

—Supongo que la cosa empezó varias semanas, si no meses, antes de que mi hermana y yo nos enterásemos. Se lo tenía muy callado. Sabía que no lo aprobaríamos.

—¿Era solo virtual o se veían?

—No lo sé.

—¿Les habló ella de esa relación?

—No. Lo descubrimos nosotros.

—¿Cómo?

Rovira se levantó. Mateo creyó que un arrepentimiento súbito iba a dar la conversación por finalizada.

—¿No le he ofrecido nada? ¿Quiere probar nuestra agua?

—Por supuesto.

Se dirigió a un grifo que sobresalía de un pequeño fregadero metálico en la pared a su derecha. Las tuberías quedaban al aire para mostrar que provenían de una caja transparente en el suelo. Debía de ser la máquina que filtraba el agua. La curvatura del grifo le recordó los modelos del sistema digestivo humano de los libros de anatomía. Rovira sirvió dos vasos y los dejó sobre la mesa mientras la máquina emitía tenues borborismos.

—Por un ramo de flores.

Un ramo de flores con una tarjeta de ese tal Julio. «Tu Julio». Entonces los hermanos vieron los indicios que habían ignorado: la ropa nueva y colorida, los cambios en el peinado, el buen humor, el perfume que había vuelto a ponerse su madre...

—No sabemos en qué momento empezó todo, pero cuando nos dimos cuenta, ella ya le había entregado mucho dinero, todos sus ahorros para ayudarlo en no sé qué negocio y no sé qué deudas que por lo visto tenía el tipo ese.

Mateo dedujo que no visitaban a su madre con frecuencia. Rovira se lo confirmó.

—Eso pasa por no estar atentos. Pero con la empresa... Y tengo dos hijos adolescentes. —Se tomó el último trago de agua con teatralidad de *western*, y con el mismo dramatismo miró con fijeza a Mateo—. ¿Puede dar con ese tipo?

—Sí.

—¿Dónde hay que firmar?

Sentada en el despacho de la agencia al que no accedían los clientes, Nora terminó de pasar las notas de sus observaciones de la tarde anterior. El número cinco de la lista. El encargo de Jovellanos le gustaba cada día más. Seguir los pasos de gente solo para que su cliente se cerciorase de que a él estaba yéndole mejor era tan gratuito como satisfactorio.

Pero había un error de planteamiento en el asunto: Jovellanos no se había incluido a sí mismo. Ella se encargaría de subsanarlo. Gratis. Por el gusto de completar el cuadro. No se lo había dicho a su padre y mucho menos a Amalia, que se preocuparía pensando que tal vez recaía en la curiosidad enfermiza que la había llevado a espiar a la familia entera durante años, desde la adolescencia, y a redactar actas exhaustivas sobre cada uno de ellos. Había pecado de este modo contra el primer mandamiento de su padre, formulado con el admonitorio dedo índice de un pantocrátor: «No se investiga a la familia». ¿El castigo? Saber. Saber demasiado de ellos y quererlos de todos modos.

Amalia lo había descubierto, había encontrado sus papeles y había leído algunos de ellos; los más inofensivos, ya que, aunque eran historias sucias y desagradables, sus protagonistas estaban muertos. Muertos y enterrados en la cripta familiar de los Obiols. Las historias familiares más oscuras provenían de la parte materna. Magí, el indiano, que fue un despiadado negrero carente de la inteligencia política que lo podría haber convertido en un prócer de la ciudad. Su hijo Josep, estraperlista, que hizo crecer la fortuna familiar para que la despilfarrara el abuelo Salvador en malos negocios, apuestas y burdeles. Amalia no había leído la carpeta en la que Nora había anotado cuanto sabía de Ayala. La inteligencia de su hermana iba bien acompañada de una generosa dosis de sentido común.

Un día, ella y Amalia cogieron todas las notas y las quemaron en el puerto en una especie de ceremonia vikinga. Pero el fuego no había borrado lo que guardaba en la cabeza. El conocimiento no puede eliminarse a voluntad. Nora había aprendido a mantenerlo oculto, a fingir que no sabía nada sobre el pasado familiar más innoble, sobre los delitos en la juventud quinqué de su padre, sobre los turbios movimientos de Ayala, sobre las adicciones de su hermano... Pero eso ya era cosa del pasado.

El presente era el encargo de Jovellanos. Guardó las anotaciones sobre el número cinco en la carpeta digital que compartía con su padre, entró en el otro despacho y le dejó una nota a mano para que no olvidase echarles un vistazo. Era evidente que a él cada vez le interesaba menos, de ahí que se hubiera abalanzado sobre la posibilidad de investigar al novio de la amiga de la tía Claudia. En ese momento debía de estar hablando con el hijo, con Nico Rovira, y Amalia estaría en su otra oficina rumiando el enfado con que se había marchado el día anterior.

Cruzó el pasillo sin luz y entró en la casa. Unas cortinas claras cubrían las ventanas abiertas de la galería. Detrás vio a su madre y a la tía Claudia sentadas una al lado de la otra en las sillas de enea debajo del emparrado del jardín. La melena cada vez más gris de su madre y su piel pálida contrastaban con el pelo corto teñido de rojo oscuro de su tía y la piel tostada por los trabajos en el jardín. Le daban la espalda y no se percataron de su cercanía. Se quedó en un rincón donde la penumbra la hacía casi invisible, inmóvil para no llamar la atención.

—Tendría que haberse puesto el marcapasos, como le aconsejaban los médicos —decía la tía Claudia.

—¿No lo hizo?

—Le daba aprensión llevar una máquina en el cuerpo. Pobrecilla.

—Bueno, se murió enamorada.

—Pero el novio ese era seguramente un sinvergüenza.

—¿Y qué? Ella no se enteró.

—O igual le dio el arrechucho al enterarse.

Laieta Casanovas había muerto de un paro cardíaco.

—La madre también se murió de eso, como el hermano. Creo que fue la genética y no el amor.

—O el desamor —concluyó su tía.

Las dos hermanas se quedaron en silencio. Un abejorro pasó zumbando entre ellas y golpeó contra la tela mosquitera que cubría uno de los ventanales. Esperaba que su tía no se volviera a mirarlo, llevaba tiempo obsesionada por la posible extinción de los insectos polinizadores. El moscardón ya se había desplazado hacia la gran maceta de margaritas a cuya sombra dormitaba el gato.

—¿Te acuerdas de esa canción de Romeo y Julieta? —preguntó entonces la tía Claudia.

—¿La de Karina? Eso es de hace mucho tiempo.

—La cantabas de pequeña. ¿Qué tendrías entonces, Lola, cuatro o cinco años? Y me acuerdo de que decías «Romero» en vez de Romeo.

—Hipercorrección lingüística, se llama. Como la gente que dice «bacalado» o «Bilbado».

—Ya de pequeña eras una listilla.

Nora permanecía inmóvil como un naturalista que presencia un raro comportamiento animal. Su madre y su tía no solían hablar del pasado.

—«No, no somos ni Romeo ni Julieta» —empezó a cantar su tía con la vocecilla de pájaro que le habían dejado los años.

—«Aquellos que murieron por su amor» —siguió su madre.

Nora no recordaba que tuviera esa voz grave y suave; llevaba años sin oírla cantar.

La siguiente línea la cantaron a dúo, desafinando. Ambas se echaron a reír. Su tía siguió con otro verso de la canción. Su madre con el siguiente. Intentaron otra vez el dúo y sonó peor que en la primera ocasión. Ambas sufrieron tal acceso de hilaridad, que su madre tuvo que sujetarse a los brazos de la silla para no caerse porque el cuerpo se le doblaba hacia delante. Sin dejar de reír, la tía Claudia se pasó los dedos por los ojos, se apretó el nacimiento de la nariz, miró a su hermana, que seguía curvada sobre sí misma. Entonces se le borró la sonrisa. Las carcajadas de su hermana se habían convertido en unos golpes de voz sin alegría.

—Lola, ¿te pasa algo?

Nora vio cómo su madre levantaba la cabeza. La cara mostraba una mueca incoherente, lloraba mientras los labios mantenían una sonrisa agarrotada. Se la quitó ella misma dándose una bofetada.

—No debemos. No debemos —dijo.

—Pero ¿qué tienes?

—Es tu culpa. ¿Por qué me haces reír?

—Pero, Lola. ¿Qué pasa?

—¿Por qué me haces reír? No tienes derecho.

La tía Claudia trató de tocarla, pero su madre le apartó la mano con violencia.

—No tenemos derecho a reír.

Su madre se levantó de la silla de enea y se metió en la casa sin decir una palabra. Entró tan rápido que a Nora no le dio tiempo de apartarse. Al verla allí, sin detener el paso, le lanzó:

—¿Qué? ¿Espiendo? ¿Volvemos a las andadas?

Subió la escalera hasta el primer piso y dio un portazo al encerrarse en su habitación.

Cuando Nora volvió a mirar hacia fuera, vio que su tía desaparecía por el pasillo central del jardín en dirección a su casa. Solo el gato había permanecido inmune a la fuerza centrífuga de la explosión.

Se metió de nuevo en el despacho y mandó un mensaje de voz a su padre.

«En cuanto acabes con Nico Rovira, ven enseguida a casa. Ojalá me equivoque, pero creo que mamá está teniendo una crisis...»

Mateo escuchó el mensaje de Nora al salir de la empresa de Nico Rovira. Al final, su hija añadía que Lola la había descubierto espiando la conversación. «Me voy a casa», era la despedida. Sonaba avergonzada. Su hija mayor no sabía enfrentarse a ese sentimiento. Aunque se pareciera tanto a su madre, en eso había salido a él.

Aparcó la moto en la acera y entró en la casa.

Encontró a Lola en el dormitorio tumbada de lado en la cama, de espaldas a la puerta. Se quitó los zapatos sin soltar los cordones y se tumbó pegado a su espalda.

—¿Cómo estás?

—Nora te ha contado lo que pasó.

Mateo la abrazó con fuerza.

—Nosotros seguimos aquí —dijo ella—, y cantamos y nos reímos mientras nuestro hijo se pudre en el cementerio.

Mateo repasó mentalmente las existencias en el botiquín que guardaba bajo llave en el cuarto de baño y calculó la dosis necesaria.

—Voy a darte algo para que te encuentres mejor.

Se levantó y la dejó a solas. Tenía la mirada fija en la pared. ¿Qué estaría viendo?

Preparó el medicamento y se lo inyectó con la suavidad que le habían dado los años de práctica. Dejó la jeringuilla en su mesilla de noche y volvió a abrazarla, esperando que su calor acelerara el tránsito de los psicofármacos por el torrente sanguíneo. Corred, corred a poner un poco de paz en ese cerebro. ¿Cómo podía haber sabido Lola lo de Laieta? Tenía que ser por Claudia. Por lo visto, lo del novio lo sabían las amigas de la muerta. ¿Cómo se le había escapado a él una historia así en el barrio? Tal vez últimamente había prestado poca atención a los viejos; sobre todo a las

mujeres. Parecía que los hombres se habían enterado de lo de Laieta en el entierro mismo. ¿Qué más había? ¿Qué había llevado a Lola a querer estar en ese entierro? No era el momento de preguntárselo. Como las deidades antiguas, no respondía cuando se le preguntaba, sino cuando ella quería.

Lola parecía estar adormilándose cuando de pronto se removió como si hubiera tenido un calambre y dijo con la voz algo pastosa:

—¿Tú sabes dónde ocultó Ayala el cuerpo?

A punto estuvo de responder «cuál».

—No. Tampoco se lo he preguntado. Es mejor no saber.

Sí, era mejor ignorar qué había hecho Ayala con el cadáver de Rosario Pelegrí.

—Pero te lo imaginas.

—Supongo que lo tiró al mar. Es el mejor sitio para deshacerse de un muerto en Barcelona.

—¿Cómo lo haría? —Estaba ya muy adormilada.

—Es un hombre de recursos. Y tiene muchos amigos.

—¿Tú crees que la niña lo sabe?

—¿Amalia? No, no lo creo.

—¿Y Nora?

—Tampoco.

Aunque de eso no estaba tan seguro. Era muy probable que lo supiera. Si no se lo había dicho Ayala, su hija mayor lo habría averiguado por su cuenta. Siempre había mostrado esa necesidad de saberlo todo, aunque, curiosamente, fue la única de los tres que lloró cuando le revelaron la verdad sobre los Reyes Magos. Después, como quien solicita clemencia, les pidió que no se lo contasen demasiado pronto a sus dos hermanos y calló hasta que llegó el momento.

—Nora me ayudó mucho cuando lo de esa —Lola cada vez hablaba más despacio— hija de puta...

—Lo sé.

—Son buenas niñas —silabeó.

—Sí.

—Marc también era un niño muy bueno.

—Mucho.

Ella no llegó a escuchar el sollozo que Mateo no pudo contener.

—Tengo que seguir con la lista —había protestado ella.

Hoy, según el plan, a Nora le tocaba empezar con el número seis de la lista, Juan Bautista Galíndez, uno de los compañeros de instituto de Ignacio Jovellanos.

—Pero es que es más fácil que hable contigo —había respondido su padre.

Nico Rovira le había dicho a su padre que Laieta Casanovas solía ir a la «consulta» de Olga Sants, una vecina del barrio que, tras enviudar, mejoraba su pensión con tratamientos cosméticos y videncias en su piso, un lugar en el que los hombres no eran bien recibidos, aunque Nora estaba convencida de que su padre era una excepción.

Hacía varios años, Olga había acudido a la agencia porque un pretendido galán la había engañado. En su caso se trató de un estafador analógico, que supuestamente acudía a ella para que lo pusiera en contacto con su madre muerta. El tierno amor filial que mostraba ese hombre la había conmovido y la convirtió en una presa fácil. Empezó a prestarle dinero para resolver «temas pendientes», hasta que en una ocasión el hombre le aseguró que había recibido en sueños mensajes de su madre desde el más allá sugiriéndole inversiones lucrativas. Olga, que compraba las piedras mágicas en una mayorista de minerales de la calle del Call y encargaba las barajas de cartomancia en la papelería del barrio, cayó por fin en la cuenta de que estaba siendo engañada. No lo dejó traslucir delante del hombre, pero pidió a Mateo que le diera una buena lección. Ayala se encargó de ello junto a uno de sus colaboradores. Las fotos del aspecto del timador tras su visita dejaron muy satisfecha a la viuda.

Con los años, su consulta, que no se anunciaba en ninguna parte, sino que funcionaba por el boca a boca, se había vuelto un territorio

exclusivamente femenino, del que las clientas salían comprendidas, absueltas y maquilladas.

Nora tocó el timbre del principal, se puso de modo que la pudieran ver bien por la cámara y la puerta se abrió sin preguntas.

La recibió Sonia, una ecuatoriana en la cincuentena con la que Olga compartía consulta y piso desde hacía un par de años. Sonia se ocupaba de la clientela latina. Olga, que había perdido muchas clientas habituales durante la pandemia, tuvo el olfato comercial de ampliar su público a la nueva población latinoamericana y encontró en Sonia, peluquera y chamana, la compañera ideal.

Recorrieron el pasillo hasta un cuartito acondicionado como sala de espera. Por el piso modernista no parecía haber pasado el siglo, en cada habitación, un papel pintado diferente, siempre con motivos florales, como los primos elegantes pero descoloridos de los hules de la cocina de la casa de los Hernández, espejos y cuadros con marcos dorados, techos con molduras, puertas altas con cristales esmerilados que impedían curiosear, salvo que se dejara la puerta entreabierta. Al pasar por delante del salón en el que atendía Olga Sants, vislumbró a una de las hermanas Salabert.

—Olga acabará en unos minutos —dijo Sonia antes de marcharse.

Nora se sentó en uno de los sillones y la avejentada tapicería de terciopelo celeste le raspó como un gato asustado. El sol del verano se estrellaba contra los visillos que cubrían los ventanales que daban al patio interior. La pared frente a ella estaba recubierta de cuadritos ovalados con coloridos óleos de pájaros cantores, que contrastaban con la oscura figura córvida de la Salabert, inclinada sobre las cartas con avidez. No de dinero, pensó Nora, sino de vida, de la poca que sabía que le quedada y tenía que tragarse rápido. Un arrebató de piedad casi la llevó a sentir mala conciencia porque no recordaba cuál era su nombre, solo que era la que caminaba a la derecha cuando las tres hermanas iban juntas. Pero recordó su incansable maledicencia. Tal vez debería aprovecharla y sacarles algo de información sobre Laieta Casanovas.

Unos minutos más tarde, Olga despedía a la Salabert de la derecha. Nora se levantó y se acercó a la puerta para escuchar.

—No me quedo tranquila, Olga —decía la mujer con voz quebrada—. No quiero ser la primera en irse, soy la pequeña, pero cada vez que noto esas manos apretando...

A través de la rendija que había abierto, Nora vio cómo la anciana se llevaba las manos a su flaco cuello.

—Podrías ponerte un colgante con una turmalina. Funciona como un escudo protector contra las energías negativas.

—¿Tienes?

Olga abrió una puerta lateral y gritó:

—¡Sonia! ¿Cómo vamos de turmalinas?

La voz al otro lado de la casa tardó en responder:

—Fatal, solo tenemos una. Eso sí, negra.

—Es muy poderosa —dijo Olga—. Absorbe la energía negativa y la encierra.

—¡Para mí! —gritó ansiosa la Salabert de la derecha.

Nora cerró la puerta y volvió a su asiento. Olga apareció poco después de que se oyera el golpe de la puerta de entrada al cerrarse y la hizo pasar al salón. Mientras recogía las cartas del tarot esparcidas por una mesa camilla cubierta de terciopelo granate, le dijo:

—Me imagino que vienes por lo de Laieta, ¿verdad?

Se echó a reír ante su expresión de sorpresa.

—No voy a presumir de mis cualidades adivinatorias. Es más bien lo que vosotros llamáis deducción. No creo que vengas a que te eche las cartas, ya sé que los Hernández sois descreídos. Y no me parece que quieras que te haga un tratamiento facial, aunque, si me lo permites, no me gustan nada esas ojeras que me llevas, cariño. —Le pasó un espejo de mano.

Nora se miró y vio las manchas azuladas que rodeaban sus ojos.

—Mira, vamos a hacer una cosa —propuso Olga mientras le indicaba el sillón de tratamientos—. Te sientas aquí y me preguntas lo que quieras mientras yo te arreglo esto.

Tumbada con un paño caliente cubriéndole los ojos, Nora escuchó el relato de Olga.

—Se presentó un día porque me dijo que se había enamorado y quería consultar con las cartas. Me enseñó una foto de él...

—¿Cómo era?

Nora trató de incorporarse, pero la mano de Olga la frenó.

—Era una de esas fotos viejas, de las que se hacían en los colegios, con los niños en fila y el maestro en medio.

Laieta había señalado un niño en el extremo de la segunda fila, algo orejón, sonriente.

—Me dijo que seguía teniendo la misma sonrisa. Y quería saber si era buena persona y que las cartas le dijeran si veían un futuro común con él.

—¿Y qué le dijiste?

—Que no necesitaba leer las cartas para saber que no. Aunque me moría de vergüenza, le conté lo que me había pasado a mí, pero no quiso escucharme. Me respondió que en su caso era diferente porque en realidad él no era un desconocido.

—¿No?

—No del todo. Era un compañero del colegio, pero no se habían conocido entonces porque en esa época los niños y las niñas estaban en edificios separados. Él, por lo visto, había estado secretamente enamorado de ella, pero, como era muy tímido, no se había atrevido nunca a hablarle.

La fantasía romántica del tímido pero fervoroso enamorado secreto, pensó Nora mientras Olga retiraba el paño caliente y empezaba a extender con suavidad una crema por su cara.

—¡Cuánto daño nos han hecho las canciones de amor a las mujeres, Nora! Nos intoxican con todas esas boberías.

Las manos de Olga se apoyaban ligeramente sobre sus orejas al hacerle el masaje. Después, toquécitos alrededor de los ojos mientras canturreaba el «Ramito de violetas» de Cecilia. Se perdió la palabra «primavera» porque se adormeció esos dos segundos. Olga notó el sobresalto del despertar.

—Suele pasar. Es el relax. Pues lo que te decía, que ella estaba convencida de que lo suyo era de verdad, y cuando quise advertirla de que toda la historia me daba mala espina, me dijo que era una envidiosa y se marchó muy enfadada. Muchísimo. Con decirte que me retiró el saludo y todo.

—¿A él lo viste alguna vez?

—No. Y a ella cada vez menos. Pero al entierro sí que fui, aunque solo a la iglesia. Te vi con tu madre y tu tía. ¿Cómo están?

—Como siempre.

—Es mucho. Ya me entiendes.

Sí. Siempre puede ser peor.

Veinte minutos después salía a la calle sin ojeras, con información, una canción cursi en la cabeza y unas ganas tremendas de irse a su casa y

alargar varias horas el sueño de dos segundos. Últimamente dormía poco.

Pero en vez de eso se encaminó a la agencia para contarle a su padre lo que había averiguado. Había caso.

Su madre sí que veía cosas, no como Olga. Lo que no sabían era cómo las veía. Su madre también acababa frases como las de un oráculo con un «ya me entiendes». Pero en muchas ocasiones Nora no lo entendía y el orgullo le impedía confesarlo. También el temor a la expresión de desprecio e incredulidad en la cara de su madre por tener una hija tan obtusa.

—¿Iba a la misma escuela?

—Eso le contó a Olga. Aunque no era exactamente la misma. Había una de niñas, que se llamaba Virgen de la Merced, que era donde estuvo la tía Claudia. Ocupaba el ala derecha del edificio. Los niños estaban en el lado izquierdo y la escuela se llamaba Santiago Apóstol.

Su padre se echó atrás en su silla.

—Tendré que hablar con Claudia, aunque está muy dolida desde ayer.

—¿Cómo está mamá?

—Más tranquila.

—¿Le has dado algo?

Su padre asintió. Nora no le pidió más detalles.

—Hoy se ha quedado en el primer piso, creo que no quiere ver a Claudia todavía.

—¡Pobre tía Claudia!

En ese momento sonó el teléfono de la agencia.

—Hernández Detectives. Dígame —respondió Mateo.

Nora se levantó de la silla y se metió en el despacho contiguo para seguir con la investigación sobre el sexto de la lista de Jovellanos, Juan Bautista Galíndez. Según Jovellanos, ya en el instituto había insistido en que lo llamasen Juan Bautista, porque el Juan le parecía demasiado común. El personaje prometía.

Del otro lado de la pared, le llegaba la voz de su padre al teléfono. Sonaba crispada. Se desentendió, no era asunto suyo.

—¡Cómo se atreve! —le gritó indignada una voz de mujer al otro lado del teléfono.

No la reconocía, por lo que su mente empezó a desgranar un extenso listado de nombres y caras de posibles agraviadas.

—¿Por qué se entromete en nuestros asuntos? Mi hermano me ha dicho que quiere encontrar a ese tipo...

—Buenos días, señora Rovira.

Martina Rovira, la hija de Laieta Casanovas, no dejó que Mateo, con su falsa cortesía, la frenara.

—Eran buenos hasta que he hablado con mi hermano Nico.

—Sí, él me ha contratado.

—Porque usted ha ido a él. No sabía yo que los detectives hicieran eso.

Eran casi las palabras de Amalia. Por un momento se imaginó a su hija yendo a buscar a Martina Rovira para acometer el movimiento contrario al suyo. Pero Amalia no era tan retorcida. Habría podido suceder algo así si hubiera tenido a Nora en contra, pero no a Amalia, siempre más recta.

Dado que ellos no parecían estar muy al tanto del día a día de su madre, le fabuló una estrecha relación de amistad entre Laieta y Claudia, así como la preocupación de su cuñada por la amiga «confundida».

—Entiendo entonces que la iniciativa partió de Claudia —la voz se había suavizado—, pero, por más amigas que fueran, incluso desde la escuela, no tiene derecho a inmiscuirse en los asuntos de la familia. Más ahora que mi madre ha fallecido. El asunto está zanjado.

—Su hermano no lo ve así.

—Mire, mi hermano está ahora furioso y no piensa. Pero, en cuanto recapacite, verá que no tiene sentido seguir hurgando en esta historia tan... tan infeliz.

—Puede ser, pero ha firmado un contrato en el que me autoriza a investigar. Si no quiere que siga, hay que rescindirlo.

—Pues rescíndalo.

—Tiene que rescindirlo él, que es quien lo ha firmado. Háblelo con su hermano.

Por el silencio que se hizo, entendió que ella ya lo había hecho y que él no había cedido.

—¿Sabe lo que es usted? —La voz de Martina Rovira sonaba como al inicio de la llamada. Mateo apartó unos milímetros el teléfono de la oreja —. Es usted un sacadineros, como el canalla que engañó a mi madre. Lo único que va a conseguir es aumentar el bochorno que ha caído sobre nosotros. ¡Es usted un sinvergüenza!

Siguió una retahíla cada vez más acelerada de insultos y un jadeo antes de que ella colgara. O Martina Rovira había agotado su repertorio de agravios o se había quedado sin aire.

No sabía cuántas veces, a lo largo de los años, había recibido insultos o amenazas por teléfono. Se había impuesto la disciplina de esperar siempre a que fuera el otro el que cortase, porque en tales momentos de descontrol hay gente que dice más de lo que quiere. En el caso de la hija de Laieta no había hecho más que manifestar la impotencia de su oposición a que investigasen y el motivo principal: la vergüenza.

Se apoyó en el respaldo de la silla y respiró hondo varias veces. Por más que no quisiera darles importancia, esas situaciones le aceleraban el corazón.

Oyó pasos sobre su cabeza. Lola seguía enclaustrada en el primer piso. Acababa de entrar en el que había sido el cuarto de Marc, que se encontraba justo encima del despacho. Se quedó mirando hacia arriba, como si esperara poder ver qué estaba haciendo allí. No le gustaba nada que ella permaneciera demasiado tiempo en esa habitación. Los pasos y un golpe suave de la puerta lo tranquilizaron. Había salido de nuevo. Él también abandonó el despacho y, rápido y silencioso, llegó al pie de la escalera. Con el mismo sigilo subió al primer piso justo a tiempo de oír los pasos de ella en el segundo. Parecía dirigirse a su antiguo estudio. Allí podía pasarse horas leyendo. Mateo suspiró aliviado.

Volvió abajo y salió al jardín para hablar con Claudia. En primer lugar, para que, en caso de que se encontrase por la calle con los hijos de Laieta, les confirmase que había sido ella quien se había preocupado por su

amiga. También para que no se torturase. No era culpable de la crisis de Lola. Si no hubiera sido por lo de ayer, habría sido otro el detonante pasado mañana.

Un arbusto en una maceta había pagado el disgusto de Claudia. Ella, tan amante del jardín inglés, lo había convertido en una perfecta bola versallesca. La encontró sentada a una mesita de jardín preparando trampas para los caracoles.

Mateo miró alrededor.

—¿Y el gato?

—Ahí lo tienes. —Claudia señaló la mancha anaranjada debajo del limonero.

Como si supiera que hablaban de él, el gato levantó la cabeza y los miró con los ojos entrecerrados. Después la apoyó otra vez en el suelo.

—Parece que también está enfadado conmigo —dijo ella.

—¡Venga ya, Claudia!

Abrió una sillita plegable y se sentó con ella.

—¿Te ayudo?

—Sí. Es muy fácil, solo tienes que echar un poco de esto aquí.

—¿Qué es?

Claudia le pasó una cápsula.

—Es ecológico.

—¿Qué les hace?

—¿Tú qué crees? Matarlos.

—¿Sufren?

Ella le dirigió una sonrisa irónica.

—¿De verdad te preocupa?

Mateo rellenó la cápsula con una especie de gelatina verde y cambió de tema.

—Parece que Laieta era clienta de Olga Sants. Nora fue a verla y le ha contado que ese novio era un antiguo compañero del colegio.

—¿Del colegio? En el cole no había niños. Bueno, sí, pero estaban en otro lado del edificio y un muro separaba ambos patios. No nos mezclábamos nunca.

—Pero los veríais en la calle.

—Claro. Lo anormal era la escuela.

Mateo señaló la pila de cápsulas sobre la mesa.

—Claudia, ¿a cuántos caracoles quieres envenenar?

—A todos —respondió, pero dejó de rellenar cápsulas.

—¿Tú conocías a ese tal Julio?

—No. Pero es que han pasado muchos años.

—Olga le dijo a Nora que en la foto se veía un poco orejudo.

—Con lo pelados que iban, todos parecían orejudos, los pobres. Pero no recuerdo a ningún chaval que se llamase Julio. Había un Julián, un empollón que después se colocó en La Caixa y lo hicieron director de una sucursal por Sabadell o Terrassa.

No le encajaba el perfil, pero nadie podía aventurar las derivas que podía tomar la vida. ¿De director de una sucursal bancaria a estafador del amor? ¿Por qué no? Excepto en el caso de algunas dinastías delictivas, la mayoría de los estafadores van escorándose hacia esas actividades.

—¿Laieta no te contó nada de él?

—Sabía que se sentía algo sola. Sin marido, con los hijos siempre ocupados...

—Pero estabais sus amigas y hacía bastantes cosas, me dijiste.

—Hay gente que no ha nacido para vivir sola —respondió Claudia. Y antes de que él tuviera ocasión de preguntarle si era una de ellas, añadió—: Yo estoy bien como estoy, con vosotros en la casa grande, la gente del barrio... Estoy bien acompañada. Incluso demasiado —dijo señalando las trampas para caracoles—. Lo del novio o admirador o lo que fuera no lo vi venir. Me lo soltó un día porque le dije que la veía rejuvenecida, pero después empezó a hacerse la misteriosa. Decía que una historia de amor como la suya no podía despertar más que envidias, porque un hombre así no se encuentra en cada esquina.

—Estaba muy convencida.

—Mucho. No es que antes la viera mucho, pero es que desapareció, no me la encontraba nunca por la calle.

—Ahora que dices eso, Claudia. Si por casualidad te topas con sus hijos, que sepas que he ido a verlos para ofrecerme a investigar quién es ese tipo. Y que les he dicho que era porque tú estabas muy afectada por lo que le había sucedido a tu amiga.

—Entiendo. Quédate tranquilo. Pero —preguntó con cara de preocupación— ¿lo sabe Lola?

—No.

La inquietud de Claudia era comprensible, Lola siempre se había opuesto a que Mateo cogiera casos bajo mano, asuntos que, más que al

borde, estaban claramente al otro lado de la legalidad. Lola detestaba que Mateo hiciera, en palabras de ella, esas «chapuzas», pero gracias a eso había mantenido la agencia a flote en los malos tiempos.

—Es un encargo con contrato. El hijo quiere que demos con el estafador. Tal vez aún puedan recuperar algo del dinero que ella le dio.

Claudia no preguntó por la opinión de la hija, pero pareció sobrentender la situación.

—Martina estará enfadada.

—Sí. Lo he comprobado al teléfono.

—Los dos tienen muy mal carácter. La diferencia es que él, quizás porque es hombre, explota, pega cuatro gritos y se queda a gusto. Ella aguanta y aguanta, pero cuando peta, mejor que te pille lejos. Me acuerdo de que, cuando era pequeña, a un chaval de su clase le dio por llamarla «Martineta». Un día y otro y otro. Ella lo odiaba, porque siempre fue grandota y le parecía que el diminutivo era una especie de burla. Hasta que un día se hartó y, de un puñetazo, le hizo saltar un diente al chaval.

—¿Cómo sabes todo esto?

—Es que iba a la misma clase que Elsa en el cole.

Martina Rovira y la hija de Claudia. En momentos como ese, cuando algún círculo de relaciones que parecía casual se cerraba y demostraba que de un modo u otro todo en el mundo estaba relacionado, Mateo sentía la honda complacencia que proporciona constatar la veracidad de la propia cosmovisión.

—Pero no eran amigas —siguió Claudia—. A mí me habría gustado, y que se hubieran sentado en el mismo pupitre, como su madre y yo. Pero el primer día de clase, Elsa volvió diciéndome que había una niña que era «una animala», a la que hasta los niños le tenían miedo.

Elsa. Se sintió mal al caer en la cuenta de que llevaba mucho tiempo sin acordarse de la hija de Claudia, muerta de sobredosis en su dormitorio, a pocos metros de donde ellos estaban, con solo veintiún años. Ahora tendría cuarenta y tres, como Martina Rovira. Se había olvidado de Elsa. Lo sentía, pero su capacidad de duelo estaba copada por su padre y su hijo. Mateo se perdonó de inmediato.

Claudia señaló entonces con la barbilla hacia el primer piso de la casa, a la ventana abierta del dormitorio; tal vez Lola estuviera allí, puede que incluso le llegase el murmullo de sus voces.

—¿Sabes cuándo bajará?

—Dale un par de días.

Ambos miraron la pila de cápsulas con veneno. No solo el arbusto, también los caracoles lo iban a pagar caro.

Tras comprobar que Lola seguía enclaustrada pero tranquila, Mateo salió de casa. Necesitaba algunas recetas de medicamentos para ella. Siempre se las proporcionaba un psiquiatra, antiguo beneficiario de una de sus «chapuzas», que tenía una gran deuda de gratitud con él y que sabía que, si volvía a necesitarlo, podía contar no solo con su trabajo, sino también con su discreción. Cada vez que se encontraban en la consulta, después del apretón de manos repetían unas frases rituales que recordaban, sin mencionarlo, ese pacto entre ellos.

—Aquí tienes lo que me has pedido, Mateo.

—Gracias. ¿Tú necesitas algo?

—De momento no.

—Si no, ya sabes.

—Claro. Gracias.

—Que vaya bien.

—Lo mismo te digo.

Otro apretón de manos, votos renovados. Mateo salía y se dirigía a una farmacia. Siempre farmacias distintas, ya que no quería ninguna familiaridad con quien le despachara antipsicóticos, antidepresivos, y toda la colección de anti-algo que él le administraba a Lola.

Esta vez los compró en una farmacia en el vecino barrio de La Sagrera. Con los medicamentos en la mochila, pasó por delante del edificio donde vivían Amalia y Ayala. Seis años llevaban juntos. Nunca se lo imaginó. Nunca imaginó que su hija pequeña y su colaborador y amigo acabarían siendo pareja, la verdad. Trece años de diferencia de edad le parecían muchos.

Al volver al barrio, se cruzó con varios vecinos mayores y tuvo que acordarse de las palabras de Laieta que había citado Claudia, «un hombre así no se encuentra en cada esquina». Tenía razón. Al verse de perfil en un escaparate, se irguió y metió tripa.

Satisfecha. Esa era la palabra que describía cómo se sentía Nora. El sexto nombre de la lista, ese Juan Bautista Galíndez a quien el Juan se le quedaba corto, era un filón de sorpresas.

Todas las biografías tienen un relato oficial, notas a pie de página y, escondidas con la esperanza de que nadie llegue a leerlas, algunas páginas sucias, emborronadas pero imborrables. Hasta que apareció él, la investigación le había deparado historias comunes. Dos estaban casados, el que había salido del armario hacía unos pocos años lo iba a hacer también en breve; había un divorciado y otro con el matrimonio «en pausa». Varios tenían hijos, todos demasiado pequeños para ser interesantes; tampoco el adoptado. Uno de los casados tenía un rollo con una compañera de trabajo. El divorciado lo estaba porque se había liado con otra durante las vacaciones familiares en Francia. Los cinco investigados tenían lo que suele considerarse buenos trabajos, posiciones intermedias en grandes empresas, un abogado, un médico que ocupaba un cargo en el Departamento de Salud. Buenas casas, uno de ellos tenía una masía en el Montseny, otro una casa en el casco viejo de Pals, en la Costa Brava. Viajes, vehículos, *hobbies*... Los consumos de alcohol, cocaína, anfetaminas y otras drogas se movían «dentro de los parámetros estadísticamente esperables», según los criterios de su cliente. Solo el número cinco de la lista, Joaquín Roca, parecía estar a pocos pasos de perder el control de su adicción a la coca, debía dinero a varios camellos y se encaminaba a una situación complicada. Podía imaginarse que su cliente se sentiría muy satisfecho al saberlo.

Ella también lo estaba; la investigación estaba regalándole una expedición por los rincones oscuros de gente normal que no podía imaginarse que estaba siendo observada.

Su cliente le mandaba de vez en cuando mensajes para añadir más preguntas al catálogo inicial con que pretendía medir el grado de felicidad.

«¿Viven sus padres?»

«¿Ha sufrido alguna enfermedad?»

«¿Enfermos o adictos en su entorno?»

Ella volvía entonces a los nombres que ya había investigado y hacía las averiguaciones pertinentes. Los archivos engordaban cebados con nuevas informaciones. También el que llevaba el nombre de Jovellanos, de quien sabía que, hacía cinco años, había perdido a su padre, con quien, por otra parte, no se había llevado demasiado bien; que tenía un hermano menor que era dentista y cocainómano y de vez en cuando compartían alguna raya; que su mujer había tenido una aventura con un compañero del bufete de abogados, pero que había terminado cuando este se trasladó a Londres..., y de este modo iba llenando páginas con anotaciones sobre vidas comunes. Hasta que llegó el turno de Juan Bautista Galíndez.

Como su cliente, Galíndez había hecho el bachillerato en los maristas de Barcelona. Después estudió en Deusto, en el MIT y en The London School of Economics and Political Science. Había trabajado en Hong Kong e impartía cursos en universidades de Suiza y Alemania, ya que, además de inglés, su currículo decía que hablaba fluidamente alemán y francés. No tenía perfil en las redes sociales, pero sí su esposa, una exitosa productora de cine y televisión, de modo que Nora reunió una buena colección de fotos de Galíndez posando con ella en Cannes, Venecia y eventos sociales de postín.

—Esto no le va a gustar al señor Jovellanos —dijo en voz alta en el despacho mientras guardaba sus anotaciones a mano en el cajón superior de la mesa.

Ella, en cambio, se estaba divirtiendo. Por eso, ante el riesgo de que al cliente le diera por pedir un informe parcial y al encontrarse con esa vida más intensa y exitosa que la suya se frustrara y decidiera cortar la investigación, decidió no compartir las notas en los archivos de la agencia.

Su padre seguramente no las echaría en falta, ya que ni siquiera había abierto los documentos que le había enviado el día anterior. Estaba tan absorto con el caso del galán de Laieta Casanovas que había delegado la investigación de ese asunto en ella. Un arreglo tácito que los contentaba a ambos.

Salió a la calle, al indefectible cielo azul de todos los días, sin una nube que lo alegrase, que prometiera unos segundos de sombra clemente. Se quedó un momento debajo del porche buscando las gafas de sol que le había regalado Sergio. Unas gafas absurdamente grandes, que le cubrían media cara con dos caparazones oscuros. «Parezco la mujer mosca».

Mientras se dirigía a la plaza en la que había aparcado el coche, vio que alguien que caminaba en dirección hacia ella se detenía en seco al verla. Era Araceli, la propietaria de una floristería en Fabra i Puig, una antigua clienta suya. Hasta ese momento no le había sucedido o, por lo menos, no se había dado cuenta de que alguien la rehuyera. Tal vez se sintiera avergonzada en su presencia, porque se veía a través de sus ojos. Ante ella, Araceli no era una exitosa comerciante del barrio que había abierto hacía poco una segunda tienda en la zona de Navas, sino la mujer a la que le había desvelado que su marido la engañaba con una de las empleadas de la tienda. Los cristales oscuros de las gafas impidieron que Araceli llegase a ver su mirada, aunque se le escapó una media sonrisa, de la que se arrepintió al momento. Para que Araceli no tuviera que cruzarse con ella, giró a la derecha y se metió en la biblioteca.

A ciertas horas del día las bibliotecas públicas huelen a hombre viejo. A hombres que sus mujeres han mandado a leer el periódico allí para que el silencio en la casa por lo menos sea el propio y no se deba a la presencia de un señor taciturno.

Se sentó en uno de los asientos libres en la sala de periódicos y cogió el primero que encontró a mano.

—Si no te quitas esas gafas, no sé cómo vas a leer.

Xitu, el hombre que le había contado lo del «novio» de Laieta en el cementerio, ocupaba una silla de brazos justo frente a ella y la miraba sonriente, mientras que, a modo de invitación a conversar, cerraba el ejemplar de la revista que había estado leyendo y lo dejaba sobre una mesita baja. Nora se puso las gafas sobre el pelo. Como si de repente la reconociera, Xitu dio una palmada sorda.

—Tú estabas el otro día en el entierro. Eres la sobrina de Claudia, del indiano. De los detectives, ¿verdad?

Ella asintió. Xitu siguió diciéndole quién era:

—La mayor de la Lola, claro.

Nora volvió a asentir. Ser de barrio conlleva tener que escuchar desde la infancia esa especie de ficha policial con la que la gente mayor refresca

la memoria en los encuentros.

Como si la silla fuera parte de su cuerpo, Xitu la levantó dejando el trasero pegado al asiento y se acercó a ella como un caracol gigante.

—Te pareces mucho a tu madre.

—Eso me dicen —respondió con forzada amabilidad. Ese encuentro era un golpe de suerte—. ¿Era muy amigo de Laieta?

—Bueno, como lo somos los que nos conocemos del barrio de toda la vida. Son muchos años de verte día sí, día también. —Miró a su alrededor y, cuando se cercioró de que estaban solos, le dijo risueño—: ¿Sabes que a tu tía Claudia la pretendí un tiempo cuando éramos jóvenes? Pero se ve que yo no le gustaba. —Xitu se pasó el pañuelo de tela por el ojo derecho—. No es emoción, no te pienses. Es que tengo algo en el lagrimal que no me saben encontrar. Así que con tu tía Claudia, nanay, pero parece que me libré de una buena, porque, con perdón, tu tía está como un cencerro. Son así las Obiols. Bueno, tú no. Me pareces muy cabal, quitando lo de las gafas, claro.

Nora le sonrió. El sabor añejo de la palabra «pretender» le hizo tomar conciencia de que su tía Claudia había tenido una juventud. Retrocedió en el tiempo, la imaginó de niña viendo morir a su hermana pequeña, la primera Elena; después, cuando ella tenía doce años llegó su madre, la segunda Elena, que abjuró de su rol de copia y se hizo llamar Lola... Otra mujer Obiols, rara, como tal vez lo era ella misma.

Xitu seguía hablando:

—Sí, pareces cabal. Habrás salido a tu padre. O a tu abuelo, aunque a Conrado al final también se le aflojaron un poco algunos tornillos, pero eso nos pasa a todos los viejos. Mírame a mí, que *enchego* a hablar y no hay quien me pare. Pero es que lo de Conrado daba miedito. Estabas con él echando la partida y de golpe te preguntaba: «Xitu, ¿estoy muerto?». Y a mí se me ponían los pelos de punta. —Se frotó los antebrazos recubiertos de vello blanco para demostrarlo—. Y yo le decía que, con esas preguntas, así de sopetón, el que se iba a morir era yo. Pero se lo perdonaba, porque no he conocido a mejor persona que a tu abuelo Conrado. —Volvió a pasarse el pañuelo por el ojo. En esta ocasión, tal vez no fuera la dolencia del lagrimal y tomó aire para seguir hablando—. Pero, si lo pienso bien, con tu tía tampoco me habría ido tan mal, aunque sea un poco rara. Mira, por lo menos está viva y yo no estaría tan solo.

Nora lo miró a los ojos. Quizás fueran imaginaciones suyas, pero mientras la boca de Xitu hablaba sin cesar, había algo de pánico en su mirada, como si en su interior una parte de él se espantara al oír las palabras que se le escapaban sin que pudiera contenerlas, sin filtros, un torrente en el que ella iba pescando pepitas de información.

—¿Cómo es que sabía lo de Laieta? Creo que lo quería llevar con discreción.

Xitu se echó aún más hacia delante. El pañuelo se le salió del bolsillo y cayó al suelo, pero no lo recogió.

—Es que los vi —dijo—. Como tenía que ir a Barcelona para que me visitara el especialista de los ojos, aproveché que estaba allí para subir y bajar la Rambla de Catalunya, que era algo que le encantaba hacer a mi mujer. Y vi a la Laieta en la terraza de la pastelería Mauri tomando el té como si fuera inglesa. Ella estaba tan entretenida con ese señor que no me vio y yo tampoco le dije nada, porque no soy un entrometido.

—¿A él también lo vio? ¿Cómo era?

—Pues normal.

«Normal» es una de las palabras que más odian los detectives. Normal, créame si le digo que eso no existe. Recordó la foto que Laieta le había enseñado a Olga Sants.

—¿Tenía las orejas grandes?

—¡Vaya pregunta más rara, hija! Pero —siguió guasón— es que no se las pude ver porque el hombre tenía una buena mata de pelo, el cabronazo. Gris, como de galán de cine. Y llevaba gafas como de profesor, así cuadradas y de metal. Es curioso de lo que se acuerda uno. No me habría venido a la memoria si no me hubieras preguntado por las orejas. ¿Es un truco de detectives?

Nora le dirigió una sonrisa ambigua para que él pensara lo que quisiera.

Lo importante era que, gracias a la verborrea de Xitu, el tal Julio se convertía en una persona real, aunque el personaje seguramente no lo fuera.

—Esto es poco frecuente —dijo su padre al saberlo.

En la mayoría de esas estafas en las redes en las que hombres solitarios decían buscar el amor de su vida, los autores estaban en el extranjero.

Enviaban a sus víctimas mensajes en un castellano precario, con fotos manipuladas de hombres maduros y bien parecidos en parajes idílicos, a veces acompañados de un perro, preferentemente un pastor alemán, un golden retriever o un setter de pelaje impecable, otras navegando en un velero con mirada soñadora, o abrazando en el porche de su casa a unos supuestos padres de aspecto afable, los suegros soñados. Unos eran militares estadounidenses de alto rango; otros eran cirujanos, que posaban sonrientes con su bata verde; otros, pilotos bajo cuya gorra asomaba una cabellera gris. Héroes sacados del catálogo de la novela rosa, hombres hechos y derechos, solventes, vividos. No te casaste con el comandante que ha recorrido el mundo entero; tu hijo tampoco lo será, pero aquí llega una nueva, y última, oportunidad. Mírame y sueñate en la portada de la novela de tu vida. Soy lo que te mereces, lo que siempre te mereciste.

Al volver a casa, y a pesar del cansancio del día, Nora sabía que le esperaba otra noche de insomnio. Pero iba a cumplir lo que le había prometido a Sergio.

La cotidianidad familiar tiene el poder de naturalizar comportamientos que fuera de las paredes de la propia casa serían vistos como rarezas. En algunas se usan servilletas de tela que después se meten en un cajón tras usarlas y se reparten de nuevo en la próxima comida como cartas marcadas por el tahúr anterior. En otras, en verano se lleva un *ranking* de quién ha matado más moscas con una paleta. En algunas se entierra a las mascotas muertas en el parterre de los geranios. Horarios, rituales, frases de un dialecto privado ininteligible para los demás que recuerdan que se es parte de una secta familiar.

Ellos, los Hernández, entre otras rarezas, compartían la creencia, mejor dicho, la devoción por los psicofármacos como solucionadores de muchos problemas. No podía ser de otro modo tras convivir desde la infancia con los comprimidos, grageas, ampollas, pastillas, cápsulas que mantenían a raya, hasta donde era posible, a su madre.

Nora, que sufría de insomnio desde la infancia, lograba dormir solo con somníferos. Algo que Sergio no veía bien. Como tantos hombres de origen humilde que han tenido que luchar mucho para salir adelante, creía con firmeza en el poder de la fuerza de voluntad y había empezado una cruzada para que ella dejase de tomar pastillas para dormir.

- Es que ya no sé dormir sin ellas.
- Razón de más. Por lo menos inténtalo.
- ¿Y si no lo consigo?
- Lo habrás intentado. Es lo único que te pido.

Sergio pedía poco. No era de esos que fingen aceptar al otro para después tratar de cambiarlo. A Sergio ella le gustaba como la había conocido, familia incluida. Ya había vivido varias borracheras, crisis e impertinencias de su madre, cuyo efecto había sido que él la admirase todavía más.

Sí, Sergio pedía poco, pero no sabía cuánto hacía ella para cuidarlos a ambos, cuánto tenía que luchar contra su propia naturaleza, contra su insaciable ansia de saber de los demás. Nunca, por más que le tentara, lo había investigado. Conocía el pasado que Sergio le había contado y el presente que él le mostraba. No abrir la caja de sus secretos era tanto una prueba de amor como una protección de ese amor. Alguien que como ella había indagado en lo más oscuro de sus personas más queridas sabía bien lo difícil que resulta a veces seguir queriéndolas.

Había aceptado «desintoxicarse», como decía Sergio, durante un mes. Y mientras él, cansado tras una larga jornada de trabajo en su restaurante, ya llevaba dos horas durmiendo profundamente, ella se levantó de la cama con cuidado para no despertarlo, recogió su ropa sin hacer ruido y se vistió a oscuras en el salón. Cogió el bolso y comprobó que dentro estuvieran las llaves del coche. Dejó una nota por si Sergio se despertaba, no quería que se asustara. «Salgo a dar una vuelta». Cerró la puerta con sigilo.

Ya lo había hecho en noches anteriores y le había ayudado. Cruzó la ciudad, con muy poco tránsito a las tres de la mañana, y se acercó a la plaza de la Bonanova, donde vivía Jovellanos. Aparcó delante de su casa y miró las ventanas de su piso. Todo a oscuras. Dormían. Después se acercó a las direcciones de dos de los nombres de la lista. Todos dormían. Volvió a su casa.

Antes de meterse en la cama, arrugó y tiró la nota a la basura. Después repitió mentalmente varias veces el recorrido que había hecho con el coche. Cada vez que recordaba las ventanas a oscuras, sentía que su cuerpo se relajaba más. A mitad de la tercera ronda se durmió.

Llegaba tarde. Llegaba tarde. Se repetía en su cabeza mientras cruzaba la ciudad con la moto camino del juzgado en la Ciutat de la Justícia en L'Hospitalet. Aceleró y se llevó un bocinazo y los gritos de un conductor. Llegaba justo. Un par de zigzags por carrocerías demasiado cercanas. Si habían vuelto a insultarlo, no se había enterado. Casi todos llevaban las ventanillas subidas y el aire acondicionado a tope. Llegando, llegando. Los semáforos se aliaban con él. El ámbar lo invitaba a correr más. Dale, dale. Raspando cada segundo llegó a tiempo. Aparcó la moto y entró en el juzgado con el casco debajo del brazo. Pasó el control de seguridad. Su cliente lo esperaba en la puerta de la sala. Entraron. Mateo declaró cuando la jueza pidió el testimonio del detective en ese caso de una falsa baja laboral. Todo bien. Todo correcto. Así se lo diría a Amalia. Tal vez se le pasara algo el enfado.

Antes de salir fue a uno de los lavabos para refrescarse. Estaba lavándose las manos cuando dos hombres entraron juntos. Dos *mossos*.

A uno lo conocía demasiado bien, era el inspector Joan Marín, que había investigado el caso de Rosario Pelegrí y desde entonces iba tras él. El otro era un agente uniformado.

—Pero, bueno, ¿quién está aquí? Mi detective favorito —dijo con sorna Joan Marín y se dirigió al agente—: ¿Sabes quién es este? El señor Mateo Hernández, un investigador privado muy apreciado entre nosotros.

El agente lo miró con curiosidad.

Marín siguió:

—¿Qué? Supongo que testificando, ¿no? Y conociendo su ética intachable, habrá cumplido con los criterios de idoneidad, proporcionalidad y necesi...

Él se enjuagó las manos y, dándoles la espalda, apretó el botón del secador de manos antes de que Marín terminara la frase. Las movió parsimoniosamente hasta que cesó el ruido, se volvió y dio un paso hacia la puerta. Pero los dos policías le cerraban el paso. Marín lo miraba con cara de asco.

—No creas que te vas a ir de rositas, Hernández. Tarde o temprano la cagarás y allí estaré yo para verlo.

—Inspector, su discurso en este momento ni es idóneo ni proporcional, aunque, tal vez, para usted sea necesario. Y yo tengo que irme.

Si el agente no hubiera estado presente, tal vez habrían acabado a puñetazo limpio.

—No voy a ensuciarme las manos haciendo lo que en este momento querría, pero date por avisado. Saca un pie del tiesto... ¿Qué digo un pie? Saca la uña del dedo meñique del pie del tiesto y te crujo.

Mateo se marchó sin responder.

Se tranquilizó a sí mismo como si hablara con su hija: «Perfil bajo, Amalia. Todo correcto».

Salió de los juzgados caminando sin prisa, actuando para los ojos invisibles pero presentes del policía. Se montó en la moto y esta vez atravesó Barcelona como un motorista modélico, tan correcto y cumplidor que otros dos lo insultaron por parar cuando debía.

No tenía por qué, las llaves de la casa de su madre se las había dado Nico Rovira, pero, antes de entrar, dio una vuelta a la manzana por si estaban observándolo.

Nico Rovira le había contado que su hermana quería ocuparse de vaciar la casa. Ya en el pequeño recibidor se apreciaban los efectos de su paso. Como en vida de su madre, había sido una visita apresurada, por lo que de momento solo había dejado desorden. Los objetos de decoración que durante años habían ocupado un lugar fijo en las estanterías compartían en ese momento la superficie redonda de una mesa de comedor como en un mercado de pulgas: jarrones, perritos de porcelana, recuerdos de viajes, platos decorativos, tazas, cucharillas de plata, pequeños objetos coleccionables de quiosco... Los libros, básicamente colecciones de premios literarios, ediciones del Círculo de Lectores y una enciclopedia, resistían bien apretados en las estanterías de un mueble del salón que

cubría de madera oscura una pared completa. Como camuflados al final de los apéndices de la Espasa, Mateo encontró dos álbumes de fotos de color verde botella. Los metió en la mochila para examinarlos en la agencia. Esponjó un poco los libros para que los hermanos, sobre todo la hermana, no los echasen en falta.

En el baño habían desaparecido todos los cosméticos y medicamentos. Suele ser lo primero que acaba en una bolsa de basura, nadie quiere las cremas o las pastillas de una muerta. Entró en el dormitorio. El armario ropero de dos cuerpos estaba abierto y parte de su contenido llenaba varias cajas que seguramente donarían a alguna institución benéfica. Laieta había enviudado hacía dos años, pero solo colgaban perchas vacías en una de las mitades del armario. Tampoco parecía haber llenado con su ropa los cajones de la cómoda que habían pertenecido al marido. Mateo supuso que, como su madre, Laieta habría seguido durmiendo en su lado de la cama y que, aunque ya ninguna cabeza reposara en ella, al cambiar la ropa de cama lavaría ambas fundas de almohada.

A pesar de que las precipitadas incursiones de los hijos la habían deformado, la casa hablaba de muchas horas de soledad. Alguien se había aprovechado de aquella falta de compañía.

¿Se sentiría sola su madre? Ella tenía a Basilio en casa. Su hermano lo hacía para ahorrarse el alquiler, pero, bien pensado, tenía un efecto benefactor. Con él en casa, su madre no solo tenía compañía, sino también cosas que hacer. Se sentía útil y necesitada. Salía a hacer la compra, cocinaba; incluso le revisaba la contabilidad de la tienda de electrodomésticos a Basilio, quien, a su vez, la acompañaba a todos los médicos, y la llevaba y recogía de las clases de gimnasia para mayores y del club de lectura de la biblioteca del barrio. Además, le había llenado la casa de los mejores electrodomésticos del mercado. Hoy, como casi todos los viernes, almorzaría con ellos. Lo hacía gustoso, aunque su hermano menor a veces lo cargase con sus continuos lamentos sobre las dificultades del comercio local en los tiempos de la globalización.

Inspeccionó la cómoda del salón. Una tarjeta en un ramo de flores había delatado al admirador de Laieta, puede que la hubiese guardado. En uno de los cajones encontró viejas facturas de luz y agua. En otro, postales amarillentas, algunos dibujos infantiles, de los hijos o de los nietos. En el tercero, cachivaches que no se tiran, pero que tampoco se quieren tener a la vista: llaves, bolígrafos, estuches de gafas, mandos a distancia de

aparatos desaparecidos y piezas de metal y plástico sin una función clara. Todo del pasado.

No encontró ningún rastro del hombre. Nada.

—Mi hermana quiere ocuparse de la casa —le había dicho Nico.

Y seguramente una de las primeras cosas que habría hecho sería eliminar cualquier rastro de «ese asunto bochornoso», como lo había denominado al pedirle a Mateo por teléfono que dejase la investigación. No encontró el móvil, aunque sí un cargador; tampoco un ordenador, aunque Nico le había dicho que le había regalado una tableta en su último cumpleaños.

Debería haber inspeccionado antes la casa.

Al asomarse a la ventana vio que tenía que marcharse de allí. Como si hubiera sentido su presencia en la vivienda, Martina Rovira salía en ese momento del coche aparcado en la acera de enfrente. Miró hacia las ventanas. No lo vio, la cortina lo protegía, pero Mateo se apresuró a coger su mochila y, tras cerrar la puerta con dos vueltas de llave, subió al piso superior. Esperó allí escondido hasta que los sonidos en la escalera le garantizaron que la hija de Laieta estaba dentro.

Volvió a la agencia. Dejó los álbumes de fotos sobre la mesa de su despacho. Antes de ir a casa de su madre, tenía que ver cómo se encontraba Lola. No estaba ni en el salón ni en la cocina, seguía, pues, enclaustrada para no ver a su hermana, que nunca cruzaba la frontera invisible que le impedía entrar en la casa a pesar de que se había criado en ella. Una barrera que solo ella veía le cerraba el paso más allá de la cocina. Para cuidar las plantas del jardín delantero, prefería pasar por el caminito exterior de gravilla ribeteado de cintas verdiblancas.

Cuatro días sin bajar. Lola podía atrincherarse allí mientras él le subiera los cafés y las comidas. Tenía sus libros, su estudio, su dormitorio, pero también allí estaba el antiguo cuarto de Marc. Él, que en sus investigaciones había visto tantas habitaciones de hijos perdidos convertidas en santuarios, nunca llegaría a acostumbrarse a tener uno en su propia casa. Era un mausoleo que había construido ella misma a partir de lo que Marc había dejado en su antiguo dormitorio al marcharse de casa y lo que les había entregado la mujer de Marc tras su muerte, y que Lola había dispuesto en la habitación como ella había decidido apelando al conocimiento atávico de los hijos que se supone que tienen las madres. Entendía su necesidad de ver y tocar su ropa, sus libros, sus dibujos. Ella

respetaba que los sábados él fuera a hablar con su hijo al cementerio. Sin embargo, no era bueno que Lola permaneciera tantas horas por allí. Lo tranquilizó encontrarla en la biblioteca, desparramada y sonriente sobre un sillón con un librito en las manos.

—¿Qué es?

—*Apuntes para un tratado de cocotología* de Unamuno.

Mateo siempre había tenido la impresión de que, de haber estado vivo, Unamuno podría haber sido un serio rival para él. Lo que Lola sentía por ese hombre era devoción. Inconscientemente se tocó la nariz, no podía evitarlo desde que ella había dicho que Unamuno tenía la nariz más atractiva que hubiera visto. «Pero estás muerto, tío», pensó mientras le preguntaba a su mujer qué quería para comer.

—Un sándwich de jamón serrano.

—¿Solo eso?

—Bueno, dos.

Volvió al libro.

Después de subirle la comida, regresó a la cocina, cogió los dos táperes de su madre y los olisqueó para asegurarse de que se los devolvía limpios. A su espalda, Claudia se anunció con unos golpes tímidos en la puerta. Entró.

—¿Comes con tu madre?

Claudia sabía que comía con ella todos los viernes.

—Ha dicho que habrá menestra —respondió él señalando los recipientes—. Te traeré un poco.

Claudia sonrió, pero la mirada se le fue a la otra puerta, la que los separaba de la casa.

—Hoy tampoco creo que baje —le dijo Mateo.

—¡Qué pena!

—Pero está casi normal. Come, se ducha, lee, no se ha encerrado en una habitación...

Como había hecho tantas veces a lo largo de los años. Se enclaustraba varios días en la habitación de alguien y durante esas crisis no se podía entrar allí. Si se metía en la habitación de Marc o Amalia, los niños tenían que irse a dormir a otro cuarto. Curiosamente, nunca invadió el cuarto de Nora, que se convertía en el refugio del hermano expulsado de forma temporal. Como nunca se sabía cuánto duraban las crisis de encierro de Lola, en el cuarto de Nora había mudas de ropa de todos, también de

Mateo, por si Lola se encerraba en el propio dormitorio. Entonces a Mateo le tocaba dormir en el sofá del salón.

Esta vez no era así. Pero que no fuera tan extremo como en otras ocasiones no significaba que no tuviera que estar atento a sus reacciones. Anticipar era decisivo. Observar. Evitar o, por lo menos, paliar. Entender, en cambio, lo había dado por imposible.

—Pero no quiere verme —respondió Claudia.

—Se le pasará.

—¿Está bebiendo?

—Lo habitual. —Mateo metió los táperes en una bolsa—. He estado en casa de Laieta.

La curiosidad animó un poco la cara de Claudia.

—Casi me pillan la hija.

—Menos mal que no. Tienen muy malas pulgas los hijos. Los dos han salido al padre. Laieta era más *tòtila*.

—Pues espero que la hija no se dé cuenta de que me he llevado unos álbumes de fotos. Si quieres, podríamos echarles un vistazo juntos, así me ayudas a identificar a la gente. Igual aparece el galán en alguna de ellas.

Claudia parecía complacida.

Fingió no verlo, como cada vez que se cruzaba con alguno por la calle, pero esta vez le costó no encontrar sospechoso que el coche de los *mossos* tuviera que pasar por la calle de su madre en el barrio de Bon Pastor justo cuando él doblaba la esquina. Casualidad, se dijo para ahuyentar la paranoia, estaba sugestionado por haberse encontrado con Marín esa mañana, pero al mismo tiempo se dio cuenta de que el agente que conducía no le quitaba el ojo de encima mientras se aproximaban, y el vehículo redujo la velocidad al pasar por su lado. ¿Era una advertencia? No te olvidamos, te vigilamos. Se repitió que era casualidad, mejor aún, probabilidad, con tantos coches de la policía y la urbana circulando por la ciudad, lo normal era cruzarse con alguno un par de veces al día. Mientras metía la llave en la cerradura, se volvió hacia el vehículo y vio que se había detenido. Tal vez lo estaban fotografiando. Si pretendían intimidarlo u hostigarlo, se equivocaban. Imaginó al inspector Marín en la comisaría de los *mossos* guardando esa foto con el pie: «Detective Hernández entrando en el domicilio de su madre al mediodía».

Al abrir la puerta de la casita de una planta en la que vivía su madre, lo abrazó el olor a guiso que venía de la cocina. Entró y aspiró hondo hasta que el aroma borró la imagen de los dos policías en el coche. Pasó al interior. Su hermano Basilio lo saludó sin levantar la cabeza, estaba trasteando con un aparato electrónico en la mesa del comedor, que apenas se usaba porque preferían comer en la cocina. En eso se parecían sus dos hogares.

La posición de la cabeza de Basilio mostraba su creciente alopecia, que él no disimulaba con mechones largos pegados al cráneo, sino que dignificaba con el rapado. Basilio no solo había heredado los ojos claros de la madre, sino un sentido del decoro muy andaluz, que los hacía enemigos acérrimos de las batas de boatiné y las zapatillas de fieltro en la calle.

—¿Qué haces? —le preguntó a su hermano.

—Estoy conectando el lector electrónico a la tele para que el texto le aparezca en la pantalla y mamá pueda leer los libros sentada en el sillón; y si mi invento sale bien, también pueda escucharlos por los altavoces de la tele. Es que la mujer cada día ve peor, pero no quiere faltar a su club de lectura.

—Podría ir igual, aunque no se haya acabado el libro.

—¿Mamá? —Basilio le dirigió una de esas miradas censuradoras de «tú y tus *quincadas*» que tanto lo irritaban.

—Mateo, ven a poner la mesa, que esto está listo.

Su madre tal vez no lo había oído llegar, pero sabía que él era muy puntual. Mateo fue a darle un beso, le devolvió los táperes y los guardó en uno de los armarios para que ella los sacara de nuevo y los llenara otra vez, puso la mesa con los vasitos de vidrio para chatos de vino en memoria de su padre, que era de tinto en vaso. Por él brindaron sin palabras antes de empezar a comer. Su madre tomó un sorbo y dijo:

—Hijos, cuando me muera, quiero que me enterréis con la foto de la boda con vuestro padre.

Mateo dejó el vaso suspendido en el aire. Antes de que Basilio respondiera con un convencional «No diga esas cosas, madre», señaló la jaula en la galería y dijo:

—¿Quiere que le embalsamemos a los dos periquitos también?

Basilio lo miró ojiplático y, de repente, en un arranque que los devolvió a la complicidad de su infancia, sacó su mejor acento almeriense

y añadió:

—Eso, con los animalicos, como una faraona.

Ambos se echaron a reír a la vez.

—Parece mentira. Cada día sois más tontos, vosotros dos.

Por un momento se olvidaron de que eran dos sesentones y ella una octogenaria que se acercaba con brío a los noventa y fueron dos críos compinchados para tomarle el pelo a su madre.

—¡Ay, mamá!

Sobre una de las encimeras de la cocina media docena de botellines de cerveza vacíos enseñaban orgullosos las etiquetas en una fila perfecta. En cuanto los viera su padre, los metería en una bolsa y los tiraría en el contenedor del vidrio, de tres en tres, por si algún vecino curioso contaba los golpes chivatos de las botellas. Su madre las dejaba siempre a la vista, desafiantes. A diferencia de la mayoría de los alcohólicos, no se ocultaba para beber; ni excursiones subrepticias a la cocina ni botellas escondidas por la casa. No podía ni sabía vivir sin el alivio del alcohol. Sus hijos habían acabado aceptándolo con respuestas dispares. Amalia apenas probaba el alcohol; Marc había sido bebedor; ella, a la que todos le repetían cuánto se parecía a su madre en todos los aspectos, creía haber aprendido a dominar eso oscuro que llevaban dentro y solo se apaciguaba embriagándolo, en su caso, con informaciones, con borracheras de conocimiento. Su madre había necesitado seis cervezas en la primera mitad del día para aplacarlo. Había bajado para dejar el mensaje: «Estoy volviendo». La pregunta era cómo.

Nora esperaba a su padre para ver con la tía Claudia los dos álbumes de fotos que él había sustraído de casa de Laieta Casanovas. Era casi la hora. Miró al jardín. Su tía, que prefería no entrar en la casa, había sacado una mesita plegable y esperaba sentada con los brazos apoyados en ella como una estudiante aplicada. Nora salió a su encuentro.

—¿Ya has visto las botellas? —le preguntó su tía.

Ella asintió mientras acercaba una silla a la mesa.

—Bueno —dijo la tía Claudia—, por lo menos ha bajado. Y no bebe latas.

Quedaban pocos rastros del clasismo de familia de indianos venida a menos. El desprecio por las bebidas en lata era uno de ellos. Nora sonrió y cambió de tema:

—*Tieta*, he conocido a un antiguo pretendiente tuyo.

Al ver que su tía se quedaba pensando, se preguntó cuántos habría tenido.

—¿No será el Xitu? ¡Pobre!

—¿No te gustaba?

—Era muy guapo, pero muy soso. Hablaba tan poco que a veces parecía tonto.

—Pues ahora habla por los codos.

—Se habrá desatascado, el pobre.

—Me contó que había visto a Laieta con el novio, en la Mauri de la Rambla de Catalunya.

—Bueno, por lo menos se lo pasó bien con ese sinvergüenza.

Pronunció la última palabra con melancolía.

Desde la cocina les llegó un sonido de cristales chocando entre sí. Su padre estaba recogiendo las botellas. Seguramente las dejaría en el despacho para hacerlas desaparecer más tarde, porque poco después salió al jardín con los dos álbumes de fotos bajo el brazo. La tía Claudia colocó una silla a su derecha, se puso las gafas y, enmarcada entre ellos dos, empezó a pasar las hojas de cartulina negra. Nora se preparó para un tedioso viaje foto a foto, con nombres y anécdotas de gente del barrio, «este era», «esta fue», «aquí estaba», «allí pasó»... Nada de eso. Su tía echaba un vistazo a las fotos y, sin comentario alguno, pasaba a otra página.

—¡No corras tanto, Claudia! —le reprochó su padre.

—Es que toda esta gente no interesa. Son los padres de Laieta y otros parientes. Pero mira, por si quieres ver a los hijos cuando eran pequeños.

Señaló una foto en la que Nico y Martina Rovira posaban endomingados entre un grupo de niños alineados al sol frente al fotógrafo. Era la foto de una comunión. Los hermanos Rovira, anchos y altos, con los ojos entrecerrados, parecían dos crías de rinoceronte al lado de los otros niños.

—Y aquí los padres de jóvenes.

Era una foto de estudio en la que el retratista había colocado una mesita con un jarrón para compensar la diferencia de volumen entre una

mujer joven de aspecto delicado y el hombre corpulento al que daba la mano, quien, innegablemente, había engendrado a Nico y Martina.

Con esas dos imágenes, la tía Claudia consideró que había satisfecho lo suficiente la curiosidad de su cuñado y siguió pasando fotos sin recrearse en ellas. La nostalgia nunca había sido bienvenida en esa familia.

Empezaron el segundo álbum con su padre algo amohinado por la falta de historias hasta que Claudia pasó una página y aparecieron dos fotos en blanco y negro enfrentadas. A la izquierda, un grupo de niñas que posaban en tres hileras rodeando a la maestra en el centro.

—La segunda en la tercera fila por la derecha es Laieta. La de al lado soy yo.

Ya había visto fotos de su tía en su niñez, conocía muy bien los álbumes familiares, que había estudiado literalmente con lupa, pero esa imagen no la conocía. Su tía tenía doce años, su madre todavía no habría nacido.

—¿Cómo es que mamá no fue a ese colegio? —preguntó entonces, al recordar que a su madre la habían mandado a un colegio privado en los barrios altos.

—Tu abuelo vio que era especial, muy lista, y, como todavía le quedaba algo de dinero, la metió en el colegio de pago. Cuando la echaron por mal comportamiento, este ya había cerrado y entró en otro. Con niñas y niños mezclados.

Con el índice pasó de la foto de la izquierda a la de la derecha, como queriendo mezclar también a esos niños.

En la página de la derecha el rastro de los triángulos adhesivos arrancados mostraba que la foto de los niños alrededor de un maestro había sido añadida después para colocarla en simetría con la de las niñas.

Los niños mayores tendrían unos trece años, los pequeños, sentados en el suelo con las piernas cruzadas, entre nueve y diez. La tía Claudia empezó a señalar algunas de las caras y a dar nombres. Su padre asentía cada vez que el nombre le resultaba familiar y preguntaba cuando era nuevo. No tomaba notas, no lo necesitaba.

—Y este —dijo su padre señalando al que estaba en el extremo derecho de la segunda fila—, por lo que le contó Olga a Nora, es el tal Julio.

El niño parecía tener el pelo claro, aunque no debía de ser rubio. Se fijó en la sonrisa y las orejas algo prominentes. Ninguno de esos rasgos

serviría para identificarlo sesenta años después. De momento, su único recurso sería la memoria de quienes lo hubieran conocido.

—Está un poco borrosa, la foto —dijo Claudia acercándose más—. ¿No tenéis lupa vosotros, los detectives?

Su padre se rio.

—Por algún cajón tengo la que me regalaron los niños para un cumpleaños. Pero saca la foto del álbum para verla mejor.

Fue al cogerla cuando se percataron de que estaba impresa en papel común. La tía Claudia no le dio más importancia, pero ella y su padre se miraron. ¿De dónde la habría sacado? Quizás se la había dado Julio a modo de prueba.

Una sensación punzante en la coronilla la obligó a levantar la cabeza. Su madre los estaba observando desde la ventana abierta de su dormitorio en el primer piso. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho, como si vigilara desde la distancia sus avances en un caso al que ella misma los había dirigido. ¿O todo ese asunto no era más que una mala interpretación de un capricho materno?

Amalia tenía que esforzarse por no mirarle la boca roja y grasienta, porque cada vez que a él se le movían los labios, a ella le temblaba la comisura derecha. De modo que se concentró en sus ojos. Arturo Vendrell, el dueño de la metalistería, pocas veces se habría sentido tan atendido como en esa conversación, en la que ella, haciéndose pasar por una posible clienta, le pedía un presupuesto para instalar ventanas nuevas en su piso.

Había seguido a Ramón Forés, el carnicero enfermo, hasta esa empresa de metalistería en Poblenou. Lo había visto entrar sin que nada delatase la lumbalgia por la que estaba de baja. Ahora lo suponía en el taller de la empresa serrando listones de aluminio. Era curioso que este hombre hubiera fingido una enfermedad para no ir a tajar costillares de ternera o cuartos de cerdo y ahora estuviera cortando trozos de metal. Tal vez se había cansado del olor de la sangre, del sonido de los huesos, de las tiras de grasa separándose de la carne, pero le gustaba cortar cosas.

El encargado de la metalistería sacó un pesado álbum de un cajón del escritorio y le mostró varios modelos posibles, y eso le permitió a Amalia dejar de evitar la visión de su boca.

—Aquí tiene usted uno de los que más instalamos.

El dedo gordo se movía señalando fotos, precios, grosores, mientras ella disimuladamente dirigía la mirada hacia el taller. Al sonido de sierras y golpes se unió por un momento el de una cisterna de inodoro. Amalia fingió seguir con atención las explicaciones del hombre y, cuando este terminó, le pidió:

—Mientras me prepara el borrador del presupuesto, ¿me permitiría usar el lavabo?

Vio en los ojos del hombre la alarma que provoca que una mujer pida usar el lavabo en un lugar donde solo trabajan hombres, pero no encontró

argumentos en contra, menos aún cuando ella esperaba un borrador del presupuesto. De modo que la acompañó por un pasillo hasta una puerta justo al lado del acceso al taller y, sin querer ver qué se iba a encontrar ella cuando la abriera, se marchó a la parte delantera.

Amalia esperó a que desapareciera. Preparó el móvil y abrió la puerta corredera que llevaba al taller. Con el ruido reinante, los tres hombres que trabajaban allí ni se percataron de su presencia. Amalia grabó un vídeo durante unos segundos y salió. Se metió en el lavabo. Controló la grabación. Se reconocía perfectamente a Ramón Forés ajustando la posición de unas piezas de metal sobre una serradora. Tiró de la cisterna y salió.

El dueño del negocio le tendió unas hojas con los presupuestos. En el encabezamiento constaba el nombre y la dirección ficticios que ella le había dado.

—Pues aquí lo tiene, señora Gómez. Háblelo con su marido y, si tiene cualquier duda, aquí estaremos.

Salió del local. Mientras iba a buscar el coche, observó la zona para encontrar un lugar donde aparcar y esperar a que los trabajadores salieran al final de la jornada. Necesitaba la foto de Ramón Forés saliendo del «trabajo». Pero antes se metería en una de las cafeterías de la zona. Ahora sí que tenía que ir al lavabo.

Al final de la jornada llamó a Ayala.

—¿Por dónde andas?

—En Gràcia, comprobando que los chicos que tenemos para la seguridad en la discoteca están trabajando bien.

—¿Y?

—Mejorable.

A Amalia no se le escapaba que Ayala prefería otro tipo de ocupaciones, más callejeo, más observaciones. Pero era el negocio de la seguridad lo que los había mantenido a flote y lo que aportaba ingresos a la nueva Detectives Hernández desde que se habían fusionado, una palabra que se guardaba solo para sí misma, porque el día en que la había pronunciado delante de su hermana, esta le había soltado:

—Sí, como las dos Alemanias. También dijeron que era una reunificación.

Amalia sabía que su pequeña agencia era la pobre y destartalada antigua República Democrática de Alemania.

—Estoy reventada, Ayala. ¿Me invitas a algo?

Se citaron en un bar de la calle Verdi. Fue en metro. Acercarse a Gràcia en coche un viernes por la tarde era condenarse a perder el tiempo buscando aparcamiento. En el trayecto se entretuvo escuchando las conversaciones de los otros pasajeros. Casi todas eran quejas, algunas, por el modo en que se relataban, recurrentes. Todo el mundo parece tener algo de lo que quejarse siempre. ¿Qué era lo suyo? La vieja que incubaba en su interior se asomó para decirle que serían los adolescentes. Los detestaría aún más que ahora, porque, aunque pasasen las generaciones, seguirían siendo ruidosos y gritones, los odiaría por el modo de arrastrar sus cuerpos como si caminasen por la superficie de Saturno, por sus ansias clónicas de individualidad... Porque... Porque se sentían tan idiotamente libres y todavía creían que podrían hacerlo todo. Porque le gustaría ser como ellos.

Salió a la calle, donde la recibieron el calor y la muchedumbre. No quedaba una silla libre en las terrazas, la superficie de las mesas estaba cubierta de vasos y botellas. En el lado del sol, las copas de cerveza irradiaban una luz ambarina. Parecía que la ciudad al completo se hubiera congregado en la calle Verdi, pero en Barcelona todo el mundo está por todas partes. Llegó al local que le había indicado Ayala.

Al entrar, lo vio acodado en la barra hablando con una mujer cuya larga melena de pelo castaño ondulado le caía sobre los tirantes de su ancho vestido, que acentuaba más que escondía un cuerpo esbelto. Mientras se acercaba, la mujer se estaba despidiendo de Ayala.

—Me he alegrado de verte, Daniel.

Se dio la vuelta y se cruzó con Amalia sin mirarla.

Daniel, lo había llamado Daniel. ¿Por qué no? Era su nombre. Pero es que todos lo llamaban Ayala. También ella. Casi siempre. Y entonces recordó en qué momentos lo llamaba Daniel...

—¿Pasa algo, Amalia?

—No, nada.

No preguntó quién era ella. Sobre la barra solo vio la copa de cerveza de Ayala. Ningún posavasos o cerco delataba que hubiera estado tomando algo con esa mujer. Había sido, pues, un breve encuentro casual. Con una mujer que lo llamaba Daniel.

Mateo hizo copias de las fotos. Ahora tocaba que el barrio hablara.

Aprovechando que era sábado, empezó por el mercado municipal. Allí no le costó encontrar interlocutores. Su primera constatación fue que casi siempre la palabra «novio» se pronunciaba como entrecomillada.

—Algo había oído de que se había echado un «novio», pero es que en los últimos tiempos apenas la veía por aquí —contó una mujer que también aparecía en la foto del colegio. La segunda por la derecha.

—Se ve que el «novio» era muy guapo.

—Y más joven que ella. La dejaría después de sacarle los cuartos.

—¿Sabes que te puedes morir si te rompen el corazón?

—Pobrecilla.

—Por lo menos tuvo un poco de alegría al final. Después del bicharraco con el que se casó...

El suspiro general no se oyó entre las voces y los ruidos del mercado, pero se percibió en el aire.

Entre las dos opciones más elementales, la rosa o la negra, el barrio se inclinaba por la primera. Mejor que se impusiera el romanticismo. Eso le facilitaba el trabajo, ya que cuando los testigos o los informantes jugaban a los detectives, solían ser engorrosos con sus teorías y sospechas.

—Quién lo iba a decir de la Laieta. Piensas que conoces a una persona y mira...

Mostró la foto en varios puestos. Las identificaciones coincidían. Las caras que no les sonaban a unos les sonaban a otros, pero al niño de pelo claro y orejas separadas no lo conocía nadie, aunque algunos aventuraban nombres que enseguida caían rebatidos.

—No puede ser Joselito Rodríguez porque era mayor que los chavales de la foto.

—¿Grandoso? Imposible. ¿No te acuerdas de que tenía los ojos muy separados y lo llamábamos «el lenguado»?

—A Calero lo metieron en los jesuitas. No iba a este cole. Y ya ves para lo que le sirvió, maestro.

—¿Y tú qué tienes contra lo de ser maestro? Mi hijo es maestro y...

Regresó a casa con la cabeza llena de nombres que no eran los del chico del pelo claro, pero que guardó de todos modos. Saber de la existencia de Joselito Rodríguez; de Grandoso, el de los ojos de lenguado, o de Calero, el maestro que fue a los jesuitas, podría ser en algún momento una valiosa información. Mateo era un acérrimo creyente en la anécdota como forma de conocimiento.

Pero ¿por qué nadie había identificado al chico? Cabía la posibilidad de que ese niño hubiera sido añadido a la foto. Manipular imágenes era un truco muy habitual de los estafadores del amor. Recordaba un caso en el que habían tomado una foto del portero Iker Casillas convaleciente tras una operación y habían pegado sobre ella la cabeza del supuesto ingeniero americano que necesitaba ayuda para los costes hospitalarios. Un montaje tosco, que a ojos de todo el mundo parecía inverosímil que alguien se lo hubiera podido creer. Y que, una vez descubierto el timo, acrecentaban el escarnio de las víctimas estafadas. ¿Cómo se puede ser tan crédulo? Se decía sin pensar en qué ansias, qué soledades les cerraban los ojos a esas personas.

Sin embargo, la foto escolar no mostraba sombras imposibles, errores de contraste, desproporciones. Era una foto antigua, y muchos matices se habían difuminado, pero la imagen del niño del pelo claro presentaba el mismo grado de envejecimiento. Si era una falsificación, era una falsificación muy buena.

Entró por la puerta de la casa para ver cómo estaba Lola antes de ponerse a trabajar en el despacho. No la vio en la cocina, aunque había estado allí, porque reparó en un vaso de café soluble en el fregadero y varias botellas de cerveza puestas esta vez en círculo con las etiquetas hacia dentro como si estuvieran conspirando. Se asomó al jardín, pero no vio a nadie. Recorrió todas las habitaciones del primer piso; abrió con temor la puerta del cuarto de Marc. Tampoco estaba allí. El segundo piso era una alternativa mejor, porque, además de las antiguas habitaciones de

las hijas, estaba su estudio, y eso significaba que leía. Pero tampoco la encontró allí. Bajó preocupado. No convenía que saliera a la calle. Todavía no. Después de las crisis, los primeros días estaba muy inestable, podía mostrarse tanto agresiva como excesivamente sentimental. Cualquier encuentro por la calle podía acabar en una sarta de insultos o en un llanto incontrolable.

Cruzó el pasillo y entró en su despacho. Dejó las copias de la foto y sus notas sobre la mesa.

—¿En qué andas?

La voz a su espalda lo hizo volverse sobresaltado. Lola estaba en uno de los silloncitos azules con el bolso en el regazo. Se había puesto un vestido claro de lino y unas sandalias, pero no había llegado a salir. Quizás el sentido común se había despertado a tiempo y la había frenado.

—Ya lo sabes, lo de Laieta.

Se sentó frente a ella en el sillón que crujía y le contó qué había estado haciendo esa mañana. Lola lo miraba con una atención que le pareció exagerada. Él le había hablado del caso, aunque no le había explicado que la iniciativa había sido suya. No tanto porque temiera que ella se enfadara, sino porque no quería mostrarle cuánto predicamento tenía sobre él, un empeño absurdo, puesto que ella lo sabía sobradamente.

Los ojos fijos, inquisitivos, de Lola lo inquietaban. ¿Le había administrado la dosis correcta de la medicación? Como con tantos actos que se repiten a diario, no recordaba lo que había hecho en concreto esa mañana. Después de ducharse, había bajado a la cocina, le había preparado un café soluble con leche. En un platito había puesto cuatro galletas de canela y, al lado, dos pastillas rosadas. ¿Solo dos? No lograba evocar el movimiento de sus dedos sacándolas del blíster.

—¿Qué te pasa, Mateo?

—¿Cómo te encuentras?

Lola se encogió de hombros.

—Bien. Las pastillitas rosas siempre me hacen sentir bien.

—¿Cuántas eran hoy?

—¿No lo sabes? —En su cara apareció una expresión burlona—. A ver si vas a matarme.

—No bromees con eso, Lola.

Mateo rodeó la mesita baja que los separaba y se sentó a su lado.

—No soy yo, son las pastillas.

—¿Cuántas pastillas?

—Ya te vale, Mateo, menudo truco de tebeo —respondió ella con enfado fingido.

—Pues dime cuántas eran.

—No lo sabes, no lo sabes y estás preocupado. —Le cogió la cara con las manos, se acercó mucho a él. Le besó la nariz antes de soltarlo. Mientras a él le venía el nombre de Unamuno a la mente, ella se echó hacia atrás y le dijo con media sonrisa—: Me trajiste cuatro. Dos con las galletas y dos con el café.

—¿Y?

—Me tomé dos con el desayuno y la tercera hace un rato.

—Lola, no deberías jugar con estas cosas. Es fundamental seguir las pautas.

—Claro, doctor Hernández.

—Esto es un golpe bajo. ¿Dónde tienes la cuarta?

—La escondí.

—Devuélvemela.

—¿Qué pasa si me la tomo?

Mateo decidió seguirle el juego y empezó a recitar.

—Sequedad en la boca, aumento de la salivación, visión borrosa, estreñimiento, acidez estomacal, náuseas, vómitos, movimientos incontrolables de los ojos, movimientos extraños, lentos o incontrolables de cualquier parte del cuerpo, mareos, sensación de inestabilidad, o dificultad para mantener el equilibrio, dolores de...

—Vale.

Metió la mano en el bolso y le entregó dos pastillas rosas que había envuelto en un pañuelo de papel.

—¡Qué cabrona! Me has asustado de verdad.

—Tú a mí también. No sueles equivocarte. Y no deberías hacerlo. Estoy en tus manos, Mateo.

—Y yo en las tuyas.

Los domingos reaparecía el espíritu del pueblo que fue Sant Andreu hasta que, a finales del siglo XIX, pasó por decreto a ser parte de Barcelona. Muchos vecinos mantenían viva su memoria cada vez que, al coger el metro, no lo hacían para ir al centro sino para ir «a la ciudad». Por eso, aunque ya hubiera allí pisos turísticos, los domingos Sant Andreu se dejaba poseer por su aura de pueblo, la mayoría de los comercios cerraban, y solo por las mañanas había largas colas en las pastelerías y en las tiendas de pollos a l'ast. Por la tarde, incluso en verano, las calles caían en la melancolía propia de los escolares la víspera del lunes.

Aunque esa mañana de domingo Sergio había protestado por su marcha, Nora llegó a tiempo para esperar en la plaza Orfila a que las hermanas Salabert salieran de la misa dominical. Cruzaron el semáforo cogidas del brazo, de negro riguroso, pegadas como siamesas a pesar del calor. Jorgito, Juanito y Jaimito, nunca logró identificar a los sobrinos del pato Donald. ¿Cuál era el de la gorrita roja? ¿Cómo se llamaba el de la verde? Las hermanas Salabert tenían nombres hermosos y sonoros: Elisabeth, Eugenia y Elisenda. La menor, la que le había dicho a Olga la vidente que no quería ser la primera en morir, era Elisenda. Llevaba colgando del cuello una cadenita con la piedra de turmalina negra que debía protegerla de las manos que la asfixiaban por la noche. Las abordó delante de la puerta del antiguo ayuntamiento. Las hermanas se detuvieron a la vez y, también sincronizados, seis ojillos córvidos la miraron de los pies a la cabeza.

—¡La Nora! —graznó la del centro, Eugenia, la mayor—. La de la Lola.

—Te vimos en el entierro de la Laieta —dijo la mediana, Elisabeth.

—Y a tu madre también —añadió la pequeña. La turmalina se esforzaba por resplandecer sobre la blusa negra cerrada hasta el último botón. Tal vez había absorbido demasiadas fuerzas malignas en esos pocos días colgada de su cuello.

Aguantó con estoicismo y respondió con vaguedades las malintencionadas preguntas de las hermanas sobre su familia, las alusiones al «quinqui» guapísimo que había sido su padre, la falsa compasión por la «deriva» de su madre y las también falsas alabanzas del estilo «moderno» de su tía Claudia, hasta que consideró que ya las había dejado lo bastante satisfechas.

—Yo también querría saber un par de cosas —dijo sonriendo con amabilidad, mientras se recreaba fantaseando con retorcerles sus flacos pescuezos, fuera en orden ascendente o descendente de edad, de derecha a izquierda, de izquierda a derecha o en orden alfabético. Sacó la foto del bolso—: ¿Conocéis a esta gente?

La de en medio tomó la foto. Las tres cabezas se inclinaron para observarla.

Nora tenía una copia aumentada e iba anotando los nombres a medida que salían. Algunos fueron identificados por las tres al unísono; con otros hubo más dudas, pero una rápida deliberación los identificó también con seguridad. Las hermanas estaban disfrutando visiblemente, ignoraban incluso los saludos de otros vecinos al pasar. Poco a poco todos tuvieron nombre, menos el chico que se suponía que era Julio. Nora lo señaló.

—¿Y este?

Las hermanas se miraron entre sí y negaron con la cabeza. La mayor ya iba a devolverle la foto cuando de repente dijo:

—¿Sabéis quién puede ser? Ese chico que venía de las Casas Baratas de Bon Pastor: Jaume Sorribes, creo que se llamaba.

La hermana de la derecha se acercó la foto a los ojos y asintió con vehemencia.

—Tienes razón.

La de la izquierda, la mediana, cogió a su vez la foto y también asintió, pero no con la convicción de las otras dos.

—¿Jaume Sorribes?

Su tía se sacudió la tierra de las rodillas de los pantalones para disimular sus dificultades al levantarse del parterre en el que trabajaba.

—De las Casas Baratas. Las de Bon Pastor.

—Me quiere sonar.

El crujido de las rodillas coincidió con el momento en que los engranajes de su memoria se detuvieron.

—Había un Sorribes en el colegio. Sí, pero no puede ser él. Sorribes era moreno. Y, además, se murió muy joven, con treinta años. Leucemia. Así que el Julio de Laieta no puede ser él.

—Entonces, ¿por qué lo han identificado las Salabert? —Recordó la vacilación de una de ellas—. Por lo menos dos de las hermanas.

Su tía se encogió de hombros, pero le dio la respuesta.

—Una Salabert no puede admitir no conocer a alguien del barrio.

En eso se parecían a su padre.

Al entrar en la cocina se encontró con su madre. No le dio tiempo de saludar.

—¿Qué haces aquí en domingo? ¿No tienes casa propia?

A Nora la mirada se le fue a la encimera. No había ninguna botella, pero la voz de su madre había sonado algo pastosa.

—Lo que tengo es trabajo, mamá —respondió ella y abandonó la cocina.

En el despacho ya la esperaba su padre. Nora no le dijo nada sobre el comentario agresivo de su madre.

Solo media hora después, Amalia entró también en el despacho.

—¡Cómo está hoy mamá! ¿Qué le pasa? —Al verlos volcados sobre fotos en blanco y negro marcadas con pósits añadió—: ¿Qué es esto? ¿Os vais a hacer cronistas locales?

Aunque su hermana insistía en que no quería saber nada del caso de Laieta Casanovas, se acercó con curiosidad. Nora le explicó qué estaban buscando.

—Nadie lo conoce. Ni siquiera las Salabert.

—Entonces ese chico no es del barrio —respondió Amalia.

—Pero la foto no parece falsificada —dijo su padre.

Su hermana la miró con atención.

—Pero podría serlo. Es una copia de poca calidad. ¿Ninguno de los que habéis entrevistado tiene una copia? Se hacían para todos los que salían, ¿no?

—De momento nadie ha dicho nada.

—¿Sabéis dónde podéis mirar? —dijo Amalia—. En Facebook.

—¿En Facebook? —Su padre la miró con extrañeza.

—Sí. Está lleno de grupos de gente que cuelga fotos del colegio o de equipos de fútbol del año del Cheche, o de verbenas cuando ponían *envelats* en la fiesta mayor, e intenta identificar a la gente que sale. También hay fotos antiguas de barrios y pueblos y todas esas nostalgias. Mucha gente de tu generación y muchos viejos comparten este tipo de fotos allí.

—Hija, a veces tienes una forma de decir las cosas... —respondió su padre.

Nora se rio con disimulo.

—He dicho «y».

—Pues gracias.

—Venga, que os echo una mano.

Amalia se sentó frente a la pantalla del ordenador y en pocos minutos les mostró varias cuentas de Facebook. «Memorias del barrio de Sant Andreu», «Fotos antiguas de gente de Sant Andreu», «Sant Andreu desaparecido», «Gente de Sant Andreu. Ayer y hoy». En el último encontraron el nombre de Laieta Casanovas como una de los más de seis mil participantes.

En ese grupo se publicaban fotos de eventos, como fiestas mayores, bailes, bendiciones de los animales, concursos de tortillas de patatas, chocolatadas infantiles; fotos de los equipos de fútbol, del club de natación; fotos de antiguos comercios, de casas desaparecidas, de trabajadoras de la fábrica Fabra i Coats, fotos escolares... En los comentarios había un afán notorio por compartir anécdotas, por identificar a las personas que aparecían en las imágenes, aunque no siempre coincidían los nombres, por aportar datos. En muchos hilos se contaban historias personales, se anunciaban y felicitaban cumpleaños, nacimientos de hijos o nietos, defunciones.

Laieta Casanovas se había abierto un perfil de Facebook hacía dos años, seguramente para entretenerse tras la muerte de su marido. Después de unos inicios tímidos, con frecuentes comentarios acerca de su poca

pericia en las redes, parecía haber ganado confianza y durante un tiempo escribió comentarios a diario. Hacía unos cuatro meses su actividad empezó a descender y dos meses antes de su muerte cesó casi por completo.

—Podría coincidir con el momento en el que conoció a ese tal Julio —apuntó Nora.

—¿Creéis que lo conoció a través de este perfil? —preguntó su padre.

A Nora no se le escaparon ni el plural en la pregunta ni que Amalia no lo contradijera, sino que, al contrario, comentara:

—A mí me parece que es posible que ese tal Julio estuviera en el grupo captando información para ver si ella era una posible víctima.

No había que conocerla personalmente para saber que era viuda, que se encontraba muy sola, que se aburría.

—Lo que no saben tus amigos lo saben las redes sociales —sentenció Amalia con sorna.

No encontraron ningún Julio cuyo perfil encajara con el del novio, pero había muchos perfiles con nombres como «Noi del barri», «Santandreuenc» o «CorazóndeSantAndreu».

—Si la contactó, lo haría por mensaje privado —dijo Amalia—. Pero ahí no podemos acceder.

Justo en ese momento, su madre abrió la puerta del despacho. Se quedó parada en el umbral, mirándolos fijamente con expresión airada. De pronto, abrió los brazos, sonrió y dijo:

—¿Por qué no os quedáis a comer? Llamad a Sergio y a Ayala y que vengan también. Hace mucho que no tenemos una comida familiar.

Y así iba a seguir, pensó Nora. Esa invitación era una trampa.

—Sergio y yo hemos quedado con unos amigos para comer.

—Yo también, para el aperitivo —dijo su hermana imitándola.

Su madre no dijo nada, dio un paso atrás, cerró la puerta y desapareció. Los tres se quedaron en un silencio incómodo que superaron haciendo como que revisaban páginas web. Amalia fue la única que buscaba de verdad, ya que al cabo de unos minutos dijo:

—¡Mirad qué he encontrado!

Nora y su padre se acercaron a la pantalla. «Antiguos alumnos del colegio Santiago Apóstol», rezaba el pie de foto. Era la misma imagen que tenían ellos.

—Encuentren la diferencia. —La voz de Amalia sonaba triunfal.

El chico de las orejas separadas y el pelo claro no aparecía.

Sus hijas habían rechazado la invitación de Lola de quedarse a comer. Una sabia decisión que lo había dejado a él a solas con su malhumor, fruto del cual Lola le soltó una andanada cruel sobre lo desagradecidas que eran ambas, lo estúpido que era Sergio, lo bruto que era Ayala, lo mal padre que era él. Hasta que una vez escupido todo el veneno, pasó a lamentarse por haber dicho todas esas barbaridades.

—Soy una mala madre, Mateo. He hecho muy desgraciados a nuestros hijos, a ti, a Claudia.

Del mismo modo que había esperado con paciencia a que hubiera insultado lo que tenía que insultar, Mateo, sentado a su lado en el sofá del salón, dejó que llorase lo que tenía que llorar. Cuando se tranquilizó, la recostó sobre él y le preguntó:

—Lola, ¿por qué fuiste al entierro de Laieta Casanovas?

—Porque me lo pidió Claudia.

—Pero podrías haberle dicho que no.

—Sí.

El cuerpo de Lola se relajaba, dejó caer la cabeza sobre el pecho de Mateo.

—Entonces, ¿por qué fuiste con ella?

—Es que había visto a Laieta un par de semanas antes. —Se estaba adormilando. Mateo fingió toser para evitarlo. Lola siguió—. Yo venía de la librería y caminaba tras ella, y, súbitamente, se detuvo como si hubiera algo que le impidiera dar un paso más, como si hubiera topado con una valla electrificada. Se dio media vuelta y casi huyó del lugar.

—¿Qué había de extraño?

—Que me miró a los ojos. Y estaba muy avergonzada.

—¿Avergonzada?

—Sí, abochornada incluso.

Mateo la besó en la cabeza.

—O sea que fuiste al entierro porque dos semanas antes de su muerte te cruzaste con ella por la calle y te pareció que estaba avergonzada.

—Me miró a los ojos —la voz sonaba somnolienta—, y me di cuenta de que sentía una gran vergüenza, una de esas vergüenzas que corroen por dentro, como si te corriera ácido por los nervios.

Dobló las piernas y los brazos y se ovilló contra su cuerpo.

Su clienta, Evangelina Pereira, tenía suficiente material para despedir a Ramón Forés por mentir con su baja laboral, sin embargo, le pidió que lo vigilara unos días más.

—Quiero tenerlo bien pillado.

Lo dijo con voz firme y rencorosa mientras golpeaba la mesa de Amalia con el índice. Evangelina Pereira no encajaba con la imagen que Amalia esperaba de una carnicera. Lo que corroboraba una de las lecciones que les había dado su padre respecto a las expectativas estereotipadas: «Ni son más listos si llevan gafas, ni más simpáticos si son gordos, ni bien educados si llevan traje». Y las carniceras no tienen por qué ser regordetas y sonrosadas. Evangelina Pereira era una mujer en la cincuentena, delgada y de piel cetrina, que compensaba con ropa de colores y un turbante africano que le recogía el pelo oscuro.

Por ética profesional, Amalia le respondió que toda información que recabase sería meramente acumulativa, pero ella insistió.

—Trabajo fácil —comentó Ayala.

Una observación sin más, podría haberla hecho ella misma y sin embargo, no sabía la razón, le desagradó. Trabajo fácil, dinero fácil. ¿Por qué no se alegraba? O por lo menos se relajaba. Solo tenía que seguir a ese hombre, fotografiarlo unas cuantas veces más y pasar la factura.

Se disponía a seguirlo en coche a la metalistería de Poblenou y después ir a pasear por la playa para detestar a los turistas hasta que él saliera a comer, pero Forés no tomó ese camino, sino que se dirigió hasta la estación de Francia, la única estación bella de Barcelona. Se metió en la cafetería, que por su desproporcionada altura siempre le recordaba a la iglesia de Sant Andreu. Un espacio que encogía a los clientes y parecía enfriar los cafés en el camino de la barra a la mesa; un lugar en el que

sentirse anónimo. Forés se sentó a desayunar a una mesa. Amalia lo fotografió. Era un hombre bien parecido, en la frontera de los treinta con los cuarenta, llevaba una camiseta oscura de manga corta sin estampado que dejaba ver unos brazos fuertes, pero no exageradamente musculados. Miraba con frecuencia hacia la puerta; parecía estar esperando a alguien.

Ella, malhumorada y con los sentidos agudizados por el seguimiento, captaba con creciente irritación el repiqueteo de las uñas de la ocupante de la mesa vecina que hablaba con alguien por teléfono, unas uñas muy largas de colores, cuyo castañeteo crustáceo despertaba en ella el deseo de aplastarle la mano como quien liquida una familia entera de cucarachas con un único y certero pisotón.

A la media hora apareció una mujer de unos treinta años, con un vestido corto de tirantes y se acercó a él. Ella fotografió la sonrisa de Forés mientras la mujer se acercaba a su mesa, cómo se besaban, conversaban con animación y, poco después, se levantaban y abandonaban la cafetería. Los siguió.

La gente que salía de la estación cruzaba la avenida Marquès de l'Argentera con prisa para intentar refugiarse del intenso calor, ya de buena mañana, en las estrechas callejuelas del barrio del Born, pero a esa hora solo algunos callejones de estrechez indecente estaban a salvo del sol. Forés y la mujer caminaban abrazados al lado de la fachada izquierda de la estación y doblaron en la calle lateral.

Echó a andar tras ellos. Como tan temprano no solía pasar nadie por allí, los sintecho acampados en el Baluard de Migdia la miraron con suspicacia. Amalia, móvil en mano, iba tomando fotos. La última los captó delante de la puerta de un hotel con habitaciones por horas. Ya que no se trataba de un caso de infidelidad, no necesitaba documentar cuánto tiempo pasaba allí con la mujer. Dio media vuelta.

Al pasar de nuevo entre los sintecho acampados, se le encaró un tipo flaco y largo salido de una cabaña hecha con cartones.

—¿Qué buscas, tía?

—A ti no.

—Pues dame algo.

Tendría unos veintipocos años y era alto, pero, como andaba encorvado, los ojos les quedaban a la misma altura. Una mano temblorosa amagaba con tocarla, pero era más preocupante la derecha removiéndose

en el interior del bolsillo de la chaqueta tejana. Amalia se puso tensa y apretó los puños.

—Si solo me rozas, te estamparé contra la muralla y tendrán que sacarte con una espátula.

Podía hacerlo, entrenaba todos los días, pero no tenía ganas. Llevaba una blusa clara que se había comprado hacía poco y, además, si el tipo sangraba, tendría que desinfectarse bien y tal vez hacerse una analítica.

El tipo dio un paso atrás.

—¡Joder! ¡Qué mala hostia gastas!

—La que te voy a dar si no te largas.

El tipo sacó la mano derecha del bolsillo. No llevaba nada. Levantó las dos en un gesto apaciguador y se alejó.

—¡Cómo estáis las tías últimamente, joder!

Una risita malévola salió de detrás del paraguas abollado que daba sombra a un anciano tumbado sobre un colchón. El tipo se le encaró:

—¿De qué te ríes, viejo imbécil?

Mientras ellos quizás se peleaban, Amalia se alejó, buscó su coche y volvió a la oficina. Saludó a Rodrigo con un gruñido y ganas de preguntarle cómo soportaba el calor con ese espeso gorro de rizos. Como esto último no salió de su garganta, Rodrigo le devolvió una sonrisa y regresó a su móvil.

Amalia se acercó al despacho de Ayala. Un súbito cambio en la luz de la pantalla del ordenador delató que había cerrado una página al verla entrar.

—¿Ya estás? —le preguntó.

Ella se sentó frente a él.

—Casi.

Le pesaban las piernas y tenía la boca seca.

—¡Vaya mierda de jornada!

—Tal vez deberíamos contratar a gente para hacer este tipo de trabajos —sugirió él.

—No es mala idea. ¿A quién tenemos?

—¿Te acuerdas de la chica que participó en el curso de seguratas de estadios?

La mentira le salió de manera automática.

—No.

—Sí, mujer. Una de la que dijiste que parecía avispada.

Amalia recordaba que eso lo había dicho él.

—Prefiero a alguien que sea profesional.

—Claro, pero esa chica, Chelo Artés, tiene madera.

Hasta el nombre sabía. El calor, el cansancio y la sed se aliaron para hacerle decir:

—¿Y por qué no pedimos mejor ayuda a esa gente con la que te gusta trabajar a ti?

El ceño de Ayala dio una fiereza inquietante a sus ojos verdes.

—¿Quién es «esa» gente, Amalia?

No respondió. Se levantó bruscamente y abandonó el despacho. Él la siguió hasta la puerta.

—¿Qué te pasa?

—Déjame tranquila.

Por más detective que fuera, Ayala se tomó las palabras de Amalia literalmente y obedeció.

Ella necesitó unos minutos en el despacho para asumir el desencanto de que no la hubiera seguido.

Al preguntarse qué la había llevado a reaccionar de esa manera, apostó por descartar la explicación emocional y se volcó en justificar las causas físicas. Llenó una jarra con agua fría y limón y fue bebiéndosela despacio, con el aire acondicionado puesto y las piernas en alto sobre la mesa. Hizo girar los pies descalzos para aliviarlos. «Parecen hogazas de pan de payés». Cuando era una adolescente acomplejada por el número de calzado, su madre le había explicado que en la Edad Media se consideraba un rasgo de belleza que las mujeres tuvieran los pies grandes y le leyó un poema épico francés sobre una tal «Berthe *au Grand Pied*», que, si recordaba bien, era la madre de Carlomagno. Una de las ventajas de tener una madre tan leída era que siempre encontraba un texto para cualquier circunstancia. Seguro que también había uno protagonizado por una mujer de pies diminutos. Hoy necesitaría un relato sobre Amalia *au gran pied*, cansada y frustrada. Un poema épico, por favor.

Los ecos de la discusión con Ayala resonaban en su cabeza. Su voz y la de él, armada cada una con dos palabras: «Esa gente». «¿Qué gente?», repitiéndose estúpida y monótonamente como en el viejo juego de tenis de los primeros ordenadores.

De dónde había salido el ruso no lo sabía nadie. Un día apareció un rótulo en un local del barrio que llevaba tiempo vacío: CONSTANTIN. REPARACIÓN DE ORDENADORES. Dentro del local, el tal Constantin, un hombre menudo, de pelo pajizo y movimientos subrepticios de ajedrecista exiliado. Como cumplió con lo que el rótulo prometía, se convirtió en «el ruso de los ordenadores».

Desde que había empezado la guerra en Ucrania, Constantin había dejado de ser ruso. A cualquiera que le hiciera comentarios, fueran críticos o el supuestamente gracioso «a ver si le dices a tu Vladimir que...», Constantin le respondía que él era kazajo, sabiendo que su interlocutor no sabría situar el país en el mapa ni nombrarle una sola ciudad. Después suspiraba y, haciendo gala de un acento eslavo que Mateo no le recordaba ni de cuando acababa de llegar al barrio, añadía:

—Un país tan bello como desconocido.

Una frase que Constantin había copiado de una clienta que sí había estado allí, y con lo que le había contado de su viaje, él había extraído, además, suficiente información sobre su supuesta patria.

Sin embargo, no habían dejado de llamarlo «el ruso de los ordenadores», los mote se adhieren a sus portadores con obstinación, pero, por lo menos, no se empeñaban en empezar discusiones políticas con él. ¿De qué se discute con un kazajo?

Mateo tampoco sabía si antes de hacerse kazajo, su colaborador había sido de verdad ruso. No iba a intentar averiguar lo que Constantin quería mantener para sí. Además, si había alguien que pudiera darse cuenta de que lo investigaban, ese sería el ruso. Era un *hacker* extraordinario. Por eso sabía que no le costaría mucho lo que le pedía. Mientras le servía un segundo café, le preguntó:

—¿Podrías meterte en el perfil de Facebook de esta mujer? —Le mostró la cara sonriente de Laieta Casanovas en la pantalla del ordenador.

La mano derecha de Constantin tomó en el aire la forma cóncava antes de acoplarse a la perfección al ratón y empezar a navegar por el perfil de Laieta.

—Claro. ¿Qué buscamos?

—Un enamorado.

Ni comentarios ni chistecillos.

—Ella no está de acuerdo, ¿no?

—Tampoco en desacuerdo, está muerta.

—Facebook es una especie de limbo donde se van acumulando perfiles de muertos que nadie borra.

También perfiles abandonados, como las pieles resacas de las serpientes después de la muda. Y tiendas que ya no existían, direcciones obsoletas, vídeos en los que se veía a gente cayéndose y pegándose trompazos desde hacía por lo menos una década.

—¿Puedes hacerlo?

—Sí, pero tendría que hacerlo desde otro ordenador, con gente que hace... otras cosas.

Mateo entendió. Por lo que sabía, Constantin se reunía con un grupo de *hackers* que ahora tenían su local en unas galerías comerciales semiabandonadas en la calle Joan Güell, que con el prometedor nombre de Nou Boulevard ofrecía un pasillo circular desierto flanqueado por locales vacíos. Eran nómadas, que se mudaban cada pocos meses de un local vacío a otro.

—Pero puedes confiar en mí, solo yo veré la información.

—Claro que me fío. Todo el mundo sabe que los kazajos sois gente seria.

Por primera vez en toda la tarde, Constantin sonrió.

A las seis, tras la visita de Constantin, Mateo había convocado una reunión de todos los miembros de la agencia. No tenían un día fijo, aunque Amalia insistía en ello.

Nora fue la primera en llegar. Como siempre, unos minutos antes de la hora.

—Me he cruzado con Constantin, el ruso, en la plaza. ¿Venía de aquí?

—Sí, pero ya no es ruso, es kazajo.

—Pues no tiene pinta de kazajo.

—¿Qué pinta tienen los kazajos? —preguntó sorprendido.

—No la que tiene Constantin, con ese pelo de color clarito, los ojos acuosos y la piel tan blanca... Si parece que esté descolorido. ¿Qué hacía aquí?

—Le he pedido que se meta en el perfil de Facebook de Laieta Casanovas.

Mateo saludó a Ayala con golpecitos en los brazos. Le habría gustado tener una excusa para ir con él al otro despacho y hablar a solas, pero no se le ocurría nada plausible y sus hijas eran demasiado listas. Echaba de menos pasar más tiempo con él. Echaba tanto de menos sus largas conversaciones mientras estaban en un coche observando a gente, como los silencios concentrados en los que se sumergía a veces. Echaba de menos las cervezas, los bocadillos, los carajillos antes, durante o después de una jornada. Lo echaba de menos.

Repasaron los trabajos que tenían entre manos. Ayala fue el primero. A Mateo no se le escapó el tono rutinario con que resumió los encargos de vigilancia que gestionaba. Podía entenderlo, olían a despacho, cuando Ayala, como él, era callejero. ¡Qué pena no tener ninguna «chapuza» para patear juntos las calles!

El caso de Amalia había resultado ser aún más sórdido de lo habitual.

—Menos mal que te eché una mano con lo de Facebook.

¿Era una forma indirecta de decir que ya no se oponía a la investigación de lo de Laieta? Como la mejor manera de evitar un «no» es no preguntar, prefirió no decir nada.

Solo Nora parecía satisfecha en esa ronda. Se la veía impaciente por hablar, como los alumnos empollones que aguardan a que les llegue el turno para dar la respuesta que sus compañeros van fallando. Era patente que le gustaba su caso.

No llegó a hablar. Los interrumpió el timbre de la agencia sonando de forma insistente.

Mateo abrió la puerta a un alterado Nico Rovira, que entró ignorando al grupo sentado en el rincón y dijo:

—Tenía que hablar urgentemente con usted.

—¿No se quiere sentar? —le preguntó Mateo, señalando el sillón azul que quedaba libre.

—Es que he dejado el coche mal aparcado sobre la acera.

—No se preocupe, no suelen pasar a esta hora.

Nico Rovira aceptó la invitación. Cuando dejó caer su corpachón sobre el viejo silloncito, pareció que este iba a ser su último crujido. Se oyó un lamento de madera, pero aguantó. Amalia no pudo disimular una sonrisa, Rovira la interpretó como una bienvenida y se la devolvió. Entonces, pareció caer en la cuenta de que había interrumpido una reunión y los fue saludando a todos con la cabeza mientras Mateo le iba diciendo los nombres. Le recordó la introducción de una serie ochentera de televisión. Solo habría faltado que al final él hubiera dicho con voz neutra: «Los Hernández. Una familia de detectives. En el episodio de hoy»:

—Han vandalizado mi persiana.

—¿Qué le han hecho?

Le enseñó una foto de la persiana bajada de su negocio en la que habían escrito TU MADRE ERA UNA PUTA.

—Han tenido que hacerlo este mediodía. Por la mañana la persiana estaba bien.

—¿Ha preguntado por el vecindario por si alguien ha visto algo?

—Sí. Una de las dependientas de la panadería que está en la acera de enfrente vio a un hombre que llegaba en moto, aparcaba justo delante y pintaba sobre la persiana. Salió de la tienda y le gritó, pero como el semáforo estaba en rojo, no pudo hacer nada más.

—¿Cómo era el hombre?

—No se quitó el casco para hacer la pintada.

—Se supone que ese tal Julio tiene unos setenta años —dijo Nora—. ¿Se fijó ella en cómo se movía?

Rovira se quedó pensando.

—No me lo dijo, pero, en cualquier caso, se movía con rapidez, porque se bajó de la moto de un salto, hizo la pintada y se volvió a montar en la moto rápidamente. ¿Por qué me habrán hecho esto? ¿Creen ustedes que es una amenaza?

—No podemos descartarlo.

—¿Y qué quieren de mí?

—Probablemente que deje de investigarlos —dijo Amalia.

Por el tono de voz, no iba con segundas.

Rovira dudó por un instante, pero se impuso su terco enfado.

—Pues si se creen que me van a intimidar, van listos. ¿Cómo andan las investigaciones?

—Estamos intentando acceder al perfil de Facebook de su madre.

—¿Mi madre tenía un perfil de Facebook?

El asombro era genuino.

—Tal vez conoció por esa vía a Julio —respondió Mateo—. Es una pena que no tengamos su tableta o su móvil, porque podríamos ver qué aplicaciones usaba.

Como si le hubieran mordido de golpe en la pierna, Rovira se llevó la mano al bolsillo derecho de los pantalones, sacó el móvil, pulsó una tecla, se levantó del silloncito y se lo puso al oído.

—¿Qué has hecho con el móvil y la tableta de mamá? —rugió en cuanto su hermana respondió.

Martina Rovira respondió también a gritos, por lo que a ellos les llegaron palabras sueltas: «problema», «gana», también «detectives», mientras él empujaba el despacho con su volumen yendo de un lado a otro.

—La tableta la pagué yo, así que es mía. ¡Mía!

La voz al otro lado dejó claro, no solo a su hermano, qué había pasado con la tableta, cuando gritó varias veces la palabra «martillazos».

—¿Cómo?

Al otro lado se había hecho ya el silencio.

Lo de gritarse con su hermana debía de ser tan habitual que ni siquiera estaba sin resuello cuando se volvió hacia ellos. Dejaron que les repitiera las palabras de su hermana, escucharon sus quejas porque ella se oponía a la investigación, los improperios que dirigió al tipo que había engañado a su madre, al que le había pintarrajeado la persiana. Le dijeron dónde había una tienda de pintura en el barrio y Mateo lo acompañó a la puerta y lo vio subirse al coche dispuesto a cubrir la pintada y a «plantar cara» a quien fuera.

Cuando regresó al despacho, los otros tres seguían sentados en el mismo lugar.

—Menos mal que no le han puesto una multa por aparcar sobre la acera.

—Pero mañana tendrás que aguantar las quejas de un par de vecinos —dijo Nora—. Seguro que se imaginan que era un cliente nuestro.

—Como Rovira pille al motorista lo hace papilla —comentó divertido Ayala—. ¡Qué pedazo de animal! ¡Menudo cabreo lleva! Lo veo capaz de quedarse escondido esperando por si vuelve.

—Por si vuelve, ¿quién? ¿Quién puede haberle hecho esa pintada? —preguntó Nora.

No se le ocurría. ¿Qué sentido tenía?

—¿Y si es el propio Julio? —propuso Ayala—. Igual esperaba recibir algún dinero de Laieta que no percibió a causa de su muerte y ahora se lo reclama al hijo.

—Pues vaya manera de pedir dinero —replicó Amalia.

—¿Podría ser que rondase por el barrio y nos haya visto haciendo preguntas? —Mateo pensaba en voz alta.

—Pero ¿cómo sabe que el encargo viene del hijo? Nadie lo sabe —le respondió Ayala.

—Es imaginable que la familia quiera investigar, ¿no? —dijo Mateo.

Amalia le hizo un gesto con el que subrayaba que se trataba de una obviedad.

—Aun así. ¿Por qué insultarla de ese modo? No, no me encaja —comentó Ayala.

No, no tenía ningún sentido.

—¡Menuda familia! La hermana también parece tener muy mala hostia —dijo entonces Amalia—. ¡Se lo ha cargado todo a martillazo limpio!

Sí. Y, aunque era muy fácil imaginársela con un martillo en las manos destrozando el móvil y la tableta de su madre, Mateo no se lo acababa de creer.

—Sospecho que quizás no lo haya hecho, que solo ha ganado tiempo para intentar acceder al perfil de su madre y borrarlo.

—Esperemos que nuestro kazajo sea rápido —comentó Nora.

—¿Quién es el kazajo? ¿Qué pasa con Constantin? —preguntó Amalia.

Ocho y media de la tarde, hora de volver a casa.

El calor de la jornada le había dejado a Amalia el cuerpo pegajoso y unas insidiosas punzadas en las sienes. Hora de volver al piso que por la mañana había abandonado con las persianas bajadas para mantener el sol fuera, de poner las piernas en alto en el sofá con el ventilador al máximo, de cenar lo que Ayala preparase. De eso siempre se encargaba él: había aprendido una cocina correcta tras años viviendo solo, y a ella, que era poco exigente con la comida, le parecía todo bien.

Se sentó al volante, salió del aparcamiento y poco después se encontró delante de la verja de la casa familiar. Aparcó allí, a pesar de que estaba prohibido. Si los vecinos querían quejarse, que lo hicieran con motivo.

Entró por la puerta de la agencia. Su padre no estaba en la oficina, habría ido a preparar la cena. En el despacho contiguo encontró a Nora escribiendo en el ordenador; la habitación estaba a oscuras, solo iluminada por la pantalla y el viejo flexo al que le habían puesto una bombilla en forma de tubo, que le daba un aspecto de personaje narigón. Se sentó frente a su hermana.

—¿Qué haces?

Oírse haciendo esa pregunta la transportó unos segundos a la infancia, cuando los cuatro años que la separaban de su hermana mayor hacía que se sintiera casi como si pertenecieran a especies diferentes y la seguía a todas partes con esa pregunta.

—Son las notas de hoy del caso Jovellanos.

Se suponía que esa investigación la llevaban entre Nora y su padre, pero él parecía haberse desentendido del asunto para concentrarse en lo de Laieta Casanovas.

—¿Por cuál vas?

—Por el séptimo.

—¿Y?

—Entretenido —respondió Nora sin dejar de teclear.

Su hermana escribía a toda velocidad mientras canturreaba alguna melodía que ella no identificaba. ¿Por qué la irritaba eso? No, no era cierto; la irritaba el repetitivo tarareo de Rodrigo mientras revisaba facturas y documentos ásperos como estropajos viejos. El zumbido de Nora la inquietaba.

—Tú no estás tomando nada, ¿verdad?

—No. ¿Por qué lo preguntas?

—Es que te veo muy bien.

—Porque estoy bien.

—¿Y no tomas nada de nada?

—No.

—¿Ni vitaminas?

—¡Que no, Amalia! ¿Por qué te empeñas en que tengo que estar tomando algo?

—Por nada. Pero es que es raro, ¿no?

—¿Qué?

—Que uno de nosotros esté bien.

Nora detuvo súbitamente el tecleo y bajó la pantalla del portátil. Rodeadas de oscuridad, con la única luz del flexo, a Amalia le pareció ver en sus ojos el mismo brillo que aparecía en los de su madre cuando eso negro que vivía en su interior se apoderaba de ella, y se preparó, como hacía con su madre, para el golpe. Pero ese fulgor maligno había desaparecido de los ojos de Nora cuando le preguntó con preocupación:

—¿Y a ti qué te pasa?

A solas en la habitación, mientras los demás estarían preparando cenas, querría haberle pedido a su hermana que le dijera qué sabía de Ayala, qué escondían esas hojas que habían quemado en el puerto. «Dímelo todo, abre esa caja fuerte que guardas en tu cabeza». Pero la Amalia que había visto romperse a tanta gente al leer sus informes respondió:

—Estoy cansada. El caso que llevo es muy cutre. El tipo no solo finge la baja para currar en otro lado, también aprovecha los ratos libres para encontrarse con una mujer en un hotelucho detrás de la estación de Francia.

—Estos casos son siempre cochambrosos. ¿Te acuerdas de aquel tío que hasta se ponía una peluca y bigote postizo para ir a su segundo trabajo?

¡Cómo podía olvidarlo! El hombre parecía haberse disfrazado de Super Mario. Se echaron a reír mientras recordaban el caso, pero Amalia no pudo evitar decir al final:

—Algunos me dan algo de pena.

—Entonces sería mejor que no cogieras este tipo de casos. Podríamos dejárselos a papá.

—No, que como vea que son listos, igual los ficha.

—La mayoría no son listos. Por eso los pillamos tan rápido —dijo Nora y preguntó después—: ¿Venías a ver a papá?

—Bueno, si te digo la verdad, estoy tan empanada que, en vez de conducir para casa, he acabado aquí.

—Pues, si no es urgente, mejor que no vayas. Hoy los dos están cruzaditos.

—¿Sabes por qué?

—Cosas tuyas.

—Bueno, así me ahorro el pasillo.

—¿Aún te da miedo?

—Este ya no. Pero si algún día tengo una casa propia, no habrá pasillos. Y las luces se encenderán automáticamente a mi paso.

—Como una diva.

—Como una adulta que sigue teniendo miedo a la oscuridad.

Esa madrugada, mientras hacía su recorrido por las ventanas de la gente que estaba observando, Nora recordaba la conversación de la tarde con su hermana. Amalia la había dejado preocupada. ¿Qué buscaba en la casa? No había ido a hablar con ella, no podía saber que estaba allí. Tampoco había mostrado demasiado interés por ver a sus padres. Algo la había llevado hasta allí, no solo el hálito infeliz de su caso. Había algo más, que ella misma le había revelado de manera indirecta al comentar en tono chistoso que, en realidad, se dirigía a casa, pero, sin saber cómo, se había encontrado delante de la verja del jardín. Amalia, sospechaba Nora, no quería ir a la agencia ni a la casa familiar; Amalia no quería volver a su casa.

Ella, en cambio, estaba deseando regresar a la suya en cuanto terminara de revisar las ventanas tranquilizadamente oscuras. Había añadido una parada a su ruta de durmientes. El número siete vivía en Vallcarca, uno de los puntos más altos de la ciudad. Tras observar complacida sus ventanas sin luz, se asomó al mirador y descubrió que en Barcelona el ronroneo que emiten las ciudades de noche, esa suma de motores, voces, toses insomnes, era intermitente. La ciudad roncaba.

Una vez en casa, se tumbó en la cama y repasó mentalmente su recorrido, se durmió incluso antes de llegar a las ventanas del número siete.

El número siete era técnico de sonido y, según los parámetros de Jovellanos, una persona «moderadamente feliz». Tenía un trabajo interesante, que parecía gustarle, vida familiar y encuentros con amigos los fines de semana.

Como ella había imaginado, la curiosidad le había podido a su cliente y le había pedido un «adelanto» de sus investigaciones. Ella había

permutado el siete por el seis, para ocultarle la vida rutilante de «llamadme Juan Bautista, que el Juan se me queda pequeño». Fascinado por el resumen de la copiosa información que ella había reunido, Jovellanos no se había dado cuenta del trueque.

—¡Menudas comilonas! —había exclamado al ver las fotos que el técnico de sonido colgaba en Instagram.

Paellas, mariscadas, barbacoas.

Como la frase se le había escapado en tono admirativo, la matizó de inmediato:

—No me extraña que haya engordado tanto.

Pero le pidió que lo observara un par de días más. No lo dijo abiertamente, pero Nora entendió que esperaba que descubriera algo turbio en esa vida plácida y satisfecha del número siete. Ya iba conociendo a su cliente, el número once.

Al día siguiente, al terminar el trabajo se dirigió a la agencia. Entró por la puerta de la vivienda para saludar a su madre.

Se dio cuenta de su error en cuanto la vio sentada a la mesa de la cocina con los ojos turbios. La encimera de la cocina estaba despejada. ¿Cuántas botellas vacías yacían rotas en la fosa común del contenedor de vidrio?

Con un gesto de la cabeza, su madre señaló hacia el fondo del jardín, donde su padre y su tía Claudia conversaban sentados en unas sillitas plegables delante de la casa.

—¿Sabes cómo llamaban a Laieta cuando era jovencita? «Laieta, *la santeta*» —hablaba sin volverse hacia ella, con los ojos fijos en su padre y su tía—. Era una pánfila, y, como a tantas pánfilas, le gustaban los chicos malos.

—El marido parecía bastante bruto.

—Y lo era. Pero ella lo amansó. Era una especie de don que tenía. También de pequeña, como esas santitas de los libros de religión: los romanos las echaban a las fieras y las fieras se les echaban a ellas a los pies.

—Pero de algún modo las matarían. Si no, no te ascienden a santa, ¿no?

—Algún legionario se encargaba de ello, supongo. Yo recuerdo la ilustración de una niña con túnica acariciando la melena de los leones. Así era Laieta. De ahí lo de «*la santeta*», y tu tía era «la amiga de *la santeta*». No le gustaba mucho, aunque eran buenas amigas. —Ese tono de voz, falsamente neutro. Lo conocía bien, demasiado bien. Su madre siguió hablándole de perfil—: Cuando a mí me llaman «la bisnieta del indiano», me están diciendo que el significativo para ubicarme en el mundo es mi bisabuelo Magí. Como cuando a ti te llaman «la hija del detective», quien cuenta es tu padre. Nunca será al revés, él no será nunca «el padre de la detective». Te lo digo para que vayas haciéndote a la idea.

Con los años había desarrollado un protocolo propio para afrontar esos comentarios de su madre. Primero: no mostrar que le habían dolido. Segunda fase: ponderar si merecía la pena darle réplica o era mejor ignorarla y marcharse. El sentido común aconsejaba lo primero, pero la maldad de su madre había sido demasiado gratuita.

—Siempre será mejor que ser la hija de la bisnieta alcohólica del indiano —respondió con tal sonrisa que a ella misma le habrían dado ganas de abofetearse.

El aire a su alrededor se espesó. La hija del detective y la bisnieta alcohólica del indiano se miraban de hito en hito. Su madre parecía medirla, ahora que había logrado abrir una grieta, comprobaba la resistencia de los diques con que Nora solía contenerse. Espaldas tensas, cuellos alargados para el enfrentamiento. Nora notaba cómo en su interior se arremolinaban las ganas de hacerle daño, iban tomando cuerpo en forma de palabras, subían garganta arriba y, una vez en la boca, si no lo impedía, saldrían sin control.

Se levantó y abandonó la cocina. Gruñó y apretó los puños cuando oyó la voz burlona de su madre a su espalda:

—Corre, corre. Ve a contárselo a tu papá.

Pretendía herirla con una acusación falsa. Su madre sabía bien que Nora no lo había hecho ni siquiera cuando era una niña. Cuando en las fases oscuras y agresivas su madre gritaba, insultaba, se burlaba de sus hijos, ella se interponía como escudo protector de sus hermanos. Nunca fue una chivata. Porque no lo era y porque, además, no habría servido de nada. Nora tenía la amarga certeza de que su padre habría tomado partido por su madre.

Cerró la puerta del pasillo y se quedó a oscuras, separada de la casa. Se refugió en el despacho interior donde empezó a teclear con furia.

Unos minutos después apareció su padre. Sonriente. Era un buen detective, pero por lo que se refería a la familia, a veces le faltaba perspicacia. No percibió su malhumor ni en el saludo ni en la acritud con la que ella le dijo:

—Papá, te he ido dejando las informaciones del siguiente de la lista y veo que ni siquiera has abierto la carpeta con las notas.

—Es que no tengo tiempo.

Se sentó frente a ella.

—Es que tampoco te interesa, ¿no?

—No mucho, la verdad.

—¿Por qué lo cogiste?

—No me pareció tan mal en ese momento. Y nos está dando buenas minutas.

—¿Por eso te metiste en lo de Laieta?

—Es que tu madre tenía razón cuando fue a ese entierro. Algo había allí.

—Pero ¿qué sabía mamá concretamente? Todo lo que hemos averiguado lo hemos sabido hablando con gente y buscando en las redes. Y ella, que apenas sale de casa y solo mira en internet para leer historias de muertes terribles, ¿se imaginaba que había algo? La tía Claudia sabía que había un novio y que lo había conocido por internet, pero no tenía la menor idea de que fuera un estafador del amor, ni siquiera lo sospechaba.

Su padre se echó hacia atrás en la silla.

—Es difícil de entender, pero ya sabes que tu madre nunca se equivoca.

—¿Qué es difícil de entender?

—Pues cómo llega a sus ideas. Pero siempre hay un motivo.

—¿Te lo ha dado?

Él asintió.

—¿Cuál es?

—Es que es difícil de explicar.

—Inténtalo.

Su padre miró hacia la pared como buscando las palabras con que empezar. Se volvió hacia ella.

—Parece ser que la vio por la calle unas dos semanas antes de que muriera. Tu madre caminaba detrás de ella hasta que Laieta súbitamente se dio la vuelta y tu madre vio que estaba muy avergonzada.

—¿Avergonzada?

—Hasta la médula —dijo con vehemencia—. ¿Ves? Sabía que pondrías esa cara.

—¿Qué cara?

—De incredulidad.

—No es para menos. Toda esta movida empezó porque mamá...

Su padre se puso tenso.

—No es una movida. Es un caso que está resultando más complejo de lo que parecía.

—Y eso ya te conviene, ¿no? —dijo burlona—. Así no te aburres.

—¿Quién te ha dicho que me aburro?

—Desde que empezamos con este asunto, te has ido desentendiendo cada vez más. No lees lo que escribo, no haces preguntas, no sabes ni cómo voy ni por cuál de los nombres de la lista. No estuviste cuando Jovellanos vino a la agencia.

—Tenía otras cosas que hacer y...

—¿Lo ves? No tienes ni idea de lo que estoy haciendo. Vas a tu bola.

—Nora, no te pases. Que no se te olvide que esta agencia sigo dirigiéndola yo. Que por muy hija que seas, también trabajas para mí y...

Nora lo señaló con el dedo.

—Ya sabía que acabarías recordándome quién manda aquí. Pero no eres tú. ¿Sabes lo que eres tú, papá? El gólem de mamá. Te pone el papelito en la boca y, hala, a seguir instrucciones.

El desconcierto de su padre ante la comparación le permitió a Nora abandonar la oficina sin que él llegase a encontrar una réplica. Ella entró en el despacho contiguo, cogió su bolso y, para evitar el encuentro, cruzó el pasillo que llevaba a la casa. Su madre dormitaba tumbada en el sofá del salón y ni se percató de su presencia.

Alcanzó la puerta de la casa, cruzó el jardín pisando la gravilla como si quisiera pulverizarla y salió a la calle. El cuerpo le pedía movimiento, caminó a buen paso en dirección opuesta a la plaza, calle arriba hasta llegar a la avenida Meridiana. Giró a la izquierda porque vio una mesita

libre en un bar. Pero la sombra en la calle era reciente y la silla metálica todavía desprendía calor. Siguió andando, rumiando el enfado con la boca seca. Algo guio sus pasos hasta la calle Pons i Gallarza, una calle de casas bajas, bloques de pisos tampoco muy altos y naranjos esmirriados, era la calle donde estaba la librería de la que salía su madre el día que observó el «bochorno» de Laieta Casanovas.

Laieta Casanovas andando por esa calle, avergonzada «hasta la médula». Nora llegó hasta la librería casi al final de la calle y allí dio media vuelta para repetir el camino que había hecho su madre. Esa calle era paralela a la suya. Su madre no era de callejear, de modo que para volver tomaría alguna de las tres calles que llegaban directamente a la calle Malats, es decir, una de las tres primeras bocacalles, las siguientes la desviaban. ¿Por cuál doblaría? Su madre detestaba el sol. La calle era estrecha y, aunque los troncos de los naranjos eran palitroques retorcidos, tenían copas que daban sombra. Seguramente aprovecharía hasta la última, la calle Jorba.

Nora empezó a caminar. Delante de ella veía a Laieta Casanovas, quien, de pronto, frenaba en seco y se volvía. ¿Qué había visto en ese tramo de calle? ¿Qué la avergonzó? No era su historia de amor. Si lo que le habían contado la tía Claudia y Olga Sants era cierto, estaba muy orgullosa de su relación con Julio; hasta el punto de que albergaba cierto miedo paranoico a las envidias de sus amigas. ¿Qué había en esa calle? Una panadería de una cadena, un estudio de yoga, una clínica veterinaria, una cafetería, una zapatería con uno de los escaparates ocupado por un muestrario de pantuflas invocando un invierno que tal vez no llegara nunca enfrentado al de las chanclas de colores insolentes, una joyería relojería de aspecto anticuado. Volvió sobre sus pasos y repitió el camino. La imagen de Laieta, obediente, también. ¿Dónde se detendría? Panadería, yoga, veterinario. ¡Joyería! ¿Por qué? Se lo decían el instinto y la experiencia.

Entró. La dependienta era una mujer a finales de la sesentena, con el aspecto pulcro de los antiguos anuncios de joyería. Nora le enseñó la foto de Laieta que llevaba en el móvil. La mujer se mostró compungida.

—Claro que la conocía. Laieta, pobre. ¡Qué pena!

—¿Era clienta suya?

—Hace muchos años su marido nos compró alguna joya para ella.

—¿Y ella?

—Ella, al revés.

Le contó entonces que hacía dos semanas se había presentado en su tienda con algunas joyas que le había regalado su marido y le había preguntado si se las querría comprar.

—¿Lo hizo?

—No, nosotros no estamos en ese negocio. Me insistió, y cuando le pregunté si es que andaba mal de dinero, me aseguró que no, que las vendía porque ya no se las ponía.

—¿Y usted la creyó?

—No. Y sé que ella se dio cuenta porque se marchó casi corriendo de la tienda. Después me enteré de que se había muerto. Me dio pena no poder ir al entierro, pero no podía dejar la tienda desatendida.

—Claro. ¿Cuánto valdrían las joyas que quería venderle?

—No llegué a mirarlas con detalle, pero así, a ojo, le diría que unos tres mil euros.

Al salir le dejó un mensaje de voz a su padre para contárselo.

—El resto es tu trabajo —dijo para concluir—. Yo me voy al cine —añadió con fingida indiferencia.

Fue a buscar su coche y se marchó a Alella, donde vivía el número ocho de la lista de Jovellanos, que trabajaba allí en la cooperativa vinícola.

Mateo escuchó el mensaje de Nora varias veces hasta que de tanto oírlo se le aplacó un poco el enfado y pudo concentrarse en el contenido. Tendría que darle las gracias, a su pesar. A pesar de cuánto le molestaba el tono chulesco con que le había dado la información, como quien tira al suelo una limosna para que el otro tenga que agacharse a recogerla. Gólem. «El gólem de mamá».

—¡Qué impertinente esta niña! —dijo en voz alta usando una expresión que era muy propia de su padre.

Sí, ha salido precisamente a la madre.

Y, también como su madre, tenía razón.

Nico Rovira había dicho que echaron en falta las joyas de su madre, pero que pensaron que se las habría regalado al novio o que este las había robado. Ahora lo más probable era que las hubiera empeñado. Laieta necesitaba dinero. En la joyería se había puesto en evidencia. De ahí la vergüenza.

Seguro que algunos lo sabían. Todo se sabe. ¿Por qué nadie le había dicho nada cuando empezó a hacer preguntas sobre Laieta?

Tomando como punto de partida su vivienda, intentó rehacer los itinerarios de Laieta. ¿Dónde compraría el pan? ¿Dónde la fruta, la carne o el pescado? En su recorrido descubrió un reguero de deudas. En algunas tiendas todavía le fiaban; en otras estaba en la lista de morosos.

—Fue muy duro negarle la compra —explicó la dependienta de una droguería—. Pero la dueña nos prohibió venderle más. No volvimos a verla.

En una frutería había dejado deudas también, pero seguían vendiéndole.

—Porque de vez en cuando iba abonando lo que había dejado por pagar, aunque nunca llegó a saldarlo.

Deudas. ¿Por qué nadie lo había mencionado? Encontró dos respuestas: los que no hablaban mal de los muertos y los que ahora se reprochaban no haberla ayudado cuando les pidió que le fiaran una vez más.

Imaginaba la vergüenza de la mujer. ¿Cuántas calles, cuántos comercios evitaba al final de su vida? Las tiendas de siempre a las que no podía volver, los lugares en los que todo el mundo sabía su nombre. El estigma, la otra cara de los barrios.

Bochorno. «Una de esas vergüenzas que duelen, como si te quemasen por dentro». Lola, una vez más, lo había visto.

Lola a veces no tenía razón, pero no se equivocaba nunca.

Nora había salido a su madre.

Se tragó el orgullo y llamó a su hija para darle las gracias y contarle lo que había descubierto.

—¡Qué hijo de puta! ¡Hijo de la gran puta!

La «u» de la segunda exclamación se estiró y afiló hasta acabar en un grito agudo.

Evangelina Pereira había dejado caer el móvil sobre la mesa y ocultaba la cara entre las manos. Sollozó.

Como si la arrastrara una fuerza superior a su voluntad, descubrió lentamente su rostro, ahora desencajado, tomó de nuevo el móvil y, con un dedo tembloroso, fue pasando las fotos que Amalia acababa de compartir con ella.

—¿Cómo ha podido?

No era la primera vez que Amalia presenciaba una fuerte explosión emocional al entregar los resultados de su trabajo.

—¿Cómo ha podido hacerme esto?

Ella esperaba que amainara la tormenta para explicarle de qué modo podrían usar las informaciones que había recopilado para emprender acciones legales contra Ramón Forés, aunque las imágenes que habían provocado la reacción de su clienta no eran las del empleado entrando y trabajando en la empresa de metalistería, sino las que ella había tomado cerca de la estación de Francia, en las que se encontraba con otra mujer y que, antes de que su clienta se hubiera descompuesto, quería haber acompañado de un comentario jocoso, y algo grosero, acerca del buen funcionamiento de las lumbares del objeto de observación.

Agradeció no haber abierto la boca cuando entendió que el verdadero motivo por el que la había contratado era descubrir si Forés la estaba engañando con otra. Su clienta seguramente se avergonzaba y no se había atrevido a pedirlo de forma directa. No sería Amalia quien la abochornase ahora comentando que en ambos tipos de encargos la tarifa era la misma.

Cuando la mujer, haciendo acopio de toda su dignidad, abandonó la agencia, Amalia le pasó el resumen de sus horas de trabajo a Rodrigo para que preparase la factura. Y se calló el tercer chiste de la tarde al no pedirle que la mandase de inmediato porque sospechaba que esa clienta tal vez protagonizaría pronto las páginas de sucesos. Es peligroso engañar a una persona que posee un arsenal de sierras y cuchillos eléctricos.

A Ayala sí que se los contaría los tres. Lo buscó, pero no estaba en su despacho.

—Ha salido y ha dicho que después iría directamente a casa.

Ella terminó de redactar el informe y se marchó.

«Parece que las lumbares le funcionan bien».

«Cobramos lo mismo por todo tipo de infidelidades, laborales o amorosas».

«Me temo que esta señora pronto saldrá en la página de sucesos».

En el coche, mientras conducía por la ciudad, se reía sola imaginando cómo Ayala negaba con la cabeza y se reía también mientras le decía que a veces era muy bestia.

Entró en casa. Ayala no estaba allí. No tenía ganas de quedarse esperándolo. Las calles, los parques, las terrazas de la ciudad rebosaban de gente. Llamó a Silvia, su prima.

—¿Qué haces hoy por la noche?

—¿Salir contigo?

Constantin había entrado en el perfil de Laieta y había accedido a los mensajes que intercambió con Julio. Como si se tratara de un guion radiofónico, su padre leía los mensajes del hombre, y Nora le daba la réplica.

«Hola, Laieta. ¿Cómo estás? No sabes cuánto me alegra haberte encontrado en este grupo de Facebook. Quizás te acuerdas de mí. Soy Julio. Del barrio. Íbamos al mismo cole de pequeños».

«¿Al mismo cole?»

«Bueno, yo estaba en el de los niños».

Bien jugado. Esa información estaba en el grupo de Facebook. Alguien había colgado una serie de fotos del antiguo colegio.

«No te recuerdo».

«No me extraña. Es que era muy tímido. Creo que porque perdí a mi madre siendo muy pequeño».

«¡Cuánto lo siento!»

«Gracias. Siempre fuiste tan amable. Parece que no has cambiado, conservas tu esencia».

Halagos y nostalgia. Irresistible. Julio había lanzado bien el anzuelo.

«¿Con quién ibas a clase, Julio?»

«Algunos nombres se me han borrado. Los años no perdonan, ja, ja, ja. Pero recuerdo que había uno muy alto, que tenía un ojo más grande que el otro. Ahora no me viene su nombre».

«Fermí».

«Creo que se llamaba así».

«¡Qué malo era!»

«No te lo puedes imaginar. Me acuerdo de que una vez quiso robarme el plumier, pero apareció uno muy bruto, de los mayores».

«Sería Miquel».

«¡Ese! Miquel. Y le dio una buena tunda. ¿Y sabes qué pasó después? Que Miquel me quitó el plumier».

El siguiente bocadillo estaba lleno de emoticonos riendo.

De este modo, con alusiones, le iba sacando una información tras otra y ella acabó convencida de que él era un chico del barrio. Hasta que llegó el momento, a los pocos días, de la gran confesión.

«Te quería decir una cosa, Laieta, pero me da un poco de vergüenza».

«¿Por qué?»

«Es que no querría estropear nuestra amistad».

«Seguro que no lo harás».

«Bueno. Pero, para que te hagas una idea, estoy coloradísimo mientras lo escribo».

«Venga, hombre».

«Bueno. Allá voy. Quería confesarte que desde el colegio he estado enamorado de ti, que fuiste mi primer amor, aunque fuese un amor secreto».

«No sé qué decir».

«No digas nada. A mí me basta con poder contártelo, con que lo sepas. Creo que tú nunca te diste cuenta, pero te espiaba desde el patio de los niños y muchas tardes te seguí hasta tu casa solo para poder verte y escuchar tu voz mientras hablabas con tus amigas».

«¡Qué bonito, Julio!»

Nora interrumpió la lectura.

—¡Qué siniestro!

Pero a partir de esa «confesión», los mensajes entre ellos fueron diarios. Julio enviaba por la mañana el mismo mensaje:

«Buenos días, mi amor. ¿Cómo estás?».

Y por las noches, tras desearle que descansara bien y mandarle besos y abrazos, se despedía con una antigua fórmula epistolar, «Sinceramente tuyo, Julio».

A partir del tercer día, cuando Julio le escribía su «¿Cómo estás?», Laieta dejó de responder con el «bien» de rigor, convirtió el saludo matinal en una pregunta y empezó a lamentarse del abandono en el que la tenían sus hijos, de no haber recibido ni una llamada el día anterior o de que cuando lo hacían siempre tenían algo urgente entre manos —recoger a los niños, entrar en la consulta de un médico, recibir a un cliente, subirse al

autobús— y por eso debían interrumpir la llamada. Las primeras veces él se mostró comprensivo.

«Tendrán muchas ocupaciones. Así es la vida de hoy».

Pero pronto empezó a hacer frente común con ella.

«No les costaría nada. ¿Tampoco han venido a verte?»

«No. Nico, el mayor, trabaja en Barcelona, pero vive en Abrera. Y Martina vive en la otra punta de Barcelona, en Poble-sec».

El estafador debió de tomar buena nota de ello.

«Pues en cuanto resuelva algunos asuntos, Laieta, te visitaré yo. Tengo ganas de volver a verte».

«No sé. Son tantos años. Soy una señora mayor. No te gustaré».

«Me gustabas entonces y me gustarás ahora. Las almas no cambian».

Mateo sintió una desagradable mezcla de vergüenza ajena por la cursilería del texto y compasión al ver cómo el cazador iba cerrando el lazo alrededor del cuello de su víctima.

Muy despacio, con precauciones. Un paso importante, pero arriesgado, fue mandarle una foto de la infancia, la foto que habían encontrado en el álbum.

«Te la mando con una condición. Te ruego que no compartas esta foto en el grupo».

«¿Por qué?»

«Porque, como sabes, no guardo buenos recuerdos de ese tiempo. Era un niño tímido y sensible y los demás se burlaban de mí porque tartamudeaba un poco. No me interesan. No busco contacto con ninguno de ellos. Te la mando solo a ti».

—Este tipo es listo —comentó Nora—. Usa un argumento entre romántico y melodramático para evitar que a ella se le ocurra publicar la foto y que otro de los miembros del grupo de Facebook descubra la falsedad.

—Es bueno, sí —respondió él.

—¿Detecto un punto de admiración ahí?

—Sí, pero no significa que me guste. Solo que este tipo se lo ha currado.

Poco a poco, el estafador fue aislándola de su entorno. Ya habían acordado no revelar su relación a los hijos.

«No lo entenderán. Además, es tu vida, Laieta».

Después fue alimentando la desconfianza ante su antiguo entorno. Cuando ella le trasladó un comentario negativo de una amiga, él reaccionó con vehemencia.

«¡Cuánto me duele lo que me cuentas! Sabes que lo que siento por ti es auténtico, que he esperado durante toda mi vida esta oportunidad. Pero si hay alguna duda en tu corazón, estoy dispuesto a desaparecer de tu vida ahora mismo y para siempre».

«No, no, mi amor. Pero es que me han contado que hay mucha gente que engaña por internet».

«Me estás rompiendo el corazón. Será mejor que interrumpamos la conversación por unos días».

Se despidió con su fórmula habitual, «Sinceramente, muy sinceramente tuyo, Julio».

Después, a pesar de las protestas, las preguntas, los ruegos de Laieta, no reapareció hasta dos días más tarde con susaludo matinal. Era fácil imaginar la alegría, el alivio de ella y que su mente absorbía y aceptaba lo que él le escribió a continuación.

«¿Sabes por qué nos atacan, cariño? Por envidia. Son personas solas y amargadas. Y quieren que tú también te quedes como ellas, sola y amargada».

Todo el mundo los envidiaba. Eran las mismas palabras que ella había usado ante las advertencias de Olga Sants. Envidia. Todas la envidiaban porque era feliz.

Solo ellos dos. Los hijos ya no eran objeto de añoranza, sino un posible obstáculo, de ahí que no debieran saber nada. El futuro era suyo, los años que les quedasen serían suyos.

«Como te conté, he vivido muchos años en Sudáfrica. Tengo mi patrimonio allí. Pensaba retirarme a mi granja y disfrutar allí de mi jubilación, pero ahora que te tengo a ti, quiero que hagamos muchas cosas, viajes, cenas, teatro... Todo lo que te apetezca».

«¿Eres rico?»

«Podría decir que sí. He hecho una gran fortuna en África y tengo un patrimonio importante, aunque he donado mucho dinero para fines benéficos».

Ahí empezaba una larga historia en la que le hablaba de su fábrica, de su granja, de las que le mandó fotos, y que culminaba con el relato de su amistad con Nelson Mandela:

«Madiba, que es como lo llamábamos sus amigos, me condecoró por mis obras filantrópicas porque financié la construcción de esta escuela».

Una foto mostraba una escuela con sonrientes niños africanos uniformados. En otra se lo veía a él con Nelson Mandela. Había impresionado a Laieta, que se deshacía en elogios a la bondad de Julio.

«Uno de mis principios es que las personas tenemos que ayudarnos unas a otras».

«Eso creo yo también».

Ya la tenía.

Porque, antes de disfrutar de esa vida maravillosa que los esperaba a ambos, había que solventar un gran obstáculo.

«Para volar a Sudáfrica y cerrar mis negocios allí necesito un dinero del que ahora no dispongo. Casi todo mi capital está allí. Cuando me vine a pasar una temporada en Barcelona, no podía imaginarme que te encontraría. Así que solo transferí una pequeña cantidad. Pero no te preocupes, voy a pedir un préstamo al banco para comprar los billetes. ¡Qué situación más absurda! Tengo una fortuna en mi banco en Sudáfrica y aquí no me llega para comprar el billete de avión y poder viajar para pasar mis cuentas a España. Esto retrasará un par de meses mis planes».

«¿Cuánto sería?»

«Ida y vuelta, porque lo más importante es volver, entre tres mil y tres mil quinientos euros».

«Yo te los puedo prestar».

«Eres muy generosa, pero no puedo aceptarlo. Esperaré a que el banco me conceda el crédito. Hay que tener paciencia».

«Tal vez tú la tengas, pero yo no. No tenemos edad para perder el tiempo».

«Es que no sé si debo».

«Por supuesto que debes. Tú mismo lo dijiste, las personas tenemos que ayudarnos unas a otras».

No fueron tres mil, sino cuatro mil euros para el viaje a Sudáfrica.

Los siguientes mensajes eran sorprendentes porque mostraban que el dinero se lo había entregado en persona. Eso no solía suceder en las estafas del amor, donde el estafador le saca el dinero a la víctima inventando dificultades que impiden ese encuentro. Pero en el caso de Laieta no fue así. En varios intercambios se hablaba de meriendas y de teatro. Parecía que se habían visto más de una vez. Después dejaban de escribirse.

Seguramente se comunicaban de forma más directa por WhatsApp o se llamaban. Todo esto no podrían saberlo sin el móvil de Laieta que la hija aseguraba haber roto a martillazos.

Pero no solo habían visto cómo actuaba el timador, sino que, como ya le había revelado Xitu, existía una persona real en ese juego, se llamase o no Julio. Un hombre de carne y hueso que llevaba a Laieta a merendar a la pastelería Mauri y la invitaba al teatro.

Su padre llamó a Constantin.

—¿Podrías localizar desde dónde escribe ese tal Julio?

Constantin lo llamó solo una hora después de que él le hubiera pedido la dirección.

—Lo tengo.

—¿Cómo lo has hecho?

—Como decimos en mi país: mejor que no lo sepas.

Mateo anotó lo que le dictó el ruso. Estaba en Castelldefels. Según el mapa, en un bloque de apartamentos de la playa.

—Pásate cuando quieras y hacemos cuentas. ¿Qué divisa tenéis en Kazajistán?

Constantin se echó a reír, pero Mateo no le comentó que, desde que era kazajo, lo hacía más a menudo. Su sentido del humor estaba todavía en fase de desarrollo.

—Te llamo cuando lo necesite.

—Aquí lo tendrás.

En cuanto pasara por un cajero automático sacaría el dinero y lo guardaría en la cajita metálica que hacía de banco de Constantin, que todavía no había ido a cobrar su trabajo anterior. En la caja fuerte de la agencia había cajitas similares para cada uno de sus colaboradores, gente poco aficionada a las facturas. La de Constantin era roja. Si lo de ser kazajo le duraba, ya le compraría una azul celeste.

Nora estaba en el despacho contiguo trabajando en lo de Jovellanos. Mateo se había reconciliado con su hija sin abordar directamente la discusión que habían tenido, sin hablar de gólems ni de ofensas; se habían reconciliado con hechos: a modo de agradecimiento por el descubrimiento de las deudas de Laieta, Mateo le había transferido por completo la investigación de la lista de Jovellanos. Los dos salían ganando. Nora lo hacía con gusto. A él le desagradaba. Lo que quería Jovellanos era

ridículo, y además tenía el efecto secundario de obligarlo a pensar en su propia vida, del mismo modo que un tropiezo accidental nos recuerda qué frágiles son nuestros tobillos.

Entró en la cocina para despedirse de Lola.

—¿A que no sabes quién se ha muerto? —le preguntó ella levantado la vista de la página de necrológicas.

Como era un arranque habitual de conversación, Mateo respondió distraídamente que no.

—Sara Moliner.

Mateo cerró los ojos mientras la onda expansiva de la noticia lo sacudía y una voz interior suplicaba que Lola no añadiera ningún comentario. Pero era demasiado pedir.

—¿No había sido tu...?

La máquina de hacer daño de Lola podía ser imparable una vez puesta en marcha. Intentó detenerla lanzándole tres contundentes respuestas como quien lanza piedras con una honda:

—Sí, sí y no quiero saber más.

Sí, había sido su primera novia, sí, también su primera vez. Y no, no quería saber de qué se había muerto ni quién había puesto la esquila. Tampoco su edad exacta. La Sara Moliner que se había muerto sería, como él, sesentona. La inmortal era una chica espigada un par de años mayor que él, con una larga melena oscura, era un Seat 127, descampados, luces de las máquinas del millón, billares, cervezas, cigarrillos y porros compartidos, la vida al día, a la hora, sin planes de futuro, sin arrepentimientos. Era esa parte salvaje que guardaba en su interior, domesticada pero viva.

Lola debió de percibir que lo perdía, que se le escapaba en las imágenes de su juventud, bajó las armas, se levantó y lo abrazó.

—Siempre serás el quinqui más guapo del barrio, Mateo Hernández.

Llegó a Castelldefels sin toparse con atascos en la autovía. Era tarde para los que iban y demasiado pronto para la vuelta. El lugar desde el que Julio escribía sus correos se encontraba en un complejo de apartamentos de los años ochenta, a tres calles de la playa. Una estructura cuadrangular de hormigón, de cuatro pisos con apartamentos de techos bajos, balcones con barandillas de madera descolorida. Podría haber sido un bloque de

viviendas de protección oficial si la fachada gris no hubiera estado decorada con un gran caballito de mar, que en otros tiempos fue multicolor, sobre el rótulo de Apartamentos Hipocampo. De muchas de las barandillas colgaban toallas de playa. Sirenas, estrellas de mar, peces, olas y más caballitos. Mateo buscó en vano una toalla azul oscuro de Nivea como la que su madre había ganado en un sorteo cuando ellos eran pequeños. Sillas plegables, toalla de Nivea, sombrilla de rayas, neverita y bocadillos de tortilla y arena.

Al acercarse a la verja que cerraba el bloque, se intensificaron las voces y los gritos de los niños jugando en la piscina en el interior del bloque.

Mateo, que se había puesto un atuendo playero con sombrero de paja incluido, aprovechó la salida de un grupo de chicas para colarse. Se acercó a los buzones. No había ningún Julio. Casi todos los apartamentos del complejo parecían seguir en manos privadas, menos tres que mostraban nombres de agencias de alquiler turístico. Ahí podía estar alojado el hombre que buscaban. Preguntar al personal de mantenimiento o a otros vecinos era demasiado arriesgado. Podían comentarle a Julio que lo habían estado buscando y ponerlo sobre aviso. De momento, contaban con la ventaja de que él no sabía que estaba siendo investigado.

Se acercó a la zona de la piscina. Observó a los bañistas. Por el retrato de tercera mano que les había dado Olga Sants, era un hombre en la setentena. A esa edad también los hombres se vuelven invisibles. Había dos, pero eran demasiado obesos para encajar en la descripción.

Los apartamentos tenían también balcones que daban a la piscina y eran lo suficientemente grandes para que cupieran una mesa pequeña y un par de sillas. En uno de ellos vio a un hombre de pelo canoso leyendo en una tumbona a pesar del griterío de los niños al que se sumaba el de los padres pidiéndoles que no chillasen. Llevaba gafas. «De metal, como los profesores». Podría ser él. Contó los balcones para calcular en qué apartamento se encontraba. Tenía que ser el 44, uno de los que pertenecía a una agencia.

Tal vez se sintiera observado, porque el hombre levantó la vista del libro. Mateo apartó de inmediato la mirada y se movió entre la gente que estaba en las tumbonas. En ningún momento se volvió en dirección a los balcones.

Confirmó que ese apartamento era de una agencia. Anotó el número. Salió y se alejó del bloque antes de llamar.

—Me han dicho que alquilan un apartamento en el edificio Hipocampo de Castelldefels. Me gustaría saber si está disponible.

Sonido de teclas.

—El apartamento está ocupado. Pero tenemos otro en...

—Es que mi cuñado tiene un apartamento en el Hipocampo y lo bonito sería que los niños pudieran jugar juntos. ¿Sabe si quedará libre pronto, quizás?

—No se lo puedo decir, por protección de datos.

—Vaya. ¿No puede darme solo una pista? Este verano tendré que buscar otra cosa, ¿verdad? ¿Cuál es el otro apartamento que me ofrecía?

El chico al otro lado del teléfono bajó un poco la voz y le dijo:

—La familia de ese apartamento se quedará allí hasta septiembre. Pero tenemos otro a cuatro calles...

Mateo escuchó cortésmente la información, fingiendo que tomaba notas.

—Pues lo consulto con mi mujer y vuelvo a llamarles.

Podía ser él y haber alquilado el apartamento para unas vacaciones familiares o podía tratarse de otra persona; lo único seguro hasta el momento era que el ordenador se usaba desde ese bloque. Tocaba vigilar.

El edificio de apartamentos de enfrente estaba rodeado por una ancha hilera de jardineras de hormigón en las que las matas de rododendros demostraban con flores su capacidad de supervivencia. Orgullosas y polvorientas como las que ocupaban la banda central en muchos tramos de la autovía, que habían visto pasar generaciones de bañistas y domingueros. Sin quitarse el sombrero, se sentó a la sombra en el canto rugoso de una de las jardineras y sacó el móvil. No costaba nada intentarlo.

—Ayala, ¿estás ocupado?

—Estoy esperando a un cliente. ¿Por qué lo preguntas?

—Ando en una observación en Castelldefels y se me ha ocurrido que, si estabas libre, podrías acompañarme.

Ayala no respondió al momento.

—¿Hay que llevar bañador?

—No, pero que se te vea veraneante.

—Dame la ubicación. En una hora estoy allí.

Mateo sonrió sin dejar de observar la entrada de los apartamentos.

Al entrar en la agencia, Amalia se encontró de frente con la sonrisa de Rodrigo al lado de un gran ramo de flores sobre su mesa.

—Lo ha mandado la señora Pereira.

Rodrigo nunca la llamaría «la carnicera» como hacían ella y Ayala. Podía ser un ejemplo más de su corrección o que pensara que darles motes a los clientes era un privilegio de los jefes. Había puesto las flores en un jarrón y Amalia estaba segura de que no se le habría olvidado echar dentro el polvillo blanco para que durasen más. Girasoles y unas flores azules que, lo siento, tía Claudia, no sabía cómo se llamaban. No le gustaban las flores cortadas. Recordaba perfectamente el primer ramo que recibió de un chico con el que salió unos meses. Fue para su cumpleaños. No, peor, por San Valentín. Rosas, por supuesto. Ella sonrió y se las agradeció con su escasa capacidad de fingimiento, mientras pensaba que su habitación iba a oler a cementerio. Al llegar a casa, las puso en un jarrón, las dejó sobre la mesa del comedor y se desentendió de ellas.

Las flores de ahora eran un gesto de agradecimiento por haberla dejado llorar a sus anchas en el despacho tras descubrir que su empleado y amante la engañaba. Y por un abrazo que a Amalia se le escapó cuando Evangelina Pereira, encorvada por la tristeza, salía de la agencia y le dio las gracias por abrirle los ojos.

—Pues se ven muy bien aquí —le dijo a Rodrigo.

Él tomó posesión del ramo colocándolo a su derecha.

Entonces ella notó que la agencia estaba muy silenciosa.

—¿Ayala? ¿No tenía una cita a esta hora?

—La anuló. Salió hará una media hora.

—¿Te dijo adónde iba?

—No. Se cambió de ropa y se marchó.

—¿Se cambió de ropa?

Rodrigo asintió.

—¿Cómo iba?

—No me fijé.

—¡Cómo que no te fijaste! ¿Dónde estás trabajando?

Instintivamente, él se echó a la derecha, como si quisiera esconderse detrás de las flores.

—Aquí —respondió con un hilo de voz.

—A veces me pregunto si eres tonto o solo te lo haces. —Amalia resopló y se metió en su despacho.

Los dos juntos. Después Ayala solo mientras él comía algo. Mateo solo mientras Ayala comía algo. Juntos otra vez. Sentados. Caminando. Uno en un coche. El otro en otro. Cuando anocheció, Mateo y Ayala se sentaron en los escalones de acceso de otro bloque fingiendo ser dos señores que tomaban una cerveza a la fresca. Algunos de los balcones se habían poblado de gente que cenaba desafiando a los mosquitos. El aire se llenó de olor a tortilla, salchichas y citronela. Un grito agudo cortó de repente todas las conversaciones. En uno de los balcones del cuarto piso el hombre que encajaba con la descripción de Julio se asomó e hizo un gesto de fastidio cuando, tras el grito, llegó la voz de un niño berreando porque sus hermanos tenían un frankfurt más que él. Entonces se oyó un «Te pondré otra salchicha si te acabas las que tienes en el plato» y todos regresaron al bullicio de antes. Por si el hombre había reparado en ellos, Mateo y Ayala se levantaron y empezaron a hablar.

—Es que no sé... Pádel con este calor...

—Venga, hombre. Un poco de movimiento te vendrá bien. —Ayala, muy en su papel, le palpó la cintura—. Están un pelín fondón.

—Me lo pienso.

—¿Qué hay que pensar? Te esperamos mañana por la mañana.

Mateo aceptó con resignación y se separaron. Él se quedó escondido en la esquina. Estaba a punto de escribirle a Ayala para decirle que se marchase a casa, que él se quedaría de guardia en el coche, cuando vio que el hombre abandonaba el bloque.

«Tuyo», le escribió a Ayala.

Mientras Ayala se convertía en la sombra de ese hombre que tal vez fuera Julio, él se coló en el complejo de apartamentos por un hueco en el seto que había descubierto durante una de las rondas alrededor del bloque.

Subió hasta el cuarto piso. Como no había nadie en el pasillo, intentó, sin mucha convicción, abrir la puerta con una tarjeta de crédito. Para su sorpresa, se abrió. El hombre no había cerrado con llave y había dejado una lámpara de pie prendida en el salón, y eso solo podía significar que pensaba volver pronto. Tenía que darse prisa para buscar algún indicio de que se trataba del estafador. Tampoco le costó. Sobre una mesa en el mismo salón había un ordenador portátil y tres carpetas. Abrió una de ellas, fotos de una mujer de unos setenta años y notas. El contenido de las otras dos era similar. Empezó a fotografiarlo con cuidado para no cambiar el orden de los papeles. Mientras captaba las imágenes, leía palabras como «Sudáfrica», «billete», «hospital». A todas las víctimas, porque era evidente que esas tres mujeres eran otras de sus víctimas, les contaba la misma historia sobre su empresa en Sudáfrica, las buenas obras, la amistad con Mandela... Era lógico, así no se confundía. La serialidad del engaño hacía aún más triste la historia de Laieta.

Se había quedado tan absorto fotografiando el material que, cuando vio el mensaje de Ayala, «Solo salió a comprar agua. Está entrando en el bloque. Lárgate», ya se estaba abriendo la puerta del apartamento. Cerró la carpeta y corrió al balcón. Allí tampoco podía quedarse, en cuanto el hombre llegara al salón, lo descubriría. No le quedaba más remedio que saltar a un balcón vecino. Al de la izquierda, donde no se veía luz. Pasó una pierna por encima de la barandilla, se agarró con fuerza a la del balcón contiguo deseando que la madera no cediera a su peso y que su condición física no le fallase. Su cerebro acelerado por la adrenalina le repetía las palabras de Ayala: «Estás un poco fondón». Tiró con fuerza del resto del cuerpo para que la mano izquierda, que parecía la única parte de él que era consciente de que estaba en un cuarto piso, dejara de aferrarse a la otra barandilla. Pasó la pierna que le faltaba por encima de la madera y se quedó en el balcón procurando controlar la respiración.

Le llegó entonces otro mensaje de Ayala. «¿Dónde estás?»

«En el balcón del piso de al lado».

«¿Y cómo piensas salir de allí?»

La puerta del balcón estaba abierta. Algo que solo suele suceder si hay gente en el apartamento. Asomó la cabeza al salón oscuro. Trató de percibir si había gente en los dormitorios, pero el ruido exterior no lo permitía. Se atrevió a dar unos pasos. Si tenía suerte, podría llegar a la puerta y salir. Avanzó con precaución. Los ojos se le habían acostumbrado

a la oscuridad y, gracias a la luz del exterior, distinguía los contornos de los muebles. Por desgracia, no llegó a ver que había algunos objetos en el suelo y tropezó.

De pronto, un chico desnudo salió corriendo de uno de los dormitorios y encendió la luz.

Debía de tener unos quince años. Tras él apareció también desnudo otro muchacho de su edad. Aunque la luz le había deslumbrado, Mateo distinguió que había ropa y objetos de adultos en la casa. Al ver que no aparecía ninguno, entendió que el chico estaba aprovechando la ausencia de los padres y decidió jugárselo todo a una carta.

—Si me dejáis salir, yo no os he visto.

—Pero ¿quién es usted?

—Alguien en apuros, que ha tenido que salir huyendo por el balcón.

—¿Y se va a ir así, sin más? —preguntó el segundo muchacho, que parecía haber entendido mejor la oferta.

—Si me abrí la puerta, me largo ya mismo.

Se dirigió hacia allí sin esperar respuesta. Abrió y salió al pasillo tras cerrar de nuevo. Bajó la escalera como si no tuviera prisa, cruzó del mismo modo la zona de la piscina. Había gente en algunos balcones y no quería llamar la atención ahora. Salió a la calle.

Ayala lo esperaba apoyado en su coche. Resopló aliviado.

—Es él —le dijo Mateo en tono triunfal.

Después le contó cómo había conseguido salir.

—Esto se merece una caña, ¿no te parece?

—Mejor me voy a casa, Mateo. Se me olvidó avisar a Amalia.

—Dile que mañana habrá reunión por la mañana.

Nora llegó quince minutos antes. El tiempo justo para saludar a su madre, aunque no tuviera ganas, pero no hacerlo era peor. Enseguida podría marcharse alegando que tenía reunión. Fue hasta la cocina, su madre no estaba allí. Se asomó al jardín, tampoco había nadie. La ventana de la cocina de la casa de la tía Claudia estaba abierta, pero de allí no salía ninguna voz. Desde hacía algún tiempo la hermana mayor de su madre mantenía conversaciones con sus fantasmas: cuando no hablaba con su hija Elsa, lo hacía con el abuelo Conrado o con Marc. De detrás de una gran mata de margaritas salió el gato anaranjado que su tía había adoptado hacía unos años y se acercó a ella con el paso ligeramente tembloroso de los gatos viejos. Nora le acarició la cabezota mientras el gato se frotaba contra sus piernas. Los cuidados de su tía mantenían el jardín denso y verde a pesar del calor y la falta de lluvia. Con la misma obstinación y método con que perseguía plagas o podaba los árboles, había ideado e instalado ella misma un sistema de riego por goteo. A sus más de setenta años había tendido metros de manguera, codos y goteros moviéndose a cuatro patas sobre la tierra.

—Cada día os parecéis más —le dijo al gato.

Este se apartó de sus piernas y la guio hasta las sillas de enea que estaban debajo del emparrado, donde su madre solía sentarse a leer. Nora entendió el mensaje, cogió al gato y lo subió a una de ellas.

—Y tú, bicho, cada día eres más vago.

Su padre los miraba desde la puerta de la cocina.

—Lo de este gato es eficiencia energética —le dijo.

—¿Y mamá?

—Arriba, en su despacho. Hoy se ha levantado con la idea de sacar diez libros para comprarse diez nuevos.

Mantener un número fijo de libros se podía entender como una manía o un capricho. Ese cambio implicaba que algo se avecinaba, si era bueno o malo lo sabrían pronto.

—¿Te ha dicho por qué?

—Quiere leer algo nuevo.

—Hasta ahí llego sola, papá. ¿Por qué de golpe le ha dado por leer algo nuevo?

Su madre llevaba años en un bucle lector.

Su padre se encogió de hombros. Le dio la espalda. Como había hecho el gato antes, parecía indicarle que lo siguiera. Nora entró en la cocina, cerró la puerta tras ella. Su padre se volvió bruscamente.

—¿Cómo vas con Jovellanos?

—Muy bien. Puedes seguir el tiempo que necesites con lo de Laieta, papá.

—Es que ya está.

—¿Ya está? ¿Tan rápido?

—Sí —respondió su padre con resignación, y le contó cómo habían encontrado a Julio y una aventura estrambótica en un balcón y una pareja de chavales que se había llevado el susto de su vida.

—Más se habrían asustado si los pillan los padres.

—También es verdad. El caso es que ya está.

—Somos demasiado buenos —bromeó ella, aunque estaba contrariada.

Esperaba que esto no supusiera que ahora su padre fuera a interesarse por la lista de Jovellanos. El caso era solo suyo y no quería intromisiones, ni siquiera en forma de ayuda.

Ayala entró entonces en el despacho. Nora miró tras él, pero venía solo.

—¿Y Amalia? —preguntó su padre.

—¿Y Amalia?

—No puede venir a la reunión —respondió Ayala—. Tenía una cita inamovible.

Mateo percibió la mentira. Le dolió que su hija no quisiera escuchar el relato final del caso. Se habría reído al saber de sus apuros en el balcón del apartamento. Aunque eso seguramente ya se lo habría contado Ayala.

Se acomodaron en los silloncitos azules.

—Amalia tiene toda la razón —dijo Nora—. Va siendo hora de cambiarlos.

—Cuando nos pague el hijo de Laieta, busquemos unos nuevos —respondió él.

—¿Caso cerrado? —preguntó Ayala.

—No nos queda nada por hacer. Ya hemos localizado a Julio.

—¿Y qué? ¿Es guapo? —preguntó Nora, levantando el bolígrafo del papel y dándose golpecitos con él en los labios.

En eso eran muy distintas sus hijas. Mientras que Nora lo anotaba todo a mano en un bloc de hojas blancas, Amalia tenía siempre el portátil sobre las rodillas. El bloc de notas de Nora estaba ya esquelético; las anillas de metal sujetaban unas pocas hojas y las tapas. Nora arrancaba las hojas cuando ya había pasado el contenido a limpio.

—Piel y huesos.

—¿Cómo?

—Tu libreta, piel y huesos. Julio, no. Es un hombre que se conserva muy bien. Tiene buena planta. ¿No, Ayala?

Ayala se encogió de hombros.

—Se le ve bien. Pero debe de tener sobre todo mucha labia con las señoras.

—Bueno, tiene un pelazo y una nariz así, a lo Paul Newman.

Nunca se habría fijado en la nariz de los hombres de no ser por el maldito Unamuno.

Su hija hizo un gesto apreciativo con la boca y preguntó:

—¿Qué hacemos con las otras mujeres a las que están engañando?

—No podemos hacer nada. Tendríamos que explicarle a la policía cómo hemos obtenido esa información. Mi incursión en el apartamento de Julio.

—Y si las avisamos —reflexionó su hija en voz alta—, podríamos alertar a Julio.

—Así es —respondió él—. Le pasaremos a Nico Rovira la suficiente información para que la policía dé con Julio. Y, en cuanto lo detengan, se acabó también para las otras víctimas, que, tarde o temprano, lo sabrán todo.

—Lo que dudo —dijo Ayala— es que alguien recupere su dinero. Julio debe de ser solo la cara visible. Detrás seguro que hay toda una red, gente que busca a las víctimas y gente que lava el dinero. ¿Por qué no le ofrecemos intentar recuperar la pasta que le sacaron a su madre?

—Tal vez... podríamos tenderles una trampa, ponerles un cebo —dijo Nora.

—No creo que piquen —repuso Ayala.

—Conocemos sus métodos de aproximación. El ruso puede ponerle la presa a la vista.

—¿Y si no quiere más? —preguntó Ayala.

—¿Cuándo se ha visto que un timador no quiera más? Laieta no fue la primera ni será la última —dijo su hija.

Tenía razón, los estafadores suelen repetir el truco que les sale bien, no lo cambian. Lo prueban hasta que les sale a la perfección, de tal manera que podrían hacerlo hasta con los ojos cerrados.

—Yo me refiero a algo más directo —respondió Ayala—. Pillar a ese tipo por banda y convencerlo de que devuelva el dinero.

Mateo zanjó el tema.

—Olvidadlo. A partir de ahora no es decisión nuestra. Todo depende de lo que quieran hacer los hijos. Vamos a proceder con absoluta legalidad.

Se acordó de las palabras de Marín en los juzgados, del coche de los mossos rondando cerca de la casa de su madre, de la sensación recurrente de estar siendo observado y no con buenos ojos.

—¿Legalidad? Para las cosas legales ya está la policía —respondió Ayala—. Mira, podríamos ir tú y yo con un par de colaboradores a hablar con él. ¿Qué te parecen Arsenio, por tu parte, y Oscarito por la mía?

Ayala lo decía como si estuvieran haciendo la lista de invitados de una boda, pero a la vez se frotaba los nudillos de la mano derecha con la izquierda.

Mateo, que lo conocía bien, le preguntó:

—¿Te pasa algo?

—¿A mí? ¿Por qué?

—Se te escapan las ganas de pelea.

Ayala gruñó y dejó las manos quietas sobre las rodillas, pero los dedos se movían nerviosos tratando de reprimir el deseo que le había adivinado Mateo.

—Ambos serían perfectos.

Arsenio Silva era un amigo de la infancia de Mateo, ambos habían crecido en el mismo barrio de barracas. Era un tipo grande, en una de sus manazas cabían las dos de Ayala. Vivía de una pensión por incapacidad tras un accidente laboral en el que quedó sepultado durante horas en un edificio que se hundió y cuyas secuelas fueron una claustrofobia tan aguda que lo había convertido en un «desalojador» perfecto, ya que él era el primero en querer salir cuanto antes del edificio. Oscarito, el «invitado» de Ayala, era un puertorriqueño escultural que se ganaba la vida dando clases de zumba, pero no le hacía ascos a algún trabajillo con ellos. Los invitados de la novia y del novio en la fiesta.

¿Y si un día Amalia y Ayala se casaban? ¿Quién aparecería en la lista de invitados de Ayala? De él no sabía siquiera si tenía hermanos o si sus padres seguían vivos. Recordaba haber visto en su DNI que Daniel Ayala Serrano había nacido el 11 de octubre de 1978 en Hospitalet de Llobregat y que era hijo de Enrique y María Isabel.

Imaginó una sala con mesas redondas y manteles blancos. Apartada, a oscuras, la de los invitados de Ayala, solo siluetas, el cuerpo de bailarín de Oscarito. Y ¿cómo serían sus padres? La imaginación de Mateo solo había decidido que un Enrique y una María Isabel tenían el pelo castaño.

—Mejor no nos metamos en líos, Ayala —dijo entonces Nora—. No sabemos si la policía sigue echándonos un ojo encima.

Ayala y su hija se miraron y Mateo supo que ambos estaban recordando cómo borraron toda huella del crimen de Lola. También que no

se había equivocado al conjeturar que Nora sí sabía qué había hecho Ayala con el cuerpo.

—Vale —aceptó él—. Entonces, ¿qué hacemos?

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó Ayala a su padre.

—Lo que hay que hacer es pasarle la información al hijo para que puedan ir a la policía.

—La dirección también la hemos conseguido de un modo ilegal.

—Eso no se lo contaré.

—Mejor.

Mejor. No les convenía llamar la atención. Nora, que había limpiado concienzudamente las huellas del crimen, no tenía siquiera miedo de que apareciera el cuerpo. Ayala había hecho su parte tan bien como ella la suya. Había desnudado el cadáver y había metido la ropa en algún contenedor de ropa usada en una barriada de Barcelona, para que los expoliadores la repartieran por todas partes. No había en ella manchas de sangre. Su madre había estrangulado a Rosario. Con una fuerza inimaginable para su cuerpo pequeño y fibroso, se había abalanzado sobre una mujer que la superaba en altura y peso. Parecía también imposible que unas manos tan pequeñas hubieran podido abarcar el grueso cuello de Rosario, pero su madre había hundido los dedos en la capa de grasa que le cubría la tráquea y había apretado hasta matarla. Lo recordaba a veces, cuando veía las manos de su madre cogiendo la taza de café o pasando las páginas de un libro. Las manos maternas.

Decidieron entre los tres cómo presentar el resultado del trabajo a Nico Rovira. Al terminar, Ayala se marchó. Parecía malhumorado a pesar del éxito de la observación del día anterior.

Nora se disponía a ir al despacho contiguo para seguir trabajando. Su padre la detuvo:

—Espera. Ya que estás aquí, quería preguntarte algo, aunque quizás te parezca un poco raro. —Tras este arranque, sin embargo, su padre se

quedó callado. ¿Iba a decirle que se reincorporaba a la investigación de Jovellanos?—. A ver cómo te lo digo. —Echó una mirada a la ventana. No había nada que ver allí.

Su padre abrió la puerta que daba al pasillo, como si temiera que hubiera alguien escuchando detrás. A veces su madre lo hacía.

Con un gesto de la mano, Nora lo invitó a hablar.

—Es que me gustaría preguntarte una cosa.

—Una cosa un poco rara, sí, lo has dicho.

—Eso. Mira, hace un tiempo... Nora... —Su padre tomó aire y arrancó otra vez—: Se trata de que sé que durante años nos investigaste a todos nosotros.

—Sí. Ya me imaginaba que lo sabías.

—Claro, hija. Pero es que he pensado que quizás podrías contarme algo de lo que averiguaste. Se trata de una minucia, un detalle...

Mientras su padre trataba de decir qué quería saber, Nora repasaba las páginas con informaciones sobre su familia que había recopilado durante años de investigaciones secretas, movida por su ávido afán de saber. Recordó la satisfacción que le proporcionaba el conocimiento y que, como con las drogas, necesitaba siempre más. Recordó también el dolor que le habían causado algunos de sus descubrimientos. Era el castigo divino por haber desobedecido el primer mandamiento paterno: no se investiga a la familia.

—¿Qué quieres saber, papá?

—Se trata de Ayala.

Vio sus notas sobre Ayala quemándose junto con todas las demás cuando ella y Amalia decidieron destruirlas. Su hermana había preferido no leerlas. Había hecho bien. Y ahora su padre...

—Quiero saber si tiene familia.

Como había temido que tendría que negarse y había anticipado la agria discusión que seguiría a su negativa, se sintió tan aliviada que creyó haber entendido mal la petición.

—¿Familia?

—Sí, familia. Padres, hermanos...

Ella cerró los ojos un par de segundos y le contó cuanto recordaba.

—Lo que sé es que sus padres se separaron en 1991. Él se quedó con su madre en Hospitalet hasta que ella volvió a casarse dos años después, cuando él tenía catorce años. Su madre llevaba la contabilidad en una

empresa de electrodomésticos de Barcelona. El padre, que se dedicaba a las reformas, se marchó a vivir a Alicante y también volvió a casarse. Tiene un hijo, Gerardo, el hermanastro de Ayala. Eso es lo que había hace cinco años.

—¡Qué normal todo!

—¿Qué esperabas?

Su padre se echó a reír.

—La verdad es que no sé qué esperaba.

—Me he levantado cuatro veces desde las once y media hasta la cinco. Y las primeras nada. Pero a las cinco..., ah, ah, ah.

El hombre a su derecha en la barra del Versailles, a los pies de la estilizada figura de una mujer sosteniendo una lámpara, seguramente habría tenido orgasmos menos placenteros que la meada que estaba contando a sus compañeros y que uno de ellos supo valorar con la imagen adecuada:

—Se abrieron las compuertas.

A veces, Mateo fantaseaba con una capa de piel y músculo, como un párpado que permitiera cerrar las orejas a voluntad, sin necesidad de cubrirlas con música o con tapones. Su cita se retrasaba.

Cuando Nico Rovira entró por fin en el Versailles, su corpachón removi6 el aire de todo el local. Dos mujeres que tomaban café con hielo en una de las mesas y un hombre que leía el *Marca* con una copa de cerveza en la barra se volvieron a mirarlo mientras se sentaba en un taburete al lado de Mateo. Antes incluso de saludar, pidió una caña con tanta urgencia que hasta el muchacho algo adormilado que servía tras la barra se apresuró a tirarla.

—He ido a ver al tal Julio.

Mateo negó con la cabeza.

—No era eso lo convenido. Habíamos dicho que usted pondría la denuncia en la policía para que...

—Tenía que verlo, tenía que decirle lo que pensaba de él...

Se calló al ver que el camarero le traía la cerveza. No dejó que la copa tocara la superficie de la barra, la cogió en el aire y se la bebió con ansia.

—No me esperaba, el muy cabrón —dijo limpiándose los restos de espuma con el dorso de la mano.

—Normal.

Pero él, se reprochó Mateo a sí mismo, debería haberse imaginado que Nico podía reaccionar así. Sin embargo, ¿qué más podría haber hecho? Había repetido hasta el agotamiento sus argumentos. ¿Cómo podría haberlo evitado? ¿Acompañándolo hasta la comisaría? ¿Dejándolo en la puerta con un ligero empujón como el de los padres a los niños los primeros días de colegio?

—He ido hasta la puerta de su apartamento, pero no me ha dejado entrar.

También era normal.

—Pero le he armado un buen escándalo. Porque una cosa le puedo asegurar: el vecindario ahora sabe qué clase de tiparraco vive allí.

En la lista de todas las cosas que podían hacerse mal, Rovira iba poniendo cruces ítem tras ítem. Después, le contó, se había plantado debajo del balcón de Julio y había empezado a gritarle que le devolviera su dinero.

—El tipo se ha asomado, y ¿sabe lo que me ha dicho? Que no obraba en su poder. ¡Y una mierda!

Rovira golpeó con tal fuerza con el puño en la barra del bar que sus copas dieron un botecito. El joven camarero que se acercaba para preguntarles si querían algo más se dio media vuelta al ver que Rovira hacía temblar el taburete con sus aspavientos.

—¿Con esas palabras?

—Sí. Con vocecita de niño bueno me suelta —Nico remedó el tono infantil—: Lo siento mucho, es que el dinero no obra en mi poder. —Se volvió hacia el camarero—. Chaval, no te quedes ahí pasmado. Aprovecha que le has sacado todo el brillo a esa copa y llénala de cerveza. —Se volvió hacia Mateo de nuevo—. Me han dado ganas de volver a subir, echar la puerta abajo y romperle la cara y partirle los brazos allí mismo.

—¿No habrá hecho nada de eso?

—No, hombre, no. Le he dicho: «Mira, majo. En cuanto el dinero de mi madre obre otra vez en tu poder, lo quiero de vuelta. Tú mismo».

—¿Tú mismo? ¿Eso le ha dicho? Vamos a poner el asunto en manos de la policía. ¿Cree que les gustará que usted haya amenazado al sospechoso?

—Si les gusta o no, me da igual. Y no es un sospechoso, es el culpable. Y de un modo u otro tiene que pagar. Le he dado un plazo de dos días para

devolverme lo que nos robó. Si lo hace, no iré a la policía, le he dicho. Si no, lo haré después de reventarle la cara.

Mateo pidió otra cerveza.

—¿Qué escribes? Últimamente te veo siempre con boli y papel —le preguntó su madre.

—Cosas de trabajo.

—¿Aquí también trabajas? ¿En la cocina?

No le gustaba el tono exageradamente asombrado de su madre.

—¿Por qué no? Hay luz natural. Pero si te molesta, me vuelvo otra vez al despacho.

—Si lo digo por ti. Porque aquí lo que deberías hacer es tomarte una pausa.

Sonrisa de hada bondadosa. Cuidado. Nora apretó el botón del bolígrafo y la punta se retiró como la cabeza de una tortuga evitando un ataque.

—¡Qué letra más uniforme y recta que tienes! ¡Y tan pequeña! ¿Te acuerdas de aquella maestra que quería que repitieras los trabajos porque no podía leerlos?

Asintió sin bajar la guardia. Con su madre, incluso las anécdotas más inocentes se podían convertir en armas arrojadizas.

—En una reunión de la AMPA se quejó y tu padre le dijo que, si necesitaba una lupa, él podía regalarle una de las suyas.

No es lo mejor que un padre puede hacer en una reunión en la escuela, pero podría haber sido peor; podría haber ido su madre. En ese caso, lo más probable es que después se hubiera presentado alguien de los servicios sociales en casa. ¿En manos de quiénes están estos niños? Lo de su padre acabó con la profesora leyendo ostentativamente con lupa los trabajos de Nora en clase. Pero ella pudo seguir escribiendo como si formase un ejército de hormigas sobre el papel.

—Yo llegué a hacer caligrafía en el cole —dijo su madre—. Teníamos unos cuadernos en los que practicábamos...

Nora cerró el cuaderno en el que había estado tomando notas y fingió escuchar la historia mientras repasaba mentalmente lo que tenía que hacer esa mañana, pero pronto tuvo que volver a prestar atención.

—... por eso tengo una letra tan clara y comprensible. No creo en esas bobadas de la grafología, pero sí en que el modo de escribir dice algo sobre las personas. —En un movimiento inesperado, su madre cogió el cuaderno de notas y lo abrió—. Fíjate en esa forma que tienes de llenar las hojas. Las líneas rectas y prietas, apurando hasta el borde.

Nora se levantó para quitarle el cuaderno, pero su madre lo agarró con más fuerza.

—Seguro que cada hoja pesa el doble con la carga de tinta que dejas.

—Suelta.

Se produjo un breve forcejeo durante el que su madre no dejó de esbozar una sonrisa benevolente que sus ojos desmentían. Por fin soltó el cuaderno.

—Hay que saber parar a tiempo, hija. —La sonrisa benevolente seguía ahí.

—¿Qué quieres decir?

—Ya me entiendes.

Parecía que la tregua entre ella y su madre iba acercándose a su fin, el contrato caducaba. «La limpieza y ocultación de un asesinato materno se compensa con cinco años de paz. No prorrogables».

A Amalia la despertó el chillido de un pájaro que sobrevolaba el patio interior. Palpó a su lado en la cama. Ayala se había levantado ya. En el baño, sonido de agua y un tarareo. Rodrigo, Nora, Ayala. ¿Por qué todo el mundo tenía que canturrear últimamente? Estaría recordando lo bien que se lo había pasado con su padre cuando descubrieron al estafador del amor.

Había llegado a casa sonriente y, sin darse cuenta de que ella estaba enojada, había empezado a contarle una historia de unos apartamentos en Castelldefels, de las horas que habían estado observando hasta dar con Julio, de su padre en un balcón... Y cuando Ayala empezó a reírse, por algo de unos chavales, le soltó:

—¿Y en ningún momento se te ocurrió llamarme?

Por mucho que Amalia repitiera aquella frase en su cabeza con voz grave y fría, no podía borrar la realidad: le había salido una vocecilla demasiado aguda, temblorosa por la indignación. Voz de viñeta anticuada, voz de mujer que espera detrás de la puerta, con la cabeza llena de rulos y un rodillo de amasar en la mano a que vuelva el marido del bar.

—Si estabas preocupada, también podrías haberme llamado tú.

Algo que, si no se lo había enseñado la vida, debería haber aprendido de su trabajo como detective era que las razones profundas de los actos humanos suelen sonar muy ridículas cuando se intenta verbalizarlas. El empeño que había puesto en no llamarlo, lejos de demostrar su confianza, el respeto a su independencia, se había transformado en la terquedad adolescente del «que llame él», pronunciado con la vista fija en el teléfono.

No, no podía decirlo, porque, además de sonar estúpido, empezaba a no ser cierto. La perturbaban las desapariciones de Ayala. ¿Adónde iba? ¿Qué hacía? ¿Con quién? Eran las mismas preguntas de siempre, pero

ahora ansiaba cada vez más las respuestas. Había sobrevalorado su tolerancia a la incertidumbre.

Pero algo tenía que responder, no iba con su naturaleza evitar el conflicto.

—No quiero saber nada de esta mierda de caso. Me alegro de que mi padre no se cayera del balcón, pero se va, no, os vais a meter en un marrón, te lo digo.

Discutieron, por supuesto, pero esta vez no acabó todo con un revolcón. Amalia se obligó a rechazarlo, por más que lo deseara. Aquella noche durmieron dándose la espalda y al día siguiente ella se había negado a participar en la reunión.

—Ya he dicho que no quiero saber nada de este asunto.

—Pues en parte se ha resuelto el caso gracias a tu ayuda con lo de Facebook.

—Casi me arrepiento —dijo rechazando a la vez la propuesta de paz—. Dile a mi padre que tengo otras cosas que hacer.

—¿Como qué?

—Ya se te ocurrirá algo.

Ayala se marchó negando con la cabeza. Se vieron de nuevo por la tarde en la oficina de la Sagrada Familia. No le contó nada de la reunión.

Dos días después, ella seguía dándole vueltas y Ayala cantaba en la ducha. Como si no hubiera pasado nada. Algo le decía que Ayala volvería a desaparecer una de esas noches.

El sonido del agua cesó y poco después él entraba en el dormitorio con una toalla alrededor de la cintura. La cicatriz en forma de serpiente que le recorría el antebrazo izquierdo brillaba con la humedad. Tenía más en la espalda y otra en una rodilla. Se sentó en la cama. Ella le recorrió la espalda con un dedo hasta llegar a la marca semicircular cerca del omoplato derecho.

—Si vuelves a hacerme lo del otro día, te daré una de esas mierdas que mi padre le inyecta a mi madre y, cuando te despiertes, tendrás aquí el tatuaje de una cabeza de gatito. —Empezó a dibujarle el contorno—. No, mejor aún, un perrito pequinés.

—Te creo capaz. —Rio.

Ella lo abrazó, pero él se levantó para vestirse.

—Llego tarde a la cita con los de los seguratas de eventos. Habría que decirle a Rodrigo que no nos ponga citas tan temprano.

—Hoy mismo se lo digo.

Amalia iba a encontrarse con su padre algo más tarde. Tal vez para complacerla, una vez cerrada la investigación de lo del estafador del amor, su padre le ofrecía un caso encargado por una compañía de seguros, de empresa a empresa, nada de particulares, nada de familias.

Antes pasaría a ver a su madre. Como volvía a estar agresiva, se limitaría a saludarla. No le apetecía, pero si no se dejaba ver, era bastante probable que en plena reunión su madre abriera la puerta del despacho con un empujón dramático. Entonces la miraría con ojos dolidos, se quejaría de que no hubiera pasado a verla y después le lanzaría alguna frase hiriente. O le lanzaría alguna frase para herirla y después vendría el lamento. Nunca se podía saber el orden, pero los actos del drama materno eran siempre los mismos.

Entró en la casa. Su madre estaba en el jardín sentada en una de las sillas de enea debajo del emparrado, con una pila de libros a los pies. Vio que cogía uno, lo abría por completo, sujetaba las tapas haciendo pinza con los dedos como si fueran las alas de una polilla y agitaba las páginas. Un papelito blanco salió de entre las hojas. Lo atrapó antes de que llegase al suelo.

Amalia salió al jardín.

—¿Qué haces?

—Voy a desprenderme de algunos libros y estoy comprobando que no quedan rastros en el interior. Mira, en este había un viejo billete de metro.

Amalia miró la fecha.

—¿Esto significa que leíste el libro en 1984?

—Y nunca más. Odio el teatro español del siglo dieciocho. ¿Me ayudas? Repasa los que ya he mirado.

Tomó con cuidado uno de los volúmenes y lo examinó a fondo. Limpio.

—¿No subrayas?

—No. Tomo notas. Así lo recuerdo mejor.

—Menos mal. Si no, tendríamos que borrarlo todo.

Iba a coger otro ejemplar, cuando la sacudió una voz destemplada que provenía del otro lado del jardín. Alguien chillaba en casa de la tía Claudia. Madre e hija se levantaron de un salto y salieron corriendo hacia allí. Amalia derribó con el pie la pila de libros. Entraron en la casa. En el

comedor, la tía Claudia retrocedía ante la embestida paquidérmica de Martina Rovira, que le gritaba:

—¿Por qué? ¿Por qué tuviste que meterte en nuestras cosas? ¿Quién te crees que eres?

Su tía se encogía mientras los brazos de Martina Rovira se agitaban en el aire. Al verlas, se detuvo en seco, pero el puño derecho temblaba amenazador demasiado cerca del rostro de su tía. Un sonido gutural, como un rugido, salió de la garganta de su madre. Amalia vio de reojo que se aprestaba a saltar sobre Martina Rovira y se interpuso. No para proteger a su madre, sino a la atacante, a la que le gritó:

—¡Váyase ahora mismo de esta casa!

Martina retrocedió apenas unos centímetros.

—Es que no saben lo que nos ha hecho.

—Hemos encontrado al estafador. Quizás recuperen lo que le quitó a su madre.

—¡Qué me importa! Ahora lo sabrán todos y mi madre será un caso más de vieja tonta y ridícula a la que unos listillos le han tomado el pelo.

—La voz se le quebró, pero recuperó la ferocidad con la siguiente frase—: Todos se van a reír de nosotros.

—Pero ese hombre seguramente irá a la cárcel.

—¿Y qué? Mi madre ya está muerta. —Entonces dejó de hablar con Amalia y, mirando por encima de su hombro, le gritó a su tía—: ¡Maldita vieja loca! ¿No tienes nada más que hacer que meterte en la vida de los demás?

Necesitó toda su fuerza para frenar con un brazo a su madre y con el otro a Martina Rovira.

—¡Tía Claudia, llévate a mamá!

Como su tía no reaccionaba, Amalia liberó el brazo con el que mantenía a Martina Rovira a distancia y empujó a su madre hacia otro lado. Martina aprovechó el momento para golpearla. Quería alcanzarla en la cara, pero acabó chocando con el hombro; dar puñetazos es más difícil de lo que parece y seguramente se habría hecho daño en los nudillos, pero a ella también le había dolido el golpe. A duras penas podía contener las ganas de darle una paliza, pero la primera regla de cualquier boxeadora es no golpear fuera del ring. A no ser que... No. Agarró a la mujer por las muñecas y la obligó a caminar de espaldas como ella había hecho con su tía. Martina se revolvía con los ojos desorbitados por la rabia.

—Solo nos habéis traído problemas. Vergüenza y problemas. Es lo único para lo que servís.

Amalia la condujo por el pasillo y llegó con ella hasta la puerta de la casa, que, por suerte, había quedado abierta. La echó a la calle de un empujón y cerró la puerta. Martina descargó contra la hoja de madera la furia que todavía llevaba en el cuerpo.

—¡Nos habéis jodido la vida! Esto no va a quedar así, que lo sepáis.

—¡Váyase de una vez! O tendré que llamar a la policía.

—¿La policía? A la policía voy a ir yo a denunciaros. Por todo lo que nos habéis hecho. Por lo que le ha pasado a mi hermano.

Por fin se fue. Su madre abrazaba a la tía Claudia para tranquilizarla.

—¿Te ha hecho daño? —le preguntó su madre señalando el hombro.

—Nada, un moratón.

La tía Claudia lloraba en silencio.

—Venga, *tieta*, ya pasó. Vamos al jardín, a ver qué hace ese gato tuyo.

Ella iba a llamar a su padre. No solo para contarle lo del incidente, sino para preguntarle si sabía a qué se refería Martina Rovira cuando hablaba de lo que le había pasado a su hermano.

La llamada le había llegado cuando se dirigía al fisioterapeuta al que acudía regularmente desde hacía unos meses. Así mantenía alejado al viejo de beis. Le costaba entender lo que le estaba diciendo su hija. Su cerebro no lograba imaginar la escena en casa de Claudia. Las figuras de las protagonistas cambiaban de tamaño como en una mala película de dibujos animados; tan pronto Martina Rovira parecía una gigante, como su hija adquiriría las dimensiones de una diosa germánica interponiendo su cuerpo para proteger a Claudia y a Lola. O era Lola la que se convertía en una leona dispuesta a arrancarle la cabeza a Martina Rovira para defender a su hermana.

—Pero no ha recibido ni un solo golpe —le aseguró su hija.

Ambos sabían que era importante para que no hubiera denuncia. Dejando aparte que había sido la hija de Laieta quien había irrumpido en la casa de Claudia dispuesta a agredirla.

Mientras iba a buscar la moto, también se hizo la misma pregunta que su hija. ¿A qué se refería cuando hablaba de lo que le había sucedido a su hermano? Entonces sonó el teléfono. Era Nico Rovira. Se sentó en un banco, aunque no había ninguno a la sombra.

—¡Han allanado mi negocio!

—¿Cuándo?

—Esta noche. Tiene que haber sido esta noche. Y quiénes lo han hecho, creo que ya podemos imaginárnoslo.

—¿Ha llamado a la policía?

—Sí. Han estado aquí, pero ya se han ido.

—¿Qué le han hecho?

—Me han roto el cristal de la puerta, han tirado todo al suelo y me han roto la fuente de agua del despacho.

—¿Cómo han entrado?

—Han reventado la persiana.

—¿No tenía alarma?

—¡Pues claro que sí! Pero para causar destrozo no se necesita mucho tiempo. —Hizo una pausa—. ¿Sabe que me está haciendo las mismas preguntas que el del seguro? ¿Quiere que le dé también el número de póliza?

—No, pero podría decirme por qué me ha llamado —respondió molesto. Se levantó del banco, no soportaba el calor.

—Prefiero no decírselo al teléfono. Ya sabe usted que estos aparatos nos espían.

—¿Quiere venir a la agencia o me acerco yo?

—Mejor en su agencia. ¿Puedo ir ahora mismo?

—Claro.

Tras colgar, Mateo llamó a Ayala y se subió a la moto.

—¿De qué se trata, Mateo? —le preguntó Ayala, que llegó solo unos minutos después que él.

—No lo sé, por eso prefiero que estés conmigo cuando venga Rovira.

Desde la ventana vio un taxi que dejó a Nico Rovira delante de la puerta. Mateo lo hizo pasar y, tras presentarle a Ayala, le ofreció uno de los silloncitos. Rovira se sentó, sacó el móvil y les mostró fotos de cómo había quedado su negocio.

—Cinco minutos, poco más estuvieron dentro. Y miren cómo me han dejado todo.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Ayala.

—¿Qué?

—El tiempo exacto que estuvieron dentro.

—Un vecino se asomó al oír la alarma. Fue quien llamó a la policía. Y también fue él quien vio salir a dos hombres enmascarados del local.

—¿Qué quiere de nosotros? —preguntó Mateo.

—Ya podemos imaginarnos a qué se debe este asalto. Es obra de los tipos que engañaron a mi madre. Es una advertencia para que no siga, para que no denuncie. Quieren intimidarme, pero se han equivocado de persona.

—¿Todavía no lo ha hecho? ¿Todavía no ha denunciado?

—No.

—¿Por qué?

—Le di un ultimátum al tal Julio. Además, me he estado informando. Y lo que he averiguado es que en casi ningún caso de estafa como la que sufrió mi madre se recupera el dinero. La gente que hace esto se encuentra en otros países. Y el dinero también. La justicia no tiene recursos para hacerles pagar porque la mayoría de las veces no saben ni quién está detrás de todo ello.

—Pero aquí sí —repuso Mateo—. Tenemos a una persona, tenemos una dirección... Si es que el tipo, tras sus amenazas, no decidió largarse. Por eso debe usted notificarlo a la policía cuanto antes.

—Y seguramente lo detendrán y dentro de un par de años lo juzgarán y lo condenarán. Pero el dinero ya habrá volado definitivamente. —Rovira se echó hacia delante en el sillón—. A mí eso no me parece suficiente. Quiero que esa gentuza nos devuelva lo que le robaron a mi madre. Y sé que ustedes pueden ayudarme.

Los miró expectante con las manos sobre las rodillas y la espalda muy recta.

—¿Haciendo qué? —dijo Mateo.

—Ya se lo puede imaginar.

—Si nos va a hacer un encargo, necesitamos que nos lo diga. No trabajamos por alusiones.

Nico miró a su alrededor y se quedó con la vista fija en los diplomas en la pared.

—Que sepan que no pueden meterse conmigo.

—Sigue siendo algo vago, pero creo que vamos acercándonos.

—Quiero que les dejen claro que tienen que devolvernos hasta el último euro. Haga lo que sea necesario y utilice los medios que usted considere adecuados. ¿Es un encargo ahora?

—Sí.

—Y quiero que sepan que van de mi parte. ¿Hay que pagar algún extra?

—Va incluido en el precio —cerró Ayala con patente satisfacción.

—¿Cuál es el problema, Nora?

—Es una pregunta retórica, ¿no? —le respondió a su padre—. Pues que otra vez me cortas el ritmo de trabajo. ¿Te parece poco?

—Es que ni Ayala ni yo podemos. A mí me vieron los chavales del apartamento de al lado, y a Ayala, que lo estuvo vigilando ayer, hoy le toca supervisar un trabajo de seguridad.

Y seguramente tenía a Amalia encima para que no descuidase la parte de la empresa que su hermana consideraba propia.

—Ya me he organizado todo el plan de trabajo de los próximos días, papá. Estoy dentro de esta investigación, controlo el trabajo, mis notas, estoy elaborando conclusiones...

—Solo te pido uno o dos días. Mientras tanto, te adelanto algo de lo tuyo. Después podrás seguir con «tu» investigación, con «tus» notas y «tus» conclusiones.

El tono de la respuesta de su padre, en la que cada posesivo era más acre que el anterior, la molestó.

—¿Ejerciendo de jefe borde?

—Ejerciendo de jefe, que es lo que soy. En una empresa normal los empleados no replican a sus jefes.

—Esta no es una empresa normal.

—Bien que lo sé. Estas cosas solo pasan en las empresas familiares. Pero, sinceramente, no sé a qué viene esta resistencia.

Si no lo entendía, no se lo iba a explicar. Si no le importaba sacarla de un trabajo que estaba disfrutando, que tenía estructurado por completo y bajo control, no tenía sentido. Su padre se quejaba de lo difícil que era dirigir una empresa familiar, pero a veces podría ser un poco más padre y algo menos patrón.

—Vale. Te pasaré el plan que tengo hoy para el número nueve.
—¿Vas por el noveno?
—¿De verdad no has mirado ni una sola de mis notas?
Su padre respondió con la agresividad de los que se sienten en falta.
—No, hija, no las he mirado. Pero no te preocupes, hoy me pondré al día, ¿vale?

De madrugada, Nora se sentó en el balcón, el recorrido nocturno en el coche no había logrado calmarla. Había llovido un poco, lo justo para mojar la calle y darle un brillo oscuro y resbaladizo. Se colocó unos auriculares y puso banda sonora al escaso movimiento a esas horas: los últimos grupos de jóvenes a los que la calle se les quedaba estrecha, personas que iban en patinete, repartidores con sus mochilas amarillas, paseantes de perros.

Al día siguiente vería al tipo que había engañado a Laieta y seguramente estaba engañando a otras. Su madre había vuelto a tener razón.

Entró, se sentó en el sofá, encendió el móvil y se dedicó a contemplar vídeos de hombres con los pies enfundados en botas de goma mientras limpiaban alfombras inmundas, llenas de barro, larvas de insectos o cenizas, gastando litros de detergente y unas cantidades de agua indecentes en una ciudad sedienta como Barcelona. Limpiaban, frotaban, aclaraban, aspiraban una y otra vez hasta que el agua que salía de esos rectángulos astrosos era otra vez transparente y se revelaba la muestra del tejido. Banal, a fin de cuentas, eran alfombras. Daba lo mismo, Nora respiraba hondamente cada vez que se mostraba el antes y el después, y su cuerpo se ablandaba un poco más. A la quinta alfombra ya la había invadido el sopor. Apagó el móvil, se dejó caer de lado. Allí la encontró Sergio al día siguiente.

Lo primero que hizo en Castelldefels fue comprarse un sombrero playero en una tienda de *souvenirs*.

—¿Me puede dar el tique? Es para la empresa.
La dependienta la miró con asombro, pero le entregó el papelito.

En un supermercado llenó dos bolsas de plástico con productos que abultaban, pero pesaban poco. Añadió un puerro porque las hojas verdes asomando con creciente flacidez aportaban la urgencia de los productos frescos. Cargando con una bolsa en cada mano, esperó delante de la entrada del bloque de apartamentos hasta que salió alguien, un hombre joven con dos niños, que le aguantó la puerta para que entrase. Una de las ventajas de las detectives era que siempre resultaban menos sospechosas.

Buscó una esquina alejada de la piscina en la que unos escalones de piedra ofrecían un asiento aceptable, escondió las bolsas, sacó un libro del bolso y se sentó sobre la toalla de playa con anclas y timones que también le abonaría Detectives Hernández. Calculó que, si nadie parecía fijarse en ella, podría quedarse unas tres horas ocultando el rostro entre el sombrero y el libro.

A las dos horas, cuando ya llevaba impresas en la piel de los muslos y la espalda las marcas de las irregularidades de los escalones, lo vio aparecer cargando con dos bolsas de deporte.

Antes de recoger las suyas para no dejar rastro, mandó un mensaje a su padre.

«Sale de casa. Voy a seguirlo».

Mateo había dedicado la mañana a esquivar el asunto de Jovellanos. Primero había revisado en la prensa algunos casos sonados de estafadores del amor. Cuanto más leía, mejor podía entender a Martina Rovira, que no quería que se hiciera público, que no quería que su madre fuera vista como «un caso más de vieja tonta». En las noticias, incluso en los textos que se pretendían más neutros, había incredulidad y condescendencia al retratar a las mujeres engañadas. Tanto si se mencionaba que la víctima era una persona culta, como si se hacía hincapié en su baja formación, se leía entre líneas la pregunta de cómo podía una persona mínimamente inteligente caer en una trampa tan burda.

Después, revisó las informaciones sobre las otras víctimas de Julio que había fotografiado en el apartamento de Castelldefels. Aunque era una idea más bien peregrina, se preguntó si alguna de esas tres mujeres podía estar tras la pintada y los destrozos en el negocio de Nico Rovira. Pero no se las imaginaba descubriendo que Julio tenía a otra y pidiendo a alguien, por ejemplo al sobrino que «era buen chico de pequeño, pero se nos descarrió» que hay en tantas familias, que hiciera una pintada en la tienda del hijo de la rival, TU MADRE ERA UNA PUTA. Imposible. Pero tampoco se imaginaba las razones para escribir esa frase y destrozar después el negocio de Nico Rovira. ¿Qué querían con ello? ¿Intimidarlos? Lo único que habían conseguido era alertar a la policía. Los estafadores no podían saber que Nico no había hablado de ellos. ¿Por qué Julio, entonces, seguía en el apartamento?

Más tarde salió a estirar un poco las piernas. Llegó a la calle Grau, casitas bajas con el jardín al otro lado de la calle, y se quedó mirando las esculturas de uno de los jardines. Durante años, un vecino del barrio había reproducido con materiales de desecho monumentos catalanes famosos. La

Sagrada Familia, Montserrat, la estatua de Colón, los anillos olímpicos... hechos con trozos de baldosas. *Trencadís* de barrio obrero, las baldosas no se rompían exprofeso, se encontraban rotas en un saco de escombros. Recordaba al autor, Isidre, que desde que se había retirado a mitad de los ochenta hasta su muerte se dedicó a esa obra, y recordaba con vergüenza que, mientras hablaba con él y se interesaba por sus avances, en su interior se burlaba de lo que entonces le pareció una absurda obsesión. Ahora, con los años, su percepción había cambiado. Observaba la cara de susto del dragón del tamaño de una lagartija gorda al que perseguía un fiero Sant Jordi diciéndose que en realidad todos los proyectos humanos eran tan absurdos y ridículos como respetables y dignos. A sus hijos les encantaba pasar por allí cuando eran pequeños.

Una mano en el hombro lo sacó de sus elucubraciones.

—¿Qué haces por aquí, Mateo?

Basilio se quitó el sombrero panamá que llevaba en verano desde que había empezado a quedarse calvo y se abanicó con él.

—Aclarando ideas. ¿Y tú?

—Acabo de dejar a madre en la peluquería y ahora vuelvo a la tienda.

—¿Quieres que la recoja yo?

—Me ha dicho que no pase hasta la hora de cerrar, que se queda en la pelu.

—Nos la van a dejar como a María Antonieta.

Basilio se despidió con prisa, se puso el sombrero y se alejó.

Mateo siguió caminando y pasó por delante de la peluquería a la que iba su madre, aunque no entró a saludar. Ese era su tiempo privado, en una «peluquería de señoras» que hacía todo lo posible para evitar que a alguien menor de setenta años se le ocurriera poner un pie dentro, desde el rótulo descolorido que anunciaba que las cabezas de las clientas estarían en las manos de una tal Mari Carmen, hasta las fotos algo descoloridas con peinados voluminosos que cubrían los cristales doblemente ocultos por unas cortinas blanquísimas. Era un lugar seguro donde a una señora podían convertirla en una col rizada a fuerza de bigudíes para disimular la escasez de pelo sin tener que envidiar melenas jóvenes en la silla de al lado.

Su madre volvería a casa con el pelo blanco ondulado y desprendiendo destellos azulados. Se alejó de la peluquería, no quería que su madre pudiera descubrirlo merodeando por allí.

¿Habría llegado Laieta Casanovas a darse cuenta del engaño? Era improbable que acabara sabiéndolo. Pero alguien, no solo ese Julio al que ahora vigilaba Nora, se había aprovechado de su soledad para lucrarse. Ese asunto se había vuelto personal.

Todavía en la calle, recibió un mensaje de Nora: «Sale de casa. Voy a seguirlo». Se sintió mal. Mientras su hija vigilaba a Julio, él no había cumplido con su parte. En realidad, ella tampoco parecía desear que se metiera. Pero, por más que le aburriera la idea de seguir a otro de los hombres de la lista, tendría que hacerlo. Nora le había dejado una especie de guion sobre la mesa. Ya vería cómo le explicaría que se había saltado la mañana, en la que se suponía que tenía que seguir a un tal Raúl Anglada hasta su puesto de trabajo.

Se sentó frente al ordenador. Con puntualidad pavloviana, un bostezo se le instaló en la boca en cuanto leyó el nombre «Jovellanos» en el archivo. Se recreó bostezando de forma leonina mientras lo abría y llegaba a una columna con diez carpetas con los nombres de los «rivales» en la vida del señor Jovellanos. Para observar qué procedimiento había seguido su hija, abrió la carpeta número seis. El nombre era llamativo, Juan Bautista Galíndez. Le sorprendió encontrarla vacía. No era propio de su hija no seguir un orden en sus investigaciones. Abrió la número ocho y ante sus ojos se desplegó un listado de archivos de texto, imágenes y audios que sobrepasaba el margen de la pantalla. Escroleó. ¿Era tan importante esa persona para haber acumulado tal cantidad de datos? Leyó algunos documentos. No lo parecía. Abrió las otras carpetas y descubrió que el volumen de información había ido aumentando a medida que su hija avanzaba en la investigación. ¿Qué pasaba con el número seis? ¿Dónde estaba la información sobre Juan Bautista Galíndez?

Le vino entonces a la mente el bloc de notas casi sin hojas que ella había usado en la última reunión. Recordó un comentario de Lola hacía un par de días durante el café. «¿Te has fijado en que la niña está escribiendo otra vez?» Pero, en vez de prestar atención a lo que Lola le estaba indicando, se distrajo pensando en cómo era posible que siempre supiera de qué «niña» se trataba, aunque ella las llamase así a las dos.

¿Dónde estaban los papeles de Nora? ¿Dónde los habría escondido?

Salió de su despacho y entró en el contiguo. Encendió el flexo narigón y abrió el cajón central del escritorio. Allí, arrancadas del bloc de notas, estaban todas las hojas que faltaban. Llenas hasta tocar el filo de letras

pequeñas en líneas perfectamente paralelas. Cogió una de ellas. En el borde superior, el número seis. Allí estaban las informaciones sobre Juan Bautista Galíndez. Sacó algunos papeles más. ¿Once? ¿Quién era el número once? La letra menuda de su hija desgranaba allí todo tipo de informaciones sobre Jovellanos. Extendió varios papeles sobre la mesa. Las líneas estaban tan pegadas que los papeles parecían oscurecer la superficie de la mesa, cubriéndola de letras pequeñas, compactas, concentradas. Nadie puede dejar de ser lo que es. Ahí estaba otra vez. Esos papeles eran el síntoma de su mal, su fiebre de saber, su hambre insaciable.

¿Cuántas veces le había pedido Nora que leyera las notas sobre el caso? ¿Cuántas veces él lo había postergado? Solo con que les hubiera echado un vistazo, habría descubierto la deriva de su hija, su recaída... Nadie puede dejar de ser lo que es. Él, por lo visto, era un mal padre.

Regresó a su despacho, buscó el móvil y le escribió a Nora: «Vuelve de inmediato a casa».

Julio miró a su alrededor antes de dirigirse a la salida del bloque de apartamentos. Tomó la dirección opuesta a la playa y echó a caminar con prisa; parecía nervioso. Siguió recto hasta llegar a una calle con tráfico en dos direcciones y flanqueada por terrazas de bares; allí dobló a la derecha. Nora se alegró de haber cogido sus bolsas de plástico, ya que él se volvió un par de veces a mirar hacia atrás. Era una mujer que volvía de la compra, una más entre las otras personas que llenaban la acera. Julio, con los brazos estirados por el peso de las bolsas que llevaba, se apartaba de la gente evitando cualquier roce, hasta que se detuvo delante de un bloque de hormigón que ocupaba media manzana con tres plantas de apartamentos y un garaje en los bajos. Volvió a mirar a todos lados. Nora había quedado oculta tras un grupo de turistas nórdicos que se apelotonaban delante de la entrada de un restaurante irradiando a su alrededor todo el sol que habían absorbido durante la mañana.

Cuando el grupo entró en el local, él ya se había metido en el garaje. Nora abandonó las dos bolsas contra un muro con las hojas del puerro desmayadas sobre el plástico y se acercó a la entrada. Confiaba en que Julio solo hubiera visto a una mujer con sombrero cargando la compra. Se lo quitó y se soltó el pelo antes de acceder al garaje. El guardia metido en la caseta acristalada levantó la mirada de la pantalla del móvil, pero a los dos segundos cedió al reclamo de las voces y la música de reguetón. Era un aparcamiento antiguo, seguramente construido en los años setenta, techos bajos, pilares desconchados, paredes de ladrillos con huecos que imitaban formas arabescas y dejaban pasar algo de luz del exterior. Se quedó escondida detrás de uno de los pilares cuadrados, hasta que el sonido de una apertura automática le indicó dónde se encontraba Julio. Se acercó con sigilo, agachada entre los vehículos. Confiaba en que el móvil

mantuviera los ojos del vigilante lejos de los monitores que mostraban imágenes en blanco y negro de coches aparcados. Llegó a tiempo de ver cómo Julio vaciaba el contenido de las bolsas en el maletero, comprobaba que había cerrado bien y se marchaba. Ella, escondida detrás de un todoterreno, anotó la matrícula y la plaza de aparcamiento.

Esperó un poco y salió a la calle. El vigilante levantó la vista exactamente dos segundos, sin parpadear, y regresó al móvil que sostenía con las dos manos; un movimiento idéntico al que había hecho antes, cuando ella entró, y que le recordó a los autómatas del parque de atracciones del Tibidabo.

Las dos bolsas de la compra habían desaparecido. Alguien se había hecho con un buen alijo de pañuelos de papel, rollos de cocina y un puerro moribundo. Julio se alejaba a buen paso. Lo siguió dejando siempre que hubiera algunas personas entre ellos. Era la hora de comer de los turistas y había mucha gente delante de los locales.

Volvían al apartamento. Julio parecía muy nervioso. Entró de nuevo en el bloque de pisos. Ella se apostó en una esquina. El sol caía en picado; la única sombra era la que ella proyectaba bajo sus pies. Su cuerpo emanaba un olor dulzón y acre, mezcla del protector solar que se había aplicado un par de veces y sudor. Tenía la boca muy seca, no había bebido nada en todo el día para evitar verse obligada a buscar un servicio. Odiaba ponerse pañales como hacían otras compañeras durante las vigilancias largas.

Unos minutos después, justo cuando Julio salía de nuevo, el móvil le vibró en el bolsillo. Tenía un mensaje de su padre.

«Vuelve de inmediato a casa».

¿A qué venía ese tono?

Metió el móvil en el bolso y cerró la cremallera. Julio no cargaba esta vez con ninguna bolsa y tampoco tomó el camino del aparcamiento. Anduvo media hora tras él, hasta llegar a una parte de la ciudad en la que los bloques de apartamentos dieron paso a almacenes y talleres. No había mucha gente y ella temió que la descubriera, pero Julio no se volvió ni una sola vez; la inquietud que había mostrado camino del aparcamiento había dejado lugar a un paso seguro, decidido. Se acercaron a una edificación baja con un gran patio lleno de chatarra rodeado de una verja de metal. Un cartel descolorido anunciaba que era una empresa de reciclaje de electrodomésticos. Allí, entre matorrales secos, se oxidaban y pudrían lavadoras con las bocas desencajadas, frigoríficos sin puertas,

congeladores apilados como bloques de construcción; Julio se detuvo delante de la puerta de lo que debía de ser la oficina del negocio. Nora se arrimó todo lo que pudo a la pared lateral para no ser vista. Cuando se asomó, él ya había entrado.

Se acercó con precaución y pegó el oído a la hoja de la puerta. Voces. ¿Cuántas? Dos, no, tres personas. Tres hombres. No entendía qué decían, entonces le pareció que se alejaban. Esperó. No le llegaba ningún sonido, así que se aventuró a abrir la puerta. Vio un mostrador y estanterías vacías. Detrás del mostrador, el acceso a lo que debía de ser el taller de la antigua empresa, los restos de una cortinilla de canutillos metálicos que colgaba del dintel todavía se balanceaban tras el paso de los hombres. Entró con sigilo y cerró la puerta. Permaneció muy quieta, atenta a los sonidos desde el interior. Las voces se oían lejanas. Dio unos pasos, llegó detrás del mostrador y asomó la cabeza evitando rozar los canutillos de la cortina. De pronto, el volumen de las voces subió. Eran gritos. «¡No!» «¡Déjame!» «¡No puedes!» «¡Impídemelo!» Fueron en aumento. «¡Para!» «¡No me toques!» Gruñidos. Golpes. Gemidos. Más golpes. Tenía que hacer algo. Se acercó con la espalda pegada a la pared del pasillo, tensó el cuerpo y entró en la habitación.

Llegó a ver las siluetas de dos hombres enzarzados en una pelea, antes de que un fuerte golpe en la cabeza la dejase inconsciente.

Un padre frustrado y un jefe enfadado esperaban a que Nora volviera de Castelldefels para pedirle explicaciones.

—¿Tú sabías algo? —le había preguntado a Amalia por teléfono.

—No, pero la veía rara.

—¿Rara?

—Se la veía contenta.

—¿Eso es raro?

—En esta familia sí.

No se lo iba a discutir.

—Además, papá, no hay para tanto. Se borra la información que no sea pertinente y...

—¿Que no hay para tanto? ¡Tú no tienes ni idea de lo que sabe tu hermana de toda esta gente!

Una hora más tarde, Nora seguía sin aparecer. Mateo quería recibirla en el segundo despacho, con todas sus anotaciones dramáticamente esparcidas sobre la mesa bajo la luz del flexo. En la espera, sus emociones daban ya la segunda vuelta en la montaña rusa y tanto las fases álgidas de enfado como los descensos a la preocupación habían perdido algo de intensidad.

Dejó su escenografía y fue a la cocina.

—¿Tú sabías algo, Lola?

Recordaba su comentario acerca de las notas de Nora.

—Saber no lo sabía, pero algo me temía.

—¿Qué hacemos?

—Hay cosas que no tienen arreglo, Mateo. Por lo que parece, a ella esto no le hace daño.

¡Qué sabía ella! ¡Cómo podía saber lo que hacía daño o no a una persona alguien que perdía el control por culpa de una dependencia! Ella, que nunca había salido de la suya. Mateo había visto a demasiada gente devorada por una adicción y lo de Nora era una forma de adicción. La suma perfecta de lo peor de ellos dos, se dijo. Lola le había dado la inteligencia y la mente frágil de mujer Obiols; él la había hecho detective, alimentando así su necesidad de saber lo que otros querían esconder.

Regresó al despacho. Miró el móvil. Nora no había respondido a su mensaje, aunque lo había leído. No se lo iba a repetir, eso le restaría contundencia.

Pasaron dos horas. Mateo había apagado el flexo para que no se recalentase, y había salido un par de veces a la calle para ver si llegaba, las mismas que había evitado volver a la cocina.

Se sentó de nuevo a la mesa del segundo despacho, ante los papeles cargados de letras. En cuanto ella apareciera, él encendería la lámpara.

El teléfono sonó por fin. No era Nora, era Sergio.

—Mateo, ¿sabes dónde está Nora? La he llamado varias veces y no responde.

Mientras él mismo sentía una creciente opresión en el pecho, tranquilizó a Sergio diciéndole que estaría en pleno seguimiento de un cliente y que por eso no podía coger el teléfono. Después fue a la cocina. Necesitaba un vaso de agua, su garganta estaba tan seca que amenazaba con cerrarse. En el salón se topó con los ojos de Lola.

—Algo va mal —dijo ella.

Muy mal.

—Amalia, ¿está Ayala contigo?

—Sí. ¿Por...?

—Pon el móvil en manos libres para que lo oigáis los dos.

—Hecho.

—Creo que le ha pasado algo a Nora. Está vigilando a Julio, pero no reacciona a las llamadas ni los mensajes.

—¿Dónde está?

—En Castelldefels.

—¿Has geolocalizado el móvil?

—Sí. Y es preocupante. Lleva varias horas en un lugar que parece un negocio de reciclaje de electrodomésticos. Estoy yendo para allá.

—Nosotros salimos ahora mismo.

El radar de la Ronda de Litoral lo captó con la mirada al frente, adelantando por la derecha a cualquier vehículo que le entorpeciera el paso. Aflojó ligeramente. No podía permitirse que lo parase la policía. A su izquierda, el atasco diario para entrar en la ciudad. Por favor, que a nadie se le averíe el coche, que nadie choque, que a nadie le dé un infarto al volante, que no se cruce ninguna moto delante de un camión, que nadie atropelle a un perro, que no reviente ninguna rueda, que nadie se quede sin gasolina...

«A doscientos metros, tome la salida».

Claro.

«Tome la salida. Tome la salida».

Por supuesto, señora. Guíeme, que yo no puedo ni pensar.

No era cierto, o tal vez sí, tal vez fuera la experiencia de tantos años siendo detective y no la razón lo que le llevó a aparcar a cierta distancia del lugar donde, según el localizador, estaba el móvil de Nora. Salió del

coche, llevaba una linterna en el bolsillo y, disimuladamente, como quien vuelve de comprar un rollo de bolsas de basura de la droguería, una porra extensible en la mano. Caminó con tranquilidad, a pesar de que la calle, en la que solo había talleres y almacenes cerrados, estaba desierta a esa hora. Nunca se sabe desde dónde pueden estar mirando unos ojos curiosos o aburridos.

Llegó al negocio de reciclaje. A un lado, un patio en el que se amontonaban viejos electrodomésticos, cuya decrepitud maquillaba la luz rosada del atardecer, como viejas con exceso de colorete. Se acercó al edificio de lo que debía de ser la oficina. La luz de una farola cercana le permitió vislumbrar en el interior un mostrador y unas estanterías vacías; el negocio parecía cerrado desde hacía tiempo. ¿Qué hacía Nora allí, en ese lugar oscuro y abandonado? La urgencia le hizo reventar la puerta de una patada. Tras ese golpe, la discreción era innecesaria, encendió la linterna y desplegó la porra. Rastreó la entrada. Detrás del mostrador vio un acceso a lo que debía de ser la trastienda. Golpeó con la cabeza unos tubillos de plástico, restos de una cortina. Con la linterna en la izquierda y la porra en la mano buena, se adentró en un corredor oscuro. Un cuartito lateral albergaba un lavabo. Siguió caminando. Llegó a lo que debió de ser una oficina. Como alumbraba alto, tardó unos segundos en descubrir el bulto en el suelo. Nora.

Corrió hacia ella. El tiempo no iba acorde a su pulso acelerado. Todo lo demás era lento, demasiado lento. Demasiado lentos sus pasos para llegar hasta ella. Estaba inconsciente y respiraba con dificultad. Demasiado lentos sus movimientos para colocarla en una posición segura. Notó costras de sangre en el pelo. Demasiado lento su dedo ensangrentado marcando el número de emergencias para pedir una ambulancia, manchando de sangre la pantalla del móvil. Demasiado lejos las voces de Amalia y Ayala cuando llegaron al lugar y los llamaban. «Mateo», «Nora», «papá». Lentos los pasos que se acercaban donde él estaba tumbado abrazando el cuerpo de su hija. Todo ralentizado menos su corazón a punto de estallar.

A lo lejos, la sirena de una ambulancia.

Un quejido la arrancó del duermevela. Se levantó y se acercó despacio a la cama. ¿Había sido ella? ¿Puede gemir una persona en coma? ¿Se estaba despertando? Observó el cuerpo, la mano izquierda seguía exactamente igual que antes de que a ella le hubiese entrado el sopor. Amalia había memorizado la posición de cada dedo atenta a la más mínima señal de movimiento.

Había dejado encendida una luz indirecta encima del cabecero de la cama, de este modo podía ver a su hermana, pero no incidía en los ojos de Nora. Aunque estos llevaban cerrados desde hacía dos días, Amalia imaginaba que una luz fuerte la molestaría a través de los párpados y que cuando se despertase les diría que todo el tiempo la había incordiado «una jodida luz», y entonces ella le diría que si había creído que era la famosa luz al final del túnel y Nora le respondería que no se puede ser más burra y le daría un golpecito y ella le diría «cuidado conmigo, que boxeo». Ahora sí que sonó un gemido, pero era suyo.

Boxeaba desde hacía años. Sabía dar, esquivar y recibir golpes. Siempre se reía por la gran mentira que el cine había contado sobre ello mostrando cómo los actores se pegaban tremendas palizas de las que, como mucho, salían despeinados. En algunas películas más modernas ya mostraban moratones y ropa rota. Mierda de ficción.

En la vida real, arrancarse mal un padraastro o que te saliera una ampolla en el pie ya podía joderte el día. En la vida real, se llevan tiritas en los dedos y en los talones.

En la vida real, tu hermana está en un coma inducido porque la han golpeado en la cabeza y hay que esperar a que se reduzca la presión intracraneal. En la vida real, debajo de la máscara del respirador tu

hermana tiene los labios negros. Y los ojos hinchados y costillas rotas y una mano de color azul, aplastada por un pie.

Amalia tenía los nudillos blancos de tanto apretar los puños.

Se turnaban para que su hermana no estuviera sola en ningún momento.

—Pero pueden marcharse a casa a descansar —les había sugerido una de las doctoras—. Aquí está perfectamente atendida y segura.

Pero ¿cómo iban a marcharse? Lo sucedido había despertado en ellos, los Hernández, un sentido atávico de clan, y tenían que rodear y proteger día y noche al miembro herido. La misma doctora había hecho que les llevaran un sillón más cómodo a la habitación; raído por años de velas, pero reclinable. Allí estaba pasando la noche, entrando y saliendo de un sueño inquieto, al que la acunaba el respirador de Nora y del que la arrancaban las voces en el pasillo, gritos indeterminados que acogía con indiferencia, ya que provenían de otras habitaciones.

A las siete de la mañana su padre fue a sustituirla. A las doce lo relevaría Sergio.

—¿Por qué solo venden estas mierdas? ¿No estamos en un hospital?

Solo por decirle algo, Amalia le respondió que si pensaba que las máquinas expendedoras tenían que vender copos de avena o bocadillos de pan integral con salmón y aguacate. A su padre le importaba un comino la alimentación de los visitantes en los hospitales, estaba canalizando algo de la furia que amenazaba con hacerlo estallar. Era la misma que sentía ella y que buscaba también un objeto contra el que descargar. Fantaseaba con reventarle la cara a Julio, reventarle el hígado, reventarle los cojones. El dedo con que su padre señalaba acusatoriamente las chocolatinas detrás del cristal de la máquina en el pasillo del hospital era el dedo con el que deseaba arrancarle los ojos a Julio.

—¿Se sabe algo?

—Nada. Ahora el caso está en manos de la policía. Siguen buscando a Julio.

Se llamaba así de verdad, Julio Recasens. La policía había encontrado su documento de identidad en el apartamento, por lo demás casi vacío. Gracias a ellos, la policía también sabía a qué se dedicaba y por qué Nora lo seguía. También que sospechaban que él y su banda eran los causantes

de los destrozos en el negocio de su cliente, Nico Rovira. Todo eso se lo había explicado su padre al subinspector Román Boronat, que estaba al frente de la investigación.

Cuando el policía le preguntó por qué no habían llevado antes el caso a la policía, y más sabiendo que se trataba de gente violenta, Mateo les había explicado —y Amalia no tenía claro si, voluntaria o involuntariamente, su padre le había pisado con fuerza un callo— que, teniendo en cuenta que, en la mayoría de esos casos, los infractores no eran castigados y las víctimas no recuperaban el dinero, era comprensible que ellos hubieran tratado de llegar más a fondo en la investigación. A lo que el subinspector Román Boronat le había respondido que eso ya no era asunto suyo, que ahora les tocaba quedarse «quietecitos».

Pero su padre no había mencionado que, en realidad, el cliente les había encargado darles un aviso contundente a los estafadores para que le devolvieran el dinero. Eso tampoco constaba en ningún papel. La oficina B de Detectives Hernández tenía su sede en la cabeza de su padre, que también ocultó a la policía que tenían los nombres de otras tres víctimas de ese estafador.

—Su hija está evolucionando bien.

—Gracias, gracias.

—Estamos bajando la sedación. Respira bien.

—Gracias, gracias.

—El miércoles saldrá del coma.

—Gracias, muchas gracias.

Solo faltaba un día. El pronóstico era bueno, el coma inducido había sido breve, las pruebas neurológicas eran esperanzadoras, con todo, los doctores se mostraban precavidos.

—Tal vez sufra una pérdida transitoria de la memoria a corto plazo, quizás le cueste un poco hablar.

Él había asentido mientras se encomendaba a la cabezonería de su hija para que todo eso no sucediera. Sabía bien que una cosa no tenía nada que ver con la otra, pero lo había dicho su madre cuando él le dio la noticia, aunque habían decidido contarle que había sido un accidente de moto. En esos momentos lo consolaba recordar la voz de su madre, el acento de su madre, y esa frase lo llenaba de una confianza tan absurda como reconfortante. Sí, Nora siempre había sido «cabezota», seguro que su cráneo tenía una capa extra de protección.

No había permitido que su madre fuera a verla al hospital, quería evitarle la visión de su nieta con la cara marcada por los golpes, intubada.

Él, Amalia, Sergio y Ayala se turnaban para estar a su lado. Basilio se había ofrecido también, pero Mateo prefería que se ocupara de su madre. Claudia había ido cada día a verla. Silvia, la hija de Basilio, también. La única que no había ido era Lola.

—No puedo.

Mateo se tragaba los reproches. Ni tenían sentido ni eran justos. En esa situación cada uno hace lo que puede, no lo que se espera de él. Nadie entendía que una madre no quisiera estar al lado de su hija herida. Amalia estaba furiosa. Mateo, decepcionado, pero creía entender. El gran miedo de los padres a perder a un hijo crece cuando eso ya ha sucedido. El mundo se vuelve más amenazador; los otros parecen aún más frágiles. Lo que le había sucedido a Nora no solo le había devuelto dolor por la muerte de Marc, sino que lo había aumentado, había aplastado a Lola.

Pero no debía aplastarlo a él. Se forzó a concentrarse en el trabajo. Tenían los nombres de tres víctimas más de Julio. En los papeles que había fotografiado en el apartamento de Castelldefels había fotos de las mujeres, sus nombres completos, en qué fase del engaño estaban... El subinspector Boronat no las había mencionado. O bien porque esos papeles habían desaparecido del apartamento, o bien porque, como deseaba mantenerlos fuera del asunto, no les quería proporcionar ninguna información al respecto.

Una de las víctimas se llamaba Montse García. A esta, Julio también la había visto en persona, como a Laieta. A las otras dos todavía no. Sobre una de ellas, Remei Andújar, había escrito: «Se resiste». Pero si su estrategia era cortejarlas en persona, las tres tenían que vivir en Barcelona o cerca.

Rastreaba en las redes en su busca. En los papeles fotografiados no aparecían sus direcciones o teléfonos. Ojalá hubiera tenido más tiempo cuando estuvo en el apartamento en Castelldefels. Lo que parecía evidente era que el procedimiento con ellas habría sido el mismo que con Laieta.

Para tratar de localizarlas, Mateo había empezado con la segunda, Izaskun Riego, que tenía el nombre menos común. Creía haberla encontrado en Facebook, aunque la foto de perfil era de su infancia y mostraba a una niña con un cucurucho de helado en lo que parecía una feria o un parque de atracciones.

El móvil que tenía sobre la mesa sonó a las seis de la tarde.

En la pantalla apareció el nombre «nieto». Así había guardado el número personal de Oriol, *mosso d'esquadra*, nieto de Miquel, un vecino del barrio, que había sido habitual del bar Versailles. Era uno de los cuatro viejos malasombra que jugaban sus partidas en una mesa del Versailles. Ahora ya solo quedaba uno y, desde la muerte de sus compañeros, había dejado de acudir. A veces, cuando entraba en el bar, Mateo los veía como

un espejismo, cuatro sombras eternamente malhumoradas, pero que enseguida se desvanecían.

Hacía varios años, Mateo había ayudado a Oriol organizándole una coartada. Desde entonces lo tenía como aliado. La voz de Oriol sonó lúgubre cuando le dijo:

—Han encontrado a Julio Recasens. Está muerto.

—¿Dónde? ¿Qué ha pasado?

—Han localizado el cuerpo en uno de los congeladores abandonados en el negocio donde encontraron también a tu hija. Un chatarrero se coló para llevarse algunos aparatos, por lo visto volcó el congelador y el cuerpo salió rodando. Sé poco más, Mateo. Solo que ahora van a tu casa.

—Gracias, Oriol.

El barrio nunca falla, aunque a veces solo sea para avisarte de que a partir de ahí estás solo.

—Prepárate, Hernández —se dijo en voz alta, y con ello se recordó que, antes de que los policías se presentasen allí, debía ocuparse de Lola. No era conveniente que apareciera de improviso en medio de la conversación y dijera alguna barbaridad.

La encontró, como esperaba, en el segundo piso, en el que había sido el cuarto de Nora. Estaba sentada al lado de la ventana, mirando al jardín.

—Dame algo, Mateo. No lo soporto más.

—¿Cuánto has bebido?

Al lado de la silla había dos botellas de cerveza vacías. No serían las únicas.

—¿Qué más da?

—Necesito saberlo para dosificarlo.

—¡Qué más da! Ponme una sobredosis y déjame en coma, así podré hablar con mi hija.

—No digas gilipolleces, Lola. Déjate de dramas y dime cuánto has bebido o no te doy nada.

A pesar de su propósito de comprenderla, las palabras le habían estallado en la boca.

—Seis.

Bajó al baño en el primer piso, abrió con la llave el armario de las medicinas y buscó lo que le iba a dar. Lola lo esperaba en el mismo lugar.

—¿Me dormiré?

—No. Solo estarás más tranquila.

—Preferiría dormir.

—Por la noche.

Se tomó las pastillas dócilmente y volvió el rostro hacia el jardín.

En el despacho, Mateo escondió sus notas, cerró todas las ventanas del ordenador y se preparó para la visita de la policía.

Los policías llegaron en un coche sin marcas, pero con luces. Aparcaron en la acera y dejaron la rotativa azul un rato encendida, aunque el sol lucía tan impertinente que apenas llamaría la atención del vecindario. «Haber venido de noche», pensó Mateo, que los observaba desde la ventana del despacho.

Eran un hombre y una mujer sin uniforme. A él ya lo conocía, era el subinspector Román Boronat, el que le había recomendado que se quedara quietecito.

—Pero quietecito de verdad, señor Hernández, que por aquí ya los vamos conociendo —le había dicho concretamente, tenía una voz pastosa, que encajaba con la lentitud de sus movimientos. Más que flemático, le había parecido un tipo abúlico.

Los policías abrieron la verja del jardín, lo cruzaron sin prestar atención a las aspidistras, que relucían después de que Claudia las hubiera limpiado con una esponja empapada en agua y leche, y tocaron al timbre.

Mateo echó un último vistazo al despacho, donde nada delataba que siguiera con el caso del estafador, y les abrió.

Los invitó a sentarse en los sillones azules. El crujido de uno de ellos hizo que por su cabeza pasara a toda velocidad lo sucedido desde que Nora había entrado por la puerta tras el entierro de Laieta Casanovas. Mañana, mañana volvería en sí.

—Venimos a hablar con usted porque se ha producido un giro radical en el asunto de la agresión que ha sufrido su hija —empezó a decir morosamente el subinspector Boronat.

—Ha aparecido el cuerpo de Julio Recasens —intervino entonces la mujer.

Era alta, de unos treinta y cinco años, calculó, y rostro severo, se había presentado como la sargento Fina Sanchís.

Él, tras fingir sorpresa, respondió preguntando dónde.

El subinspector Boronat le explicó de manera pormenorizada lo del chatarrero que había encontrado el cuerpo, le tocaba a él hacer otra pregunta:

—¿Cómo murió?

—A golpes —contestó ella.

—Lo que nos ha hecho pensar en varias posibilidades —dijo el subinspector.

Empezaba el baile.

—Usted nos dijo, señor Hernández —siguió Sanchís—, que su hija estaba haciendo un seguimiento cuando fue atacada. Y que seguía precisamente a Julio Recasens.

—Pero es bastante difícil que Recasens dejase inconsciente a su hija y después se matase a palos. O que su hija lo matase y después se diera tantos golpes en la cabeza —interrumpió Boronat, que no disimulaba demasiado bien cuánto le molestaba que su compañera le quitase la palabra.

Mateo callaba. Esas especulaciones absurdas solo tenían el objetivo de que él las negase. Aguantó la pausa. Entonces ellos siguieron hablando.

—Según la científica, hay indicios de que hubo más gente implicada en la pelea —empezó ella.

—Aunque las huellas fueron difíciles de atribuir porque ustedes organizaron una reunión familiar en el lugar de los hechos.

—Y después llegó la ambulancia.

—Pero como se quedaron todos cerca de su hija, no borraron por completo los rastros de la pelea —concluyó el subinspector.

Lo miraban esperando una reacción a sus insinuaciones.

—Y es más bien improbable que Recasens se metiera solo en el congelador.

El subinspector le recordaba a los malos contadores de chistes, siempre dispuestos a contarlos otra vez ante la ausencia de risas.

—Así pues, señor Hernández, queremos preguntarle si tiene algo que decir al respecto.

—Ya les conté todo.

—¿Usted no vio a Julio Recasens? —inquirió la sargento.

—No.

—¿Ni muerto ni vivo?

—No.

—¿Tampoco lo buscó, señor Hernández?

—¿Por qué iba a buscarlo?

—Bueno, según nos contó, llegó allí tras localizar el móvil de su hija, se la encontró inconsciente en el suelo y ¿no buscó si quien lo había hecho estaba por allí?

—No. Mi hija estaba inconsciente en el suelo y lo primero que hice fue llamar a una ambulancia. ¿No lo habría hecho usted? —se dirigió a Boronat y después a Sanchís—: ¿O usted?

—Yo me pongo en su lugar —respondió la sargento—, y si me hubiera encontrado por allí a quien le hizo eso a mi hija, no sé lo que le habría hecho.

—Pero es que no estaba allí. Seguramente estaba ya dentro del congelador.

—¡Ah! Entonces, ¿sabía dónde estaba Recasens? —preguntó la policía.

—Sargento Sanchís, no me toque los cojones, que ni usted ni yo somos principiantes.

Ella carraspeó antes de preguntarle:

—Recasens murió esa misma tarde allí. Entenderá que usted, que tiene ya cierta fama, resulte sospechoso.

—¿Tengo una fama? —dijo Mateo con fingida inocencia.

—El inspector Marín le manda recuerdos, señor Hernández —soltó entonces la sargento con una sonrisa burlona.

—¡Fina! No era el momento —la reprendió su compañero.

—¿Por qué no? Que sepa que no le quitaremos el ojo de encima.

—¿Tú te crees que no lo sabe?

—Sí lo sé. Y sigo aquí. Y es de mala educación hablar de una persona en tercera persona en su presencia.

—¡Cállese, Hernández! —respondió la sargento.

Ya se había caído el «señor» que ella había empleado machaconamente. Quedaba por ver si llegaría al «tú» para intentar intimidarlo, aunque tal vez la diferencia de edad la frenaría.

—Señora sargento, no me falte al respeto, que están ustedes en mi casa.

Ella iba a responder, pero Boronat la detuvo con un movimiento de la mano; algo que, a juzgar por la expresión que dirigió a su superior, a ella no le gustó en absoluto.

—Sigamos —dijo Boronat, con su voz espesa y lenta—. Entonces, usted afirma que esa tarde en ningún momento vio a Julio Recasens.

—Eso he dicho.

—¿Tampoco a otras personas?

—No. Allí solo estaba mi hija.

La sargento intervino entonces:

—Ella es la única persona que puede aclarárnoslo todo. Nos han dicho en el hospital que mañana van a despertar a su hija.

—Necesitará reposo —dijo él.

—Y nosotros lo respetaremos —respondió el subinspector—. Ya se sabe que a veces la gente queda algo tocada después de un coma inducido.

—Sí, un poco p'allá.

El inspector Boronat reconvino a su compañera con la mirada.

—Perdón, pobrecilla.

¿Su hija? ¿Pobrecilla? Esa palabra pronunciada en un tono de falsa compasión casi le hizo perder los nervios, pero se contuvo.

—¿Hay algo más que quieran de mí? —preguntó con frialdad.

Siguieron varias preguntas protocolarias: dónde estuvo él esa tarde, dónde estaban otros miembros de la agencia..., que él respondió sin problemas.

Estaba acompañándolos de nuevo a la puerta, cuando vio que un taxi se detenía justo detrás del coche aparcado en la acera.

Fiel a su costumbre de no llamar y fiel a su don de la inoportunidad, Nico Rovira se bajó del vehículo, abrió la verja del jardín, aplastó la gravilla con sus zapatones y, sin fijarse en que Mateo estaba acompañado, le soltó:

—¡Me han llamado de la policía para decirme que Julio ha aparecido muerto! ¿No habrán sido ustedes?

—Buenas tardes, señor Rovira —dijo el subinspector Boronat—. ¿Por qué lo piensa?

—Quizás quiera revisar su versión de los hechos, señor Hernández —añadió la sargento—. ¿Qué pasó en ese almacén de electrodomésticos?

Si alguna vez había tenido Amalia ganas de echarle en cara a su padre que lo había advertido de que una decisión era equivocada, fue cuando salió de la comisaría tras prestar declaración por el asesinato de Julio Recasens.

Durante todo el tiempo que estuvo hablando con un tal subinspector Román Boronat, se sintió incómoda. Pero no porque ese caso se hubiera desbordado de tal manera. ¿Quién podía esperar que una estafa amorosa terminara con el asesinato del estafador? Ni por las alusiones que insinuaban la posible implicación de su familia, en concreto de su padre, en la muerte de Julio Recasens, algo que la inquietaba relativamente poco, pues sabía que era una acusación sin ningún fundamento. Era por la constante impresión de que otra persona la estaba observando. Sin embargo, ella y el policía se encontraban solos en un pequeño despacho, donde incluso funcionaba el aire acondicionado, nada de cámaras y mucho menos espejos falsos; eso era para las películas. El inspector tecleaba todo lo que ella decía sin hacer comentarios, las preguntas se sucedían protocolariamente y el bolígrafo con el que firmó la copia de su declaración tras leerla con atención funcionó a la primera. Al terminar, el policía la acompañó a la puerta y se despidió de ella con cortesía. Y, sin embargo...

Por allí ya habían pasado su padre, Ayala. Incluso habían convocado a Rodrigo.

—Creo que lo he hecho muy bien —dijo su asistente-recepcionista-contable al volver a la agencia tras su declaración.

—¿Qué podías haber hecho mal? —le había preguntado ella.

—Pues se me podría haber escapado que en un par de ocasiones no sabía dónde estaba Ayala, pero de eso no he dicho nada —respondió él ufano.

Amalia se lo agradeció y le dio la tarde libre.

—¿Qué va a pasar con Nora mañana en el hospital? —preguntó antes de irse.

—Empezarán a reducir la medicación a primera hora y, si todo va bien, esperan que por la tarde se haya despertado.

Se quedó sola. Ayala estaba fuera, con un cliente de seguridad, por lo menos eso decía el organigrama.

La agencia estaba tan silenciosa que volvía a parecer un piso.

En ese momento no eran detectives en funcionamiento, eran una familia cargada de preguntas y dudas. ¿Quién había golpeado a Nora y asesinado a Julio? ¿Sus propios compañeros en la estafa? ¿Por qué? Cuando lo hablaba con su padre o con Ayala, todos imaginaban que tenía que tratarse de una disputa por dinero. Según la policía, el apartamento de Julio estaba vacío. Podía entender que se llevaran el ordenador y el material que podía delatarlos, pero ¿por qué cogieron su ropa? En cambio, habían olvidado llevarse el documento de identidad. ¿Qué había pasado en esa empresa de reciclaje? Entendía que su padre quisiera seguir buscando por su cuenta a esos tipos, a pesar de las advertencias de la policía, del inspector Boronat y la sargento que se había incorporado a la investigación, esa tal Sanchís.

No podía dejar de pensar en Nora, en que al día siguiente le quitarían la sedación y empezaría a despertarse. La horrorizó la idea de «empezar a despertar». ¿Cuándo terminaría de hacerlo? ¿Y si se quedaba a medias? ¿Ella lo sabría? ¿Cómo sería la vuelta? No había podido evitar leer al respecto y los artículos sobre dolores de cabeza, pérdidas de la memoria, afasias, problemas de motricidad..., le habían causado una gran congoja. A veces saber demasiado es una carga. Qué paradoja que la cabeza que más información contenía en esa familia fuera la que ahora estuviera en estado de reposo. Tal vez su hermana lo agradecía. Así se lo diría cuando despertara. ¡Menudo descanso te has tomado, chica! Cuatro días sin pensar, cuatro días sin saber. Cuatro días sin la presión de contener toda la información que guardaba. Todo lo que Amalia no se atrevía a preguntar sobre Ayala, sin ir más lejos. Descansa, hermana. Te lo mereces.

—Sé que soy torpe y bruto, señor Hernández. Siempre lo he sido. No sabe cuánto siento mi cagada del otro día con la policía y haberlo metido en apuros.

La llamada de Nico Rovira lo había hecho saltar de la silla del despacho. Esperaba noticias desde el hospital. Amalia estaba allí; solo podía quedarse una persona. Sergio había acudido por la mañana, cuando empezaron a bajar la sedación, volvería por la noche. Mateo aguardaba impaciente la llamada de su hija. Pero no. Era Rovira, el jodido Nico Rovira.

—¿Podría pasarme por su despacho?

—Tengo poco tiempo. Cosas urgentes...

—Se lo ruego. Por favor.

A buena hora abandonaba su costumbre de aparecer sin más. Si viviera en el barrio, se podría entender que, en un momento de calentón, se presentase en su oficina sin avisar, pero se necesitaban por lo menos cuarenta minutos para llegar desde Les Corts hasta Sant Andreu, si todo iba bien, el tráfico fluía, no había cortes por obras, se encontraba aparcamiento... ¿Cómo aguantaba Rovira el impulso durante tanto tiempo? Seguramente la circulación por la ciudad ayudaba. Lo imaginaba aferrado al volante, con la mandíbula prieta, abriendo la boca solo para insultar a los otros conductores, a los ciclistas, a los taxistas, a los autobuses, a la gente que tardaba en subirse al autobús y a la madre de quien inventó el semáforo. Y, mientras tanto, el cerebro bloqueado. Ese energúmeno lo había llamado y Mateo querría haberle dicho que tenía a una hija en el hospital, a la policía encima y que no, que no viniera. Pero el apremio en la voz de Rovira lo había inclinado a decirle que sí.

Ahora lo tenía sentado frente a él, con la mirada baja, clavada en una bandeja con bolígrafos que había sobre su escritorio y que siempre bailaba un poco sobre la madera, porque la base no era plana. La había hecho Nora en la escuela para el día del Padre. Mateo tenía toda una colección de objetos hechos por sus hijos cuando eran pequeños. Casi todos algo deformes. Solo los de Marc, que era el más dotado artísticamente, tenían buena factura. Pero no cambiaría por ningún objeto de lujo esa bandeja bailarina pintada de azul celeste y decorada con pececillos contrahechos.

—Sí —respondió a Rovira—. No es usted precisamente sutil, pero sé que no había mala intención...

Rovira, por lo visto, no había ido ni a buscar una confirmación de su brusquedad ni la aceptación de una disculpa. Por lo menos no en primer término, ya que lo interrumpió para decirle:

—Pero creo que puedo ayudarles. —Se echó hacia atrás en el asiento y buscó en el bolsillo derecho de los pantalones. Sacó un móvil y lo dejó sobre la mesa. Después apartó la mano para que Mateo lo viera bien—. Es el móvil de mi madre. Algo me decía que mi hermana no se lo había cargado. Es muy bocazas, pero a la hora de la verdad...

—No es la impresión que me ha dejado a mí. —Recordaba la violenta aparición en casa de Claudia—. ¿Cómo ha conseguido que se lo dé?

—No me lo ha dado, se lo he quitado. Le he hecho una finta. He ido a su casa y le he dicho que quería que me devolviera la tableta, que sabía que todavía la tenía y que me la tenía que dar porque la pagué yo. Entonces ella la ha sacado del cajón de la cómoda del salón y se ha ido al balcón y ha hecho como que la quería tirar. Vive en un cuarto. Como estaba lejos y miraba a la calle, he metido la mano en el cajón y he cogido el móvil. Me lo he escondido en el bolsillo sin que ella se diera cuenta, le he dicho que estaba loca y me he marchado. Y ahora, aquí lo tiene. —Se removía inquieto en la silla, como un niño que, después de muchos suspensos, por fin saca buena nota en matemáticas y espera impaciente a que su padre lea el boletín—. No sé su pin, pero seguro que usted tiene recursos —dijo ante el silencio asombrado de Mateo.

Mateo le dio las gracias. No sería un problema para Constantin, de eso estaba convencido. Después podrían acceder a las conversaciones entre Laieta y Julio. Aunque dudaba de que allí encontraran información sobre otros integrantes de la banda con la que él organizaba las estafas.

—Ojalá lo hubiéramos tenido antes.

—Lo sé. Pero no se me ocurrió antes.

Y ojalá tuvieran el móvil de Julio. Había desaparecido. Tampoco la policía había dado con él. Quien lo hubiera asesinado, se lo había llevado.

Nico Rovira suspiró y se golpeó las rodillas con las manos.

—¿Sabe lo que pienso? Que no deberíamos haber empezado con todo esto.

Mateo también lo creía, pero no podía darle la razón.

Ninguno de los dos parecía saber cómo poner fin a esa reunión. No encontraban las palabras para despedirse.

Un timbrazo los sobresaltó a ambos.

—Bueno, parece que tiene visita. —Rovira se levantó—. Mejor me voy yendo.

Mateo no esperaba a nadie, pero agradeció la interrupción. Guardó el móvil en el cajón de su mesa y salieron del despacho. Cuando giró el pomo de la puerta que daba al jardín, un fuerte empujón la abrió con fuerza y la estrelló contra la pared.

—¡Aquí estás, cabronazo!

Martina Rovira entró en el minúsculo recibidor. El índice derecho la precedía como la punta de un obús y se clavó en el pecho de su hermano. Como si el dedo quemara, Nico retrocedió y acabó de nuevo ante la puerta abierta del despacho.

—¿Qué haces aquí?

—Ya me imaginaba que estarías aquí, con el detective este. —Le dirigió una mirada torva a Mateo y se volvió otra vez hacia su hermano—. ¿Pensabas que no me daría cuenta de que me has robado el móvil de mamá? ¿Te lo ha pedido él?

Mateo cerró la puerta que daba a la calle. Una vecina pasaba delante de la verja del jardín y ralentizó el paso al oír las voces.

—Lo he hecho porque me ha dado la gana. Y deja de pincharme con ese dedo de bruja. —Nico dio un manotazo.

—¿Me pegas? ¿A tu hermana?

Mateo pasó como pudo a su lado y se metió en el despacho.

—Si me hacen el favor de pasar y tranquilizarse.

La primera en entrar fue ella.

—Usted a mí no me tiene que decir que me tranquilice. ¿Dónde está el móvil? ¡Devuélvame!

—No tiene por qué. Se lo he dado yo.

—¿Con qué derecho?

—¡Es tan mío como tuyo!

—Pero ¿quién te crees que eres?

Estaban frente a frente a pocos centímetros el uno del otro. Movían mucho los brazos y las manos, pero no se rozaban, como si hubiera un campo magnético que lo impidiera.

—¡Soy tu hermano mayor!

—¿Y qué? ¿De qué vas? ¿Te crees algo así como el cabeza de familia?

El volumen de sus voces iba en aumento. Parecían haberse olvidado de Mateo.

—¡Soy...!

—¡Tú no eres nada! ¡Nada! ¡Nada! ¡Nada! ¡Nad...!

La puerta lateral del despacho se abrió de golpe y apareció la silueta de Lola en el umbral, tras ella, la oscuridad del pasillo.

—¿Cómo os atrevéis a venir a gritar a mi casa? —La voz de Lola, grave, dura y fría, dejó a los hermanos paralizados—. ¿No os parece que ya no tenéis edad para pelearos como críos? —le dijo a Martina, dando un paso hacia ella.

—Yo... no..., nosotros —balbuceó Martina mientras retrocedía.

—¿No conocéis ni las reglas más elementales de cortesía? —Se volvió hacia Nico.

Lola inclinaba la cabeza hacia la izquierda, como hacen los gatos, como si estuviera midiendo la distancia para abalanzarse sobre él.

Nico también dio un paso atrás.

—¿No os han enseñado a respetar a una familia en la que hay enfermos?

Había un sonido gutural que se mezclaba con las palabras, un gruñido animal que llevó a los dos hermanos a dar otro paso en dirección a la puerta.

—Nosotros no queríamos... —empezó Nico.

—No, no queríamos... —lo secundó su hermana.

Se empequeñecían a ojos vistas, mientras Lola se erizaba, negaba dos veces con la cabeza y con una voz que no parecía la suya les gritaba:

—¡Fuera ahora mismo! ¡Fuera de mi casa!

Como si temieran que ella pudiera echárseles encima, giraron solo la cabeza buscando la salida. Mateo pudo reaccionar por fin, se interpuso entre ellos y Lola y los acompañó a la puerta.

—Será mejor que os vayáis.

Dejaron a Lola en medio del despacho, mirándolos con odio.

Mateo los acompañó hasta el jardín y se despidió de ellos como buenamente pudo. Al cerrar la puerta oyó los pasos precipitados sobre la gravilla y el chirrido de la puerta.

Desde allí le llegó la voz de Martina.

—¡Esa mujer está loca!

Cuando regresó al despacho, Lola le tendió su móvil. Lloraba.

—Es Amalia desde el hospital. Nora se ha despertado.

Nora había abierto los ojos hacía solo unos minutos. Su primer gesto fue de dolor, su primer sonido, un gemido. Miró a su alrededor con expresión de desconcierto. Amalia se levantó de la silla, dio un paso hacia su hermana, paró, dio un paso hacia la puerta para llamar a una enfermera, se dio media vuelta, se acercó a la cama. Llevaba varias horas esperando ese momento y cuando llegó no sabía qué hacer.

—Hola, Nora. Bienvenida. Estás en el hospital, voy a buscar a una enfermera.

Salió de la habitación, volvió a entrar. ¿Para qué estaba el botón de llamada? ¿Realmente había dicho «bienvenida»? Pulsó el botón con el logo anticuado de una enfermera con cofia.

—¿Amalia?

La voz de su hermana era un susurro seco. La mirada algo perdida, como si estuviera enfocando los ojos. Amalia le tomó la mano. En ese momento entró una enfermera.

—Se ha despertado. —Amalia tenía un nudo en la garganta.

La enfermera se acercó a Nora.

—Bienvenida.

Después le pidió a Amalia que saliera de la habitación.

Mientras llamaba a Sergio vio entrar a la doctora en la habitación. Después llamó a su padre. Se sorprendió al escuchar la voz de su madre.

—Nora se ha despertado —le dijo.

Ella no respondió, se echó a llorar. Poco después su padre cogió el teléfono.

Mientras esperaba poder entrar de nuevo en la habitación, su padre y Sergio ponían en marcha la cadena de mensajes al resto de la familia.

—Amalia —dijo Nora cuando ella apareció por la puerta. Sonaba como una confirmación de reconocimiento. La voz seguía débil.

Se sentó a su lado. Empezó con preguntas cautas. Sí, sabía dónde estaba. Sí, le habían explicado que había estado cuatro días en coma inducido. Sí, sabía su nombre. También que era detective, dónde vivía, quién era ella. No, no recordaba nada de lo que le habían leído mientras estaba inconsciente.

—¿Qué me habéis leído?

Sin enseñarle el libro, porque era uno que ella le había robado a su hermana hacía años, le dijo:

—Algunos cuentos de Andersen. Siempre te han gustado mucho. Sergio y yo te leímos «El soldadito de plomo», «La reina de las nieves», «Las zapatillas rojas», «La princesa y el guisante», «La sirenita»...

—¿No encontrasteis nada más deprimente? —Rio, pero se detuvo bruscamente con una expresión de dolor y señaló el costado.

—¿Por qué me duele tanto aquí?

—Es que te patearon las costillas. Hay dos rotas.

—¿Por qué?

—Estabas siguiendo a un hombre...

—¿Por qué?

—Porque era sospechoso de ser un estafador del amor.

Nora movía la cabeza muy lentamente a un lado y al otro como si estuviera buscando algo. Amalia pensó que podría ayudarla.

—Se llamaba Julio.

—¿Julio?

—Julio Recasens.

Cayó entonces en la cuenta de que Nora no podía conocer el apellido porque lo habían sabido a través de la policía.

—¿Por qué hablas de él en pasado?

—Está muerto.

—Julio Recasens. Muerto. ¿Me golpeó él?

—No se sabe. ¿No recuerdas lo que pasó?

—No. —La voz se había debilitado.

Cerró los ojos; poco después se durmió.

Así seguía cuando llegó Sergio.

—Pero... ¿no se había despertado?
—Se ha dormido, pero ahora duerme de verdad.

—No debí dejar que fuera sola —dijo su padre, más para sí mismo que para ellos.

Les daba la espalda a ella y a Sergio, que tecleaba un número en la máquina de bebidas.

Sergio se olvidó de la botella que acababa de caer con estruendo de alud y se acercó a él.

—¿Por qué estaba entonces allí?

—Porque era la única que podía ocuparse de ello en ese momento. No parecía que pudiera ser peligroso.

—Pues mira, resulta que sí lo fue. ¿No es algo que siempre puede ocurrir? ¿No estaba vigilando a un delincuente?

—No era predecible. Era un estafador de mujeres. Además, también tenía que sacarla del caso en el que estaba trabajando. Estaba yendo demasiado lejos.

Sergio lo miraba con los brazos cruzados.

—¿Qué significa «demasiado lejos»?

—Que había vuelto a recaer en su... obsesión. Nora tiene esa tendencia a querer saberlo todo. —Su padre había adoptado un tono didáctico—. Siempre ha sufrido de una curiosidad excesiva, enfermiza. No sé si sabrás que llegó a ingresarse ella misma en un sanatorio...

—¿Qué te hace pensar que no lo sé, Mateo?

—Bueno, es que pensé que es algo que quizás ella no te habría contado.

—Pues lo hizo, Mateo. ¿Acaso piensas que soy un cocinerillo inocente que vive engañado? Sé muchas cosas de ella. Y también de vosotros.

Amalia vio la alarma en los ojos de su padre. Sacó la botella de la máquina y se la entregó a Sergio, que la cogió con ambas manos, lo que le permitió a ella asirse de su brazo, girarlo y encaminarlo a la habitación.

—Vamos, que Nora se estará preguntando por qué tardamos tanto en volver.

No fue difícil acceder al móvil de Laieta. Constantin lo logró en cuestión de minutos y le hizo una factura en concepto de «reparación de *laptop*», que Mateo le pagó de inmediato. De vez en cuando había que hacer negocios aparentemente correctos; la falta de movimientos también podía resultar sospechosa.

En el pequeño taller de reparaciones, bajo la luz de los fluorescentes aún parecía más pálido, le daba cierto aspecto de larva.

—Te he puesto una nueva contraseña: Astana.

—Eres todo un patriota.

Constantin sonrió. Su kazajeidad le sentaba bien.

Mateo estaba demasiado inquieto para trabajar en el despacho y, tras despedirse, se sentó en la terraza del bar de Octavio en la avenida de Fabra i Puig, un bar de comidas donde los clientes pedían haciendo caso omiso al color azulado de las tortillas, los calamares, fabadas y bocadillos en la cristalera. Mientras tomaba una cerveza, revisó las fotos. Encontró tres en las que Laieta aparecía con Julio. Selfis en los que ambos sonreían felices a la cámara. Las pasó a su móvil.

Encontró el número de teléfono de Julio. Haría más tarde una llamada perdida desde alguno de los móviles de prepago que guardaba en el despacho. Leyó los mensajes de WhatsApp. En ellos seguía el cortejo; también la estafa. Palabras románticas, promesas de una vida en común, peticiones de dinero para problemas y emergencias en Sudáfrica: pagar una estancia hospitalaria, contratar un abogado, gastos a los que él no podía hacer frente porque sus cuentas estaban provisionalmente bloqueadas. Otro abogado, un procurador, gastos bancarios, billetes de avión para ir a las ciudades en las que tenía propiedades que vender, ayudas urgentes para la escuela que había fundado. Una sangría constante

a la que ella accedía a pesar de que llegó un momento en el que le confesó: «He tenido que pedir prestado porque ya no me queda nada en el banco». «Te lo devolveré todo con creces, mi amor, mi salvadora». Y ella le envió dinero todavía dos veces más, hasta que, en una ocasión, diez días antes de morir, ella le pregunta si sería posible que él le mandase unos mil euros para cubrir una parte de la deuda y que «los intereses por el préstamo no crezcan más». Disculpas, excusas, promesas de cubrirlo todo, intereses incluidos, en cuanto regrese. Tres días antes de su muerte, un nuevo mensaje de ella preguntando cuándo podría mandarle algo. «No son buena gente. Me han amenazado». «Pronto, pronto, mi vida. Dame unos días más». «Es que tengo mucho miedo, Julio. No puedo dormir. No sé qué hacer». Él tardó un día en responder. «Tranquila, regresaré muy pronto». «¿Cuándo?» «Pronto, te he dicho, no me atosigues, por favor». «Perdona, Julio. Es que estoy muy nerviosa». A ella le quedaban dos días de vida.

Un día antes de que le fallase el corazón, ella le escribía «¿Y si les pido el dinero a mis hijos?». «¡Ni se te ocurra!» «Pero es que en algún momento deberán saber lo nuestro». Laieta no obtuvo respuesta. El último día de su vida estuvo mandando mensajes, suplicó, se disculpó, se enfadó, amenazó, imploró. En el móvil quedaba el rastro de varios intentos de llamadas por WhatsApp. No hubo respuesta. Pero en ningún momento pareció sospechar el engaño. En los últimos mensajes se mostraba preocupada por el silencio de Julio. Sudáfrica estaba tan lejos, los peligros acechaban por todas partes incluso para un hombre tan viajado como él.

Mientras él estaba en su apartamento de Castelldefels leyendo esos mensajes, con los gritos de los niños en la piscina de fondo, Laieta moría sola en su casa.

¿A quién habría pedido prestado dinero una mujer como Laieta?

Lo de las amenazas descartaba las empresas de préstamos que se anunciaban en la tele en horario de comidas. Estas empresas recurren a empresas de cobro para recuperar el dinero. Las intimidaciones que ella había recibido eran más directas. Rastreó el móvil, pero no encontró ningún mensaje amenazador.

¿Serían estas deudas la razón de la pintada y los destrozos en la tienda de Nico?

Conocía a un par de tipos que habían sido usureros, pero hacía tiempo que no se sabía nada de ellos.

—¿Te pongo algo más? —le preguntó Octavio, el dueño del bar, retirando la copa vacía.

—Otra cerveza y un pincho de tortilla.

—Pareces un chaval pegado al móvil, Mateo.

—Estoy trabajando.

—¿Trabajando? Trabajando estoy yo.

Volvió enseguida con un plato en el que había puesto media tortilla de patatas.

—Anda, come, currito.

—¿Qué pasa? ¿Te sobraba tortilla?

—¡Qué capullo eres, Mateo!

—Oye, Octavio. Aquí, en el barrio, ¿se te ocurre alguien que preste dinero sin hacer preguntas, pero con intereses?

—Así, de entrada, el curita.

—Es verdad, el curita.

El curita no era ni había sido sacerdote; tampoco había pisado un seminario. Se llamaba Enric Sales y no había trabajado en su vida porque había heredado una buena casa en el barrio y la pequeña fortuna que sus padres, payeses acomodados pero ahorradores hasta la racanería, habían dejado a su hijo, con la sola condición de que conservase casa y dinero sin mengua.

Como se sabía que tenía dinero, algunas personas del barrio en apuros económicos recurrían a él de vez en cuando. Él lo prestaba, al principio sin intereses, hasta que un día una persona desconocida lo abordó «porque me han dicho que usted presta a gente que está pasando un mal momento». Enric Sales vio la luz cuando esta persona le preguntó acto seguido cuáles eran sus plazos de devoluciones y sus intereses. A partir de ese momento, se los cobró a conocidos y desconocidos. Cuando se enfrentó al primer caso de morosidad, tuvo la ocurrencia de reclamar el dinero debido sentándose en una silla de enea en el portal del deudor a rezar el rosario. El moroso pagó antes de que Sales llegara al segundo avemaría. Desde entonces, cada vez que alguien se retrasaba en el pago del préstamo, él lo seguía con su sillita de enea a cuestas y se sentaba cerca a pasar las cuentas con un bisbiseo que al moroso debía de sonarle como si disparase salvas de cañón. Mateo recordaba haberlo visto delante de tiendas, junto a

la terraza de un bar, en el campo de fútbol con el rosario dando vueltas en la mano. De ahí le venía el mote.

Pero el curita nunca había sido violento, por lo menos físicamente. Su modo de coacción era la vergüenza, exponer al moroso al escarnio. No sentía el menor empacho en hacer lo que hacía y se limitaba a encogerse de hombros si lo llamaban «usurero».

—El curita debe de rondar los setenta, ¿no? —preguntó Octavio.

—Por ahí andará. La verdad es que hace tiempo que no lo veo.

Pasaría a visitarlo después de comer en casa de su madre. Estaba ahíto. No debería haberse terminado la tortilla.

Sergio sostenía el móvil en la oreja de Nora para que pudiera hablar con la abuela.

—Estoy bien, abuela —decía al teléfono—. Fíjate que hasta recordaba la contraseña del teléfono.

Pero seguro que ella también notaba el ligero tartamudeo en la voz de Nora. Los médicos aseguraban que sería transitorio, y sin embargo a Amalia se le encogía el corazón cada vez que su hermana se atascaba en alguna palabra. Tampoco recordaba lo sucedido. Ese día en Castelldefels se había borrado de su memoria.

—El lunes igual me puedo ir a casa. Sí, te paso con Amalia.

Sergio le tendió el móvil. Amalia ya se imaginaba qué quería decirle, de modo que salió al pasillo.

—Sí, abuela. Está mucho mejor. Y lo del tartamudeo se le pasará.

—¡Pobrecica! Tu padre está muy preocupado, se lo noto. Apenas ha comido hoy. Pero le he metido las sobras en un táper. He puesto uno grande para ti y el muchacho. Ve a buscarlo, ¿eh?

Ayala siempre sería el muchacho. Y el táper sería enorme, porque su abuela decía que el muchacho era de buen comer. Eso era también tener familia, una red de recipientes de plástico que iban y venían de casa en casa.

Le dio las gracias a su abuela. Antes de que pudiera despedirse, ella le preguntó:

—Niña, lo de la moto, ¿es verdad?

—Pues claro, abuela. ¿Qué pregunta es esa?

—No sé... Es que me parece raro. Pensaba que la Norita no cogía la moto.

—Sí que va en moto, abuela.

—Menos mal que yo no lo sabía. Me habría muerto de miedo. Pensaba que después de lo de Manel no lo haría.

Manel, el marido de Nora, se había matado en un accidente de moto en Garraf hacía siete años.

—Pues justamente por eso, ella tenía que seguir yendo en moto.

—Y ahora, justamente por eso, está en el hospital.

—Tienes razón. Pero ya está mejor. Oye, el domingo pasaré a verte.

—Y tráete al muchacho.

—¿Por qué no recuerdo qué me pasó? ¿Por qué no recuerdo quién es ese Julio?

Le repitió la explicación que le habían dado los neurólogos sin revelarles que era la tercera vez que se lo preguntaba esa mañana. Sergio también la había instruido para que no olvidara que la versión para la abuela Carmen era que había sufrido un accidente de moto.

—¡Qué extraño es el cerebro! —dijo y cerró los ojos.

Amalia y Sergio se miraron. Ambos estaban asustados por más que los médicos afirmasen que muy probablemente esa pérdida de la memoria a corto plazo era temporal.

«Probablemente» era una palabra horrible; era un bla, bla, bla en forma de adverbio. Y cuando venía acompañada de su escudero «muy», mostraba con mayor claridad su vocación de embustera.

—¿Te acuerdas de Ignacio Jovellanos?

—Sí. —Sonrió sin abrir los ojos. Tal vez incluso lo estaba viendo, porque, sin vacilaciones, solo con el ligero tartamudeo, recitó en orden los nombres de la lista.

Sin embargo, no parecía ser consciente de haber caído en una vorágine de acumulación de datos sobre ellos. Tampoco era el momento de recordárselo ni de decirle que su padre le había encargado a ella seguir con la investigación. El lunes, mientras Nora «probablemente» volvía a su casa, Amalia retomaría la lista de Jovellanos.

—Estoy deseando volver —dijo Nora.

Por suerte, Sergio intervino con contundencia.

—¡Ni hablar! Estarás de baja unas semanas.

Nora no replicó. Era la estrategia habitual de su hermana para no gastar energía mientras pensaba cómo esquivar las órdenes.

Guardaron silencio; Sergio sentado en la silla al lado de la cama, ella apoyada en el marco de la ventana. Nora seguía con los ojos cerrados. Al otro lado de la puerta, una actividad frenética que contrastaba con la quietud de la habitación. Los pitidos, gorgoteos y zumbidos de los aparatos se habían fundido en un rumor único, como sucede con los sonidos de los insectos, las ramas y las hojas en el campo.

—Hay una imagen que no se me va de la cabeza —dijo entonces Nora—. Veo un muñeco en una vitrina de vidrio, como las de los autómatas del Tibidabo, pero sé que no es el Tibidabo. Intento recordar dónde he visto ese muñeco, pero no me viene.

Amalia se acercó a la cama.

—¿No ves nada más?

—Algo como los aros olímpicos, pero falta uno. Y no son de colores. Por eso no sé qué continente falta.

—¿Y tienen que ver con el muñeco?

—Algo me dice que sí, pero no sé por qué. ¿Estuve en el Tibidabo? ¿Me pasó allí?

Sergio cogió la mano libre de Nora y le explicó una vez más qué le había pasado en Castelldefels.

Mientras tanto, Amalia, aprovechando que estaba desbloqueado tras la llamada, inspeccionaba el móvil de su hermana. Leyó los últimos mensajes entre ella y su padre. Ojalá Nora hubiera vuelto a casa en cuanto él mandó ese mensaje, más bien una orden, pues ahora no estaría allí.

—Acababas de escribirle a papá que Julio salía del apartamento —le dijo a su hermana.

—Sí. ¿En un Audi?

Amalia dio una palmada en el aire.

—¡Los aros olímpicos, Nora!

—¿Dónde está el Audi?

—En el Tibidabo no, ¿verdad?

Al salir del hospital pasó junto a los mostradores de recepción y se despidió con un gesto de la mano. Dentro de las cabinas, dos torsos en bata atendían a las preguntas de los visitantes.

Caminó hacia el aparcamiento. Todavía no había llamado a su padre para contarle el progreso de Nora. Lo haría, pero disfrutaba guardando esa

alegría solo para ella durante un rato. Bajó la rampa de peatones. Al otro lado el vigilante del recinto, una cabeza amarilleada por la luz de la cabina, hojeaba un periódico. Levantó la vista, movió la cabeza para darle a entender que la había visto, que, si necesitaba algo, ahí estaba. Ella sacó el tique y pagó en una máquina que se lo devolvió para que pudiera abrir la barrera. El hombre de la cabina solo acudía si alguno de esos pasos salía mal. En su caso, todo funcionó a la perfección. La barrera se levantó y ella abandonó el aparcamiento dejando atrás al hombre encerrado en su vitrina.

—¡Eso es! —dijo en cuanto salió a la superficie.

Aparcó el coche en un hueco próximo al aparcamiento y se acercó de nuevo allí. El hombre la miró y repitió los gestos de la vez anterior, como un autómatas. Acababa de entender lo que trataba de abrirse paso en la memoria de Nora: Julio, un Audi, un aparcamiento.

Volvió a meter el coche en el garaje. El vigilante la miró con algo de curiosidad, pero ya debía de estar muy acostumbrado a las cosas extrañas que la gente hace en los hospitales, y enseguida volvió al periódico. Un autómatas.

Subió a la habitación. Nora no estaba allí.

—Se la han llevado para unas pruebas —dijo Sergio—. Tardarán un buen rato.

Ahora que no tenía que llevar puesta la careta optimista de los visitantes de hospital, se apreciaba su agotamiento.

—He pasado mucho miedo, Amalia. ¿Y si no llega a despertarse? ¿Y si no era ella al despertarse?

—Yo también, pero está volviendo.

—Y estoy muy cabreado con tu padre. Sabía que esos tíos eran peligrosos y la mandó a ella sola a vigilarlos.

Amalia también lo estaba, pero la dominaba el primitivo sentido de lealtad a la familia de sangre y solo mostró su acuerdo con un gesto de la cabeza. Sergio ordenaba las pocas cosas que había en la habitación.

—¿Has olvidado algo? —le preguntó.

—¿Me dejas ver el móvil de Nora?

Él lo sacó del armario de metal y se lo tendió.

Su hermana no había hecho fotos mientras seguía a Julio. Eso ya lo había comprobado antes, pero no había tenido en cuenta que Nora prefería tomar notas. Tenía tres aplicaciones en el móvil.

—¿Para qué quiere tantos programas de notas?

—A ver, Amalia... —respondió Sergio—. ¿Tú qué crees?

Finalmente dio con algo: Nora había seguido a Julio hasta un aparcamiento donde había metido cosas en el maletero del coche porque, por lo visto, quería huir. En otra nota, la localización y una serie de letras y números. Una matrícula y una plaza de aparcamiento.

Se despidió de Sergio con un «Te cuento más tarde» y abandonó la habitación.

Antes de salir del hospital, llamó a su padre, pero no le respondió. Era extraño porque todos estaban pendientes de la evolución de Nora. Lo intentó de nuevo. Si veía dos llamadas perdidas, entendería la urgencia. Quedó también sin respuesta. Llamó entonces a su madre. Le explicó que Nora estaba progresando.

—Cada vez recuerda más.

—¡Qué alegría, hija!

La voz sonaba viscosa. Pesada de alcohol. Con los años había aprendido a diferenciar los matices, si la sensación de espesura se debía a los medicamentos o la bebida. Se tragó el «Podrías ir a verla», le ocultó que Nora había preguntado por ella y cómo se había encogido de hombros, aunque sin poder ocultar la tristeza al saber que su madre ni había ido ni pensaba hacerlo mientras estuviera en el hospital porque «le dolía demasiado». Tenía otras urgencias.

—¿No está papá?

—Ha salido por algo de Laieta.

—¿No te ha dicho qué o adónde iba?

—No. Tu padre hoy ha comido en casa de la abuela, ha dejado aquí los táperes, por cierto, hay uno para ti, y se ha ido. No sé adónde.

Colgó.

En ese coche podían estar el ordenador y los papeles de Julio. ¿Lo habría encontrado ya la policía? Si fuera así, ellos de algún modo lo sabrían. Tenían que buscar el coche y hacerse con la documentación.

Volvió a llamar a su padre. Esta vez sí que le cogió el teléfono.

—Amalia, estoy muy ocupado. ¿Todo bien con Nora?

—Sí, pero es que...

—Ahora no puedo.

—Es que he caído en que...

—Tengo que entrar en un lugar inmediatamente. No puedo hablar. Te llamaré, ¿vale?

El «vale» se lo dijo a un teléfono en silencio.

Buscaría el coche en el aparcamiento, pero no quería hacerlo sola. Llamó a Ayala. No le contestó.

No quería esperar, pero tampoco ir sin acompañante, era demasiado arriesgado. Aún le quedaba un cartucho.

—Rodrigo, ¿estás en la agencia?

—Claro.

—Te necesito para un asunto. Paso a buscarte en veinte minutos. Coge un par de bolsas.

—¿Qué tipo de bolsas?

—De las que pilles. Igual tenemos que sacar algunas cosas de un maletero y llevárnoslas.

Cuando Rodrigo entró en su coche, llevaba consigo bolsas de plástico, de algodón, de basura, una bolsa de deportes.

—Y guantes de goma para los dos. Por si hay que tocar algo asqueroso.

—He colgado el rosario, Hernández. —Enric Sales, el curita, señaló un rincón del salón en el que las cuentas pendían del respaldo de la silla de enea, oscurecida por los años, que reposaba definitivamente de su nomadismo antinatural.

La casa de Enric Sales parecía no haber cambiado apenas desde que murieron sus padres. Solo el gran televisor plano y otros aparatos eléctricos diseminados sobre muebles antiguos, compartiendo espacio con fotos amarillentas y los pocos objetos de decoración que la sobriedad campesina había tolerado, demostraban la llegada del siglo XXI entre esas paredes. Sales había enviudado joven y su esposa apenas había dejado huella en la casa. El hijo vivía desde hacía años en el extranjero. Heredaría, como su padre, la casa familiar y el capital que su padre había hecho crecer a fuerza de rosarios. Sales mostraba la placidez de quienes han cumplido el mandato paterno.

—¿Sabes a quién podría haberse dirigido?

La expresión serena desapareció de inmediato de su rostro.

—Pregúntaselo al paqui del badulaque.

—¿Cuál?

Sales dejó escapar una risa falsa y fea.

—Buena pregunta. ¿Cuál, cuál, cuál? Cada día hay más. Son como langostas, que todo lo devoran. Hasta de este negocio nos echan.

Mateo respiró hondo con disimulo. Tocaba escuchar. Primero la tirada sobre los extranjeros que quitaban los puestos de trabajo no solo a los españoles, sino también a los catalanes. Siguió una sarta de impropiedades hacia los paquistaníes en concreto, un repaso de la historia del país, que le dio a entender cuánto le obsesionaba el tema. Finalmente, la explicación del término «badulaque», que no significaba colmado, sino una especie de

sofrito, hecho de ingredientes sin ton ni son, que ese sentido se lo había dado el traductor de los Simpson, que...

—También significa «persona necia», pero estos de necios no tienen nada.

Y cuando Mateo ya estaba a punto de amenazarlo con estrangularlo con el rosario que colgaba del respaldo de la silla de enea, Sales soltó la información por fin.

—Sobre todo ese de la Meridiana. El Usmar del supermercadito.

En casa le diría a Lola lo curiosa que era una palabra con el prefijo super- y un sufijo diminutivo. En cuanto a Usmar, le haría una visita muy pronto.

—¿Te vas a creer que nunca he estado en Castelldefels?

Sentado a su lado, Rodrigo parloteaba nervioso. El tráfico de salida de Barcelona era muy denso. El de entrada también, como si se produjera un canje uno a uno de vehículos. Seat por Seat, Opel por Opel, Toyota por Toyota. Ellos circulaban por la autovía en un Citroën e iban en busca de un Audi huérfano.

¿Y si los que habían golpeado a Nora y asesinado a Julio ya lo habían encontrado? Entonces no habría peligro; entonces solo habría hecho un viaje en balde a Castelldefels, ese lugar en el que Rodrigo no había estado nunca.

—Cuando era pequeño, mi madre me llevaba casi siempre a la playa de Montgat porque allí vivía una amiga suya que también era hija de exiliados chilenos y que...

Prefería al Rodrigo circunspecto de la agencia; ese otro parlanchín le impedía pensar. Pero no permitía que se entrevistara su crispación, no tenía a nadie más con quien trabajar. Su padre y Ayala la habían dejado colgada. Su padre ni siquiera había querido saber de qué se trataba. Tenía cosas más importantes que hacer. Cuando era él quien le pedía ayuda, ella siempre se mostraba disponible. Ahí estaba, vigilando mientras allanaban o allanando ella misma. Había forzado puertas, robado, perseguido, golpeado, secuestrado... La consigna compartida en todos esos actos había sido: «Que no se entere tu madre». Eso era lo único que contaba. No importaban la policía u otros compañeros de profesión. «Que no se entere tu madre».

Y cuando ella los necesitaba..., uno no podía, el otro estaba ilocalizable y ella entraba en Castelldefels con Rodrigo en el asiento contiguo contándole su vida.

Paró a tres calles del aparcamiento.

—Conduce tú. Así yo puedo observar.

Pasaron dos veces por delante del aparcamiento. Desde el coche vio al autómata en su cabina. «Muy bien, Nora». Era un chico de veintipocos, con aspecto amodorrado. Ese no sería el verano de su vida. Sobre la entrada del aparcamiento un cartel: SE ADMITEN COCHES A PUPILAJE.

Después aparcaron en la parte de atrás del edificio. Amalia observó el interior del aparcamiento mirando a través de los huecos arabescos de los ladrillos las hileras de coches en penumbra. Había un fuerte contraluz, el sol brillaba en la entrada, tocaba casi la cabina del vigilante. A su espalda, Rodrigo caminaba de un lado a otro preparando su papel.

—¿Vamos? —le preguntó ella.

Su improvisado asistente levantó la barbilla, sonrió sin separar los labios y respondió que sí con voz segura. Todo un actor metido en el personaje. Desde la esquina, vio cómo se dirigía con paso firme a la cabina y empezaba a hacerle preguntas al vigilante, colocándose de tal modo que este daba la espalda a los monitores.

Medio minuto después, Amalia accedió por la entrada de peatones, saludó con un gesto de la cabeza y empezó a hurgar en su bolso, que llevaba en bandolera a la derecha. Del hombro izquierdo colgaba una bolsa grande de supermercado con publicidad de un caldo de verduras. El vigilante no le prestó apenas atención y siguió hablando con Rodrigo. Ella entró y, mientras buscaba la plaza anotada por Nora, se puso unos guantes y sacó las herramientas que necesitaba. Sonrió para sí misma. La detective ejemplar que sabía abrir todo tipo de puertas y maleteros de coches. Solo los Mercedes se le resistían. Un poco. Al final acababan cediendo, aunque le costaba más de lo deseable.

Encontró el coche de Julio. Un Audi 80, que ya tenía algunos años. No era lo que se esperaba de alguien que había estafado tanto dinero a sus víctimas. Debían de ser bastantes a repartir.

Se agachó, un par de movimientos y un golpe le bastaron para abrir el maletero. La oscuridad no le permitía ver con detalle el contenido y no podía arriesgarse a alumbrarlo con el móvil. Palpó ropa, zapatos, unas carpetas, que metió en la bolsa de supermercado, una raqueta pequeña, más ropa, toallas. Envuelto en una de ellas estaba el ordenador. Lo cogió. Rebuscó un poco más, pero no tocó nada que pareciera útil. Cerró la tapa del maletero. Al salir, echó las llaves de su coche en el bolso justo cuando

pasaba por delante de Rodrigo y el vigilante, que esta vez ni siquiera la miró.

En el coche empezó por las carpetas. Reconoció las páginas que su padre había fotografiado. En otras páginas encontró notas en las que Julio consignaba sus avances con las mujeres. En cuanto llegase a la agencia, lo escanearía todo. Alguien dobló la esquina. No era Rodrigo. ¿Por qué tardaba tanto? La toalla en la que estaba envuelto el ordenador era gruesa, muy suave, de color blanco. Miró la etiqueta: algodón egipcio.

Apoyó el ordenador sobre las rodillas. Lo encendió. Estaba bajo de batería y, por supuesto, protegido con una clave. Más trabajo para Constantin. Se lo pediría ella, así se acostumbraba a recibir encargos directamente y pasaba a ser también un poco suyo. Le mandó un mensaje para asegurarse de que estaría en su tienda. Así era.

Rodrigo apareció quince minutos después.

—¿Cómo es que has tardado tanto?

—Es que Miguel me ha contado...

—¿Miguel?

—Sí, se llama Miguel, es paraguayo y...

Amalia arrancó el coche mientras Rodrigo le contaba la vida del vigilante del aparcamiento. Una biografía por trayecto, pensó. Y la constatación de que la mirada de Rodrigo tenía el poder de hacer hablar a la gente también fuera de la agencia.

—¿No le habrás contratado una plaza de aparcamiento a tu nuevo amigo?

—No. Están completos. —Se fijó en la bolsa en el asiento de atrás—. ¿Ha habido éxito?

—Sí. Tenemos papeles importantes y el ordenador.

—¿Y esa toalla?

—Envolvía el ordenador. Es de algodón egipcio.

Rodrigo la cogió.

—Puedes quedártela.

—¿No es una prueba?

—¿De qué?

—No sé.

—No. Puedes quedártela, tranquilo —dijo en tono de patrona generosa.

Su tía Claudia tenía razón cuando decía que era una Hernández: un poco quinqui y le gustaba ser jefa.

Dejó a Rodrigo en el despacho de la Sagrada Familia con su nueva toalla y el encargo de escanear todos los documentos. Ella se dirigió al barrio, a la tienda de Constantin. Los viernes y sábados siempre estaba allí. Era beneficiario de la costumbre de los ordenadores de estropearse el fin de semana.

Cosa que se confirmó una vez más. Tuvo que esperar a que un cliente se marchara de la tienda tras dejar un aparato allí y repetir la frase: «Estos cacharros siempre se estropean el fin de semana», que quizás los ordenadores interpretaban como una orden.

—¿Qué me traes?

Le explicó que necesitaba acceder a los datos de un portátil, pero que no tenía la clave.

—Será mejor que trabajes con guantes. Es el ordenador de una víctima de asesinato.

Constantin no hizo preguntas.

Ella se lo tendió con las manos enguantadas.

—¿Cuánto tiempo necesitas?

—Para la hija de Mateo Hernández, prioridad total. Espera aquí.

Cogió el aparato. Se dirigía a la trastienda cuando Amalia le dijo:

—Constantin, tú ahora eres kazajo, ¿verdad?

—Sí.

—Pues yo soy Amalia. No la hija de Mateo Hernández.

—De acuerdo. Espera aquí.

Como buen entendedor, Constantin le había copiado a Amalia los datos del ordenador de Julio en un disco duro y había metido el aparato en una bolsa de plástico.

Cuando Ayala regresó a casa, ella estaba terminando de seleccionar la información y transferirla a la agencia.

Se sentía tan orgullosa de su éxito que estaba dispuesta a no tener en cuenta que tanto él como su padre la habían dejado colgada...

No le preguntó de dónde venía, por dónde andaba cuando ella lo había llamado. ¿De dónde había salido él? Nunca hablaba de su pasado. Para Amalia, Ayala empezaba cuando su padre fundó la agencia en 1999. Él tenía veinte años. Ella ocho. Procuraba no pensar en ello; aunque él nunca había hecho ningún comentario, a Amalia la incomodaba que su pareja la hubiera conocido de niña.

Dio un salto en el tiempo al explicarle lo que había hecho en Castelldefels.

—Podría haber sido peligroso, Amalia. Los que mataron a Julio pueden seguir por ahí. Me imagino que estarán buscando sus cosas, sus papeles, el ordenador... ¿Y si vigilaban el aparcamiento?

—¿Por qué iban a hacerlo? Si hubieran sabido dónde estaba el coche, ya habrían vaciado el maletero. Además, Rodrigo me acompañó.

—¿Rodrigo?

—A veces es mejor alguien que dé conversación que uno que dé hostias.

Él tuvo que darle la razón.

Después, según Ayala para bajar la adrenalina, se sentaron ambos en el balcón a fumar hierba. Si a algún vecino le molestaba, que se aguantase.

Recorrió con un dedo la cicatriz en forma de serpiente de Ayala y después le enseñó cómo había cambiado de color el morado que le había dejado el golpe de Martina Rovira en el hombro.

—Cuando seamos viejos, pareceremos una pareja de leones veteranos, llenos de cicatrices —dijo él besando la zona con suavidad.

—Nos faltarán varios dientes. Por lo menos un incisivo a cada uno —siguió ella.

—A ti te faltará también un ojo y llevarás un parche.

—Y tú tendrás los nudillos llenos de callos y cicatrices. Pero en la residencia contaremos que es una forma rara de artritis.

—¿En la residencia?

—Sí, alguien tendrá que hacerse cargo de nuestros cuerpos maltrechos.

—Amalia aspiró una profunda calada y le pasó la hierba.

—Nuestros hijos.

—¿Qué hijos? Habrá que hacerlos, ¿no? ¿No tienes ninguno desperdigado por ahí?

Era una broma que repetían de vez en cuando.

—No.

—La última vez me dijiste que eran seis. —Apoyó la cabeza en el hombro de Ayala.

—Pues, si tú lo dices, será verdad —respondió él riendo.

La embargó una gran tristeza; cuanto más bromeaban sobre el futuro lejano, más utópico lo sentía, más le llegaba la certeza de que a veces con quererle tal vez no bastaba.

Mateo dedicó el sábado por la mañana a revisar el material que había encontrado Amalia.

—¡Es fantástico, hija!

No escatimó halagos a su trabajo, a su perspicacia, a su valentía, aunque su actuación en el aparcamiento le parecía algo temeraria, se rio cuando ella le contó que Rodrigo, el hijo de Violeta, la había acompañado y cómo había trabado conversación con el vigilante del aparcamiento. Se mostró agradecido, entusiasmado, orgulloso y, sin embargo, sintió que su hija albergaba cierto resquemor hacia él por no haber atendido a su llamada.

Esa fue la razón por la que le ofreció seguir con él en la investigación, pero Amalia lo rechazó.

—Voy a acabar lo de Nora, como dijimos. Este asunto de Laieta Casanovas no me ha gustado desde el primer momento.

Él murmuró un «lástima» hipócrita, como solo los hermanos mayores, obligados por los padres a compartir con los pequeños, son capaces de fingir, y después volvió a la información. Tenían las conversaciones con otras mujeres, sus nombres, sus direcciones, apuntes sobre los avances hechos con ellas, cantidades de dinero solicitadas y recibidas, nombres de futuras candidatas.

Poco antes del mediodía llamó a Nico Rovira y lo citó en la agencia.

—¿Novedades?

—Bastantes.

—En una hora estoy allí.

Llegó tan puntual como impaciente. Se sentaron en los silloncitos azules, como pedía la tradición de la agencia a la hora de dar resultados a los clientes.

—Sospechamos que quienes le hicieron la pintada y se metieron en su negocio no eran los estafadores, sino gente a la que su madre pidió dinero prestado para seguir «ayudando» a Julio.

Nico Rovira, sentado frente a él, bajó la mirada y la dejó fija en la taza de café que le había servido Mateo.

—¿Mi madre debía dinero?

—Por lo que he podido averiguar, se lo pidió a un prestamista.

—¿Cómo contactó mi madre con alguien así?

—No se lo puedo decir. Ya está en manos de la policía —mintió Mateo.

Si le contaba a Rovira lo que le había dicho el curita, era capaz de presentarse en el supermercado y liarse a tortas con quien fuera.

—¿Por qué me hicieron pintadas y destrozos a mí?

—Quizás porque, como ella no podía devolver el préstamo, la amenazaron. Y, tras su muerte, pensaron que, asustándolo a usted, podrían recuperar el crédito.

—Pero es que yo no sabía nada. —Rovira miró a Mateo—. Pero debería haberlo hecho, ¿no?

—No me corresponde a mí decirlo.

—¿Cuánto quieren?

—Lo averiguaremos, pero eso es lo de menos. Usted no es responsable de nada.

—Si usted lo dice. Mire, han hecho ustedes un buen trabajo. Creo que, tras saber esto, podemos dar el asunto por terminado.

—¿No quiere saber quiénes amenazaron a su madre? Y quién mató a Julio Recasens.

—No, gracias. No me interesa. Para mí esto se termina aquí. Mándeme la factura cuanto antes. Así podremos olvidar este lamentable asunto. Al final ha resultado que mi hermana tenía razón.

Rovira se levantó, le dio la mano sin mirarlo a los ojos, se dio media vuelta y salió de la agencia. No quería que se viera que estaba a punto de echarse a llorar.

Mateo se quedó sentado frente a la taza de café que Rovira había dejado intacta. Tal vez a su excliente no le interesaba, pero él necesitaba encontrar a quien había golpeado a su hija. Seguiría buscando, daría con los agresores.

El lunes por la mañana, Mateo entró en la cocina. No era un lunes cualquiera. Era un lunes especial. Su hija salía del hospital.

La casa estaba en silencio. El estruendo del molinillo de la cafetera era su toque de maitines. Después venía otro silencio en cuanto la última gota oscura caía en la taza. Durante los cuatro sorbos que necesitaba para tomarse el primer café del día, todo parecía en orden. Después salía a la calle, a registrar las quejas cotidianas de la gente.

A media mañana, mientras esperaba la llamada de Sergio diciéndole que ya estaban en casa, recibió otra de su madre. Había preparado comida para que se la llevase a Nora.

—Madre, que la niña tiene un novio cocinero...

—Y una abuela —dijo su madre de forma contundente—. Pasa a buscarlo y se lo llevas.

¿Por qué no? Era un buen modo de entretener la espera.

La casa de su madre olía a comida. Se habría pasado horas preparándole platos a Nora.

—También he hecho para ti. Ayer Amalia se llevó lo que les hice para ella y el muchacho. ¡Qué pena que no viniera con él!

—He traído los táperes del otro día.

Mateo los dejó sobre la encimera.

Ella cogió los recipientes y lo miró con los ojos humedecidos por el orgullo.

—Tu padre te enderezó bien, hijo.

Los nudillos empezaron a arderle de las ganas que tenía de golpear a quien había atacado a Nora.

Volvió a casa con los táperes pesados de comida. Al doblar la esquina vio un coche de la policía que subía por la calle Malats y se detenía frente

a su verja. Dejó caer los hombros.

—No, hoy no.

Pero siguió caminando.

Un agente al que no conocía salió del lado del conductor. La sargento Fina Sanchís bajó del lado del copiloto y se quedó mirándolo con las manos en los bolsillos de los pantalones. El agente la imitó. Era incómodo sentirse observado de ese modo. Ella no lo saludó hasta que llegó a su lado:

—Tenemos que hablar con usted.

Mateo levantó las bolsas para que vieran que iba cargado y les indicó con un movimiento de la cabeza que lo acompañasen. Los dejó sentados frente a su mesa en el despacho y entró en la casa felicitándose por su costumbre de recoger siempre la mesa cuando salía, un hábito que había adquirido para evitar que Lola supiera cuándo andaba metido en negocios poco claros, y que en el caso de Laieta, con todas esas constantes e inesperadas apariciones, le estaba siendo muy útil.

Lola se encontraba en la cocina ocupada con las necrológicas del día.

—La policía está aquí —le dijo él mientras metía los táperes en la nevera.

Ella lo miró.

—El caso es ahora suyo, ¿no?

Él compuso un gesto de resignación.

—Con un asesinato de por medio...

Lola se volvió hacia el jardín.

—El muerto no es nuestro, Mateo, pero Nora sí. Podrían habérmola arrebatado. El caso es nuestro también.

Con esa convicción reforzada volvió a su despacho dispuesto a enfrentarse a los policías. No les ofreció café, se sentó frente a ellos, sobre los hombros sentía la cálida presión de las manos de Lola.

—Ustedes dirán. ¿Y su compañero, el subcomisario Boronat?

—Ocupado.

Tal vez puenteado, pensó él. Ya fuera por la ambición y más garra de la sargento, o porque la antipatía que ella sentía hacia él era mayor que la de su superior y quería ser ella quien le dijera en tono admonitorio:

—Acabamos de tener una conversación muy interesante, Hernández.

Parecía que el «señor» había desaparecido definitivamente, de modo que Mateo calló la pregunta que la sargento estaba esperando. Ella tuvo

que completar la frase.

—Con un chico que está pasando el verano con sus padres en el apartamento vecino al que ocupaba el fallecido Julio Recasens.

Él siguió mirándola en silencio, era evidente que eso la molestaba.

—¿Sabe lo que nos ha contado? —Esta vez la sargento ya no hizo la pausa retórica—. Que lo vio a usted la noche del doce de julio. Usted saltó por el balcón del apartamento de Julio Recasens y se coló en el suyo.

La pregunta que tocaba ahora era cómo sabía ese chico que era él, pero la sargento ya se había cansado del juego y dijo al momento:

—Nos dio una descripción de la persona y nos resultó familiar. Le enseñamos una foto de usted y lo identificó sin dudar.

—¿Lleva una foto mía consigo? Me halaga usted, sargento.

La sargento ignoró el comentario, pero no la risa que se le escapó por la nariz al compañero, a quien dirigió una mirada de reproche. Cuando su acompañante recuperó el obligatorio gesto serio, se giró de nuevo hacia Mateo.

—De modo que hay algunas cosas que requerirían una explicación por su parte. La primera: ¿qué hacía usted en el apartamento de Julio Recasens? La segunda: ¿por qué salió usted por el balcón? Y la tercera: ¿por qué no nos informó al respecto?

—No les informé porque tengo que reconocer que mi estancia en el apartamento no era legal y esa es la razón por la que tuve que escapar por el balcón cuando Julio Recasens apareció.

El agente tomaba notas mientras él hablaba.

—¿Qué hacía usted allí?

—Buscaba información sobre un asunto que estaba investigando.

—¿Estaba? ¿Lo resolvió?

—Gracias por los halagos, sargento, pero sabe bien que no. Además, le he dicho al cliente que no podía seguir investigando, ya que este caso ha pasado a sus manos.

La mano invisible sobre su hombro derecho le dio unos golpecitos aprobatorios. «Muy bien, Mateo Hernández».

—Está bien que lo admita, señor Hernández, pero no crea que esto va a quedar sin consecuencias. Allanamiento de morada por partida doble e intimidación de testigos.

Lo único bueno de esa frase, y tampoco podía estar seguro de ello, era que había reaparecido el «señor».

—¿Intimidación de testigos?

—El chico del apartamento contiguo declaró que usted lo amenazó si no lo dejaba salir y si hablaba con alguien de su presencia allí.

—No fue así.

—Ya se verá. Es la palabra del testigo contra la suya. La palabra de un chico que estaba durmiendo solo en el apartamento y fue despertado por un hombre que se coló por el balcón.

Mateo no replicó. El chico había contado a la policía que estaba solo. Si llegaba a declarar, tendría que salir del armario, algo que parecía tener todavía pendiente.

—Ya se verá —repitió la sargento. Hizo una pausa antes de decirle—: Una última cosa. Este asunto está ahora en nuestras manos. Si detectamos el más mínimo atisbo de intromisión por su parte, sepa que puede usted perder su licencia. ¿Entendido?

—Por supuesto.

—Si tiene usted alguna información o documentación relevante para la investigación, debe entregárnosla.

—Es que no sé qué es lo que saben ustedes.

—Ni se lo voy a decir. No le ofrezco un intercambio de cromos. Háganos llegar todo lo que tiene lo antes posible.

—Me pondré en ello. ¿Me mantendrán informado?

—Como a cualquier otro ciudadano, hasta donde lo permita el estado de la investigación.

—Es que no soy cualquier otro ciudadano, agredieron a mi hija.

—Ya. Pero si incumple, sea como sea, lo que le he dicho, tendrá que cerrar esto. —Sanchís abarcó el despacho con un movimiento del brazo—. Y entonces sí que será un ciudadano cualquiera.

Unas pocas instrucciones más en tono algo menos amenazador, dos duros apretones de manos y los dos policías se marcharon.

Cuando regresó al despacho tras acompañarlos a la puerta, ella ya se había ido, pero Mateo sabía que Lola había estado escuchando detrás de la puerta del pasillo. Estaba en su derecho. Era su nueva clienta.

Voces de niños. Siempre había uno que lloraba. El de hoy berreaba con desesperación. ¿O sería siempre el mismo? Un niño que odiaba con absoluta convicción ir al colegio. Si había niños gritando, tenían que ser las ocho y media. Hora de abrir los ojos, Nora.

Parpadeó, miró a la derecha y vio la silueta de una ciudad, bloques de edificios recortándose a contraluz. Cuando pudo enfocar, reconoció las cajas de medicamentos sobre la mesilla de noche. Se le escapó la risa, corta, el dolor en el tórax la sustituyó por un gemido. Sergio entró enseguida en la habitación.

Dormía en un sofá pegado a la puerta entreabierta del dormitorio. Nora tenía la cama para ella sola, dos almohadas, una a cada lado, evitaban que se girase y durmiera de costado. Despertaba de su primera noche en casa. Había regresado el día anterior, tras obtener el alta que ella misma había pedido. Flores, dulces y una cartulina en la que Sergio había escrito BIENVENIDA. Así la saludaba todo el mundo y le daban a entender que había estado muy lejos. Era un alivio que esa mañana Sergio la saludara con un «Buenos días» y un beso en los labios a pesar de que seguían negros de costras.

Hoy también habría visitas, pero más espaciadas. El día anterior se amontonaron todos en esa habitación. Sus padres, Amalia, Ayala, la tía Claudia, Sergio. Solo faltaba la abuela Carmen, pero esperarían a que su aspecto hubiera mejorado algo más.

Ella no le preguntó a su madre por qué no la había visitado en el hospital ni ella dijo nada al respecto. Otras madres, aunque su hija tuviera ya treinta y cuatro años, la habrían arropado, o la habrían peinado, le habrían puesto colonia para quitarle el olor a hospital, le habrían puesto crema en las manos o en los labios, se habrían empeñado en que comiera

algún caldo o unas galletas. Su madre se había sentado a su lado en la cama, le había apartado el pelo de la cara para examinar mejor los golpes, le había cogido la mano con cuidado para no hacerle daño y le había dicho:

—Esto no quedará así, hija.

A su lado, su padre había asentido, serio, decidido.

Así eran los Hernández. Una familia del Antiguo Testamento, unidos por lazos atávicos y vengativos hasta la sangre cuando se les atacaba. Se miró las manos. Llenas de moratones por las vías que le habían puesto en el hospital; había heredado la piel fina de su madre. Ella era la única en la familia que podía decir que no las tenía manchadas de sangre. Marc tampoco, pero ya no estaba. Amalia se dejaba llevar por la furia y golpeaba con esas manazas que se cerraban formando puños enormes. Sus padres, ambos tenían las manos sucias de sangre ajena. Ayala, que también era de la familia, cargaba con varios cadáveres a cuestas.

Ella era la que sabía, limpiaba y callaba.

Sergio le sirvió el desayuno y le dio los medicamentos.

—Son calmantes fuertes. Debe administrarlos siempre correctamente —había advertido la doctora.

«No se preocupe, doctora», habría podido responderle ella, «la mayoría son antiguos conocidos de la familia». Además, si una cosa sabe hacer un cocinero es seguir una receta. Esa disciplina era la misma con la que la hizo levantarse de la cama, la ayudó a ducharse y contó los pasos que dio por el piso para recuperar masa muscular. Sergio lo anotó todo en un bloc de notas. A lápiz.

—Eres un dinosaurio.

Él se rio mientras la acompañaba de nuevo a la cama. Se marchó cuando llegó Amalia. Había sido una condición que le habían puesto en el hospital. Podía sufrir mareos súbitos, por lo cual tenía que estar siempre acompañada.

—¿Quieres que te lea un poco?

—¿Historias alegres como las que me leísteis mientras estaba en coma? ¿Cuál sería la peor?

—Para mí siempre fue la de la pequeña vendedora de cerillas.

—Es verdad. ¿Te acuerdas de la que hacía llorar tanto a Marc?

—No era de Andersen.

—No, era de Oscar Wilde, la historia del ruiseñor y la rosa.

—Y siempre la pedía. ¡Menudo moñas estaba hecho!

Ambas sonrieron con tristeza.

—¿Sabes que sueño con él casi todas las noches? —dijo Amalia.

—Yo lo veo por la calle. Siempre hay alguien que me lo recuerda.

A veces era una cabellera rizada como la de su hermano, otras era un gesto de la mano, otras una forma de caminar. Algunas, las peores, una voz.

Su hermana se sentó a su lado en la cama y apoyó la cabeza contra su hombro.

—Cuéntame cosas —le pidió Nora—, cosas del trabajo.

Su hermana le explicó que el asunto de Laieta Casanovas se había convertido en el asesinato de Julio Recasens.

—Ya recuerdo su cara —dijo Nora.

—¿Y lo que te pasó en ese lugar?

—No, eso sigue sin volver.

—Quizás mejor.

Tal vez. Amalia siguió contándole que su padre había recibido ayer una visita poco agradable de la sargento Sanchís, quien le había ordenado entregar toda la documentación del caso.

—Todavía no lo ha hecho, ¿verdad? Lo de entregar la documentación.

—Está expurgándola para que no aparezcan más acciones poco limpias, aparte de lo de meterse en el apartamento de Recasens... ¿Tú te imaginas a papá saliendo por un balcón de un cuarto piso?

Sí. A Nora le entró un ataque de risa que la hizo gritar de dolor y golpear la cama con las manos. Su hermana la sujetó. Cuando se alivió un poco, le señaló una de las cajas con pastillas. Amalia se bajó de la cama, sacó una y se la dio con un vaso de agua. Después miró el paquete.

—Oye, esto es muy fuerte.

—Esto también —dijo Nora señalándose el costado derecho—. Cuéntame más cosas mientras hace efecto.

En el relato de cómo había sacado el ordenador del coche de Julio Recasens abrevió la parte de Rodrigo por si la facilidad con que este había entablado conversación con el vigilante del aparcamiento le parecía graciosa. Nada de risas.

—Espero que papá les entregue también toda esa información a los *mossos* —dijo Amalia con poca convicción—. Me ofreció trabajar con él en el caso, pero después el cliente, Nico Rovira, retiró el encargo.

—Va a seguir.

—La sargento Sanchís ha amenazado con quitarle la licencia si se entromete en la investigación.

—Va a seguir de todos modos. Se lo ha pedido mamá.

—Estamos jodidos.

Amalia le había contado que había descargado el contenido del ordenador en los archivos de la agencia. En cuanto pudiera, Nora pensaba echarles un vistazo.

—Hora del paseíllo —le dijo a su hermana para no seguir con el tema.

Nora se levantó dificultosamente de la cama y dio varias vueltas por el piso acompañada por Amalia. Anotó los pasos antes de volver a la cama.

—Y tú, ¿cómo vas? —preguntó a su hermana.

—¿Sabes que papá me ha pasado el asunto de Jovellanos?

—Sí.

—¿Sabes también por qué? Quiero decir, aparte de lo del golpe en la cabeza.

—¿Hay otra razón?

—¡Joder, Nora! ¿De verdad no te dabas cuenta?

—¿De qué?

Aprovechando que Amalia estaba cuidando a su hermana, Mateo se había citado con Ayala en la agencia. Quería convencerlo de que le ayudara a seguir investigando para llegar a quienes habían golpeado a Nora.

Apenas habían intercambiado un par de frases cuando recibió precisamente una llamada de su hija. Esperaba oír una voz débil de enferma, pero era la voz de una mujer airada.

—¿Me has quitado el caso porque estaba investigando demasiado?

—A ver, Nora, te he apartado del caso porque estás de baja tras una conmoción cerebral.

—Y porque no estás de acuerdo en cómo lo investigaba.

—¿Te lo ha contado tu hermana?

—En cierta medida, sí.

Ya se podía haber imaginado que Amalia nunca se lo ocultaría a su hermana mayor.

—No tengo ningún problema con que lo lleve Amalia. Estoy segura de que lo hará muy bien. Lo que no me gusta es la razón por la que me lo has quitado a mí.

—Es que te has extralimitado. Has averiguado cosas que no eran en absoluto necesarias. Todo lo que hay en tus papelitos puede estropearles la vida a muchas personas si llega a conocimiento de alguien que pueda utilizarlo en su contra. Las has desnudado.

—Es lo que había que hacer. Es lo que pidió el cliente y tú aceptaste. ¿O no te planteaste estas implicaciones?

—No creía que llegarías tan lejos, que volverías a excederte.

—No me he excedido. He sido exhaustiva.

—Hija, tus notas no son exhaustivas, son... —No encontraba una palabra que no fuera peligrosa.

—¿Qué?

—No sé cómo decirlo.

—Venga, suéltalo. —La voz de su hija era desafiante.

—Maníacas.

Ayala, frente a él, se sobresaltó. Le hizo un gesto con las manos para indicarle que no siguiera por ahí, pero tanto él como Nora ya estaban demasiado enzarzados. Mateo le dio la espalda y quedó de cara a los diplomas. Fijó la vista en el de Nora.

—Pero... —La voz de su hija se cortó por un acceso de tos. Después los gorgoteos con los que reprimía gritar de dolor.

—Nora, ¿estás bien?

—Espera —dijo ella con voz entrecortada.

Le llegaban los sonidos como con sordina. Habría puesto el móvil boca abajo en la cama. Cuando volvió a ponerse no la dejó hablar.

—Escucha, Nora, tú ahora vas a descansar.

—¿Y si no quiero?

—Lo harás. He bloqueado tu acceso a los datos de la agencia.

—¿Me estás castigando?

—No, hija, aunque no te lo creas, te estoy protegiendo.

—Yo no te lo he pedido.

—No hace falta. Es mi deber.

—¡No tienes derecho!

—¡Oh! Sí que lo tengo. Sigo dirigiendo esta agencia.

—Pues que sepas que «tu» agencia acaba de perder a una empleada. Me despido. ¿Te enteras? ¡Me largo!

—Ya hablaremos, Nora. Acabas de sufrir una conmoción...

—No hay nada más que hablar.

Su hija colgó. Mateo se dejó caer en su silla, echó la cabeza atrás y resopló.

—¿Qué ha pasado, Mateo?

—Nora se acaba de despedir de la agencia porque le he quitado el caso Jovellanos y no la dejo investigar en este.

—¿Qué vas a hacer?

—Seguir. Tenemos que seguir.

Ayala no llegó a exponer su parecer porque el sonido del móvil se interpuso de nuevo con impertinencia.

—Detectives Hernández, dígame.

—Señor Hernández, le llamo de parte de la sargento Sanchís para recordarle que debe enviarnos de inmediato toda la información que tenga sobre el caso de Julio Recasens.

—Es que estoy trabajando fuera de casa. En cuanto regrese, se lo envío.

—Lo estamos esperando desde ayer.

—Quédese tranquilo, que en cuanto vuelva lo mando.

El agente que lo llamaba, joven a juzgar por la voz, pareció conforme.

—Tienes que hacerlo ya, Mateo —dijo Ayala tras la llamada.

—Lo haré, lo haré.

—¿Qué te lo impide?

Mateo había estado presente cuando Boronat y Sanchís le habían tomado declaración a Nora en el hospital, a pesar de que él había tratado de convencer a los médicos de que no lo permitieran. Tampoco pudo quejarse después, los policías fueron muy amables con ella.

—¿Recuerda qué hacía en Castelldefels?

—Trabajar. —La voz de su hija era débil, la jota le salió solo a medias.

—¿Qué hacía concretamente?

—Seguir a un hombre.

—¿Por dónde?

—Por aquí y por allá.

—¿Recuerda por dónde concretamente?

Nora cerró los ojos, buscaba esa memoria que se negaba a volver.

—Calles con coches, arriba y abajo. Nos movíamos. Había muchos turistas. Molestaban.

—¿Molestaban?

—Íbamos cargados.

—¿Los dos?

—Sí.

—¿Qué llevaban?

Nora abrió los ojos y negó con la cabeza. Los pitidos de los monitores se adueñaron por unos segundos de la habitación. Ella añadió entonces:

—Lo mío no pesaba.

—¿Y lo de él?

—No sé.

—¿Qué pasó después?

—Hacía mucho calor.

—Es normal —dijo la sargento Sanchís sonriendo—. Este verano es duro.

—Odio el calor.

—Yo también. ¿Recuerda algo más?

—Íbamos y veníamos. Y después íbamos a otro sitio. ¿Me puede dar un vaso de agua?

Poco más sacaron de esa primera conversación, pero querían volver a hablar con ella, por si recordaba más cosas. Solo que en esta ocasión Nora no estaría tan aturdida y sabría qué contar y qué callar.

—Los policías no tardarán en comprender que el tipo tal vez estuviera vaciando el apartamento para huir. Se pueden imaginar que tenía un coche y seguramente ya lo estarán buscando. Darán con él. Y cuando eso suceda, si es que no ha sucedido ya, el ordenador tiene que estar de vuelta en el maletero.

—¿Cómo quieres hacerlo?

—He pensado que Amalia puede ocuparse de ello. Conoce el lugar, sabe abrir el coche y dónde estaban las cosas.

—¿Y el otro material? Las anotaciones de Julio.

—Ese también hay que devolverlo.

—Bien, pero esta vez iré yo con ella.

—Tendría que ser hoy mismo.

Después de que ella le explicara las razones de su padre para apartarla del caso Jovellanos, su hermana se había quedado en silencio, con la mirada fija en un cartel de cine enmarcado que colgaba de la pared de enfrente. Largos segundos en los que Bette Davis y Nora se miraban la una a la otra con los mismos ojos fríos.

—Vete, por favor —dijo finalmente.

El cuerpo, vestido con un pijama de hombre azul marino que le quedaba algo grande, permanecía inmóvil, pero algo bullía en su interior.

—¿Por qué te enfadas conmigo?

—No estoy enfadada contigo, estoy enfadada.

De repente, la mano derecha de Nora había caído como una rapaz sobre el móvil que descansaba en la mesilla de noche. Después había sido testigo de la discusión entre ella y su padre. Se sentía culpable.

Al colgar, Nora respiraba con agitación. Desde el cartel de cine, «La loba» parecía complacida.

—Por favor, déjame sola.

—Pero te tranquilizas. ¿Vale?

La embargaba un miedo aprensivo, cebado por fantasías absurdas pero muy vívidas de cabezas explotando. Solo cuando Nora se recostó en la cama, ella salió de la habitación, dejando la puerta entreabierta. No pensaba marcharse hasta que volviera Sergio. Se sentó a la mesa de la cocina. Apartó unos táperes que debían de ser de la abuela, la única persona que ella conocía que los tuviera de la marca Tupperware. ¿De dónde los habría sacado? No se la imaginaba en una de esas fiestas que por lo visto se hacían antes en las casas para venderlos.

Encendió el ordenador. Tenía que seguir y terminar la lista de Jovellanos. El trabajo era como dibujar siguiendo una línea de puntos; su

hermana lo había dejado todo organizado. Pero, a diferencia de Nora, Amalia iba a limitarse a las informaciones esenciales, sin dar un paso de más ni a derecha ni a izquierda de la ruta trazada. Jovellanos había confeccionado un curioso catálogo para medir la felicidad de la gente, que era, en realidad, un retrato de sí mismo.

Solo le quedaba el último, Álvaro Fillol. No parecía un candidato a quebrar la autoestima del cliente. De las vigilancias se ocuparía al día siguiente. Esa tarde su tarea consistía en limpiar el material de Nora para que no llegase a manos de su cliente información demasiado íntima de los demás. Darle según qué informaciones era regalarle un poder dañino. Todo el mundo tiene derecho a sus secretos, a que nadie sepa lo que hacen cuando están solos. Borrar, borrar, borrar.

Una hora más tarde se acercó a la habitación de Nora. Asomó la cabeza por la puerta, su hermana tenía los ojos cerrados y las manos cruzadas sobre el pecho. ¿Respiraba?

—¿Me puedes traer un par de cosas?

Con el sobresalto, Amalia se golpeó la parte de atrás de la cabeza contra el marco.

—¿Qué necesitas?

—Se ha oído.

—¿Qué?

—El piñazo que te has pegado.

Parecía estar mejor.

—Agua, un par de galletas, las pastillas, un café.

—Parece lo de mamá por las mañanas.

—Cada día soy más Obiols.

—Espero que no. ¿Algo más?

—Mi portátil.

—¿Para qué? —No disimuló su desconfianza.

—Ver una peli. ¿Para qué crees?

—Nada de trabajo, ¿vale?

—Ni aunque quisiera. Papá me ha capado el acceso a los archivos de la agencia.

Amalia no acababa de fiarse, pero no podía encontrar ningún argumento para no darle el ordenador. Se esforzó para que su voz sonara despreocupada al preguntarle:

—¿Qué vas a ver?

—Alguna peli antigua.

Aunque la avergonzaba, espió los sonidos que venían del dormitorio: la fanfarria inicial, música y las voces algo metálicas de los doblajes antiguos. ¿Y si de pronto se detenía y le llegaba el tecleo del ordenador? ¿Qué haría entonces? ¿Quién era ella para decirle a Nora lo que tenía o no tenía que hacer? La decisión y las órdenes habían venido de su padre-jefe, no de su padre-padre. ¿Cuál era su rol en esa situación? Ella estaba cuidando a su hermana. Cuando Sergio volvió a casa, no podía imaginarse lo agradecida que estaba Amalia de que durante todo ese tiempo no hubieran dejado de sonar las voces de los actores y los violines de lo que debía de ser un tremendo melodrama.

En la calle llamó a su padre, parte médico para la familia. Su padre-padre sonaba aliviado. Su padre-jefe tenía trabajo para ella y Ayala.

—Muy bien. Estás recuperando el tono muscular.

Mientras bajaba y subía por las escaleras cogida de su brazo, Nora no le contó a Sergio la discusión que había tenido con su padre. Cuanto menos mencionara la agencia, menos sospecharía él. Sergio anotó sus progresos en la libreta, también que hubiera estado viendo una película.

—No la he terminado.

Volvió a la cama, Sergio le acomodó la bandeja con el portátil encima y salió disuadido por una película de los años cuarenta.

Su padre le había bloqueado el acceso a las informaciones de la agencia, pero no a su propia memoria, que se recuperaba día a día. Recordaba que el nombre del timador muerto era Julio Recasens. Por desgracia, no sabía el segundo apellido, pero ya tenía por dónde empezar. Recasens no era un apellido común. Siempre atenta a la puerta del dormitorio, empezó la búsqueda. No lo encontró en las redes sociales, allí, como ya habían visto en Facebook, usaba un seudónimo. El cansancio estaba a punto de rendirla cuando, buscando variantes del nombre, encontró el anuncio de un concierto en una residencia de mayores en Tarragona: «Juli Recasens. Cançons d'una vida».

Al inclinarse para leer más de cerca, notó el dolor en las costillas y se le escapó un grito de dolor. Sergio, solícito, demasiado solícito, apareció a los pocos segundos. A ella le dio tiempo de volver a la película, de modo que él vio en la pantalla a Bette Davis y un inofensivo blanco y negro.

Él le puso la mano en la frente.

—Me parece que tienes un poco de fiebre.

Le quitó la mesita con el ordenador, y antes de que pudiera replicar, tenía un termómetro en la boca y le había puesto un manguito para tomarle la tensión.

Fiebre y el pulso acelerado.

A pesar de sus protestas, Sergio se llevó el ordenador. Le dio la cena y la medicación. Se tumbó a su lado. Primero, desapareció el dolor; después los pies y las manos se volvieron muy pesados, todo el cuerpo se hundía lentamente en el colchón, los ojos se le cerraban. Los entreabrió al notar que él se levantaba de la cama. Al llegar al umbral de la puerta, Sergio se volvió para desearle que descansara. Como la habitación estaba a oscuras, no podía verle la cara y por un momento le pareció que ese hombre que le daba pastillas y la hacía dormir era su padre. El golpe de pánico la hizo estremecerse, pero la química era más poderosa y le cerró los ojos.

—Será algo pasajero —dijo Ayala.

—Se le pasará —añadió Amalia.

—La conmoción.

—El dolor.

Eso sería.

Amalia nunca le había contado que, durante un tiempo, antes de que ellos dos estuvieran juntos, antes de que hubieran fundado y cerrado su propia agencia, ella había fantaseado con independizarse de su padre y crear una con su hermana. La agencia HH.

—HH, Hermanas Hernández —le había confesado a Nora.

—Suenan a nombre de carnicería —había respondido ella, que tenía el don de la destrucción escueta y fulminante de su madre.

Pero, aunque Nora era rápida demoliendo, también lo era reparando.

—Buscaremos un nombre más moderno, de los que te gustan a ti. Ni se te ocurra Hernández Sisters. HS, como el champú anticaspa.

Amalia vio el reflejo de su sonrisa en la luna lateral del coche.

Circulaban por la autovía con el aire acondicionado tratando de cumplir una doble misión, enfriar un coche que había pasado el día al sol y los ánimos de dos de sus ocupantes. Ayala disimulaba su enfado fingiendo estar muy concentrado en el tráfico, lento y espeso. A su derecha le llegó el jadeo de un autobús. Pegada a un cristal, la camisa azul claro de un hombre con un gran óvalo de sudor. En una de las ventanillas de la zona de asientos, un niño sentado en el regazo de su madre la saludó con la mano. Amalia le devolvió el saludo. El niño pegó entonces la cara al cristal, aplastó la nariz y los labios para hacer una especie de ventosa e inflar los carrillos. Su madre lo apartó en cuanto se dio cuenta y la miró a ella con expresión de regaño. Por suerte, su carril era más rápido. Salió del

emparedado de caras de reproche. A su izquierda, Ayala seguía enfurruñado a causa de Rodrigo, el tercer pasajero en el coche en el que se dirigían a Castelldefels, que, ignorante de la discusión que su presencia había provocado hacía menos de una hora, miraba por la ventanilla mientras, seguramente, repasaba su papel. «¡Hombre, Miguel! ¿Qué tal? ¿Otra vez aquí?»

Ayala quería que fueran solos, era un trabajo más peligroso de lo que parecía. La policía podía estar buscando ese coche, o ya lo tenían localizado y vigilaban a la espera de que alguien se acercase. Tal vez los mismos estafadores, los que se habían cargado a Julio, le recordó, rondaban por allí buscando el modo de acceder al vehículo.

Ella había insistido en que fuera con ellos porque lo había hecho muy bien la otra vez.

Ayala había replicado que eso solo significaba que esa vez había salido bien, pero no que tuviera que funcionar la siguiente. Tal vez el vigilante que estuviera ahora en el aparcamiento no se rindiese a los «extraños encantos» de Rodrigo, había replicado en tono de burla.

Amalia, antes de reconocer que en eso podía tener razón, se lo jugó todo a una carta. Cogió el móvil, buscó el número del aparcamiento y llamó para preguntar si había plazas libres. El acento del hombre que le cogió la llamada ya le regaló media partida. A pesar de que esa voz le dijo en un tono cansino lo que ya sabían, que no quedaban, ella recurrió a su voz más suave para agradecer la información preguntándole su nombre.

—¿Miguel? Pues muchas gracias, Miguel, eres muy amable —dijo mientras miraba a Ayala con expresión triunfante.

Era el mismo y Rodrigo pasaría a saludarlo. Ella y Ayala entrarían como una pareja que iba a buscar su coche. Pero antes de acercarse al aparcamiento debían inspeccionar la zona. Dejaron a Rodrigo en el coche mientras ellos recorrían las calles aledañas por separado. Delante de un local de copas en la calle perpendicular al aparcamiento, que ofrecía *happy hour* durante las próximas tres horas a ritmo de reguetón, Amalia se fijó en un hombre de unos treinta años que se movía arriba y abajo por la acera. Llevaba unos bermudas oscuros y una camiseta con el logo de Pepsi con letras añadidas hasta formar la palabra «dispepsia». A pesar de su aspecto algo llamativo, parecía estar al acecho. Ella se acercó fingiendo que hablaba por el móvil. Él la observaba sin disimulo hasta que su atención se desvió a un grupo de tres chicas británicas que se acercaban riendo al local

de copas. Bastó un ladeamiento de la cabeza y un gesto de la mano para que tanto Amalia como las chicas entendieran lo que el hombre de la camiseta estaba ofreciendo. Entre gritos y risas agudas, las chicas le dijeron que primero querían beber y entraron en el local. Amalia pasó de largo con el teléfono pegado a la oreja. Observó esquinas, coches aparcados, hombres que caminaban solos. Nada de lo que vio indicaba que hubiera alguien vigilando por la zona.

Regresó al coche. Ayala llegó poco después.

—Parece todo despejado.

Rodrigo, a quien la espera había puesto muy nervioso, estaba algo pálido.

—¿Podrás hacerlo? —le preguntó Ayala.

—¡Claro que podrá!

Lo apartó del coche, en el que se había apoyado, le dio unos golpecitos en los brazos y con un ligero pero imperativo empujón lo encaminó hacia el aparcamiento.

Ella y Ayala llegaron del brazo. Se había puesto un vestido ancho con tirantes y sentía sobre la piel el roce del asa de esparto del aparatoso capazo decorado con flores en que había metido ordenador y los papeles que tenían que devolver al Audi de Julio. Fue Ayala quien saludó, aunque era improbable que el vigilante Miguel recordara que esa misma mujer había entrado en el aparcamiento la primera vez que Rodrigo había pasado por allí. Apenas les prestó atención. ¿De qué estarían hablando? Llegaron al Audi. Lo abrió sin dificultad, palpó una toalla. Mientras con las manos enguantadas envolvía en ella el ordenador, su mente cargada de adrenalina tuvo tiempo de preguntarse si también sería de algodón egipcio, ponderar la posibilidad de llevársela, y decirse que parecía una señora cleptómana del barrio de Pedralbes en un Corte Inglés. Después metió las carpetas debajo y cerró.

Salieron fingiendo una discusión.

—Siempre tienes que olvidarte algo —decía Ayala.

—Tranquilízate, estamos de vacaciones.

El vigilante sí que se volvió hacia ellos esta vez. Amalia captó su mirada inquisitiva, podía imaginar que algo lo había alarmado. Lo saludó con un gesto de la cabeza y siguió con el teatrillo.

—Venga, hombre, relájate.

Pero apretó el paso.

Esperaron a Rodrigo al lado del coche. Otra vez tardó en llegar.

—¿Me ha reconocido? —preguntó ella en cuanto apareció.

—No. A ti no. Pero me ha dicho que la cara de Ayala le sonaba de algo.

—¿Te ha dicho de qué? —preguntó él.

—No, no caía, aunque se ha quedado un rato dándole vueltas. Después me ha contado que está estudiando...

Se metieron en el coche y dejaron que hablara. A la vuelta conducía ella.

—¡Qué tío más majo! —dijo Rodrigo cuando terminó el relato.

—No hay que trabar amistad con la gente que se investiga —respondió ella en tono mentor.

—No lo he investigado, solo le he dado conversación. ¿No es lo que hace todo el mundo para conocer a otras personas?

Por lo visto había disfrutado de la charla como si hubiera sido espontánea, real. Y si lo pensaba bien, muchas de las técnicas de su trabajo no eran más que formas aceleradas de las estrategias habituales para conocer a otras personas, aunque las intenciones eran otras. Si bien no siempre.

—Pero formaba parte de una investigación. En estos casos hay que saber guardar las distancias. ¿Verdad, Ayala?

No respondió. Ella repitió la pregunta otra vez sin éxito.

—Ayala, ¿dónde estás?

Los ojos de Rodrigo en el retrovisor también esperaban la respuesta.

—Daniel Ayala, ¿dónde estás?

Su nombre de pila lo hizo reaccionar por fin.

—Aquí, aquí, por supuesto. Y Amalia tiene razón, Rodrigo.

Sacó el móvil.

—¿A quién escribes?

—A Mateo para decirle que todo ha salido bien.

Se obligó a mirar hacia la carretera para no espiar si después buscaba otro número de teléfono.

Llegaron a casa con el cansancio que queda después de las emociones fuertes, pero él no parecía sentir la misma relajación. Se habían quedado sin hierba. Debería haberle comprado algo al tipo de la camiseta dispéptica, aunque tenía más aspecto de pastillero.

Hacía mucho calor en el interior del piso. Ella se quitó las sandalias y se sentó en el balcón esperando que él la siguiera, pero Ayala no aparecía. De repente oyó el sonido de la puerta del piso al cerrarse. Se marchaba.

Se sorprendió a sí misma levantándose de un salto y corriendo descalza. Salió del piso y bajó las escaleras saltando los escalones de dos en dos. Lo alcanzó en el portal del edificio.

Ayala la miró con sorpresa. Ella nunca lo había seguido.

Amalia se colocó delante de la puerta.

—No. Hoy no. —Le puso una mano en el pecho.

—Habíamos pactado que no habría preguntas.

La luz de la calle azulaba la barba incipiente de Ayala.

—No te estoy preguntado adónde vas. Te estoy pidiendo que no te vayas hoy.

Él la miró con una frialdad que la asustó.

Un golpe en el edificio rompió el silencio.

—Creo que se ha cerrado la puerta del piso. No llevo llaves y estoy descalza.

Él miró hacia abajo.

—Sí, ya lo sé, tengo unas patatas enormes.

Cuando él levantó la vista, fue como si lo que se había apoderado de él se hubiera esfumado.

—Pero no esperes que te suba en brazos.

Esa noche él le hizo el amor como si quisiera agotarla y se durmieron abrazados.

Por la mañana desayunaron juntos sin hablar del tema, ese era el pacto; fueron juntos en coche a la agencia, entraron juntos y cada uno se metió en su oficina. Amalia sabía que había sido solo un aplazamiento.

A pesar de lo que tenían previsto hacer, Mateo se puso una camisa blanca después de ducharse y la arremangó hasta el codo.

—¿Hay que ponerse máscara o disfrazarse? —preguntó Ayala mientras trazaban el plan.

—Vamos a cara descubierta, les dará más miedo. No creo que nos vayan a denunciar.

—Mejor. Hace demasiado calor para postizos.

Después convocó a Arsenio Silva, uno de sus colaboradores eventuales.

—No tendré que quedarme mucho rato dentro, ¿verdad?

—Descuida. Será todo exterior.

—Vendré en bici.

—¿Bici?

—Tengo la moto estropeada.

La claustrofobia de Arsenio le impedía utilizar el transporte público; tampoco soportaba largos trayectos en coche. Siempre se desplazaba en una moto de gran tamaño.

—¿Cuánto necesitas?

—De Badalona a donde dices, échale veinte minutos.

Se encontraron en una esquina a dos calles del supermercado. El calor del día había reblandecido los parches de alquitrán en el asfalto.

—He dado una vuelta por la zona por si hubiera policías observándote. No he visto nada extraño —dijo Ayala al llegar.

En pleno verano, con la ciudad llena de jugosos turistas y ávidos carteristas, no creía que la policía, siempre escasa de personal, pudiera dedicar recursos a vigilarlos, pero era mejor asegurarse. Parecía que, para algunos en el cuerpo, había algo personal en juego.

Mateo entró en el pequeño supermercado, saludó distraídamente al hombre detrás del mostrador, quien le devolvió el saludo y volvió a la pantalla del pequeño televisor que tenía al lado de la caja registradora. Por los sonidos y las voces, estaba viendo una película. Una cámara en una esquina parpadeaba en rojo, pero bastó un vistazo para reconocer que era solo una cámara de plástico con una lucecita intermitente. Mateo se aseguró de que no hubiera ningún cliente en la tienda, se acercó al mostrador y preguntó:

—¿Eres Usmar?

En cuanto el hombre, de unos cuarenta años, lo miró y le dijo que sí, Mateo le hizo una señal a Ayala, que esperaba en la calle. Este entró y bajó de un golpe la persiana del supermercado.

—Aquí. Dinero. —El vendedor abrió la caja y les tendió varios billetes temblorosos.

—No queremos dinero —dijo Ayala.

—Pero no lo guardes, sujétalo así en el aire para que veamos dónde tienes las manos.

Los billetes se agitaban como insectos atrapados por las patas.

—¿Qué quieres? —preguntó Usmar.

—Nos han dicho que podemos acudir a ti si necesitamos dinero. —Mateo señaló los billetes—. Pero más dinero.

—¿Quién dice?

—Mucha gente «dice».

—¿Tú necesitas?

—Puede.

—Depende de las condiciones —añadió Ayala—. Intereses, plazos..., ya sabes.

Usmar pareció relajarse un poco, como si la situación le resultase familiar. Ellos dos no debían de ser las primeras personas que se presentaban allí para pedir dinero de malos modos.

—Yo solo soy intermediario.

—¿Y dónde están los que tienen la pasta? Queremos verlos.

—No funciona así. Tú me dices cuánto. Yo pregunto. Y, si lo dan, yo te lo doy a ti.

—Es que tenemos algo de prisa, ¿sabes? —Ayala dio un paso al frente.

El cuerpo de Usmar se volvió a poner tenso, abrió los dedos, los billetes salieron volando y se repartieron entre las cajas de chucherías que

rodeaban el mostrador como niños que salen al recreo.

—No es posible.

Ayala rodeó una pila de garrafas de agua y bloqueó la salida del mostrador.

—No nos desilusiones.

Bajo la luz del fluorescente brillaba la cicatriz en su antebrazo y sus ojos verdes tenían un duro fulgor: Ayala dirigió a Usmar la sonrisa complacida de un depredador antes de lanzarse sobre la presa. El terror se apoderó del dependiente cuando, además, empezó a canturrear con voz gutural.

—Esto es el hilo musical, como en los teléfonos —dijo entonces Mateo—. En cuanto mi compañero acabe la cancioncita, queremos nombres.

—Me matarán.

—Nunca sabrán que fuiste tú. Palabra.

Mateo levantó el índice y el corazón de la mano derecha con solemnidad. Ayala lo imitó sin dejar de canturrear.

—Me parece que la canción se está acabando.

—¡José! ¡José Casas! ¡José Casas! ¡Y Agustín!

—Agustín, ¿qué?

—No sé, no sé.

—¿Y adónde vas a pedir dinero a José Casas y Agustín Nosenosé?

—Urquinaona. En un bar.

—¿Cuándo están allí?

—José siempre. Es el dueño.

—¿Y Agustín?

—No sé. A veces. Es camarero.

Mateo y Ayala se miraron. Tenían suficiente.

—Mira, Usmar. Nosotros ahora iremos a verlos. Supongo que te mueres de ganas de llamarlos y avisarlos, pero yo te aconsejaría no hacerlo. Tú crees que te van a dar las gracias, pero no. Sabrán que los has traicionado. Si tú no dices nada, nosotros tampoco. Ya te di mi palabra. Tú no nos conoces; nosotros no te conocemos. ¿Cómo lo ves?

El dependiente boqueó un par de veces sin decir palabra.

—Me lo temía. Por eso ha venido un buen amigo nuestro a hacerte compañía un rato.

Mateo levantó la persiana y dejó pasar el cuerpo de viejo culturista de Arsenio Silva.

—Se quedará aquí contigo mientras estamos fuera.

Ayala cogió una silla que encontró detrás del mostrador y se la puso a Arsenio al lado de las garrafas de agua. Desde allí podía ver bien la puerta del local y con eso evitarían que sufriera un ataque de pánico.

Salieron.

—Vamos en mi moto, Mateo.

Hacía años que no iba de paquete. Era agradable que por unos minutos otro decidiera por dónde ir.

En Barcelona hay muchas plazas que actúan como aceleradores de partículas, en cuanto se entra en ellas, surge la urgencia de salir lo antes posible. Los peatones que pisan la plaza dels Països Catalans, la plaza d'Espanya o la de Lesseps se mueven como electrones enloquecidos hasta que consiguen abandonarlas. Solo el cansancio extremo o la espera de un autobús consiguen que haya gente sentada en sus bancos, pero impaciente, deseando que llegue la energía o el vehículo que la sacará de allí.

Eso ocurre también en la plaza d'Urquinaona, un rectángulo en el que desembocan calles del Eixample y de Ciutat Vella, zona de paso, una coreografía de cruces y semáforos que marcan el paso de coches y peatones que no quieren quedarse allí, solo llegar al otro lado, al punto en el que tienen fija la mirada.

Allí estaba el bar Estrella Polar. La cristalera dejaba ver una larga barra con azulejos perpendicular a la puerta, frente a una fila de mesas de melamina para dos personas, y al fondo, una salita con cuatro mesas más grandes. Un hombre detrás de la barra, un cliente leyendo un periódico en uno de los taburetes. Mateo y Ayala entraron con pocos minutos de diferencia. Mateo se sentó al fondo y Ayala ocupó la mesa más cercana a la puerta. Cara a cara, aunque no se miraban. Mateo había cogido otro de los periódicos del bar y fingía leerlo. Ayala estaba pendiente del móvil. De fondo tenían música y voces de alguna emisora de radio y, de vez en cuando, la melodía cantarina de una tragaperras.

—Cóbrame, Agustín —dijo finalmente el cliente de la barra.

Agustín Nosenosé cobró, se llevó la copa vacía y murmuró una despedida. Pero el cliente todavía tenía que leer la última página del periódico. Mateo se impacientaba. Si antes de que ese saliera entraba otro cliente, les tocaría seguir esperando. Pero el hombre consiguió por fin

despegarse del taburete y con enervante lentitud abandonó el bar. Ayala esperó a que desapareciera de la vista y repitió lo que habían hecho en el supermercado de Usmar, bajó la persiana con un golpe seco.

El camarero se volvió de golpe con una bayeta en las manos.

—Pero ¿qué cojones...?

Se sobresaltó de nuevo al escuchar la voz de Mateo a su espalda.

—¿Eres Agustín?

—Sí. ¿Y tú?

—No te importa. Además, aquí las preguntas las hacemos nosotros.

—¿Sois polis?

—¿Quién te ha dicho mi amigo que hace las preguntas aquí? —dijo entonces Ayala.

Agustín entendió que no era necesario responder.

—Venimos por cierto negocio —siguió Ayala.

El camarero siguió en silencio.

—Haz el favor de salir de detrás de la barra —pidió Mateo—. Y con las manos donde las podamos ver.

—Sois polis —replicó Agustín, dejando caer la bayeta y moviéndose hacia Ayala—. ¿Qué queréis?

—Que nos cuentes algunas cosas de cierto negociete que tenéis aquí.

Agustín fingió que no entendía. Había salido de detrás de la barra y miraba desafiante a Ayala. Era tan alto como él, la camiseta se redondeaba un poco en la zona de la barriga, pero los brazos llevaban muchas horas de gimnasio.

—¿Qué negociete?

—Los préstamos a señoras en apuros, por ejemplo.

Agustín iba a decir algo, tal vez incluso llegara a pronunciar un par de sílabas, pero el estruendo de unos golpes en la persiana bajada impidió que se le oyera.

—¡Agustín! ¿Qué pasa? ¿Qué horas son estas de cerrar el bar?

El camarero quiso aprovechar la oportunidad para abalanzarse sobre Ayala, pero este, con agilidad gatuna, se volvió, le agarró la cabeza con ambas manos y la estrelló contra la superficie de la barra. El golpe se confundió con otros del cliente que reclamaba desde el exterior.

—¿Pasa algo, tío?

Ayala sostenía el cuerpo de Agustín para que no se desplomase al suelo. Mateo cruzó el local y se acercó a la puerta.

—Servicio de control de plagas del Ayuntamiento de Barcelona —gritó hacia la puerta—. Estamos desratizando.

—¡Joder! —La voz se apartó de la persiana—. ¿Cuándo volverán a abrir?

—Dos días. Mañana tenemos que volver a recoger los cadáveres.

—¡Hosti! ¡Qué asco! —La voz se alejó.

Si regresaba o no a ese bar era algo que no le preocupaba a Mateo.

Sentaron a Agustín, que iba volviendo en sí, en la misma silla que había ocupado Ayala, que fue detrás de la barra y llenó un vaso de agua.

—¿Alguna vez te has planteado tener un bar? —le preguntó a Mateo mirándose en el espejo detrás de las estanterías de los licores.

—No. Es un trabajo muy esclavo.

—Es verdad.

Ayala se despidió de las botellas, se acercó a Agustín y le tiró el agua a la cara. La frente y la nariz ya se estaban hinchando; le había dado un buen golpe, luciría los cardenales durante muchos días. Si el otoño presenta una paleta de ocre, los golpes ofrecen un espectáculo de morados, violetas, azules e incluso verdes marinos.

—Ahora hablemos de los negocios —dijo Ayala.

Se había sentado frente al camarero. Mateo se quedó de pie apoyando la espalda en el canto redondeado de la barra.

—¿Qué...? —Agustín iba a repetir la pregunta, pero el puño levantado de Ayala lo disuadió.

—Sabemos que prestáis dinero a gente y que cobráis buenos intereses.

—¿Qué pasa? ¿Queréis un pellizco? —Agustín les dirigió una sonrisa socarrona, que Mateo entendió cuando escuchó a su derecha un clic familiar que él hubiera preferido no volver a oír: el sonido que liberaba la hoja de una navaja automática, un sonido de la parte de su biografía que él ponía empeño en olvidar, pero reaparecía en los momentos más insospechados. En esta ocasión agradeció que su cuerpo recuperase también la memoria y le otorgará la rapidez de reflejos y la agilidad de sus veinte años. Esquivó la embestida del agresor, que dio la estocada en el aire mientras Mateo aprovechaba para agarrarle el brazo con una mano y golpear la muñeca con la otra con tal fuerza que la navaja cayó al suelo. ¡Idiotas! ¿Qué les había dicho Usmar del badulaque? Que José Casas siempre estaba en el bar. Lo habían olvidado.

—José Casas, supongo —dijo mientras apretaba el cuerpo del hombre contra la barra.

Sin soltarlo, Mateo lanzó la navaja con el pie a Ayala, que la paró de un pisotón y la cogió. Después se volvió hacia la puerta de la que había salido el hombre. La luz de un fluorescente iluminaba cajas de bebidas, botes rojos y amarillos de salsas, pilas de latas; al fondo, otra puerta daba a lo que parecía una pequeña oficina.

—¿Qué queréis? ¿Dinero?

—Más bien hablar de dinero. Del que prestáis.

—¿Cuánto queréis?

—¿Nosotros? Nada. Queremos hablar de vuestro modelo de negocio. De gente a la que amenazáis si no pagan a tiempo.

—¿Os ha contratado alguien para eso? Ya podría haber pagado.

—No me estás haciendo caso, Casas. Mira qué bonito me ha salido: caso y casas.

—Todo un poeta —dijo Ayala, que se había quedado de pie detrás de Agustín.

—No nos gusta que amenacéis a señoras mayores.

—Así es el negocio —respondió Casas con sequedad.

—¿Y también las golpeáis?

—Solo en casos extremos.

Mateo le propinó un fuerte golpe en los riñones que le hizo doblar las rodillas.

—Eso no nos gusta. Tampoco que hagáis pintadas o destrocéis los negocios de la gente —dijo Mateo mirando a Agustín.

Por la expresión del camarero quedó claro que había entendido de quién le estaba hablando. Tenía el ojo derecho hinchado y medio cerrado. El esfuerzo por mantenerlo abierto provocaba un guiño irregular. De pronto, Mateo vio ante sí el rostro golpeado de Nora. Después ya no vio nada. Ciego de rabia, le dio la vuelta a Casas para tenerlo de cara y empezó a golpearlo hasta que cayó al suelo, dejando una estela de sudor y del olor metálico de la sangre.

Mateo se volvió hacia Agustín. Ayala lo mantenía clavado en la silla.

La sonrisa chulesca había desaparecido. Se había dado cuenta de que la cosa iba muy en serio. A través de la persiana llegaba el sonido incansable del tráfico en la plaza, pitidos, frenazos de autobuses, voces. Nadie oiría

sus gritos, nadie vendría a salvarlo de ese hombre que ahora, con los puños prietos, avanzaba hacia él.

—Tu turno.

A Mateo le ardían las orejas. Todos las miraban, rojas, encendidas, delatoras, y se reían. Se burlaban de él, de su furia descontrolada y estéril. Cada golpe había sido un error. No servía de nada decirse que esos dos eran unos hijos de puta, unos usureros, parásitos que se alimentaban de la desgracia ajena. Ni recordar que habían amenazado a Laieta Casanovas, angustiándola tanto que probablemente le habían causado la muerte. No servía si ellos no eran la razón por la que había necesitado golpear con tal fiereza. Porque esas dos ratas no sabían quién era Julio Recasens. Esos dos pringados no habían estado en Castelldefels. Esas dos escorias no habían pegado a Nora.

Siguió a Ayala en silencio hasta el lugar en el que habían dejado la moto. También le ardían los nudillos de tanto golpear. Pero la gente con la que se cruzaban solo veía esas orejas encarnadas. ¡Qué ridículo, Mateo Hernández! No eres más que un matón, un pistolero cutre, de los de primero disparo, después pregunto, un chulo de barrio. Agradeció el casco, que le cubría la cara, se subió a la moto y dejó que su compañero lo llevase a casa. Ayala se despidió de él con un abrazo.

—Mañana seguimos —le dijo.

Et ego te absolvo.

Entró en casa.

Dormir, le decían, era importante para que el cuerpo se recuperase, pero el precio era la nube que tardaba en desaparecer de su cabeza.

—Amanezco como Barcelona, con neblina —se quejó Nora por la mañana.

Quería aprovechar las horas. Sergio pasaría el día en casa con ella. Su socio se ocuparía de todo hasta que él se incorporase por la noche. Era viernes, Amalia se quedaría hasta que él volviera de madrugada. A él era más fácil engañarlo que a su hermana.

Obediente, se tomó lo que debía tomarse, se movió lo que tenía que moverse, incluso más. Salió a la calle y contó cuántas colillas de puritos había tirado ya al suelo la vecina de enfrente que nunca salía de casa y fumaba asomada a la ventana siempre con unas gafas de sol puestas.

—En cuanto esté mejor, intentaré pasar a verla.

—¿Para qué?

—Para conocerla.

—Hummm.

Sabía lo de Jovellanos.

Subieron. La subida no le costó tanto como le hizo creer, le volvían las fuerzas, pero fingió cierto cansancio para poder acostarse de nuevo.

—Voy a ver alguna película. Y si tienes que salir, quédate tranquilo, no me voy a levantar de la cama hasta que acabe y Anne Baxter regrese a su hotel.

—¿Cómo puedes ver las mismas películas tantas veces?

Pero Sergio quedó convencido. Dejó la puerta unos centímetros abierta y después ella lo oyó haciendo algo indeterminado en la cocina.

Encendió el ordenador, dejó la película lo suficientemente adelantada por si él aparecía, y escribió: «Juli Recasens. Cançons d'una vida».

Fotos de un hombre detrás de un piano eléctrico. Pelo gris, gafas de metal, mirada soñadora, perdida en el infinito.

¡Era él!

Juli Recasens. Cantante en varios grupos desconocidos de los años setenta, solista fracasado en los ochenta, cantante de bandas de verbena y fiesta mayor a partir de los noventa. Reconvertido en solista para eventos en residencias de mayores a principios de este siglo.

Tal vez allí captaba a parte de las víctimas. O había visto el negocio potencial.

Había encontrado algo bueno, lo presentía. Pero estaba medio atada a su cama. Necesitaba ayuda.

Le dolía la espalda. Sería la tensión acumulada. ¿Cuándo se hace viejo un detective? En el ropero frente a él no había ni una sola prenda de color beis ni chaquetillas de punto ni calzado ergonómico.

Se levantó con cuidado para no despertar a Lola, cogió su camisa blanca y los pantalones y fue a oscuras hasta la puerta del dormitorio, salió sin hacer ruido. Aunque la luz ahí no podía molestarla, Mateo bajó también a oscuras la escalera. Se vistió en el comedor, antes de entrar en la cocina.

Como en otras noches insomnes, oprimió tres interruptores, luz, radio, cafetera.

Poco después, un raspado suave pero insistente en la puerta que daba al jardín le anunció que el gato de Claudia quería entrar. Le abrió y dejó la puerta entornada. Claudia, atraída por la luz, no tardaría mucho en aparecer. Preparó café para los dos.

—¿Cómo va todo? —dijo ella al entrar pocos minutos después.

Iba descalza. Debía de ser agradable pisar el suelo limpio y fresco del camino central del jardín en esa noche bochornosa. Llevaba un batín verde de seda algo descolorido sobre el pijama. Mateo creía recordar que Nora, Marc y Amalia se lo habían regalado hacía años por su cumpleaños.

—Ojalá pudiera decirte que bien.

—¿Qué te ha pasado en las manos?

Claudia se había fijado en sus nudillos reventados.

—Cosas del trabajo.

Ella tomó un sorbo de café sin hacer más preguntas.

—Mañana me acercaré a ver a Nora. ¿Cómo hemos llegado hasta aquí? ¡Y todo porque Lola me acompañó al entierro de Laieta!

—¿Te sientes culpable?

—Un poco sí.

—No tienes por qué. Ni le hiciste mal alguno a Laieta ni obligaste a Lola a acompañarte.

Claudia puso los codos sobre la mesa y apoyó la cabeza en las manos.

—¿Cómo podía saber que había pasado algo allí? ¿No te da miedo a veces?

—¿Lola? Si te soy sincero, me da miedo siempre.

Después de que Claudia se marchara a su casa seguida por el gato como un guardaespaldas, Mateo se metió en la oficina.

La alarma del móvil lo interrumpió. Era la hora de llevarle el café, las galletas y las pastillas a Lola.

En el desayuno, aunque ella no dijera nada, vio que lo miraba de vez en cuando, como si esperase ya resultados, como si supiera que en su cabeza ya se estaba fraguando una nueva idea.

Volvió a la oficina. Esperaba a Ayala un par de horas más tarde.

Durante las horas que Arsenio había pasado vigilando a Usmar para que no alarmase a los prestamistas, le había sacado la información de que Laieta Casanovas había llegado a él por otra mujer del barrio que también había tenido que pedir dinero prestado para hacer frente a los gastos de un hijo ludópata. El dolor en los nudillos le recordaba que haberles dado una paliza a los dos usureros era un modo de justicia tardía, pero no había servido para dar con quienes habían golpeado a Nora.

Solo quedaba una opción. Si alguna utilidad podía tener el fiasco del bar de Urquinaona era la sospecha, para él casi certeza, de que los culpables tenían que ser los otros, los estafadores del amor.

—También podría ser que alguna de las víctimas les hubiera hablado a sus familiares de Julio y alguien, un hijo, un sobrino, un pariente hubiera querido tomarse la justicia por su mano... Y se asustaron cuando Nora apareció por allí —replicó Ayala.

—Lo he pensado, pero ¿por qué la golpearon con tal saña? Hay algo excesivamente brutal en todo esto. Tampoco el lugar encaja. Julio fue allí de manera voluntaria, lo más probable es que se hubiera citado con quien lo esperaba allí. Un pariente de una víctima actuaría de un modo más espontáneo, creo yo.

—Pero ¿tú crees que esos tipos seguirán por aquí? Si es cierto lo que dices, ya no son unos timadores, son asesinos. Cualquiera pondría tierra de por medio —dijo Ayala.

—Estos tipos son timadores. Han montado un sistema para engañar a mujeres solas. Viendo los papeles y los correos de Julio, el negocio les funciona. Ganan mucho dinero. A una de las víctimas le sacaron más de cien mil euros. Con otra ya llevaban cincuenta mil. Y mira lo que he encontrado hoy mismo.

Mateo giró la pantalla del ordenador y le mostró el perfil de una de las «novias» de Julio, Montse García, con la que él había llegado a encontrarse en persona. Se habían comunicado por el Messenger de Facebook porque sus hijos sospechaban algo y le controlaban el móvil. No sabían que su madre tuviera perfil en las redes sociales. Se escribía a diario con Julio y desde el día de su muerte había llenado el chat.

«¿Qué te pasa?»

«¿Por qué no respondes?»

«¿He hecho algo mal?»

«Si no contestas a este mensaje, no te volveré a escribir nunca más».

«¿Te ha pasado algo, mi amor?»

Saludos, preguntas, reproches, promesas, acusaciones, perdones..., durante ocho largos días. Cuando ya lleva nueve días muerto, Julio vuelve a escribir:

«Siento mucho haberte preocupado tanto, mi vida. Tuve que partir apresuradamente a Sudáfrica para un asunto muy urgente. Pensaba escribirte para contártelo todo al llegar, pero allí me han tendido una trampa».

Como la que los estafadores le tendían a Montse García al cortar en ese punto el mensaje, una especie de globo sonda para tantear cómo seguía la relación.

«¡Por fin sé de ti! Pero ¿qué te ha pasado? ¿Dónde estás? Estaba muy preocupada. Estoy muy preocupada».

«No quiero preocuparte más, mi Monsita».

«A mí ya sabes que puedes contármelo todo, Julito».

«Es que es tan horrible. Uno de mis colegas, y que yo creía hombre de confianza, ha engañado a las autoridades locales. Ha cometido una estafa y me ha acusado a mí. Pero soy completamente inocente. Nadie me quiere creer. Estoy desesperado».

«Yo te creo».

«Gracias. Haces que me sienta menos solo aquí».

«¿Dónde estás?»

«En la cárcel».

«¿Qué?»

«Sí. He conseguido un permiso para poder escribir. Y lo primero que he hecho es escribirte a ti. Porque sabía que estarías sufriendo».

«¿Qué pasará ahora?»

«Me llevarán ante el juez en unos días, pero si no consigo un abogado, estoy perdido. Aunque sea inocente. El problema es que mis bienes están congelados».

«¡Es terrible! ¿Puedo ayudarte? Tengo unos ahorrillos en una cuenta que mis hijos no conocen».

«¿Cuánto tendrías?»

«Unos 25.000 euros».

«¡Eres mi salvación, Monsita!»

«¿Cuánto necesitas?»

«20.000 bastarían».

Ella insistió en mandarle los veinticinco mil «por si acaso». El supuesto Julio le dio un número de cuenta, un número de IBAN español del que le decía que pertenecía a un gestor de «absoluta confianza» que le haría llegar el dinero a Sudáfrica de forma segura.

«Date prisa, mi amor. Mi destino está en tus manos». Concluía en el tono empalagoso de un bolero.

—¿Qué me dices ahora? —le preguntó.

No había modo de rastrear la cuenta bancaria a la que Montse García había enviado otros veinticinco mil euros al recién resucitado Julio Recasens. Tampoco era aconsejable entrar en contacto con ella, cualquier intromisión podía poner en alerta a los estafadores. Mateo se centró en las otras dos mujeres, Izaskun Riego y Remei Andújar.

Empezó con Izaskun Riego. Leyó las notas de Julio, según las cuales era «muy receptiva». Pero también «tímida», porque no se decidía a un encuentro cara a cara con él. A ella también le había contado la historia del enamorado secreto, aunque en su caso no lo era desde la escuela, sino desde que entró en la empresa en la que, según escribía en su perfil de Facebook, ella había trabajado durante bastantes años en su juventud, un mayorista de ropa. Él era el «nuevo», un chico tímido que quedó impresionado por su buen hacer y por su bondad. Daba lo mismo si era verdad o no, pensó Mateo, a todo el mundo le gusta que lo recuerden como buena persona.

Con ella se escribía por WhatsApp, y eso privaba a Mateo de las conversaciones entre ellos. Navegó por su perfil en Facebook. Fotos de paisajes, fotos en eventos culturales, felicitaciones por su cumpleaños, imágenes de la infancia..., buscaba fotos de familia. No las encontró. Ni una sola imagen de reuniones familiares, como si no tuviera ni hermanos, ni primos ni hijos.

Hijos.

Hijos que sospechan.

Abandonó a Izaskun Riego y volvió a Montse García. ¿Qué le había escrito a Julio? Que no usaba el móvil para escribirse con él porque los hijos se lo controlaban. Rastreó en las fotos que ella publicaba en las redes y encontró varias de reuniones familiares. Los «me gusta» y los

comentarios le permitieron distinguir que entre esos grupos de personas había dos hijos, Lluís y Enric. El segundo tenía perfil en Facebook.

El resto de la mañana lo dedicó a seguir el rastro en las redes del hijo de Montse García, Enric Baró García, hasta que localizó su lugar de trabajo: era gerente de una fábrica de cocinas y asadores para hostelería en Ripollet. Llamó para asegurarse de que estuviera allí y concertó una cita para el día siguiente haciéndose pasar por un cliente que se disponía a renovar un restaurante.

Por la tarde estuvo siguiendo a una mujer de la que su pareja sospechaba que tenía una aventura amorosa. Había sido una sugerencia de Ayala que aceptara algún caso corriente por si la policía lo estaba vigilando. Ya les había enviado, convenientemente expurgada, la información sobre su investigación del estafador del amor.

Mientras se convertía en la sombra de esa mujer durante una tarde de compras por el centro de Barcelona, apreció cuán acertada había sido la propuesta de Ayala. Alguien iba tras ellos. Lo percibió de la manera más trivial, gracias a un movimiento poco natural en el reflejo de un escaparate. Después pudo constatar que un hombre joven seguía sus pasos mientras recorrían las calles abarrotadas y sudorosas de tienda en tienda. Esperaba que el agente que lo vigilaba les contara a Boronat y Sanchís que no había nada que temer, que el detective estaba portándose bien, que, diría con superioridad, estaba haciendo uno de esos trabajos de detective.

Anocheecía, pero el calor se negaba a remitir. Los edificios, que habían recibido durante el día los rayos de un sol incansable, lo devolvían al aire para que los transeúntes siguieran sudando. En un balcón del bloque contiguo al de su hermana, una señora en camisón se abanicaba con los pies metidos en una palangana. Amalia llegaba puntual a casa de Nora. Su hermana, que siempre insistía en que no necesitaba que nadie se quedase con ella, esta vez parecía ansiosa por verla. Bien. Quería dejar resuelto el conflicto que le provocaba haber cerrado el caso Jovellanos en lugar de Nora. Subió la escalera sintiendo en el hombro el roce de cilicio mortificante del capazo en el que cargaba el dossier.

Nora estaba sentada en el sofá del salón. Sergio le había puesto un ventilador a los pies con un mando a distancia para que, en palabras de él, pudiera «pasar de la brisa al huracán» sin tener que levantarse. Su hermana mejoraba a ojos vistas, si bien, cuando el efecto de los calmantes remitía, muchos movimientos eran dolorosos.

Esperó a que Sergio se hubiera marchado para decirle a Nora que había concluido la investigación.

No sabía muy bien qué reacción esperaba, pero no que tras el «ya está», que le había salido algo esmirriado, su hermana solo quisiera saber qué tal era el número diez de la lista.

—Normalito.

—Entonces solo le va a joder el número seis.

—¿El Juan Bautista ese? Sí, me imagino que sí.

Ella no había tratado con Jovellanos hasta esa misma tarde cuando lo llamó para decirle que habían terminado el trabajo.

—Jovellanos se extrañó mucho al recibir mi llamada. Me preguntó por ti. Le conté lo del accidente de moto. Se asustó, pensó que habría sido

mientras te ocupabas de su caso y me preguntó si eso suponía que habría que pagar una indemnización.

La sonrisa de Nora mostraba que a ella esa reacción no la sorprendía. Amalia sacó entonces un dossier del capazo y le explicó de qué modo había investigado al último de la lista, cómo había resumido los resultados de todos los demás, y que, por supuesto, había eliminado a Ignacio Jovellanos. Nora leía los papeles que ella le pasaba y asentía.

—Cuando hables con él, no respondas si te pregunta si crees que su vida va bien encaminada o no —le dijo al final.

—¿Piensas que lo hará?

—Seguro. Te buscará como espejo. Pero tienes que responderle que es él mismo quien debe extraer las conclusiones a partir de nuestras averiguaciones.

Era tranquilizador que su hermana usara el «nuestras» con tal naturalidad.

—¿Sabes qué pienso? Que deberíamos aplicarnos la teoría de nuestro cliente. Por el solo hecho de que haya necesitado esta investigación para saber cómo es su vida, las nuestras parecen mejores y menos raras —concluyó Nora sonriendo.

Esa sonrisa despertó la suspicacia de Amalia. Se quedó unos segundos pensativa, hasta que finalmente entendió:

—¿Pues sabes de qué me acabo de acordar yo, Nora? Del *Lazarillo de Tormes*.

Su madre se lo había leído un par de veces. Una lectura que su padre había apoyado con entusiasmo para que entendieran bien cómo funcionaba la mentalidad de un país de pícaros. Según su padre, todo detective debería leer ese libro varias veces a lo largo de su vida. Por eso, Amalia, que era la única de los tres que siempre había querido seguir los pasos de su padre, había atendido esas lecturas con gran atención. Nora, por lo visto, no tanto, ya que le preguntó:

—¿*El Lazarillo*? ¿Por qué?

—Te estoy contando que he terminado un caso en el que has estado trabajando mucho, incluso en exceso. A pesar de que solo me he ocupado de uno de los diez nombres de la lista, seré yo quien le entregue el informe final a Jovellanos, y tú ni has protestado.

—¿Y?

—Pues que es como lo del ciego y las uvas. Cuando Lázaro y el ciego se están comiendo unas uvas, pactan que cada uno de ellos comerá una alternativamente. Entonces el ciego empieza a comérselas de dos en dos, pero Lázaro no protesta, así que el ciego entiende que el chaval se las está comiendo de tres en tres. ¿Qué te estás comiendo tú de tres en tres?

A pesar de que estaban solas en la casa, Nora le dijo en voz baja:

—He encontrado algo que podría ser importante en el asunto de Laieta Casanovas.

—Estupendo —respondió ella con ironía—. La policía amenaza con quitar licencias si se sigue investigando ese asunto, y tú y papá, cada uno a su bola, dale que dale.

Nora no respondió al reproche.

—¿Lo quieres saber o no?

—Claro que quiero saberlo.

Aunque le costaba moverse, su hermana cogió el portátil que tenía al lado y le mostró una serie de imágenes. Juli Recasens había sido un cantante melódico que se ganaba la vida haciendo bolos en fiestas, sobre todo en residencias de ancianos.

—¿Crees que conocía así a sus víctimas?

—Lo había pensado, pero lo he descartado, porque si lo conocían y sabían que se ganaba la vida así, no podría haberlas captado con su historia de amores secretos y su vida en Sudáfrica. Pero me puedo imaginar que estas actuaciones le sirvieron para conocer muy bien a las mujeres de estas edades. También he visto que dejó los conciertos hará un año y medio, de modo que podemos imaginarnos que a partir de ese momento entró en el «negocio» de la estafa del amor.

—Y con todo su repertorio de canciones, tenía siempre la frase romántica justa para cualquier ocasión.

—Eso mismo.

—¿No se lo vas a decir a papá?

—No estoy segura. Aunque estoy muy enfadada con él, quiero ayudarle, pero no a que se meta en un lío. No a que vuelvan a pasar... según qué cosas.

Amalia no llevaba bien los eufemismos.

—Que no quieres que se cargue a nadie.

—No. No por una conmoción cerebral y unas costillas rotas.

Amalia recordó que su hermana ya había impedido que su padre cometiera una locura tomándose la justicia por su mano cuando encontró al asesino material de Marc. Que también había boicoteado sus ansias de venganza. Sin embargo, no había podido frenar a su madre, pero había borrado toda prueba. Sin la intervención de Nora, estarían todos en la cárcel.

Así funcionaba y funcionaría siempre su familia y esa empresa. En algún momento llegaría a aceptarlo. Con versos libres se escriben también poemas.

—¿Qué piensas hacer? —le preguntó.

—Todavía no lo sé. Por eso prefiero esperar antes de decirle nada a papá. ¿De acuerdo?

—Solo en parte. No te olvides de que estamos avisados. Si la policía descubre que ocultamos información relevante, tendremos un problema muy serio. Y no me vengas con que tú ya no trabajas en la agencia porque eso no te lo crees ni tú.

Nora se despertó gritando. Con el pelo revuelto y ojos de sueño, Sergio entró en la habitación.

—¿Pasa algo? ¿Estás bien?

—¡He recordado la cara del hombre que estaba golpeando a Julio! Pásame un papel y un lápiz, por favor. Y tengo que llamar a Amalia.

—Son las seis de la mañana.

Nora cogió el lápiz y empezó a dibujar. Respiraba con dificultad.

Había tenido una pesadilla. Un hombre la miraba fijamente mientras le aplastaba la cabeza a otro, cuyo rostro ella no veía, aunque sabía que era Julio. Se había despertado con un movimiento brusco cuando la cabeza reventó en pedazos. En el sueño sabía quién era ese hombre y dónde lo había visto. Ahora, despierta, también.

—Espera un par de horas y llamas. ¿Vale?

Sergio se veía fatigado. Había regresado a la una y media del trabajo. Le trajo un vaso de agua para que se tomara los calmantes y se sentó a su lado en la cama, pero se le cerraban los ojos.

—Acuéstate otra vez, Sergio, ya estoy mejor.

Ella no volvió a dormirse. Había visto esa cara hacía poco, estaba segura. Cogió el portátil, se lo acomodó en el regazo y empezó a pasar imágenes.

Lo encontró. Pero tenía que esperar. No se despierta a nadie un sábado a esas horas.

Un Sergio recién despertado les abrió la puerta a Amalia y Ayala a las diez y se metió en la ducha tras saludarlos con un gruñido, que dejaba claro que no estaba de acuerdo con lo que estaban haciendo.

Ellos tres se sentaron alrededor de la mesa redonda del comedor. Amalia y Ayala estaban tensos; él la buscaba con la mirada y ella lo evitaba. Nora captó su atención cuando les habló de su pesadilla.

—El hombre era el que estaba golpeando a Julio en el almacén de electrodomésticos. Seguramente, también quien lo mató. Intenté retener la cara dibujándola.

Amalia cogió el papel con un garabato.

—Estamos buscando a un huevo con ojos y un pepino por nariz.

—Ríete, pero este dibujo me ha ayudado a recordar la cara. La había visto. Y sé dónde.

Les mostró unas imágenes que tenía en el portátil. Eran de uno de los conciertos de Juli Recasens en una residencia de ancianos en Cambrils. En una se lo veía a él sobre un pequeño escenario con su órgano eléctrico. Una pancarta felicitaba la verbena de Sant Joan, aunque, por la luz, no podían ser más de las seis de la tarde. En la otra se veía a gente sentada y a algunas parejas mayores bailando. En primera fila, entre las personas sentadas, un hombre joven con una bata de color azul. Tenía el pelo claro, los ojos saltones y una prominente nariz. El huevo con ojos. Uno de los cuidadores.

—Era este.

—¿Estás segura?

—Por completo. Es él. Y mirad.

Amplió la foto. En el pecho de la bata, debajo del logo de la residencia, bordado en letras de gran tamaño para que los residentes pudieran leerlo bien, un nombre: Adrià.

—Entonces ya sabemos que ese tal Adrià probablemente se cargó a Julio —dijo Ayala—. Tenemos que decírselo a la policía.

—Es una hipótesis —dijo ella—. Este golpeaba a Julio, pero allí había más gente. Por lo menos la persona que me golpeó a mí.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que deberíamos tener más certeza.

—Deber, no deberíamos nada —intervino entonces Amalia—. Estamos fuera de esta investigación y, te repito, estamos, además, avisados por la policía.

—Pienso como Amalia —dijo Ayala, y por primera vez ambos se miraron.

—¿Y lo que hemos averiguado sobre la carrera musical de Julio en las residencias?

Fue Ayala quien respondió.

—Si no lo saben ya, no creo que tarden en saberlo. Y tirarán del hilo, como has hecho tú...

—Pero es que estamos tan cerca.

—Para, Nora, para. —El tono de su hermana era suplicante—. No empieces otra vez.

—¿A qué?

—Ya lo sabes.

La voz de su hermana y la mirada conmisericordiosa de Ayala la abochornaban. Seguramente su obsesión era objeto de preocupación y conversaciones en la familia. Como hablaban todos de los problemas de su madre cuando no estaba presente.

—Está bien. Aquí paro.

Sergio hizo el gesto de aplaudir desde el umbral de la puerta.

Remei Andújar. Esta era la mujer de la que Julio había escrito «Se resiste». Mateo había investigado su perfil en Facebook, gracias a lo cual pudo determinar que vivía en el barrio de Gràcia. Las localizaciones de las fotos con un grupo de mujeres de su edad le permitieron saber que era miembro de un grupo excursionista y que cantaba en un coro del barrio. Pero julio no es mes de actividades de ese tipo. Mateo apostó por otra información que extrajo de las redes. Remei Andújar era voluntaria en una fundación que colaboraba con el Banco de Alimentos. Ese día había reparto.

Delante de la puerta de la fundación había personas de todas las edades, pero sobre todo jubilados, hacían cola agarrados a flacos carritos de la compra. Él se asomó al interior del local y distinguió a Remei Andújar entre el grupo de mujeres que repartía lotes de comida. El pelo blanco corto y unas gafas de montura llamativa propias del barrio. Debajo del mandil que la identificaba como miembro de la fundación, se movía un cuerpo fibroso, todavía ágil.

Mateo se sentó en un bar desde el que podía observar la puerta y esperó a que acabara la cola a la que se sumaban sin parar más personas. Finalmente, la vio salir ya sin mandil, con un vestido ancho de flores grandes que le recordaron los hules de la cocina materna. La abordó en la acera y le dijo sin ambages que estaba investigando un caso de estafadores del amor.

—¿Cuál? —preguntó ella para su sorpresa.

—¿Cómo que cuál?

—Es que he participado en muchos de esos juegos.

—¿Tiene tiempo para un café?

—Para una cerveza también.

Se sentaron en una terraza a la sombra. Allí, Mateo le explicó que estaba investigando a Julio.

—Julio. Sí, ese era simpático. Y, además, era de aquí. No como los otros.

—¿Qué otros?

Ella tomó un buen sorbo de cerveza.

—Todos esos generales estadounidenses que se enamoraban instantáneamente de mí. El que veía a un ángel en el que se había reencarnado la bella sonrisa de su amada esposa fallecida; el que decía que mi mirada era transparente como las aguas de no sé qué río en Ohio; el que hablaba de la búsqueda de la felicidad en la vida sencilla; el que te mandaba fotos de perritos; el que te escribía desde la soledad de la tienda de campaña soñando con el momento en que podría verte por fin. Era un juego divertido. Quien más quien menos, todos tenemos nuestras rarezas. ¿Entiende?

—Por supuesto.

Más de lo que ella se podía imaginar, viendo cada día a Lola con sus crucigramas y sus necrológicas diarias, su colección de muertes extrañas...

—Me entretenía un poco y los bloqueaba a la que llegaba la primera petición de dinero, pero a la larga se volvía repetitivo. Siempre el mismo patrón. Y ese español macarrónico de alguno de ellos. Los había que parecían haber sufrido un ictus.

Remei Andújar levantó la mano para saludar a alguien que pasaba por delante de la mesa. Mateo le preguntó entonces:

—¿Y Julio?

—Era algo nuevo. Como le he dicho, era de aquí, escribía bien. Cursi, pero bien escrito. Me contó no sé qué bobería de una empresa en Sudáfrica. Debió de pensar que a todas las mujeres les gustó la mierda esa de *Memorias de África*. Pero se esforzaba mucho y le seguí un poco la corriente.

—¿Llegó a prestarle dinero?

—No. Y ahí se puso de lo más lírico. Yo le daba largas: que si mis hijos controlaban mis cuentas, que si tenía que empeñar unas joyas, pero no me animaba porque eran de la familia, que si esto, que si aquello... Y un día, de repente, me confiesa que es un estafador.

—¿Julio se lo confiesa?

—Así mismo. Me cuenta que todo es mentira, que no hay empresa en Sudáfrica, ni escuela para niños huérfanos y todas las gaitas que me contó.

—¿Qué respondió usted?

—Le pregunté que por qué me lo contaba.

—¿Y?

—Me soltó un rollo confuso sobre arrepentimiento, una mujer buena a la que había engañado y había muerto por su culpa, todo un cacao ininteligible. ¿Sabe lo que pensé? Que era parte de la estafa.

—La historia del delincuente arrepentido por amor.

—Esa misma. Así que lo mandé a la mierda. Lo bloqueé y nunca más supe de él.

—Murió.

—¡Pobre! ¿Debería sentirme mal?

Ni siquiera preguntó de qué.

—En absoluto.

Se acabaron las cervezas a la vez.

—Es usted extraordinaria.

—¿No me estará echando los tejos?

Mateo sonrió. Estaba satisfecho. Tenía el porqué de la muerte de Julio Recasens: quería dejarlo. Cuando Nora lo siguió, estaba realmente preparando su marcha. El disimulo se debería a que se sentía observado. Pero ¿a qué había ido a ese almacén de reciclaje de electrodomésticos? Tal vez era el lugar donde se encontraba con otros miembros de la banda. En cuanto diera con ellos, se lo preguntaría antes de partirles la cara.

Tras despedirse de Remei Andújar, y mientras se dirigía al lugar donde había aparcado la moto, notó de repente cierta incomodidad, como si estuvieran vigilándolo. Miró sin disimulo a su alrededor, con la esperanza de cazar una mirada de pavor de alguien descubierto. Pero había demasiada gente por la calle. «Ya los vamos conociendo, señor Hernández», decía la voz de Boronat. «Si detectamos el más mínimo atisbo de intromisión por su parte, sepa que puede usted perder su licencia», se sumaba la inspectora Sanchís. La tercera voz en el acorde era de advertencia, la de Oriol, «Ten cuidado, Mateo. Van a por ti».

¿Y qué?

Estaba más cerca. No iba a permitir que el miedo le impidiera darles su merecido a esos tipos.

Llegó a casa y buscó a Lola.

—Estoy más cerca.

Una hora más tarde recibió una llamada.

—Bien, Hernández. —Era la voz de la sargento Sanchís—. Esta vez ha ido demasiado lejos. El agente que lo estaba vigilando me acaba de informar de que usted se ha puesto en contacto con una mujer que era víctima de la estafa de Julio Recasens y que le ha estado haciendo preguntas. De modo que no solo ha desobedecido nuestras indicaciones, sino que, por lo que entiendo, nos ha ocultado información sobre el caso.

Era inútil negarlo. ¿Cómo no se había dado cuenta? ¿Cómo podía haber sido tan estúpido?

—Mañana lo quiero a las diez en mi despacho.

—¿Y si decimos que somos familiares de alguien que vivió allí? Alguien que le dejó algo en agradecimiento —propuso Amalia.

—Va a ser difícil acceder a la lista de residentes.

—¿Y Constantin?

—No lo metamos en esto —dijo Ayala—. No sabemos qué podría pasarle si entra en el radar de la policía.

Estaban repitiendo, en ausencia de Sergio, el encuentro de hacía solo dos días en su casa. Su padre les había informado de su desafortunado seguimiento y de la desagradable reunión que había tenido con la sargento Sanchís, quien lo había amenazado con cargos por obstrucción a la justicia.

—Deme todo lo que me ha ocultado —exigió la sargento.

Su padre le había entregado las copias de los papeles encontrados en las carpetas sustraídas del coche de Julio, pero le había dicho que las había robado del apartamento, porque entendió que todavía no habían localizado el coche.

—¿Por qué habrá hecho eso?

—Tal vez para tener algo con lo que negociar.

—No va a poder negociar con ello, lo va a empeorar todo. Otra obstrucción de la justicia. Lo van a empapelar.

Fue entonces cuando Nora tuvo la idea:

—No es tan descabellado lo de papá. Solo es flojo. Necesitamos más material con el que negociar.

—Sanchís no va a querer negociar nada con nosotros —replicó Amalia.

—Ella no, pero tal vez Boronat.

—¿Boronat? ¿Por qué?

—Porque la joven y dinámica sargento Sanchís le ha comido la tostada y se ha hecho con la investigación. Boronat es ahora el segundo. Y no creo que esté muy satisfecho.

—Es una especulación.

—Puede, pero es probable. Es un hombre y es mayor que ella. ¿Cómo crees que se siente cuando llega por la noche a su casa?

—Lo veo. —Ayala, el hombre en la reunión, fue precisamente quien decantó la balanza a favor de la idea de Nora.

—Pero si sale mal, pringamos todos. Porque entonces todos seremos cómplices en la ocultación de información. —Nora necesitó hacer esta última aclaración.

Ahora, una vez decidido, discutían cómo dar con ese tal Adrià y descartaban tanto hacerse pasar por familiares de un residente agradecido para conseguir información sobre él como involucrar a Constantin. Ayala dudaba de que Adrià siguiera trabajando allí.

—Con todo el dinero que han sacado estafando a las mujeres...

—No sé. Tampoco Julio parecía haberse hecho rico —dijo Amalia—. Pensad solo en el coche que tenía.

—Puede que Julio solo fuera una pieza pequeña y cobrara una especie de comisión. Normalmente, tras estas estafas hay más gente y no están ni siquiera en España.

—Pero eso ocurre con las que son netamente virtuales. Estos jugaban de otra manera.

—Lo que no significa que estos dos no sean parte de una organización que opera desde el extranjero.

Esas reflexiones no los estaban llevando más cerca de Adrià. Más bien se estaban enmarañando. Había que simplificar. Lo más sencillo solía ser lo más efectivo.

—¿Y si llamamos y preguntamos? —propuso.

—¿Y qué decimos?

—Que lo estamos buscando.

—Querrán saber para qué.

Nora se volvió hacia Amalia.

—Cuando tú llamabas a casa de una amiga o de un chico y se ponía su madre y te preguntaba que para qué, ¿qué respondías?

—Pues que para hablar.

—Si era una amiga, los padres entendían que de cosas de amigas, y si era un chico, los padres sobrentendían, ¿no?

Amalia asintió.

—Es que solo tenemos un cartucho —dijo Ayala, que seguía escéptico.

—No. Estas llamadas dejan poca huella. Tal vez ni siquiera le digan nada. O, en todo caso, le dirán: «Llamaron preguntando por ti». Y él querrá saber quién. «Una chica». «Y ¿qué chica?» «¡Ay, hijo! ¡Y yo qué sé!» Suelen ser así.

—A no ser que tengan a un Rodrigo al teléfono —dijo Amalia, a la que Nora ya sabía de su parte.

—Eso no se encuentra fácilmente.

Ayala cedió a regañadientes. Él habría preferido ir hasta Cambrils y vigilar la residencia. Pero eran dos contra uno.

Nora hizo la llamada.

—Residencia Voramar —respondió una voz de mujer—. ¿Dígame?

—Hola, ji, ji, ji. Quería hablar con Adrià.

—¿Adrià?

—Sí. Adrià. Me dijo que trabajaba aquí. Es un chico con los ojos un poquito saltones y, ji, ji, ji, una nariz muy graciosa.

—¿Adrià Serrahima? Hoy no trabaja. Está a media jornada, de miércoles a viernes. ¿Quieres que le deje un recado?

—No, gracias. Ya llamaré el miércoles, ji, ji, ji. ¿A qué hora puedo encontrarlo?

—A partir de las ocho.

Dio las gracias, otra risita boba y colgó.

Amalia aplaudió.

—¡Qué cabrona eres! Lo de despedirte de la agencia no es verdad, ¿no?

Ella no dijo nada.

Adrià Serrahima. Ese era el nombre del probable asesino de Julio Recasens.

—¿Y ahora?

—Ahora sí que estaría bien que le hicierais una visita —dijo mirando a Ayala.

No le gustaba nada lo que iba a hacer, pero Nora estaba en lo cierto, era la única manera que tenían de intentar salvar a su padre. Era, con todo, una estrategia resbaladiza. Llamó al subinspector Boronat.

—No —respondió cuando él le dijo que podía pasarse por la comisaría—. Nuestra conversación no va a ser oficial. —El policía podría colgar en ese momento y todo el plan se hubiera venido abajo. Ella añadió entonces—: Y no quiero hablar con nadie más, solo con usted.

Boronat entendió entonces que significaba que no quería hablar con su colega la sargento Sanchís. Aceptó.

Se citaron en una sucursal de una de las varias y anodinas cadenas de panaderías que colonizaban la ciudad.

Amalia llegó antes y buscó una mesa alejada de los ventanales. Se le aceleró el corazón cuando el policía entró en el local y se dirigió hacia ella. Disimuló su nerviosismo con un fuerte apretón de manos. Se sentaron.

—¿Qué es lo que quiere decirme? ¿La envía su padre para intentar que interceda por él? Porque si es así, no veo por qué tendría que hacerlo.

—Porque puede ofrecerle algo a cambio. Y no, no ponga esa cara, jamás se me ocurriría algo que se pareciera a un soborno. Lo que le ofrezco es información.

Como cuando realizó la llamada telefónica, se encontraba ante otro de los momentos en los que Boronat podía simplemente dar la conversación por terminada.

—Información que le puede ser muy útil en el caso que les ocupa a usted y su colega.

—¿Por qué me la ofrece usted solo a mí?

—Porque desde un principio su compañera se ha mostrado hostil hacia nosotros. Usted ha sido más imparcial y, por su experiencia, creo que podrá entender un poco las razones de mi padre. Él no quería en absoluto interferir, solo ayudar a encontrar a quien casi mata a su hija, mi hermana.

Nora había escrito ese guion. Amalia esperaba que la sobredosis de melodramas que llevaba vistos esos días no hubiera afectado su valoración de la fuerza del chantaje emocional.

—¿Y qué es lo que tiene?

—Sabemos dónde se encuentra el ordenador de Julio Recasens. Y estamos seguros de que en él encontrarán datos que les permitirán avanzar considerablemente en el caso.

El subinspector Boronat la miró con fijeza. De pronto, sonrió con ironía.

—Algo me dice que, cuando lo encontremos, no seremos los primeros en investigar su contenido.

Ella no respondió, sino que añadió:

—Tengo más cosas.

—Parece usted una manera de la información.

Aunque Boronat no había perdido el tono irónico, era patente que estaba cada vez más interesado.

—Tengo un nombre.

—¿Qué quiere a cambio?

—Que convenza a su compañera de que no actúe contra mi padre.

—Porque ese nombre es el ¿de?

—El posible asesino de Julio Recasens.

—Sabe que está obligada a comunicárnoslo.

—Y es lo que haré. Se lo comunicaré a usted. A cambio de que dejen en paz a mi padre.

—Podría obligarla a dármelo. Por ley.

—Podría equivocarme.

—Sabe que acabaremos encontrándolo.

—Y usted sabe que acabará haciéndolo su compañera.

Amalia llegó a casa a las ocho.

A las diez ya sabía que Ayala no regresaría esa noche. A medianoche había recorrido tantas veces las habitaciones del pequeño piso en La Sagrera que un amago de claustrofobia la llevó a darse una vuelta por el barrio desierto. Volvió una hora más tarde y, para estar segura de que le haría efecto, se tomó dos somníferos. Se tumbó en medio de la cama con los brazos y las piernas en aspa. No, ella no había nacido para Penélope.

Se despertó seis horas después en la misma posición y con una certeza: esta vez, cuando Ayala regresara, no la encontraría allí. Recogió lo imprescindible. Quedaba un paso. No era la primera vez que lo daba, pero sí la más difícil.

—Papá, necesito volver unos días a casa.

Su padre la esperaba cariacontecido debajo del porche sentado en los escaloncitos por los que se accedía a la casa. La abrazó a su llegada y, sin comentarios, la ayudó a subir las bolsas hasta su antigua habitación en el segundo piso. Después se marchó para que ella se acomodase.

Los dos extremos de esa planta eran de «las niñas». Su habitación tenía dos ventanas a la calle; la de Nora daba al jardín y a la casita de la tía Claudia. La de su hermana solo conservaba sus muebles; en la suya habían quedado objetos personales abandonados al marcharse de casa la primera vez. Había vuelto tras una separación dolorosa y allí estaba de nuevo, aunque eso no fuera una separación, era una pausa.

Su padre la estaría esperando en el despacho. Antes de reunirse con él, se detuvo en el segundo piso para ver la habitación de Marc, que quedaba debajo de la suya. Todo estaba como su madre lo había dispuesto. Dio un

respingo al ver arrugas en la colcha de la cama, como si alguien se hubiera acostado sobre ella.

—¡No! —Se le escapó al mismo tiempo que expulsaba la imagen absurda del fantasma de su hermano.

Era su madre. Era ella quien a veces debía de tumbarse allí. Entró y alisó la colcha.

Su padre se sentó con ella en los silloncitos azules.

—En cuanto nos pague Jovellanos, iremos a buscar unos nuevos.

—Tal vez bastaría con repararlos y tapizarlos de nuevo. En el fondo, les tengo cariño. Son muchos años.

—También podríamos hacerlo así.

Si a su padre se le ocurría preguntarle de qué color, temía echarse a llorar, pero él pasó directamente a preguntarle.

—¿Qué ha pasado, hija? ¿Hay otra?

—No.

—¿Y tú? ¿Hay otro?

—No.

Tal vez fueran imaginaciones suyas, pero el tono de reproche había sonado más claro en la segunda pregunta.

—Pero ¿él ha sido siempre..., eh..., correcto contigo?

—Sí, papá.

—Es que, si te ha tratado mal, lo echo ahora mismo de la agencia.

—Ayala, Daniel, ha sido siempre fantástico conmigo. —Enrojeció por las, por lo menos para ella, patentes connotaciones sexuales de sus palabras, y añadió—: Un gran compañero. No tengo queja alguna. —Decidió callarse, porque cuando el sexo se mete en las palabras, es imposible echarlo.

—¿Entonces?

—Son sus ausencias, papá. No las soporto. No soporto no saber adónde va y qué hace...

—Yo tampoco lo sé.

—No te lo estaba preguntado. Si él no quiere decirlo, tenemos que respetarlo. —Su voz sonaba poco convencida.

—¿Cómo ha reaccionado él?

—Creo que aún no lo sabe. Cuando me he ido, él no había vuelto.

—¿Puedes seguir trabajando con él?

—Sí, aunque será mejor que, por lo menos al principio, no nos des trabajos donde tengamos que pasar mucho tiempo juntos. Y me gustaría tomarme unas vacaciones. Vacaciones en agosto. Como las de antes.

—Sea —respondió él.

«Sea», se repitió ella. Un padre tan mayestático podía tener sus ventajas. El pantocrátor le concedía un descanso. «Sea». Era indiscutible. Se lo merecía. Y eso que su padre todavía no sabía que acababan de salvarle la agencia.

—Señor Hernández, aquí el subinspector Boronat. Quería comunicarle que no habrá cargos contra usted por obstrucción a la justicia.

Mateo, sorprendido, le dio las gracias esperando que el policía le aclarase tal vez las razones. Alguna debía de haber, la sargento Sanchís se había mostrado implacable.

—Es una muestra de agradecimiento por la colaboración de su agencia en la investigación de este caso.

¿Cómo había pasado a convertirse la intromisión en colaboración? Por romper el silencio balbuceó:

—Nada. Un placer.

Un formulismo que dio pie a Boronat a seguir:

—Hemos podido dar con la banda al completo. Gracias a ustedes.

El plural empezó a rebotar en la mente de Mateo, pero seguía sin entender de qué le estaba hablando, mientras que Boronat, agradecido, desgranaba una lista de nombres que eran nuevos para él.

—Y ahora, señor Hernández, una de cal y otra de arena. Es curioso, ahora que lo digo, me doy cuenta de que no sé cuál es la buena y cuál la mala.

—La cal es la mala, subinspector, porque es tóxica.

—Claro, tiene lógica. Bueno, pues primero la arena: como deferencia y de modo confidencial, les enviaré el protocolo de los interrogatorios. Creo que se merecen tener la información completa.

—¿Y la cal?

—Que sepan que siguen ustedes en nuestro punto de mira. La próxima vez que se extralimiten no servirá de nada que nos ayuden, aunque sea para descubrir quién fue Jack el Destripador.

Se quedó clavado en la silla de su despacho hasta que el plural le iluminó la mente. Se levantó de un salto y salió corriendo hacia la casa.

—¡Amalia!

No la encontró en la planta baja, donde Lola se sobresaltó ante su brusca aparición en la cocina. Subió a zancadas las escaleras hasta el segundo piso.

—¡Amalia!

Entró en su dormitorio. No estaba allí. Todo estaba muy recogido. Demasiado.

Volvió a bajar. Entró de nuevo en la cocina.

—¿Dónde está tu hija?

—Ha salido hará una hora. Se ha ido unos días con Silvia a un balneario. Necesita tomar distancia, sobre todo de Ayala. Bueno, ya sabíamos que esto se iba a acabar.

—No ha dicho que se haya acabado.

—Se sabe que las pausas en las relaciones no son más que una forma de preparar la separación definitiva.

Él se encogió de hombros. No le contaría nunca que había llegado a imaginarse la boda entre Amalia y Ayala.

—Pero es que se ha ido sin despedirse de mí.

—¿No se ha despedido de ti?

—No. Y ella sabe muy bien por qué.

Le contó a Lola sus sospechas. Ella se quedó unos segundos rumiando. Después pareció que le entraba una especie de hipo y, finalmente, estalló en carcajadas. Él se sintió primero ofendido. Lola se reía de cómo sus hijas lo habían puenteado, pero después no pudo evitar sentir el contagio. Por primera vez en meses, Lola volvía a reír. ¿Qué más daba que se riera de él? Acabó riendo con ella.

RAHIMA: Todos los días en ese curro, viendo que estaba tan estancado como los viejos. Que no les tengo manía, no me entienda mal, es que es jodido tratar todo el día con gente sin porvenir y pensar que tú estás como ellos siendo joven.

RONAT: ¿Cómo se le ocurrió lo de la estafa?

RAHIMA: Pues es que día sí, día también, teníamos que ir controlando qué hacían con los móviles —porque los familiares insisten en que los tengan—, porque cuando no se creía una que había ganado la lotería sin haber jugado, te contaba otra que la había contactado un príncipe nigeriano que necesitaba ayuda para sacar la herencia del país o que un teniente coronel de los Estados Unidos iba a sacarla de allí.

RONAT: ¿Eso le dio la idea?

RAHIMA: ¡Pues claro! Si esos que están a saber dónde, en Calcuta, Nairobi o por sitios de esos del Este, podían hacerlo escribiendo como el culo, por qué no hacerlo desde aquí como Dios manda. Así que me junté con un par de tíos que conocía del barrio.

RONAT: ¿Está hablando de Ernesto Sosa y Camilo Borraz?

RAHIMA: Sí. Camilo es informático. Un genio. Y siempre andaba buscando «el negocio del siglo».

RONAT: ¿Ese le pareció el negocio del siglo?

RAHIMA: No. (*Ríe*). Dijo que era «el del lustro». Pero que de ahí saldría el capital para el otro.

RONAT: ¿Y les funcionó?

RAHIMA: Estábamos empezando. Porque nos lo curramos bien. No queríamos lanzar mensajes así al tuntún como los que ya están en el negocio. A Camilo se le ocurrió hacer un trabajo de investigación antes:

redes, perfiles... La gente lo cuenta todo por ahí. Y a mí se me ocurrió lo de la parte romántica.

RONAT: ¿La parte romántica?

RAHIMA: Lo del enamorado secreto del cole, o del instituto o del curro... Y, bueno, entró mi hermano para hacer los fotomontajes porque es diseñador y se lo curra muy bien, y la cosa empezó a funcionar. Era lanzar muchos mensajes, pero nunca nos falló la primera respuesta. Después, muchas se descolgaban, pero varias siguieron...

RONAT: Llevan ustedes un año y medio haciendo esto. Según las declaraciones de Camilo Borraz, estafaron ustedes a seis mujeres antes de que entrase Julio Recasens. Entiendo que, hasta su aparición, las estafas eran virtuales.

RAHIMA: Sí.

RONAT: ¿Cómo se incorporó Julio Recasens?

RAHIMA: Un día, para una verbena, vino a cantar ese tal Julio y me fijé en cómo se lo miraban las abuelas y se me ocurrió que podríamos jugar más fuerte, con un galán de verdad, como un gigoló de yayas.

RONAT: ¿Se lo propuso así mismo a Julio Recasens?

RAHIMA: Sí. Sabía que lo iba a aceptar.

RONAT: ¿Por qué?

RAHIMA: Porque ese tío era un derrotado. Se lo veías en los ojos mientras cantaba. Estaba allí con el organito ese haciéndole toda la música, y él cantaba «Dos gardenias» con esa voz melosa y tú veías que estaba desesperado, que gritaba por dentro. Y las abuelas bailaban y aplaudían y le decían «guapo, guapo», y él sonreía y les guiñaba un ojo, pero por dentro estaba gritando. Era un perdedor. Que sabía que cuando no llegas a nada como cantante serio, te toca cantar para los niños o para los viejos. ¿Se acuerda de Torrebruno? ¿O de Teresa Rabal? Veo, veo. ¿Qué ves? Sí, tiene usted la edad. Perdedores. Pues por debajo de los niños están los viejos. *(Pausa)*. Era bueno, el cabrón. Pero se rajó.

RONAT: ¿Qué pasó?

RAHIMA: De pronto, ese inútil quería dejarlo. Decía que, por su culpa, había muerto una mujer buena y que quería devolver el dinero que les habíamos sacado a sus hijos. Se ve que el hijo fue a verlo y lo amenazó. Pero no lo hacía por acojone, decía, sino por conciencia. Nos pidió el

dinero y dijo que después se iría. Que no diría nada a la policía, que solo quería dejarlo y seguir con su vida. ¡Menudo gilipollas!

RONAT: ¿Por eso lo mató?

RAHIMA: No era mi intención. Solo quería darle una buena tunda. Porque estaba cabreado y porque así entendería lo que podría pasarle si abría esa boquita y no era para cantar. Pero resultó que el tío se defendió bien, que sabía pelear... Y se me fue la mano. Pero no quería. Se lo juro.

RONAT: ¿Quién golpeó a la detective?

RAHIMA: El uruguayo. Ernesto.

RONAT: ¿Por qué se ensañaron tanto con ella?

RAHIMA: Porque... ¡Yo qué sé! Estábamos cabreados. Y Ernesto está muy loco. Si no lo paro, se la carga.

Hacía dos semanas que la policía había detenido a Adrià Serrahima por el asesinato de Julio Recasens y que habían dado caza a sus cómplices.

Hacía dos semanas, pues, que varias mujeres se sabían engañadas, estafadas, humilladas. ¿Cómo volver a levantar la cabeza tras esto? Nadie está libre de hacer el ridículo al enamorarse, pero siempre es posible convertirlo en un relato mínimamente digno. Ellas no tendrían esta opción.

La casa estaba en silencio. Mateo entró en la cocina. El estruendo del molinillo de la cafetera era una vez más su toque de maitines. Al que seguía el otro silencio tras la caída de la última gota oscura en la taza. Cuatro sorbos para el primer café del día, durante los cuales todo parecía en orden.

Después salió a la calle. Como todos los sábados por la mañana se dirigió al cementerio. Había poca gente por la calle.

—Son listas, mis chicas —dijo en voz alta aprovechando que estaba solo.

Muy listas. Se la habían jugado bien.

Pero una estaba viviendo otra vez en casa y la otra se recuperaba de una conmoción cerebral, con varias costillas rotas.

Después de leer el documento que le había mandado el subinspector, había ido a casa de Nora.

—Lo del trueque con la policía fue idea tuya, ¿verdad?

Nora asintió.

—Me has engañado, hija.

—Solo estaba protegiéndote.

Mateo la había abrazado con suavidad.

En el cementerio se sentó un rato en un banco frente al nicho de su padre y le contó la finta que le habían hecho.

—Son listas, sus nietas.

Después, en el panteón de los Obiols, también le habló a Marc de lo listas que eran sus hermanas y, por primera vez desde que había muerto, se atrevió a decirle algo sonriendo.

—Hijo, mira que dejarme solo con todas estas mujeres.